



Ashley  
Dyer

---

ASTILLAS EN  
LA SANGRE

Ashley Dyer

**ASTILLAS EN LA SANGRE**

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

**AdN** Alianza de Novelas

# Índice

[1](#)  
[2](#)  
[3](#)  
[4](#)  
[5](#)  
[6](#)  
[7](#)  
[8](#)  
[9](#)  
[10](#)  
[11](#)  
[12](#)  
[13](#)  
[14](#)  
[15](#)  
[16](#)  
[17](#)  
[18](#)  
[19](#)  
[20](#)  
[21](#)  
[22](#)  
[23](#)  
[24](#)  
[25](#)  
[26](#)

[27](#)  
[28](#)  
[29](#)  
[30](#)  
[31](#)  
[32](#)  
[33](#)  
[34](#)  
[35](#)  
[36](#)  
[37](#)  
[38](#)  
[39](#)  
[40](#)  
[41](#)  
[42](#)  
[43](#)  
[44](#)  
[45](#)  
[46](#)  
[47](#)  
[48](#)  
[49](#)  
[50](#)  
[51](#)  
[52](#)  
[53](#)  
[54](#)  
[55](#)  
[56](#)  
[57](#)

58

Epílogo

Créditos

Hay una mujer plantada en medio del salón del inspector Greg Carver. Lleva una Colt 1911 en la mano. Todo parece indicar que está serena; hay cosas que debe hacer. Girando sobre los talones, da una vuelta completa y procesa todos los detalles del escenario. No se ha tocado nada. En el suelo, hay una botella de *whisky* vacía. Greg Carver está hundido en una butaca, con una pierna doblada por la rodilla y la otra completamente estirada. Al mirarlo desde arriba, ella siente rabia y desprecio, pero también remordimiento. Él tiene los ojos abiertos, le brota sangre de una herida de bala en el pecho. Ella agarra mejor el arma que sostiene con la mano enguantada y acciona el seguro. La estancia apesta a alcohol, a pólvora y a sangre, y a ella se le revuelve el estómago, pero inspira hondo para librarse del hedor.

Lleva el arma a la cocina, donde encuentra el portátil abierto del inspector, y sus archivos físicos extendidos por la mesa. El suelo está repleto de papeles arrugados, como si hubiera caído una granizada de enormes pedruscos. En la silla situada junto a la mesa, hay una caja archivador de cartón. Mete en ella las carpetas, envuelve la pistola en un folio en blanco y la pone encima.

Bajo la siembra de papeles de la mesa, encuentra, boca abajo, una foto enmarcada. Emma, la mujer del inspector Carver, en la luna de miel de ambos, sentada en un peñasco cerca de una catarata. Emma es rubia y delgada. Viste vaqueros ajustados con sandalias de plataforma y un blusón, y el pelo, largo y sedoso, con la raya en medio. Sonríe. La mujer lleva la fotografía al salón de Carver, le limpia las huellas y la deja en lo alto del armario, donde está siempre.

En el dormitorio, carteles A3 sujetos a la pared con masilla azul. En uno, las fotografías de cinco víctimas sonrientes, mujeres, con anotaciones manuscritas:

1. Tali Tredwin — Muerta: 3 de enero. 27 años, 1,65, castaña, ojos pardos. Divorciada, dos hijos. Espalda y hombros tatuados, tinta azul. Tinta muy corrida, moteado. Símbolos maoríes y ojos, todos cerrados. Espina de *Berberis*.
2. Evie Dodd — Muerta: 10 de marzo. 25 años, 1,68, morena, ojos color avellana. Casada, tres hijos. Torso, cuello, brazos, piernas, pies/plantas,

manos/palmas tatuados, tinta azul. Plantas estilizadas, motivos mágicos y ojos cerrados/entornados/abiertos. Tinta corrida. Espina de *Berberis*.

3. Hayley Evans — Muerta: 6 de junio. 28 años, 1,62, castaña, ojos pardos. Pareja de hecho, un hijo. Torso, cuello, brazos, piernas, pies/plantas, manos/palmas tatuados. Plantas estilizadas, espinas, motivos mágicos y ojos cerrados/entornados/abiertos. Tinta azul. Tinta menos corrida. Espina de *Pyracantha*.

4. Jo Raincliffe — Muerta: 2 de septiembre. 35 años, 1,70, castaña, ojos pardos. Casada, dos hijos. Torso, cuello, brazos, piernas, pies/plantas, manos/palmas tatuados, tinta azul. Plantas estilizadas, espinas, motivos mágicos, etc. Sin tinta corrida. Espina de *Pyracantha*.

5. Kara Grogan — Muerta: 22 de diciembre. 20 años, 1,78, rubia, ojos azules. Torso, cuello, brazos, piernas, pies/plantas, manos/palmas tatuados, tinta negra. Sin tinta corrida. Plantas estilizadas, espinas, motivos mágicos y ojos, muchos ojos. Espina de *Pyracantha*.

Arranca los carteles de la pared, los dobla y los lleva a la cocina, donde coge el resto de los documentos, incluidos los papeles arrugados, lo mete todo en la caja y la tapa como puede.

Limpia bien los picaportes, los interruptores, la butaca donde está sentado él. Coge la caja y sale de la casa, baja con cuidado los peldaños de la escalera de incendios de la parte posterior del edificio y enfila el camino que conduce al exterior de la finca. Aunque han retirado la nieve hace poco, las suelas de sus zapatos quedan perfectamente marcadas en la que ha caído recientemente. Está muy oscuro y las cortinas de todas las casas de la calle están corridas; no cree que la haya visto nadie.

Minutos más tarde, regresa sin guantes, sin la caja, y sube los escalones de la entrada principal, limpia el timbre y lo pulsa. No espera, se saca un llavero del bolsillo de atrás y abre la puerta con una de las dos llaves. Una vez dentro, deshace el recorrido anterior, tocando superficies que ha limpiado hace un momento. Termina en la butaca del inspector, vuelve a ver la botella vacía y siente una comezón, como si le picara algo que no pudiera rascarse. Pero no tiene tiempo para eso: a lo hecho, pecho.

Se acuclilla delante de él, agarrada a los reposabrazos, y lo mira fijamente.

Hace un aspaviento, se levanta de golpe.

Jadeando, con el corazón desbocado, lo observa unos segundos. «Te lo has imaginado.»

Vuelve a agacharse, conteniendo la respiración, con los ojos clavados en los

de él. Los de Greg Carver son de color avellana claro, moteados de dorado. A veces esas motas doradas parecen arder lentamente, pero ahora no. Ahora están apagadas, muertas. Se acerca un poco más, observando, casi sin respirar, y vuelve a detectar un levísimo movimiento en uno de los párpados. Fastidiada, maldice por lo bajo.

## Día 1

La mujer sostuvo la puerta de la vivienda para que entrasen los sanitarios, que subieron despacio los escalones cubiertos de nieve pisoteada y convertida en barro y hielo deshecho. Las huellas de la mujer, de la escalera de incendios a la salida, habían quedado cubiertas enseguida por la incesante nevada. El helicóptero policial que planeaba estrepitosamente sobre el edificio apagó su proyector led y desapareció con una abrupta maniobra, seguramente reclamado en otra parte a consecuencia de la fuerte ventisca. Titilaban las luces de los vehículos de emergencias, las lámparas de arco voltaico iluminaban la entrada de la casa de Carver y se había montado un cordón policial de unos quince metros para mantener a raya a los curiosos. Siguió a los sanitarios a la ambulancia que los esperaba y habló con ellos mientras subían la camilla al vehículo.

Dentro del cordón policial, había aparcada una furgoneta de la Policía Científica, y dos técnicos y su jefe se encontraban en la parte de atrás, pertrechados y dispuestos para entrar en la vivienda en cuanto se lo permitieran.

La mujer inspiró hondo antes de acercarse a ellos.

—Todo vuestro —dijo.

—¿Es cierto? —preguntó el jefe.

—Es Carver, sí —contestó ella.

—Madre mía, Ruth —dijo, agarrándola del codo.

La sargento Ruth Lake se zafó de él.

—Nos observan —murmuró.

Ya había visto a dos periodistas locales al otro lado del precinto policial.

—¿Adónde se lo llevan? —preguntó él.

—Al Royal.

Se le cerró la garganta y no pudo decir nada más.

—Si hay algo que pueda hacer...

—Sé exhaustivo.

—Por descontado.

—He tocado puertas, picaportes y cerraduras —dijo Lake con cara de disculpa, luego frunció el ceño, como esforzándose por recordar—. En el salón, nada más entrar, los interruptores y la butaca. Estaba... Ahí es donde lo he...

Él asintió con la cabeza.

—Entendido. Vamos a necesitar tu calzado.

—Luego te lo llevo —prometió ella, rascándose una ceja.

—¿Cómo has entrado?

—Estaba abierto de par en par —contestó, para no mentir descaradamente, pero, sin darse cuenta, apretó el llavero que llevaba en el bolsillo del abrigo y miró a otro lado.

Él agachó la cabeza, buscando sus ojos.

—Si hay pruebas ahí dentro, las encontraremos, Ruth.

La sargento pestañeó, dos veces.

—Lo sé.

—Hemos aprendido de la mejor —añadió él.

Ella trató en vano de sonreír.

Entró en la calle un coche y bajó de él un hombre fornido que, abrochándose el abrigo, se abrió paso a zancadas entre los curiosos como si fueran invisibles. El comisario Jim Wilshire no era muy amigo de la prensa.

Desprevenidos, los dos periodistas apostados junto al precinto policial se volvieron demasiado tarde para conseguir una instantánea decente y, cuando lograron situarse, él ya había pasado por debajo de la cinta y estaba a cinco metros de distancia.

—Comisario —gritó uno—. Señor, ¿ha sido el asesino de las espigas?

Ruth Lake intercambió una mirada con el jefe de la Científica.

—Luego hablamos —dijo ella.

Los técnicos entraron en la casa y ella, irguiéndose, se preparó para encarar al comisario.

—Sargento Lake... —dijo Wilshire.

—Señor...

—Venga conmigo.

Se dirigió a la zona más apartada del cordón policial, donde había menos gente. Allí abrió un enorme paraguas negro, para protegerlos de la multitud, sospechó la sargento, y no tanto de las inclemencias meteorológicas.

Ella se situó debajo.

—¿Greg Carver?

Su voz era más aguda de lo que se podía esperar de un hombre corpulento.

Lake asintió.

—¿Quién ha sido el primero en llegar al escenario?

La sargento lo miró, cándida, a la cara.

—Yo.

—Sí que se ha dado prisa.

—En realidad, me lo he encontrado.

La miró ceñudo.

—Esto ha sido... ¿hace cuánto, treinta minutos?

—Más o menos.

El comisario consultó la hora. Ella sabía que eran las doce y diez de la noche.

—Algo tarde para una visita de cortesía, sargento —dijo él en tono especulativo, más invitándola a que se explicara que requiriéndoselo.

—Carver quería hablar del caso.

—Momento y lugar extraños para una reunión de trabajo —repuso él, más incisivo esa vez.

La sargento asintió con la cabeza, notó que se le contraía la ceja, pero no hizo ningún comentario.

Él la observó unos minutos más y ella procuró respirar despacio y mantener la calma.

A su espalda, se iluminó la carretera, luego Lake oyó que se acercaba un vehículo y el chirrido de los neumáticos en la nieve fresca. Al mirar por encima del hombro, vio una furgoneta que se detenía de un frenazo. Mercy View, una compañía local de televisión por cable. Wilshire les tenía a aquellos tipos aún más inquina que a todos los demás.

—Señor... —dijo ella.

El comisario vio bajar de la furgoneta al equipo de televisión.

—Muy bien, dejémoslo... de momento —le contestó—. Pero ya ha oído a la prensa cuando he llegado. Preguntan si esto es obra del asesino de las espinas. Necesito que me informe.

Ella inspiró hondo, espiró y se preparó para facilitarle a su jefe los detalles que debía conocer.

—Lo he encontrado sentado en una butaca en el salón —dijo ella—. Le han disparado en el pecho, a quemarropa. —Se aclaró la garganta—. La herida parece de bala de pequeño calibre.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Trabajé en la Científica —respondió ella—. He visto unas cuantas heridas de bala. Además, no había mucha sangre.

Aunque olía bastante. El hedor metálico le inundó de nuevo las fosas nasales.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Wilshire.

—Sí, señor —contestó ella—. Es que...

Él asintió con la cabeza, después cambió un poco de postura y ella observó

que la estaba parapetando del equipo de televisión.

—Es comprensible. Pero debe recomponerse. Este es su escenario del crimen hasta que llegue el oficial al mando.

—Ya le he dicho que estoy bien.

El comisario frunció el ceño y ella se dio cuenta de que había sonado cortante. Que le dieran.

—¿Quién es el oficial al mando? —preguntó Lake, y Wilshire ensanchó las aletas de la nariz. Lake añadió—: Si no le importa que se lo pregunte, señor.

—El inspector Hansen —contestó, muy seco—. Llegará en veinte minutos. Querrá saber si ha comprometido el escenario de algún modo.

A la sargento se le paró el corazón un momento, después empezó a latirle de nuevo, despacio, con contundencia.

—Soy una técnico forense bien entrenada —replicó.

—Aun así, en caliente...

—He tenido cuidado —dijo, y no mintió.

—¿Le ha dicho algo?

—¿Carver? —preguntó ella, haciéndose la tonta.

—Sí, Carver. ¿Le ha dicho algo?

—He pensado que estaba muerto.

Sintió que le brotaba en el pecho una carcajada incontenible y apretó tanto las llaves que llevaba en el bolsillo que notó que se le clavaban en la palma de la mano.

—Eso no responde a mi pregunta. —Ella se mordió el labio—. ¿Sargento Lake?

Ruth contuvo el vergonzoso deseo de reír, negó con la cabeza y, fijando la vista en un trozo de nieve blanquísima que reflejaba las luces de los vehículos de emergencia, de rojo y azul intermitentes, vio en él los ojos de Carver, clavados en los suyos, y el titileo de aquellas luces le recordó la leve vibración de los párpados del inspector en ese instante en que ella había caído en la cuenta de que aún respiraba.

Empezó a temblar.

—¡Sargento! —le susurró furioso Wilshire, acercándose tanto que ella tuvo que dar un paso atrás. Lo miró a la cara y cesó el temblor—. Mire, la ambulancia está a punto de salir. Vaya con él si quiere; si no, esos payasos de los medios no pararán hasta sacarle alguna declaración.

Llegaban cada vez más periodistas: además de los equipos de televisión, que ya estaban en la ciudad para informar del asesinato de Kara Grogan, a la prensa local se sumaba la nacional. Habían instalado sus propios focos y, desde el otro lado del precinto policial, demandaban a voces información sobre lo ocurrido.

—Tengo que trabajar —dijo ella.

—No puede trabajar en el escenario, y tampoco en el caso, ya lo sabe.

—Soy más út-til aq-quí —repuso Lake, luego apretó la mandíbula para evitar que le castañetearan los dientes.

—¿Dónde tiene el coche?

La sargento señaló bruscamente con la barbilla el Renault Clio, aparcado enfrente de la casa de Carver, dentro del cordón policial, con los archivos del inspector y su arma aún en el maletero. Tendría que haberlo movido antes de llamar a emergencias; en ese momento era, oficialmente, parte del escenario del crimen.

—Vamos —dijo Wilshire, agarrándola por el codo—. Hablaremos allí dentro.

—¿Qué? —¡Los archivos! ¡El arma!—. ¡No! —dijo, zafándose de él.

—Baje la voz, sargento —la reprendió Wilshire.

—Perdón, señor. Es que... debería quedarme aquí.

—Presenta usted signos de conmoción —le dijo su jefe—. Hay que sacarla de esta tormenta.

Se refería a la ventisca, a la tormenta de nieve, pero a ella le pareció que jamás había hablado con más acierto.

—Métase en el coche, le daré salida detrás de la ambulancia... Salvo que prefiera que busque a alguien que la lleve a casa...

Lake sintió de pronto un gran alivio.

—No... Puedo conducir. Gracias.

Sacó con torpeza las llaves del coche del bolsillo del abrigo y se sentó al volante y, mirando al frente, vio como unos policías uniformados ordenaban a los periodistas que retiraran las furgonetas para dejar paso a la ambulancia. Las luces de emergencia del vehículo y los *flashes* de las cámaras de los periodistas le centellearon en los ojos, deslumbrándola, pero ella se aferró al volante hasta que crujió de la tensión, apretó los dientes y, avanzando despacio, abandonó la calle.

Carver oye zumbidos y pitidos como si tuviese interferencias de radio en los oídos, sonidos alienígenas, como telemetrías de un planeta lejano.

Está tendido boca arriba, algo que no tiene sentido: debería estar repanchigado en su butaca, bebiendo. Eso era lo que estaba haciendo, ¿no? Sí, recuerda emocionado, como si recordar diera sentido a semejante locura de luz y ruido. Estaba bebiendo, *whisky*, mucho.

Entonces el mundo se ladea y cae en picado, y él pierde por completo la noción de si sube o baja. Siente una ráfaga de aire por debajo del cuerpo, oye un estruendo de motores a reacción y nota que se le agita el corazón. «Yo no debería estar aquí, tengo un caso que investigar.» Por encima de la cabeza, ve pasar luces a toda velocidad, como balizas de una pista de aterrizaje; otro disparate, porque las balizas no están por encima de la cabeza. En cualquier caso, él no debería estar viéndolas; tendría que estar fuera del avión para poder ver lo que ve.

«Joder, Carver, estás borracho.» Pero nota que empieza a dolerle la cabeza, así que, a lo mejor, se ha desmayado y ya es el día siguiente.

Una sombra se antepone a las luces. Es humana, pero, curiosamente, amorfa.

«Qué desvarío», se dice, y de pronto está en el cementerio de St. James. Los muros de arenisca pura del camposanto escondido se alzan quince metros a ambos lados de él, a lo largo de un espacio extenso y plano, restos de la vieja cantera que proporcionó arenisca para construir casi todo Liverpool en los siglos XVII y XVIII. Al oeste, la escarpa se levanta hasta la catedral. Un viento cortante aúlla desde el río Mersey, a kilómetro y medio, gana fuerza al coronar el monte y desciende al lecho de la vieja cantera.

La sargento Lake está contemplando el cadáver de una mujer joven tendida sobre un sepulcro, pegado a los muros de arenisca pura del cementerio.

—Qué desvarío —dice ella, repitiendo las palabras de él.

Pero Ruth mira a la primera de las víctimas del asesino de las espinas, y de eso hace ya un año, de modo que más bien es él quien repite las palabras de ella. Hace un minuto, ¿no estaba él en otro sitio donde oía un estruendo de motores y veía pasar a toda velocidad una línea de balizas por encima de su cabeza?

Aunque la víctima está vestida, lleva al descubierto la cantidad suficiente de piel para que se vea lo que ese tipo le ha hecho: ojos tatuados, entornados, que ocultan algo. ¿Ocultan? ¿De dónde ha salido eso? Tali, Tali Tredwin se llamaba. No lo sabían entonces, pero ahora parece importante recordarlo.

Alguien lo llama.

—Greg. ¿Greg Carver?

Al principio, piensa que es Ruth.

«Baja la voz, joder —le dan ganas de decirle—. ¿No ves que me duele la cabeza?»

Pero entonces se sume en la oscuridad y Ruth desaparece. Un destello cegador, luego unas punzadas de dolor en las cuencas de los ojos que son como puñaladas.

—Las pupilas iguales, redondas y reactivas a la luz —dice alguien. Carver no identifica la voz. Intenta hablar—. RAPD positivo, ojo izquierdo —prosigue la voz—. ¿Podríamos traer aquí un aparato de TC portátil?

Carver piensa que debería responder, pero sigue sin poder hablar.

Las sombras pasan como fantasmas por encima de él. Al menos ha dejado de oír ese motor a reacción. Algo no cuadra. Él estaba en su apartamento, bebiendo. Había alguien más allí. Una mujer. Recuerda que hubo sexo. ¿En su apartamento? No, en otro sitio, pero que conoce bien. Le está gritando a la mujer. Un arma. «¿Yo empuñaba un arma?» Otra vez ese destello cegador, luego más sombras. Alguien se mueve por su apartamento. ¿Ahora o entonces? Qué lío de tiempo. «De todas formas, no estabas en tu apartamento; con esa mujer, no.»

Entonces, ¿dónde? De pronto lo entiende: estar ahí, no estar ahí; fantasmas; motores a reacción; una línea de balizas por encima de la cabeza... Esa es la lógica de los sueños. Tiene que despertar.

De inmediato, está en su apartamento y la presencia de la habitación parece tangible, una sombra, un algo oscuro que puede ver por el rabillo del ojo. Quiere volver la cabeza, pero está paralizado; el miedo lo aprisiona, como un peso físico sobre el pecho. Un terror nocturno, se dice. Los ha tenido antes, por lo general después de sus borracheras. Si consigue mover algo, aunque sea un dedo, o una ceja, despertará y terminará la pesadilla.

La sombra se acerca de pronto, lo mira fijamente a la cara. Ruth. Siente un inmenso alivio.

«Ruth, estoy como una cuba y esto es una pesadilla de cojones —quiere decirle—. Despiértame, joder.»

Pero pestañea y ella ya no está.

Sonidos, movimiento. No consigue enfocar, sigue sin poder moverse, pero la presencia aterradora ha desaparecido y ya no siente esa opresión en el pecho,

vuelve a respirar. Al otro lado de las cortinas de su salón distingue unas luces azules y le viene a la cabeza una fiesta loca a la que fue una vez con Emma. Oye el estrépito de las hélices del helicóptero.

De nuevo la oscuridad.

Al otro lado del río, a unos veinte minutos en coche del apartamento de Greg Carver, en una casa de los años treinta situada en una calle tranquila, el asesino está viendo BBC News 24. Los sanitarios bajan al paciente en una camilla por los escalones empinados de la entrada a su domicilio; el zumbido de un helicóptero policial suspendido en el aire, apuntando con el proyector al escenario del crimen, ahoga la voz del reportero y, por unos segundos, el inspector Carver se ve bañado en luz. Parece muerto.

El asesino se levanta impulsivamente y pasea nervioso por la estancia. Meses de planificación seguidos por tres semanas de esfuerzo agotador, de dedos callosos y doloridos, de manos agarrotadas y entumecidas, de ojos achicharrados por el resplandor de las lámparas. Tres semanas de trabajo en el grafismo de la piel de Kara, de prepararla, de disponerla... ¿para eso?

Carver, prácticamente muerto. Y, aunque sobreviviera, ¿de qué iba a servir?

Mira irritado al televisor y ve a Ruth Lake, detrás de los sanitarios que bajan los escalones de la vivienda del inspector. La cámara hace un *zoom* de ella, envuelta en un abrigo largo. Se retira para hablar con un técnico de la Científica, aunque no aparta la vista de Carver mientras introducen la camilla en la ambulancia. Su rostro no revela nada. El asesino se detiene de pronto y se vuelve hacia la pantalla, preguntándose, no por primera vez, qué estará pensando. La nieve se acumula como confeti en la cascada del pelo de la sargento Lake; a la luz de las lámparas de arco, parece moreno, pero el asesino sabe que esos rizos son de color castaño claro; con la luz adecuada, los reflejos parecen rojizos.

Entonces aparece la figura imponente del comisario Wilshire, que ya está al otro lado del precinto policial, de espaldas a la cámara, y un par de periodistas se pelean por sacarle algún comentario.

«Uy, demasiado tarde, chicos.»

—¡Comisario! —grita uno de ellos—. Señor, ¿ha sido el asesino de las espinas?

La sargento Lake le dice unas palabras al técnico de la Científica y se vuelve a hablar con su jefe. Se yergue: los hombros hacia atrás; la barbilla, bien alta.

«Se está preparando para algo.» La rabia contenida del asesino remite un

poco, templada por la curiosidad que le inspira esa esfinge de mujer.

La sargento desaparece un momento, oculta por el paraguas protector de Wilshire. «Qué simbólico.»

Una furgoneta de televisión por cable se detiene en el extremo más alejado del cordón policial y, unos segundos después, el realizador ofrece un plano más revelador. La grabación se ha montado muy bien en el metraje original, pero la iluminación es distinta. Los ejecutivos de la precaria cadena de televisión por cable que haya conseguido ese ángulo deben de estar frotándose las manos pensando en el dinero que van a sacarle a los de las noticias, impacientes por tener en sus pantallas el semblante compungido de esa mujer, la mano derecha del inspector Carver, aunque sea imposible detectar emoción alguna en su rostro pálido y hermoso.

Desde ese ángulo, se ve a la multitud, y el asesino desvía su atención un instante de Ruth y del comisario para centrarse en los mirones y en sus caras de curiosidad y de excitación. A todo el mundo le gusta un buen asesinato.

El comisario dice algo y la sargento responde; su ceño fruncido desvela confusión. Él vuelve a hablar y a ella se le agarrotan los hombros un segundo. «Qué tensa está.» Luego levanta la cabeza y en el blanco de sus ojos se reflejan los destellos de las luces de los vehículos de emergencia. ¿De verdad le importa Carver?

¿Está temblando? ¡Sí! Está perdiendo el control. El asesino se acerca un poco más; la cosa se pone interesante.

Una palabra rotunda del comisario devuelve a la sargento a su ser, pero su autocontrol parece tambalearse. Ella señala a su coche (es su coche, sí; el asesino lo sabe, eso y muchas cosas más de Ruth Lake). Wilshire la coge del brazo y ella se zafa bruscamente. No se la oye, pero no hace falta saber leer los labios para ver que ha dicho «No». Se echa atrás, apartándose de la dirección que el comisario le pide que tome; típico indicio de rechazo, tiene los pies clavados literalmente en la nieve. No quiere irse. Pero, de pronto, lo hace, y avanza deprisa, sacándose del bolsillo las llaves del coche con tanta premura que casi le da la vuelta al forro.

«Mmm. Eso sí que es... raro.»

Rebobina, pausa, reproduce de nuevo y ve algo más. Detecta pánico y después alivio en el rostro de la sargento Lake. No solo es raro, es fascinante.

El asesino reproduce de nuevo la secuencia en busca del instante en que el pánico se transforma en alivio.

La cámara hace un *zoom* del rostro de Ruth cuando cruza el precinto policial detrás de la ambulancia. Aprieta la mandíbula lo bastante para partirse un molar.

—Sargento Lake, ¿qué es lo que has hecho?

Cuarenta minutos más tarde, después de esconder los archivos y el arma, la sargento Lake se dirigió al hospital. En una de las entradas de Urgencias había un coche de policía; el conductor estaba debajo del toldo, protegido de la incesante nevada, dándole hábiles caladas a un cigarro electrónico. Al verla, ocultó el cigarrillo.

—¿Has traído tú a Emma Carver al hospital? —le preguntó.

—Hace media hora, sargento.

—¿Y qué haces aquí fuera?

—Es que todo está tranquilo y he pensado...

—¿Sabes lo que tienes que hacer cuando todo está tranquilo? —El agente no respondió de inmediato, así que ella añadió—: Rondar por ahí, que se te vea; disuadir a los delincuentes con tu presencia más que visible. Ayudar a quien tenga problemas con la ventisca. El bienestar de la rectitud te mantendrá caliente, y es mejor para tu salud.

Ladeó la cabeza como dando a entender que lo había visto darle caladas a su cigarrillo electrónico.

Cruzó la entrada de personal y las puertas se cerraron a su espalda. Dio unos pisotones en la alfombrilla de goma y se sacudió para quitarse de los hombros y el pelo la nieve acumulada. Una enfermera salió corriendo de uno de los cubículos que había enfrente del puesto de enfermería; miró de reojo a Ruth, le hizo una seña a alguien que la sargento no veía, pero siguió adelante.

—¿Greg Carver? —preguntó Ruth.

La enfermera aminoró la marcha y, al mismo tiempo, apareció un guardia de seguridad.

—¿Es usted familia? —inquirió la enfermera.

—Policía —contestó, mostrándole su acreditación.

—No está en condiciones de responder a ninguna pregunta —dijo la enfermera, y siguió caminando—. Además, no tengo tiempo para...

—Emma ha llegado hace media hora... La esposa de Greg. Me preguntaba si ella... —La enfermera la miró ceñuda—. Verá —prosiguió Ruth—, Greg es mi amigo y...

Esa palabra, «amigo», casi la desarmó. Un espasmo le torció la boca; tomó aliento y dejó que se le fuera pasando.

La enfermera se detuvo y consideró la situación un instante.

—Déjeme ver otra vez esa acreditación.

Ruth se la entregó. La enfermera la comprobó y, haciéndole una seña con la cabeza al guardia de seguridad, se la devolvió.

—Ha habido periodistas que han intentado colarse —le explicó—. La señora Carver está en la sala de espera, por las puertas de la derecha.

—Antes de hablar con ella —dijo Ruth, reteniendo a la enfermera unos segundos más—, ¿hay algo que deba saber?

—El inspector ha tenido problemas cuando venía en la ambulancia —respondió la enfermera, bajando la voz—. Pero está estable, por ahora.

—¿Por ahora? ¿Qué significa eso?

—Significa que le ha bajado muchísimo la tensión, pero ya la tenemos controlada y ahora lo están evaluando.

Eso tampoco la sacó de dudas, pero comprendía que el personal sanitario tenía sus protocolos, igual que la policía, y no insistió más.

Emma estaba sentada, sola. Al ver a Ruth, se levantó de golpe y le cogió las manos. Las tenía muy frías. Ruth siempre había envidiado su tez, sonrosada y crema, pero esa noche estaba blanca como un papel y parecía que le hubieran estirado la piel en exceso sobre los huesos de la cara.

—¿Le han disparado? —afirmó en tono interrogativo, como si fuera demasiado inverosímil para ser cierto. —Ruth asintió con la cabeza—. Y lo que comentan en las noticias ¿es verdad? —preguntó—. ¿Ha sido el asesino de las espigas, Ruth?

—No lo sé —contestó la sargento para evitar mentiras que después no pudiera controlar.

—¿Había descubierto alguna cosa? A ti te lo habría contado, ¿no? Dicen que lo has encontrado tú... ¿Te ha dicho algo?

—No estaba... —Miró a Emma y, en sus ojos azules, vio a Carver devolviéndole la mirada, imperturbable—. No podía... —«Mierda.»—. No estaba consciente —dijo por fin, porque era lo más próximo a la realidad.

Le sonó el móvil en el bolsillo y miró la pantalla. John Hughes, el director de la Científica.

Se disculpó y cruzó a la zona de Urgencias para atender la llamada en privado.

—Aquí no se puede hablar por teléfono, sargento.

La enfermera había vuelto con una caja de guantes de nitrilo.

Ruth se disculpó y salió a la fría noche antes de deslizar el dedo por la pantalla para aceptar la llamada. Aunque el cielo ya estaba despejado, había veinte

centímetros más de nieve sobre los restos helados de la última nevada. Una capa blanca suavizaba los contornos de los taxis y de los vehículos de Urgencias aparcados a la entrada, y en ella se reflejaba el resplandor blanco y fantasmal de los led de las farolas.

—¿Cómo está? —preguntó Hughes sin preámbulos—. ¿Has sabido algo?

—Estoy en el hospital ahora. Aún lo están evaluando —dijo—. ¿Qué tal vosotros, algún hallazgo?

Que Hughes se hubiera puesto en contacto con ella tan pronto podía significar dos cosas: que habían encontrado algo o que no pensaban que fueran a encontrar nada. Contuvo la respiración.

—Unas pequeñas salpicaduras de sangre en la butaca. No hay signos de lucha. Una mancha de *whisky* en el suelo... Puede que se desmayara y no oyera entrar a su agresor.

—¿Huellas dactilares o de calzado?

—Los sanitarios lo han pisoteado todo —dijo—. Pero sí que hemos encontrado una huella pequeña en la alfombra del dormitorio. Podría ser del calzado de una mujer.

«Mierda.» Que hubiera huellas tuyas en el salón era una cosa, pero en el dormitorio... Wilshire tenía razón: debía de estar conmocionada para que se le hubiera pasado algo tan obvio. Pero entregaría un par de zapatos distinto para la comparación, así que no era un gran inconveniente.

—Parece que el autor de los hechos ha limpiado las superficies, los interruptores de la luz y los picaportes de las puertas —dijo—. Las únicas huellas que hemos encontrado son tuyas. —Ruth suspiró, confiando en no sonar demasiado teatral—. Y un hueco en la alfombra del dormitorio, como si hubiera soportado un rato el peso de un objeto cuadrado y voluminoso, probablemente una caja. Parece que de las paredes se haya arrancado masilla azul recientemente, así que quizá utilizaba su dormitorio como sala de operaciones oficiosa.

—Puede.

—Venga, Ruth, no seas tan hermética. Si alguien puede saberlo, esa eres tú.

—Nunca me ha invitado a entrar en su dormitorio, pero yo diría que no es descabellado pensar que trabajara en el caso desde casa.

—Jansen es el oficial al mando, ¿verdad?

—Sí.

—Pues más vale que se lo cuentes.

—No veo por qué.

—Joder, Ruth, ¡no piensas con claridad! Pongamos, por decir algo, que Carver tuviera un dossier privado sobre el caso, con toda la información de que

dispusierais...

—... y que ahora podría estar en manos del asesino —terminó Ruth—. Y, si eso es así, la investigación entera se habrá ido al garete.

Hughes estaba en lo cierto: no pensaba con claridad. No podía quitarse de la cabeza aquella imagen: Greg Carver en su butaca, sangrando por la herida de bala del pecho, con los ojos clavados en ella mientras se deshacía de las posibles pruebas.

—Entonces, ¿se lo cuentas tú a Jansen o se lo digo yo? —preguntó Hughes—. Aunque sería preferible que lo hicieras tú.

—Lo haré yo —contestó—. Dame una hora para que averigüe cómo va Greg.

—De acuerdo —dijo él—. Y, Ruth...

—Dime...

—Cuando termines, vete a casa y duerme un poco.

Cuando Ruth volvía a la sala de espera, salía por una puerta lateral un médico vestido con pijama quirúrgico que llamó a la señora Carver. Emma miró alrededor, aterrada, en busca de la sargento. Las dos mujeres llegaron a la vez adonde estaba el doctor y, por un instante, el hombre se mostró confuso y algo cohibido.

—Sargento Lake. Soy amiga y compañera de Greg —se presentó Ruth.

—Más vale que hablemos en privado —dijo el médico, sosteniendo la puerta. Emma agarró a Ruth de la mano—. La sargento Lake también puede venir si usted lo desea —le dijo el doctor.

Las llevó a una sala privada con sillones alrededor de una mesa, y una caja de clínex a mano. La enfermera con la que Ruth había hablado antes rondaba la puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Emma—. ¿Puedo verlo?

—Le hemos hecho un TAC —dijo el médico—. La bala está alojada más o menos aquí —se señaló el centro del pecho—, entre la aorta, que es la arteria principal, y la médula espinal. Hay que administrarle antibióticos para reducir las posibilidades de infección. ¿Es alérgico a algo?

—No —contestó Emma.

El médico se volvió hacia la enfermera.

—Diles que pueden empezar.

—¿«Empezar»? —preguntó Emma extrañada—. ¿No lo han operado aún?

—La situación es complicada —contestó él con firmeza y serenidad—. Le hemos hecho una transfusión y sus constantes vitales son estables, así que no hace falta correr, pero su marido tiene un edema cerebral.

—No entiendo nada —dijo Emma, angustiada—. Me han dicho que le habían disparado en el pecho.

—Y así es —repuso el doctor—. La lesión cerebral no es evidente, pero es algo que comprobamos rutinariamente en casos como este. Podría o no estar relacionada con el disparo. —Miró a Ruth—. ¿Lo han encontrado sentado en una butaca?

—Sí —respondió ella—. Lo he encontrado yo.

—¿Le parece posible que se haya desplomado, se haya golpeado la cabeza y después haya conseguido trepar a la butaca?

Ruth lo pensó un momento. No había salpicaduras de sangre, no había sangre en ninguna parte de la estancia, salvo en la butaca. Negó con la cabeza.

—Improbable.

—Bueno, el edema cerebral puede producirse bastante después del trauma. ¿Se ha visto implicado en alguna pelea o un accidente de tráfico recientemente?

Emma se volvió, impotente, hacia Ruth.

—Greg y Emma están separados ahora mismo —le explicó al doctor—. Él y yo trabajamos juntos y estoy segura de que me habría mencionado algo así. Pero, cuando me ha llamado para pedirme que pasara por su casa esta noche, me ha parecido que... —miró de reojo a Emma— que estaba ebrio. Supongo que pudo haberse caído antes de que le dispararan.

—Bien, entonces probablemente la lesión sea muy reciente, y eso es bueno porque significa que la estamos tratando enseguida.

—Parece usted más preocupado por la lesión cerebral que por la bala alojada cerca de la médula —dijo Ruth.

—Greg tiene bastante acumulación de líquido y eso le está produciendo presión en el cerebro —contestó el médico, dándose un toquecito en la cabeza—. Nuestra principal prioridad es reducir la presión intracraneal. Un neurocirujano le va a introducir unos tubos en las cavidades cerebrales para drenarle el exceso de líquido. Con eso debería bastar.

—¿Y si no es así? —preguntó Emma.

—Hay otras opciones algo más extremas. Un equipo de especialistas del Centro de Neurociencias de Aintree está listo para operar.

—Pero eso está a kilómetros de distancia —protestó Emma—. ¿Por qué no pueden hacerlo aquí?

—Es lo mejor para él, señora Carver —le dijo el doctor amablemente—. En el noroeste tienen los mejores recursos para este tipo de lesiones. —Ella suspiró estremecida—. Lo transportaremos por vía aérea, que es más rápido y más seguro porque hay menos riesgo de sacudidas durante el trayecto. Pero, antes de dar la orden, debo preguntarle algo, y es fundamental que sea sincera conmigo.

Emma se mostró extrañada.

—Por supuesto.

El médico la miró a la cara, como si quisiera estudiar detenidamente su reacción.

—El nivel de alcohol en sangre de su marido es peligrosamente alto. Pese a todo, podemos operarlo, pero el equipo tendrá que saber si esto ha sido algo ocasional o Greg tiene un problema con la bebida.

—Hace un tiempo que bebe bastante, pero me cuesta creer que haya llegado a ese punto —contestó, y buscó la confirmación de Ruth.

—Bebe. Quizá un poco más que la mayoría —dijo la sargento y, por lo menos en eso, fue sincera—. Pero... —Recordó la botella de *whisky* vacía tirada junto a la butaca de Carver—. Esto es... inusual.

El doctor asintió con la cabeza.

—Nos vendrá muy bien saberlo.

Emma interpretó sus palabras como una buena señal y le sonrió agradecida.

Él miró de reojo a Ruth. La sargento llevaba el tiempo suficiente siendo policía como para saber que el pronóstico de los bebedores habituales nunca era bueno en los casos de traumatismo. Se lo explicó a Emma.

—El hábito de consumo de alcohol de Greg —prosiguió el doctor— supone un riesgo adicional asociado a la anestesia, incluso antes de operar. Pero el peligro de que se produzcan lesiones cerebrales graves e irreversibles es aún mayor si no lo hacemos.

Emma asintió, aturdida, y el médico se volvió hacia Ruth, encogiéndose ligeramente de hombros. Parecía joven para estar haciendo esa clase de trabajo. No el enfrentarse a la muerte en sí (Ruth no tenía ni veinticuatro años cuando había trabajado en su primer caso de asesinato), sino a lo que venía después. Por aquel entonces, siempre había agradecido que la tarea de comunicar a los familiares la mala noticia recayera en otros. Cuánto más difícil debía ser hablar con los familiares de situaciones en las que el paciente se debatía entre la vida y la muerte, ayudarlos a tomar decisiones que, si las cosas iban mal, podían resultar en una muerte en vida.

—Emma, te está pidiendo permiso para operar —le dijo Ruth.

—¿A mí? Pero si estamos... Hace más de un mes que ni siquiera lo veo. Hemos... ¡Ay, Dios mío! Le he pedido el divorcio —concluyó, derrotada.

—Sigue figurando como su pariente más cercano —comentó el médico casi en tono de disculpa—. Si hubiera alguien más... Pero, por lo que tengo entendido, no tiene otra familia.

La mujer de Greg se tapó la boca con los dedos.

—¿Emma? —la instó Ruth.

Emma se deslizó las manos a las mejillas, como armándose de valor.

—Dime qué hago —suplicó.

Dado lo que había hecho ya, no le correspondía a Ruth opinar, pero, de todas formas, dijo lo que se esperaba de ella.

—Me parece que no tienes elección.

Emma dejó de agarrarse la cara y juntó las manos en el regazo.

—Entonces, les doy mi permiso —dijo.

En la UCI, Carver sueña.

Sefton Park, hace siete días, una fina capa de nieve y un frío atroz.

Ella está sentada en una roca plana bajo un árbol iluminado por bombillas de colorines, y una cascada helada es el fondo de la escena reproducida. Él la ve primero, a unos diez metros de distancia, y se le para el corazón. Rubia y delgada, lleva unos vaqueros ajustados, sandalias de plataforma y un blusón azul. El pelo, largo y sedoso, peinado con la raya en medio.

El fondo, el pelo rubio, la raya en medio, la ropa... es un cuadro vivo de la fotografía de su luna de miel que tiene en el aparador del salón.

«Emma», piensa. Cuando quiere darse cuenta, está corriendo.

A mitad de camino, aminora la marcha, con los nervios alterados, el corazón agitado.

No es Emma.

—Gracias a Dios —murmura, aunque no se enorgullece de ello.

—¡Greg! —le grita Ruth desde el sendero—. ¡Para!

Él se vuelve, ve las huellas de sus pisadas en la hierba escarchada. No hay más huellas que las suyas. Piensa ya en la cronología: la hora exacta de la nevada y de la helada posterior les indicarán cuándo se dejó allí el cadáver.

—No toques el cuerpo —le ordena Ruth.

Se vuelve a mirar otra vez. Con esos tatuajes que le cubren hasta el último centímetro de piel, parece que lleva un top de manga larga. Una ráfaga de luz de los led con los que se ha adornado el árbol da un tono azulado a su rostro y la escarcha reluce como diminutas piedras preciosas en sus pestañas.

—Vuelve aquí —dice Ruth—. Ya conoces el procedimiento: hay que seguir el mismo camino, igualar las pisadas, si se puede.

A continuación, está en la sala de autopsias, aunque no recuerda haber ido allí. El cadáver está tendido en la mesa. Para entonces, ya sabe que la víctima es Kara Grogan.

Mientras él observa, los técnicos forenses desnudan el cadáver y van haciendo

fotografías, y quedan al descubierto los tatuajes realizados en el cuerpo de la víctima. Los *flashes* de las cámaras iluminan los dibujos a tinta: cabezas sostenidas por cuellos grotescamente prolongados, con los rostros vueltos hacia arriba, desprovistos de rasgos faciales. Hay huecos entre los dibujos y, desde esos espacios, miran fijamente unos ojos, miles de ellos.

Pero los ojos grabados en el cuerpo de Tali estaban cerrados, o entornados. La tinta usada con Kara es negra y la de las otras víctimas era azul. Además, los ojos que le han tatuado a ella están completamente abiertos. Algunos miran con avidez, otros parecen casi amenazadores. Está impaciente por anotar todo eso por si se le olvida, porque, en la lógica del sueño, sabe sin lugar a dudas que los tatuajes son la clave del rompecabezas, y de la identidad del asesino.

El técnico forense levanta un mechón de pelo de Kara para peinarlo y recoger pruebas y, al hacerlo, deja al descubierto unos pendientes de plata modelo Millennium de Ora Gorie. Carver sabe exactamente lo que son porque le compró unos a Emma como regalo de compromiso. Ella se los puso en la luna de miel; los lleva puestos en la foto de la luna de miel.

—Pero ¿qué coño...?

—¿Greg? —dice Ruth. Él respira con dificultad y ve estrellitas delante de los ojos—. Greg, estás hiperventilando.

—Si se va a desmayar, procura que no sea encima del cadáver —pide el forense.

Ruth se lo lleva a un rincón de la sala de autopsias.

—Esos pendientes —dice él— son de Emma.

—Como los de Emma, querrás decir.

—No, son los suyos. Son una edición limitada; los suyos desaparecieron cuando yo me fui de casa. Tuvimos una discusión al respecto: ella creía que se los había robado.

—Comprobaremos si tienen restos del ADN de Emma —propone Ruth.

De pronto está de nuevo junto a la mesa de la sala de autopsias, y el cadáver de Kara está desnudo. Oye un desgarró, como de un bisturí afilado abriendo la carne. Mira inquisitivo al forense, pero este extiende las manos para mostrarle que no lleva nada, y Carver sabe que ni siquiera ha tocado el cadáver todavía. La miran los dos a la vez. Mientras observan, se abre una línea a lo largo de uno de los cuellos tatuados. Ras, ras, ras, ras, ras, y la línea se convierte en un tajo.

La piel de Kara se abre por las marcas y empieza a retraerse en tiras ensangrentadas. Ella grita, retorciéndose de dolor mientras quedan al descubierto músculos y tendones. Bajo las tiras de piel ensangrentadas, algo se mueve.

Horrorizado, Carver retrocede, pero no puede apartar los ojos de ella y, de pronto, la piel del rostro de la joven se desprende y el inspector ve la cara de

Emma, impregnada de la sangre de Kara, con los ojos muy abiertos, de pánico. Con el corazón acelerado, se vuelve hacia las personas que lo rodean, suplicándoles ayuda, pero lo miran a él, no al cadáver que hay sobre la mesa. Un súbito pitido agudo y alguien que dice: «Has disparado la alarma de incendios».

Las enfermeras corrieron al lado de la cama de Carver. Un zumbido gutural casi ahogaba el rápido pitido del monitor cardíaco.

—Está taquicárdico —dijo la primera.

La segunda le tocó la mano al inspector. Él se contrajo y se zafó de ella.

—Reacciona al contacto —señaló, mirando un instante a su compañera. Luego le habló directamente a él, alzando la voz por encima del ruido de los aparatos—. ¿Señor Carver? Greg, está en el hospital. Todo va bien. Greg, está a salvo. Tiene que calmarse. Procure estar quieto. Ahora viene la doctora.

La pierna derecha del inspector sufrió una sacudida; después, cuando llegó la médica, Carver experimentó una serie de convulsiones en todo el cuerpo.

—Sujetadlo —dijo la doctora y, con manos firmes y rápidas, aumentó el flujo de propofol en la vía.

En dos minutos, la crisis había pasado y Carver se había estabilizado. La doctora consultó la hora e hizo una anotación en el historial del paciente. Las tres mujeres se miraron como diciendo: «Por poco». Una de las enfermeras se quedó a revisar los monitores por última vez y vio que de los ojos del inspector brotaban con dificultad unas lágrimas y que las tiras adhesivas que le mantenían los ojos cerrados se habían levantado un poco. Con cuidado, le limpió los ojos y le secó las mejillas con una gasa estéril, luego le cambió las tiras adhesivas.

Alterado, Carver alarga la mano a la masa de piel y sangre que había sido Kara, queriendo recuperar a su esposa de los restos de la joven torturada. Por fin, el forense parece reparar en lo que está ocurriendo en su mesa de autopsias, pero, en lugar de ayudar, le pone una venda en los ojos a Carver.

—Para que no contamines el escenario —le dice.

Como le habían ordenado que se fuera a casa, Ruth Lake intentó descansar un rato, pero cada vez que cerraba los ojos veía a Greg Carver mirándola fijamente desde su butaca. A las cinco de la madrugada, se quedó traspuesta por fin y, quince minutos después, despertó sobresaltada por el teléfono. Era Emma, que llamaba para contarle que a Greg le había dado una especie de ataque.

—¿Está bien?

—Le van a hacer otro TAC para asegurarse de que la bala no se ha desplazado.

—¿Aún no se la han sacado?

—No, tienen que drenarle el cerebro primero. El doctor ha dicho que debían solucionar el problema del edema cerebral antes que ninguna otra cosa, ¿recuerdas?

«¿Eso ha dicho?»

—Sí, sí, claro. —«Joder, Ruth, a ver si te tranquilizas.»—. Perdona —añadió Ruth—, pero pensaba que lo iban a sedar.

—Le han administrado una dosis de anestésico menor de lo habitual por el nivel de alcohol en sangre. Hace nada que ha salido del coma.

Ruth se incorporó de golpe.

—¿Ha despertado? —Estuvo a punto de espetar: «¡Es demasiado pronto!». En cambio, dijo—: ¿Ha dicho algo?

—No estaba completamente despierto —contestó Emma—. Pero estaba en ello. Me han dicho que era una buena señal.

—Eso es... es estupendo, Emma —comentó Ruth, a la vez que pensaba que debía llegar hasta Carver antes de que hablara con nadie más de lo sucedido—. Supongo que lo tendrán sedado hasta que consigan que la presión intracraneal vuelva a la normalidad, ¿no?

—Sí.

Contuvo un suspiro de alivio.

—¿Me harías un favor, Emma? ¿Podrías avisarme cuando decidan despertarlo?

—¡Por supuesto! —contestó la otra—. Sabes que le has salvado la vida, ¿no?

Ruth se notó la bilis en la garganta y tragó saliva con fuerza.

—Esto es importante, Emma. Tienes que avisarme antes que a nadie más, ¿vale?

—Vale. —Notó que vacilaba—. Ruth, ¿me estás ocultando algo?

«Uf, si tú supieras...»

—Necesito saber lo que pasa, solo eso —respondió la sargento.

—Perdona, esto debe de ser horrible para ti también.

—Tengo que irme —dijo Ruth—. Trabajo.

Al menos eso era cierto: el inspector Simon Jansen, el oficial responsable de coordinar el caso de Greg, había convocado una reunión informativa a las ocho de la mañana.

Ruth llegó unos minutos tarde. Jansen le dio la bienvenida con una cabezada y ella, como ya no había sitio para sentarse, se instaló al fondo de la sala, con el bolso entre los pies. Simon Jansen era un hombre alto, sombrío, de pelo negro encanecido. Llevaba treinta y cinco años en el puesto, pero, como era campeón de judo de la policía europea y uno de los tres entrenadores de la selección nacional, nadie esperaba que se jubilara en breve, y se le conocía por el férreo control que ejercía en sus investigaciones. Ruth sabía que era eficiente, riguroso y desapasionado hasta la crueldad. Ya tenía organizado un equipo de diez investigadores, y otros treinta agentes uniformados lo ayudaban con las pesquisas domiciliarias. Según el procedimiento estándar, la investigación tendría que llevarse a cabo con absoluta independencia de la del asesino de las espinas.

Al propietario del apartamento de debajo ya lo habían interrogado: había salido a una fiesta, no volvió hasta altas horas de la madrugada. Había declarado que no había oído ni visto nada inusual en los últimos días. El edificio era independiente y ninguno de los vecinos de la misma calle había observado nada sospechoso; a la mayoría los habían sacado de la cama las luces de los coches de policía y las ambulancias, o el estrépito del helicóptero policial que sobrevolaba la zona.

Los de la Científica aún estaban examinando el domicilio de Greg Carver, pero John Hughes, el director de la Policía Científica, estaba en la reunión e informó de que las zonas clave se habían limpiado y de que en el apartamento solo había huellas de Ruth Lake y del inspector Carver.

—Así que, si queremos encontrar al agresor, las horas previas al ataque van a ser fundamentales —dijo Jansen—. ¿Qué sabemos?

—Por lo que he podido averiguar, no ha tenido encontronazos recientes con

delincuentes locales —dijo un agente al que Ruth no conocía—. Tampoco ninguna reunión anoche. Al menos ninguna registrada en su agenda.

—¿Sargento Lake...? —dijo Jansen.

Ella se retiró de la pared en la que estaba recostada.

—No puedo ayudar mucho —contestó—, pero supongo que nuestra reunión extralaboral para hablar de los asesinatos tampoco estaba en su agenda.

Sonó a explicación no solicitada, y Ruth no solía hablar más de lo estrictamente necesario. Pero tampoco quería que la pillaran con el pie cambiado, y prefirió hablar de su encuentro con Carver antes de que Jansen le preguntara directamente. Algunos se volvieron en sus asientos para mirar disimuladamente a quien había visitado a última hora a la víctima.

—¿Le dijo por qué no podía esperar a hoy para hablar de ese asunto?

Ruth estaba preparada para la pregunta.

—Me dijo que no quería hablarlo por teléfono, pero que era urgente.

Su respuesta contenía una verdad sencilla y una mentira complicada. Claro que ya había mentido sobre la hora de su llegada, adelantándola diez minutos; que a algunos les extrañara una reunión no prevista era el menor de sus problemas.

Jansen gruñó.

—Bueno, tenemos los informes de procedimiento y los archivos policiales de Carver sobre la investigación hasta la fecha —espetó Jansen—. Si realizó anotaciones personales, me gustaría verlas.

John Hughes se volvió a mirar a Ruth con los ojos muy abiertos, como diciendo: «Pero ¿qué coño...?».

Ella le había prometido que le contaría a Jansen lo de los archivos desaparecidos de Carver. «La has vuelto a cagar, Ruth.» En circunstancias normales, jamás habría esperado que Hughes la cubriera, pero las circunstancias no eran normales. A lo mejor lo hacía o a lo mejor no, así que inspiró hondo y dijo:

—A mí no me las enseñó, pero supongo que estarían en su apartamento.

Tras una pausa que se le hizo eterna, aunque duró solo unos segundos, intervino Hughes.

—Si es así, allí ya no están, y en su coche tampoco. Lo que sí hemos encontrado es una huella en la alfombra de su dormitorio que parece indicar que allí se hubiera dejado un rato una caja grande y pesada. Además, hasta hace nada, ha habido carteles de tamaño A3 sujetos con masilla azul a la pared.

El inspector Jansen se frotó la barbilla con la mano. Nadie dijo nada.

—¿Y su portátil? —dijo por fin.

—Los informáticos lo están examinando —declaró Hughes—, pero está

completamente encriptado, por protocolo.

El inspector apretó los labios.

—Por supuesto. Solo va dejando por ahí los archivos en papel.

—Existe la posibilidad de que su contraseña esté escrita o cifrada en alguno de sus documentos oficiales, o en su teléfono móvil —sugirió Hughes.

—Pero no podemos confiar en eso. —Jansen forzó una sonrisa—. Habrá que confiar en que Carver no haya revelado ningún secreto profesional, ¿no? —Inspiró hondo y soltó el aire despacio—. Muy bien. Su móvil ya se ha registrado como prueba; hay que saber con quién hablaba, y cuándo.

—Por suerte, no lo tiene protegido con contraseña —informó Hughes—, con lo que los registros de llamadas, los mensajes y demás estarán disponibles enseguida. A su cuenta de correo electrónico de la policía no podremos acceder a través del teléfono, pero, si dispone de un correo privado...

—De acuerdo, ordene a sus hombres que den prioridad al móvil. —Jansen localizó al sargento que coordinaba la asignación de tareas—. Vamos a necesitar copias múltiples de sus informes de procedimiento y sus archivos policiales. Tú y tú os encargaréis de revisar su documentación en busca de contraseñas, claves, códigos, lo que sea —dijo, señalando a los dos policías sentados al principio de la sala. Luego se volvió hacia el coordinador de tareas—. Y quiero que alguien revise sus tarjetas de crédito, los extractos bancarios y los resguardos de los cajeros; hay que saber los movimientos exactos de Carver durante la última semana: si ha quedado con alguien, si ha habido cambios en sus hábitos de gasto, si ha tenido algún enfrentamiento con alguien, quiero saberlo. —Por último, se volvió hacia Ruth Lake—. Entretanto, si se le ocurre algo, sargento...

—Se lo haré saber, señor.

John Hughes la esperaba a la puerta de la sala, mientras el equipo iba abandonándola poco a poco.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó.

Ella señaló con la cabeza la salida de incendios y ambos subieron al siguiente rellano.

—Pensaba que ibas a contarle a Jansen lo del archivo «oficioso» antes de la reunión.

Hughes tenía la piel curtida de un hombre que había disfrutado del senderismo y de la vela desde su infancia. Las arrugas de su rostro solían ser indicio de risa, pero no en ese momento.

—Sí —contestó ella—. Esa era mi intención.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Lo cierto era que, en realidad, no se le había olvidado: decirle a Jansen que los archivos habían desaparecido cuando ella sabía perfectamente dónde estaban era mentir demasiado, y se proponía evitarlo hasta que fuera tarde para decir nada.

—Lo siento, John —se disculpó—. He preferido no hacerlo.

Él la miró fijamente.

—¿Has dormido algo?

—Algo.

Ruth metió la mano en el bolso y sacó un par de zapatos, ya embolsados.

Él los sostuvo a la luz y los escudriñó a través de la ventanita de celofán de la bolsa de pruebas.

—¿Son estos los que llevabas cuando fuiste a ver a Greg?

Parecía perplejo y ella sintió una punzada de angustia.

—Eso es lo que me has pedido.

—Es que... los veo muy bien para haber sufrido una ventisca.

—Estuve en la calle, John, no de escalada en el Ben Nevis. Además, me los quité en cuanto llegué a casa.

—Mmm... —dijo él, examinando con recelo el contenido de la bolsa.

—¿Qué?

—Ya he echado un vistazo al registro de llamadas de Carver, y enseguida he detectado una anomalía.

Ruth sintió miedo por un momento. «No sabe lo que has estado haciendo», se dijo, abriendo mucho los ojos e ignorando los remordimientos.

—Genial —respondió—. ¿Algo que me pueda servir?

—Algo que tú me puedes explicar. —Lo miró fijamente a la cara y se repitió: «No lo sabe»—. En tu informe, dices que Greg te llamó a las 23.25, pero, en realidad, te llamó veinte minutos antes.

—Ah, ¿sí?

—Ruth, ¿qué es lo que pasa? —preguntó John.

—Ahora mismo no sé ni dónde tengo la cabeza, John. —Las arrugas y los surcos del rostro del policía se realinearon en una expresión compasiva, y Ruth se encogió de hombros, incluso sonrió un poco—. Nevaba, había que conducir despacio.

Él levantó un dedo, otra pregunta se formulaba en sus labios.

Ella se miró el reloj.

—Perdona, John, tengo que irme: el jefe me quiere presentar a mi nuevo inspector.

La distracción funcionó.

—¿Ya? —inquirió John—. Pues sí que se ha dado prisa...

—Piensa que volvemos a tener acorralado al asesino de las espinas.

—¿Sabe que ese tipo se ha llevado los archivos de Carver?

Ruth se mordió el labio.

—Aún no le he dicho que los archivos han desaparecido.

—Tienes que empezar a comunicarte con tus superiores, Ruth.

—Lo sé —dijo ella, pensando en que debía poner mucha atención precisamente en lo que comunicaba—. Entonces, ¿no hay indicios de que hubiera nadie más en el apartamento de Carver?

—Solo la pisada —dijo él, levantando la bolsa de pruebas que contenía los zapatos. Su rostro se ensombreció—. Ese hombre es un fantasma —añadió—. Hemos registrado hasta el último centímetro del apartamento y no hay indicio de que haya estado allí nadie más que Greg.

Eso se aproximaba peligrosamente a la verdad, así que Ruth le dedicó una mueca compasiva y le deseó suerte, luego se fue a hablar con el comisario Wilshire.

## Día 3

Nochevieja. En BBC News, están pasando un reportaje sobre el asesino de las espinas. Casi todas las noticias de los últimos días han sido sobre Carver: un vídeo en bucle del cordón policial a la puerta de su apartamento; informes sobre su estado, «crítico pero estable»; conferencias de prensa con requerimiento de colaboración ciudadana... Pero, como no se ha recibido ninguna información y el estado de Carver no ha variado, el interés de la prensa se ha centrado de nuevo en los asesinatos.

El protagonista del programa sorbe café y observa, consciente de que está haciendo historia.

«Hace nueve días que se encontró el cadáver de Kara Grogan —sentencia el reportero, con una solemnidad próxima a la sinceridad—. Al parecer, es la quinta víctima del llamado “asesino de las espinas”.»

Aparecen en pantalla imágenes de las cinco mujeres, una detrás de otra.

«Siguiendo un patrón que ha empezado a resultar estremecedoramente familiar, Kara, alumna de la LIPA, la escuela de artes escénicas de Liverpool, desapareció casi tres semanas antes de que la encontraran muerta —prosigue el reportero—. La policía cree que estaba viva hasta poco antes de que se hallara su cadáver en Sefton Park, en una zona conocida como “la Cañada de las hadas”.»

Mientras el reportero habla, se muestran unas imágenes del peñasco y el árbol donde se halló a Kara, cuya base se encuentra ahora forrada de flores envueltas en papel de celofán, algunas medio enterradas por la nieve. La cámara retrocede para mostrar una cascada, rematada por pintorescos ventisqueros en sus afloramientos rocosos y unos cuantos carámbanos centelleantes colgando de las formaciones rocosas más elevadas.

Kara ha sido la víctima cuyo escenario estaba más trabajado. El fondo era dramático; la vestimenta, la luz, el maquillaje, concebidos y ejecutados de forma brillante. La escarcha de esa noche había realzado la escena, convirtiendo en verdaderamente exquisito algo que ya era hermoso.

«Como sucedió con las otras cuatro víctimas, el cuerpo de la señorita Grogan estaba completamente cubierto de tatuajes que, según cree la policía, se hicieron utilizando espinas afiladas.»

La víctima tenía la piel tan clara que parecía que la tinta flotaba sobre ella, de modo que los ojos grabados en la carne casi daban la impresión de estar vivos, activos.

El escenario nevado de la cañada se funde con una fotografía de Kara Grogan al lado de una imagen reciente de Emma Carver, muy oportunamente acompañada de un pie de foto que indica su nombre y su relación con el inspector Greg Carver, al que se describe como «el detective a cargo de la investigación de los asesinatos». La fotografía de Emma se ha retocado para que parezca más joven, pero, aun sin los retoques, las dos mujeres son asombrosamente parecidas.

El reportero hace un refrito de cómo se colocó el cuerpo de Kara, de cómo estaban las demás, en un sitio donde se las encontrara enseguida.

«Solo que, en esta ocasión, se envió un mensaje al inspector Carver desde el móvil de Kara Grogan con una fotografía de la escena e instrucciones sobre dónde encontrarla.»

Aunque pone cara de circunstancias, no puede contener del todo la emoción y añade: «Una fuente confidencial nos ha revelado hoy que, cuando la encontraron, Kara llevaba puestos unos pendientes que, según las pruebas de ADN, pertenecían a la señora Carver».

Muestran entonces una fotografía de los pendientes etiquetados, para mayor claridad, como «el mismo diseño» que los que llevaba Kara cuando la encontraron.

—Vaya...

Eso es nuevo. Alguien le ha dado un soplo a los medios. El asesino experimenta una vez más la rabia intensa que sintió al descubrir que a Carver le habían disparado. Con los pendientes, pretendía hacer reflexionar al inspector, no proporcionar un motivo de chismorreo a la opinión pública.

«En un giro inesperado de los acontecimientos, hace dos días al inspector Carver le dispararon en su propio domicilio. La policía señala que no se descarta que la agresión pueda estar relacionada con el llamado caso del “asesino de las espinas”.»

A continuación, muestran una conferencia de prensa en la que el inspector Jansen vomita las perogrulladas de rigor sobre la objetividad policial y la inutilidad de la especulación y termina con una solicitud de colaboración ciudadana.

Su ruego no parece haber calado en los medios. La hipótesis más popular

hasta la fecha es que el inspector Carver estaba a punto de descubrir quién era el asesino de las espinas y le ha faltado poco para convertirse en su sexta víctima. De un disparo. ¿Cómo podían comparar la gruta de Kara con el espantoso desastre del apartamento de Carver y atribuirle el trabajo a la misma persona? Resultaba insultante, ofensivo.

«El inspector Carver continúa en estado crítico, bajo vigilancia veinticuatro horas en el Centro de Neurociencias de Aintree, a las afueras de Liverpool», informa el reportero.

Es del dominio público que a Carver lo han trasladado por vía aérea al centro neurológico, pero resulta algo desconcertante, porque el asesino es uno de los pocos que sabe con certeza que al inspector le dispararon en el pecho.

«Además, la policía de Merseyside ha puesto a la esposa de Carver bajo protección armada.»

—¿En serio!

El locutor se vuelve hacia la izquierda y presenta a un comisario retirado de la Policía Metropolitana y a un psicólogo forense de avanzada edad. El expolicía explica que las similitudes físicas entre Kara y Emma Carver y, lo más estremecedor, la coincidencia del ADN de los pendientes con el de la señora Carver implican que la policía de Merseyside debería considerar la probabilidad creíble de que peligre la seguridad de la esposa del inspector.

—Vamos, no fastidies...

De hecho, la policía se niega a hacer comentarios sobre esa especulación, pero el periodista pide al anciano psicólogo forense su opinión sobre las nuevas pruebas. El hombre, entre gruñidos y sibilancias, ofrece una explicación básica sobre la transferencia, hace un torpe intento de aderezarlo de jerga psicológica sobre la «identificación errónea del objeto», identificación errónea que sufre él, que parece asociar involuntariamente a todo el género femenino con la palabra «objeto».

El caso es que no ha habido identificación errónea. A Kara la eligió como facsímil de Emma Carver en los primeros años de su matrimonio. Kara no pretendía ser una amenaza para Emma, sino un mensaje para Carver.

El psicólogo continúa:

—El asesino podría estar viendo en Emma una figura odiada de su infancia.

—Venga ya...

—Además, al elegir una víctima tan parecida a la esposa del inspector Carver, podría estar amenazando lo que más le importa a Greg Carver porque él, el asesino, se sentía particularmente amenazado en ese momento.

—Excelente razonamiento: si no es X, a lo mejor es Y, y si no es Y, igual es Z. —La BBC debía de estar muy desesperada para pedir la opinión de ese

fanfarrón decrepito—. Y, por cierto, listillo, ¿«amenazando lo que más le importa a Greg Carver»? Ese comentario es de lo más machista.

Kara no pretendía ser una amenaza, sino una forma de recordarle a Carver que su mujer aún le importa. Y, a juzgar por la reacción del inspector la noche en que encontró el cadáver de Kara, el mensaje había llegado alto y claro, al menos a la persona a la que iba destinado.

Cuando el viejo empieza a parlotear sobre «asignaturas pendientes» y sobre la importancia de las espinas como objetos de penetración, llega el momento de agarrar el mando a distancia. Pero, de pronto, muestran nuevas imágenes de la sargento Lake saliendo del hospital y el asesino se detiene, con el dedo suspendido sobre el botón de apagado. Los periodistas le gritan las típicas muestras de preocupación y le preguntan por el estado de salud del inspector.

—Sargento, ¿ha sido el asesino de las espinas quien ha disparado al inspector? —se oye bramar a una voz más potente que las demás.

En ocasiones anteriores durante los dos últimos días, la sargento Lake ha ignorado las preguntas de la prensa, pero esta vez se detiene.

—No estoy cualificada para comentar el estado de salud del inspector —dice—. Y tampoco estoy directamente implicada en la investigación de su caso. —«La oficina de prensa te ha aleccionado, ¿verdad, querida?»—. El equipo designado investigará todas las posibilidades —prosigue—. Es demasiado pronto para comentarlo, y no sirve de nada especular, pero tengo plena confianza en que la persona que ha hecho esto recibirá su castigo.

Lake concluye el intercambio despidiéndose bruscamente con una cabezada y se abre paso entre la multitud de periodistas sin mirar siquiera de reojo.

—Estás diciendo lo que tienes que decir, pero no crees ni una palabra. ¿Es porque no confías en el inspector jefe Jansen o porque sabes algo que estás ocultando?

El rebobinado y la reproducción no bastan para desentrañar el misterio, pero algo es seguro: Ruth Lake dice una cosa, pero su pose y sus gestos dicen otra muy distinta.

¡Qué maravilla! La sargento Lake se vuelve más intrigante con cada encuentro.

## Día 5

El adosado de Ruth Lake en Wavertree estaba a escasa distancia del apartamento, mejor ubicado, de Carver, pero bien podía haber estado en otro planeta. La casa había sido de sus padres, una vivienda municipal en alquiler con opción a compra que ellos habían adquirido en los años ochenta. A su espalda, había otra fila de edificios eduardianos de ladrillo rojo y otra decena de calles como la suya.

La entrada de servicio, que ocupaba todo el largo del callejón, tenía el ancho justo para sacar allí los contenedores con ruedas los días de recogida de basuras. Durante un tiempo, a finales de los noventa, habían tenido un problema con los drogadictos que hacían cola en el callejón para recibir su dosis de los camellos de esa calle. A Ruth, que no era más que una niña por aquel entonces, le advirtieron que nunca atajara por el callejón. Ella prometió que no lo haría, pero, por supuesto, incumplió su promesa, y fue testigo de una pelea entre dos yonquis que terminó con uno de ellos muerto de un navajazo. Un juicio, un par de desalojos y las verjas colocadas en puntos estratégicos de los callejones para limitar el acceso habían terminado limpiando la calle de camellos, y ahora la zona ya se consideraba un lugar seguro para formar una familia.

Por detrás, se había agregado una ampliación de dos plantas que alojaba la cocina y el baño y ocupaba casi todo el diminuto jardín trasero, pero Ruth había plantado lo que había podido en la franja restante. En primavera, los márgenes estaban repletos de azafrán y narcisos, mientras que, en verano, la madreselva trepaba por los muros e impregnaba el aire de un perfume embriagador.

En esos momentos, en cambio, su jardín estaba enterrado bajo veinte centímetros de nieve. De pie en el escalón de la puerta trasera, tembló de frío y le dio una calada al cigarrillo electrónico. Hacía meses que no lo necesitaba, pero el estrés y el miedo a que se descubrieran sus mentiras le habían producido una necesidad irresistible de nicotina. El colmo había sido ver a aquel policía en el hospital, soltando humo como una locomotora; le habían dado ganas de

preguntarle si tenía uno para ella. Había resistido, por poco, la tentación de parar en el kiosco de prensa a comprar una cajetilla de los de verdad, pero, más tarde, había sucumbido a la tentación del cigarrillo electrónico. Otra promesa rota.

—Lo siento, mamá —susurró, expulsando el vapor hacia el cielo.

Eran las seis de la mañana y aún era de noche, salvo por los rectángulos de luz que escapaban por las cortinas de los dormitorios de las casas del otro lado del callejón.

Desde que el comisario Wilshire se lo había presentado, Ruth había conseguido esquivar al inspector Parsons, a quien habían reclutado para que llevase el caso del asesino de las espinas. Había pasado buena parte de los últimos dos días leyendo los informes de procedimiento y los archivos policiales de Greg Carver, para ponerse al día.

Toda esa documentación se definía en el reglamento como elemento esencial para la toma de decisiones del oficial responsable de la investigación. Sin embargo, en el año que llevaba trabajando con Carver, y sobre todo en los últimos cuatro meses, Ruth lo había visto constantemente tomar decisiones en caliente y justificarlas *a posteriori*. En realidad, sus anotaciones eran una risa, e imponían una falsa lógica a las medidas tomadas de forma intuitiva y a veces aleatoria. De modo que, mientras su nuevo jefe se enfrascaba en la lectura del registro casi ficticio de la investigación que Carver llevaba, Ruth se familiarizaba con sus archivos oficiosos.

Vio que se encendía la luz de la cocina de la casa de al lado y, como no le apetecía charlar con la anciana Peggy, apagó el cigarrillo electrónico y entró a prepararse un café con la máquina que se había dado el capricho de comprar en las rebajas prenavideñas. Calentándose las manos con la taza, se sentó a la mesa y contuvo un bostezo.

Carver había investigado mucho sobre Kara, y había encontrado vídeos de YouTube, *podcasts* de SoundCloud y grabaciones y lecturas vinculadas a un sitio web de WordPress que la joven estudiante había montado ella sola.

Ruth abrió el portátil y siguió uno de los enlaces a una grabación de YouTube titulada «Kara Grogan interpreta a lady Macbeth, escena de la sonámbula (ensayo general)», hizo clic en la imagen y se sentó a verlo.

Aunque se trataba de una obra de fin de curso, grabada en penumbra y con un audio de escasa calidad, el talento de aquella joven era hipnotizador.

Con ojos vidriosos y cara de espanto, escudriñó las profundidades tenebrosas del infierno, sosteniendo una mano inmaculada ante la llama de una vela, y susurró: «Ni todos los perfumes de Arabia purificarán esta pequeña... mano... mía...».

Sus compañeros, sentados en semicírculo a su alrededor, se revolvieron

nerviosos en sus asientos cuando ella inició una suave exhalación que después aumentó de volumen hasta convertirse en un gemido de angustia. Uno de ellos se encogió en la silla cuando se dirigió a él, lo reprendió por estar tan pálido y lo instó a que se fuera a la cama. «Ven —le dijo—. Ven, ven, ¡ven!»

Desconcertado, el joven miró a los compañeros que tenía a los lados. Por un instante, incluso dio la impresión de que iba a aceptar la mano que ella le tendía. Pero la joven se volvió bruscamente, agarró la vela y barrió el semicírculo con ella, que se consumió entre llamaradas ante los rostros de los que ocupaban la primera fila. Un espaviento, un murmullo de inquietud del público, luego la vela se apagó y ella se perdió en la oscuridad murmurando: «¡A la cama, a la cama!».

Un fundido en negro y después una fotografía de Kara, sonriente, con las fechas de su nacimiento y su muerte en sencillas letras blancas debajo de la imagen.

Ruth se estremeció, y no de frío.

Con la imagen de Kara aún fresca en la memoria, retomó los archivos de las autopsias. Kara Grogan, Jo Raincliffe, Hayley Evans, Evie Dodd, Tali Tredwin.

Tali había sido la primera: su cadáver se había encontrado hacía ya casi doce meses, a principios de enero. A Tali le habían marcado los hombros con círculos y espirales, a modo de tatuaje ceremonial maorí. En el centro de algunos de los círculos había un ojo, cerrado o entornado. El tatuaje estaba sin terminar, abandonado cuando el asesino había empezado a grabar una nueva espiral desde el rabillo de uno de los ojos entornados, como si hubiera perdido interés, o lo hubieran distraído en plena tarea y nunca la hubiese retomado.

Lo de las otras mujeres era muy distinto. Aunque en la cara no tenían señales, era imposible encontrar un solo centímetro cuadrado del resto de su piel que no estuviera tatuado. El tronco, los brazos, las piernas, las manos, hasta las plantas de los pies, estaban cubiertos de tatuajes dibujados toscamente: flores, árboles, círculos, nudos celtas, serpientes... En los huecos, cabezas sobre cuellos alargados, u ojos en los extremos de largos tallos. Algunos de los ojos estaban cerrados, otros abiertos. La tinta se había aplicado muy profundamente, y se había extendido por los tejidos subcutáneos y creado una especie de emborronamiento alrededor del dibujo, un «reventón», como lo llamaban los tatuadores, un error de aficionado.

La piel de las víctimas se había perforado manualmente, no con una máquina; miles de heridas minúsculas y dolorosas, fruto de punciones e inyecciones de tinta durante días y semanas para crear el dibujo deseado. Dos de las víctimas presentaban indicios de reacción alérgica y algunas de las marcas se habían infectado. El sufrimiento debía de haber sido insoportable. Los restos diminutos de astillas leñosas hallados en las heridas de las punciones demostraban que el

asesino había utilizado algún tipo de espina vegetal. Una semana después, apareció el primer titular sobre el «asesino de las espinas».

Los patólogos habían extraído, con gran dificultad, diminutas astillas de espinas de la piel de las tres primeras víctimas y las habían enviado al Instituto de Biología Integrativa de la Universidad de Liverpool para su identificación. El progreso había sido lento, debido a la pequeña cantidad de material de que disponían y a que el tejido leñoso apenas contiene ADN, pero, para abril, ya sabían que el asesino había usado espinas de *Berberis* para inyectar la tinta a las dos primeras víctimas.

No había vínculo aparente entre los lugares donde las habían abandonado, pero los rastros encontrados parecían indicar que las habían retenido, y matado, en un mismo sitio. En un lugar frío y húmedo, probablemente subterráneo, porque los patólogos habían hallado el mismo tipo de esporas micóticas en las vías aéreas de las víctimas. La causa de la muerte era la asfixia, pero la forma y el modo precisos aún se desconocían. A todas ellas, salvo a Tali, las habían mantenido vivas durante semanas.

El análisis químico había revelado que la «tinta» era, en realidad, una tintura natural que los tatuadores profesionales se negaban a usar por las reacciones alérgicas que podía producir y las cicatrices que podía dejar. El asesino había completado los tatuajes de la segunda víctima, Evie Dodd, pero el resultado le recordaba a Ruth los trabajos mal hechos que había visto en prisiones a lo largo de los años: sucios, primitivos, con la tinta corrida.

No hacía falta ser un experto para observar que los tatuajes de Hayley Evans demostraban una mayor habilidad, con menos tinta en el tejido cutáneo adyacente, mayor definición y dibujos más densos.

«Práctica», había dicho alguien.

«Diez mil horas de práctica», había sugerido un gracioso.

Pero había sido un botánico quien les había dado una explicación más verosímil: el asesino había cambiado una herramienta imperfecta por algo más sofisticado.

Solo unos cuantos miembros del equipo de investigación sabían que había utilizado espinas de un arbusto que crecía en millones de jardines de todo el país y, de momento, habían logrado ocultar esa información a la ciudadanía.

El cadáver de Hayley Evans se había encontrado en junio y, dos meses después, Ruth Lake y Greg Carver volvían al instituto biológico de Brownlow Hill. La doctora Grace Furlong, la botánica que había realizado la identificación inicial, había estado trabajando con muestras extraídas de Hayley Evans. Era finales de agosto, el día era cálido y húmedo. El calor rebotaba en el asfalto del aparcamiento y duplicaba el efecto del sol de finales de verano, por lo que Ruth

se quitó la cazadora en cuanto abandonó el confort del aire acondicionado del coche.

—¿No ha dicho de qué se trata? —preguntó Carver.

—Solo que era «importante» —contestó Ruth.

El sitio estaba tranquilo y tuvieron que rodear el edificio hasta la entrada principal y luego llamar al timbre para que los dejaran pasar a recepción. La doctora Furlong llegó en menos de un minuto. Era una mujer bajita y enjuta, de pelo negro rizado algo canoso, y con una energía que parecía desprenderse de todo su cuerpo. Los llevó hasta el ascensor y les agradeció que se hubieran personado allí.

—Parecía importante —dijo Carver.

—Creo que lo es —contestó ella, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Pasen, por favor.

Los condujo a un pequeño laboratorio. Entre otra parafernalia, una tableta conectada a la carcasa de un microscopio digital mostraba una platina que revelaba una pila de estructuras tubulares teñidas de rojo rosáceo.

—¿Es esa la espina? —preguntó Ruth.

—Eso —respondió la doctora Furlong— es una sección longitudinal, es decir, un corte a lo largo, de un fragmento minúsculo de la espina de *Berberis stenophylla* que hallamos en el tejido cutáneo de la señorita Tredwin. Las estructuras teñidas de rosa son fibras leñosas.

—Muy bien... —dijo Carver.

La doctora retiró hábilmente la primera platina, la reemplazó por otra y enfocó enseguida la imagen.

—Y esto es un fragmento de la espina que nos ha llegado de la víctima más reciente.

Ruth Lake y Greg Carver se encontraban hombro con hombro, examinando la imagen proyectada desde el microscopio en la pantalla de ocho pulgadas de la tableta.

—¿La escala es la misma? —preguntó Ruth.

—En efecto. —Pareció deleitarla la pregunta—. Una escala de 2:20.

—Estas fibras parecen más oscuras, agrupadas en mayor número.

—¿Ajá? —dijo Furlong, mirando a Ruth a la cara, con los ojos brillantes, inquisitivos.

La sargento notó que a Carver lo estaba irritando el goteo de información, pero a ella le encantaba. Volver al laboratorio le recordaba todo lo que había disfrutado de su trabajo anterior en la Científica.

—Entonces..., ¿es de una planta distinta? —se aventuró a decir.

La especialista sonrió y asintió enérgicamente.

—Así es.

Rodeó el banco de trabajo hasta un estereomicroscopio y los invitó a que echaran un vistazo. A diferencia del microscopio digital, el estereomicroscopio estaba pensado para observar especímenes enteros con un aumento comparativamente bajo. Aquel era de quince aumentos. El aparato no estaba conectado a ningún proyector, de modo que Ruth miró primero.

—He montado muestras de ambas espinas una al lado de la otra —dijo la doctora.

Ruth ajustó el enfoque. La espina de la izquierda era relativamente más corta y algo ganchuda, teñida de naranja por la punta. La identificó con la *Berberis stenophylla*, la que el asesino había utilizado con las dos primeras víctimas. La otra era más oscura, más leñosa, cuatro veces más larga que la *Berberis* y recta como una daga, de aspecto siniestro.

—Tiene una pinta horrible —dijo Ruth, y se apartó para dejar sitio a Carver.

—¿Verdad? —dijo la doctora, enarcando una ceja.

Luego se dirigió a una mesa cercana y le entregó a Ruth un recipiente de plástico. En su interior había una rama fina de color bermejo, de la longitud de su antebrazo, pero del grosor de un dedo.

—Esto es un *Pyracantha angustifolia*, un espino de fuego —le indicó la doctora.

Ruth lo sacó del recipiente. Del tallo brotaban racimos de bayas de color rojo fuego, entre las hojas de un verde lustroso, y en el tallo principal había brotes laterales cargados de espinas. Estas, de tres centímetros de longitud, aparecían a intervalos a lo largo de las ramitas y en ángulos tan diversos que era casi imposible sostenerlo sin clavarse nada.

—Entonces, ¿esto es lo que ha utilizado con Hayley Evans? —preguntó Carver.

—El análisis de ADN lo confirma —respondió la doctora Furlong.

—¿Y por qué ha cambiado? —Carver miró ceñudo la rama—. ¿Por comodidad? —La doctora ladeó la cabeza, pero no dio su opinión—. ¿Esta cosa es infrecuente?

—El *P. angustifolia* se planta menos en el Reino Unido que el *Berberis* y no es tan popular como otras especies de *Pyracantha*.

—Presiento que se avecina un pero.

La doctora agachó la cabeza, como disculpándose.

—Crece en todas partes y se puede conseguir fácilmente.

Con lo que no les valdría para reducir la búsqueda a una zona concreta.

Ruth, que seguía examinando la rama, se pinchó con una espina y puso cara de dolor.

—A lo mejor solo quiere infligir más dolor... —dijo, chupándose la sangre del dedo.

—No sabría decirles —opinó la doctora—. Pero sí que he hecho un par de pruebas prácticas rápidas: la espina de *Pyracantha* se dobla y se rompe menos que la de *Berberis* cuando uno intenta clavarla en una sustancia de resistencia similar a la piel humana.

—Así que tenemos un asesino en serie pragmático, que perfecciona su técnica y mejora las herramientas de su oficio —murmuró Ruth, girando la rama con cuidado y estudiando atentamente el largo brote lateral—. Como bien podemos ver...

El brote lateral terminaba en una espina de cinco centímetros.

—Espeluznante, ¿verdad? —dijo la doctora.

Ruth la tanteó con la yema del dedo índice; era afilada.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Carver.

La sargento echó un vistazo por el laboratorio y vio unas tijeras de podar.

—¿Puedo...? —La doctora Furlong se las dio y Ruth cortó el brote del tallo principal. Tenía unos quince centímetros de largo y cuatro espinas laterales, además de la del extremo—. Si las arranco...

Hizo girar el brote, recortando todas las espinas laterales y dejando solo la espeluznante aguja del extremo del tallo. Luego, apuntando hacia abajo, la asió con el índice y el pulgar como si fuera un bolígrafo.

—Te acabas de fabricar un punzón —dijo Carver.

La doctora Furlong rio.

—Ingenioso.

A Carver no pareció agradarle el entusiasmo de la especialista por el arma elegida por el asesino, pero eso se debía a que él era policía, no científico.

—Se sujeta bien —observó Ruth, y se lo ofreció a su compañero para que probara—. Con esto controlaría mejor la profundidad de la punción; eso explicaría por qué en los tatuajes de Hayley se había corrido menos la tinta.

—Convendría que hablaran también con un toxicólogo —dijo la botánica.

—¿Por? —preguntó Carver.

—En la solicitud enviada al laboratorio, mencionaban que las víctimas murieron de asfixia.

Carver levantó la barbilla, como confirmando ese dato.

—El género *Pyracantha* produce ácido cianhídrico, en pequeñas cantidades y principalmente en las bayas —explicó la doctora—. Aun así, merece la pena tenerlo presente porque puede ocasionar fallo respiratorio, y hasta la muerte.

El inspector miró a la sargento. Aquel parecía un momento importante, incluso un punto de inflexión. La analítica estándar de tóxicos realizada tras una

muerte sospechosa cubría un espectro bastante limitado de venenos de uso corriente. Podría llevar semanas, incluso meses, buscar toxinas menos comunes, y cada vez que el laboratorio realizaba una analítica utilizaba parte de las muestras de fluidos corporales de la víctima, por lo que había que ser selectivo. Ese nuevo dato permitiría a los técnicos del laboratorio buscar una toxina específica, les proporcionaba una zona en la que centrarse.

Lamentablemente, el toxicólogo se encontró con dificultades ya antes de iniciar el análisis porque, según les dijo, el ácido cianhídrico solo se detectaba en un cadáver durante los dos o tres días posteriores a la muerte. Aún quedaba un rayo de esperanza: había un estudio reciente que asociaba los niveles altos de una sustancia química llamada ACTA en el tejido hepático de las víctimas de envenenamiento por ácido cianhídrico. Esa sustancia, por lo visto, permanecía en el tejido hepático durante semanas, y hasta meses, de modo que podía utilizarse como biomarcador estable.

Sin embargo, una vez más sus esperanzas se vieron frustradas: aunque el hígado de las víctimas ciertamente revelaba signos de inflamación, los niveles de ACTA eran normales.

Cuando en septiembre apareció la cuarta víctima, Jo Raincliffe, Carver pidió al forense que buscara de inmediato indicios de envenenamiento por ácido cianhídrico y que lo incluyera en el análisis de tóxicos inicial, hasta consiguió un permiso para acelerar la obtención de los resultados. Pero la analítica dio negativo.

Saber que el asesino de las espinas había ideado una herramienta nueva y más precisa a partir de los tallos de *Pyracantha* tendría que haberles servido para conocer mejor su método y su psicología, pero, al final, solo sirvió para demostrar que era un tipo flexible.

A las siete de la mañana, Ruth ya tenía una lista de pruebas de laboratorio cuyos resultados aún esperaban y había enviado correos electrónicos solicitando información actualizada. Las fiestas lo habían ralentizado todo, aun para un caso de suma importancia como el suyo. Había procurado no dar la lata al laboratorio durante la semana de Navidad, pero ya era 2 de enero, los festivos oficiales habían pasado y no veía por qué refrenarse más. Lo primero de su lista eran los restantes análisis de tóxicos. Pese a que el forense había descartado que el cianuro fuese el causante de la asfixia, el que no hubiera indicios de lucha ni traumatismos en ninguno de los cadáveres lo había convencido de que se había empleado algún tipo de neurotoxina. Aún debía determinar cuál y cómo se había administrado.

Solo unos días antes de que dispararan al inspector Carver, Ruth le había planteado una pregunta: dado que el asesino estaba tan obsesionado con los tatuajes, ¿qué posibilidades había de que hubiera inyectado veneno a las víctimas, mezclado con la tinta, para tatuarlas?

Había hablado con Darshan Singh, un toxicólogo con el que había trabajado cuando estaba en la Científica, y a este le había gustado la idea. Un veneno aplicado a las capas más superficiales de la epidermis por medio de una punción poco profunda actuaría más lentamente que una inyección en vena. Pero, para poder aislar las toxinas, necesitaría tejido epidérmico de los tatuajes más recientes, los de Kara. Carver había dado su visto bueno a la extracción de muestras y al coste de las pruebas. El análisis de tóxicos podría ser lentísimo, pero, de todas formas, le mandó un correo electrónico a Singh para que la informara y luego se puso a revisar las anotaciones de Carver sobre los interrogatorios realizados a los compañeros de clase de Kara.

Si se lograba determinar cuándo y dónde se había visto a una persona por última vez, uno sabía con quién debía hablar. Cuando interrogaba a los testigos, Ruth estaba deseando oír: «A lo mejor no tiene importancia, pero...». Esa frase siempre le producía un escalofrío de emoción. Un comentario desechable, un suceso sin importancia aparente podía ser la chispa que reavivara un caso que empezaba a quedarse frío, incluso podía señalar el camino hacia el escenario

principal, a todas las pruebas que hasta la fecha hubieran pasado inadvertidas.

Carver había preparado un sumario de todos los interrogatorios realizados por el equipo de detectives asignado al caso y había resaltado las frases usadas más a menudo con todo un arcoíris de rotuladores fosforescentes, como si utilizara un método propio de análisis de patrones lingüísticos.

—Joder, Greg —masculló. Era un milagro que su compañero hubiera tenido tiempo de dormir.

Había resaltado una frase en fucsia: «Kara era discreta y reservada».

Y había escrito al margen: «¿Por qué “reservada”, por qué no “callada” o “tímida”?». Más adelante, en el mismo documento, cuando la frase volvía a aparecer, había garabateado: «¿Ensayado?». Media página más abajo había escrito: «¡¿La línea oficial?!».

En las transcripciones de los interrogatorios, se seguía describiendo a Kara como «discreta» y «poco comunicativa».

Los comentarios de Carver empezaban a ser garabatos casi ininteligibles: «¿Se aislaba a propósito?», y luego: «¿Quién movía los hilos?». Y más adelante aún: «¡Volver a hablar con estas niñas!».

Supuso que Carver estaba como una cuba cuando escribió eso: los límites de su paciencia siempre habían sido inversamente proporcionales a su ingesta de alcohol. Pero entendía por qué lo decía: daba la impresión de que todos se esforzaban por decir algo amable de Kara y terminaban soltando trivialidades. Tendría que hablar ella misma con los compañeros de Kara.

Volvió a mirar las fotografías de la víctima, sentada en la gruta debajo del árbol, con el suelo cubierto de nieve, los carámbanos de hielo brillando en las rocas de debajo de la cascada, la escarcha de las pestañas... Parte de esa «escarcha» había resultado ser purpurina casera. Había prevista nieve para esa noche, pero, a lo mejor, el asesino había querido asegurarse de conseguir el efecto deseado, no dejar nada al azar.

A diferencia de la mayoría de las víctimas de asesinato, a las que a menudo se negaba una muerte digna, las del asesino de las espinas siempre iban vestidas con esmero, y las dejaba en una pose serena, dispuestas artísticamente.

«¿Artísticamente? ¿En serio?» Ruth volvió a examinar las fotografías de Kara; podría ser una puesta en escena teatral: la dama de hielo en su gruta.

«Sí, ciertamente era artístico.»

Cuando Ruth estaba empezando su formación forense, uno de sus profesores los instó a todos a que hojearan *Las aventuras de Sherlock Holmes*. Ella, que era una alumna aplicada, se había leído la colección completa. Eso había sido hacía más de diez años y muchas de las historias se habían fundido en una gran nebulosa, pero, de vez en cuando, recordaba alguna frase, como: «Lo

excepcional es casi siempre una pista». El que el asesino se esmerara tanto en preparar a las víctimas era, desde luego, algo «excepcional» en el sentido clásico de inusual. No era el prototipo de asesino para el que las mujeres eran juguetes; la forma en que trabajaba con sus víctimas y el modo en que las dejaba después revelaban cierto nivel de desvelo. Su conducta contradecía las normas de comportamiento del asesino en serie. Medio, método y disposición eran «excepcionales». Y lo más excepcional de todo era que hubiese elegido a Kara.

Ruth Lake fue en busca del nuevo inspector jefe, por primera vez desde que lo había conocido.

Eran las 7.45 cuando llegó a Canning Place, y el inspector Parsons ya estaba en su despacho, leyendo todavía los archivos de Carver y recopilando anotaciones. Parsons tenía cuarenta años y un aspecto agradable; vestía con la sobriedad de un vendedor de seguros y era tan serio como un empleado de funeraria. En su escritorio había dispuesto cinco pilas bien organizadas de documentos, una para cada una de las víctimas. Delante tenía el cuaderno de espiral, tamaño folio, de Carver, y un bloc de hojas amarillas rayadas a la derecha. La página visible ya estaba repleta de su letra apretada y perfecta.

Parsons miró a Ruth, algo distraído, o quizá pasmado de ver la montaña de papeles que ya había gestionado. Fue directo al grano.

—He observado algunas... anomalías en mi auditoría.

«Madre mía, tenemos un policía al borde de la muerte y una nueva víctima de asesinato recién ingresada en el depósito de cadáveres y está haciendo una auditoría.»

Ruth había conocido a otros como él: siempre al tanto de la legislación más reciente, entusiastas de los protocolos y de los procedimientos, meticulosos con la burocracia. Los policías como Parsons memorizaban los manuales como si esperaran que en cualquier momento fuesen a hacerles un «examen sorpresa». Parsons tenía un ratio razonable de casos resueltos porque la mayoría de las veces los protocolos funcionaban, pero no era de los que asumían riesgos o tenían corazonadas, y a veces, en los altos mandos policiales, se necesitaban ambas cosas.

—Algunos de estos datos no concuerdan, sargento —dijo en tono acusador.

Ruth adoptó una expresión neutra.

—Ah —contestó, sin invitarlo a que le hiciera más confidencias.

Él tamborileó con petulancia en su bloc de notas.

—Bueno, ¿qué me dice al respecto?

—Seguro que el inspector Carver se lo aclarará, cuando pueda —contestó, mirando fijamente más allá de la oreja izquierda de su jefe a una escarpia vacía que había en la pared.

—¿No hablaban el uno con el otro?

—Todos los días, señor.

Recordó lo que había antes en aquella escarpia de pronto vacía: una fotografía que Greg había hecho de Striding Edge, desde lo alto de Helvellyn, en el Lake District. En el suelo, junto al escritorio, había una caja de cartón con las fotografías del inspector Parsons. Al parecer, su nuevo jefe pensaba instalarse allí una buena temporada.

—Estoy esperando una respuesta, sargento.

—¿A... qué, señor?

—¿A qué demonios jugaba Carver?

Ella frunció el ceño, aún centrada en la escarpia de la pared.

—Me temo que va a tener que ser más específico.

Asqueado, soltó un resoplido.

—Si era tan obtusa con él, no me extraña que la tuviera al margen.

Ruth ignoró la ofensa y él suspiró hondo. Esperó y, por fin, el inspector levantó la vista, como sorprendido de encontrarla todavía en su despacho.

—¿Quería algo, sargento?

—He pedido al laboratorio que me informen del estado de las pruebas —dijo, sabiendo que eso apelaría a la necesidad de orden de Parsons, que, a regañadientes, dio su aprobación con una cabezada—. Y he estado pensando en Kara Grogan.

—La quinta víctima —dijo él, mirando la pila correspondiente de su escritorio.

—La estudiante —repuso ella—. Kara no es el tipo físico del asesino, y eso es una anomalía —añadió. Él la miró fijamente, explorando su rostro en busca de algún indicio de burla. Ella prosiguió, sin complacerlo—. Kara era como una fotografía sin positivar del tipo del asesino, de piel clara y pelo rubio, mientras que las otras...

—Sí, he leído los archivos —la interrumpió—. Sé que eran morenas, mayores y todo eso. Pero seguramente eligió a Kara porque se parecía a la esposa de Carver. La vistió para que se asemejara a ella, incluso los pendientes eran de Emma Carver.

—Si hubiera pretendido algún tipo de amenaza con el asesinato de Kara, lo lógico habría sido que buscara el máximo impacto: que la atrapara, la matara y se deshiciera del cadáver enseguida —dijo Ruth—. Pero no lo hizo. El forense piensa que pudo tenerla retenida unas cinco semanas. Y se esmeró con ella más que con las otras: con los tatuajes, usando una tinta distinta, vistiéndola, preparando la «escena».

—Fue algo personal —razonó Parsons—. Carver se había acercado

demasiado. Pretendía desequilibrar al inspector, y la investigación.

—La primera vez que Carver supo de la existencia de Kara fue cuando le dijeron dónde podía encontrar el cadáver.

—Táctica de choque —dijo Parsons—. Demuestra que tengo razón.

—Pero, si el asesino quería perturbar el ritmo de la investigación, ¿no le habría hecho saber a Carver que iba a torturar y asesinar a una chica? ¿Una chica que no tenía nada que ver con las otras víctimas, una chica que se parecía a su mujer?

Parsons asintió con la cabeza, como indicando que estaba de acuerdo.

—¿Cuál es su hipótesis?

—Ya sabe cómo funciona el típico sociópata misógino: ve lo que quiere, lo coge y luego lo tira. Y con «lo» me refiero a cualquiera que tenga a) los atributos adecuados para alimentar su fantasía y b) la mala suerte de cruzarse en su camino —dijo Ruth—. Pero Kara no era su tipo, físicamente, así que debió de haber algo más que le llamase la atención. Ese hombre se toma su tiempo, se molesta en conocer a sus víctimas. Por eso daba igual que Kara fuese rubia y delgada cuando las otras eran morenas y curvilíneas. Creo que elige personas, no «objetos».

Parsons se recostó en el asiento y meditó lo que Ruth le decía.

—Se lo comentaré al psicólogo forense, a ver qué le parece, pero no acabo de ver cómo podría ayudarnos a encontrar al asesino.

—Si llego a conocer a las víctimas como personas, quizá logre averiguar qué es lo que le atrae de ellas —dijo la sargento.

—¿Rasgos de su carácter? —inquirió él, coincidiendo por fin plenamente con ella—. ¿Victimología?

Por lo visto, para Parsons todo eran libros de texto y casillas marcadas.

—Kara aún está fresca en la memoria de la gente —dijo Ruth—. Necesito conocerla bien, señor.

—De acuerdo. Tiene las declaraciones de los testigos; repáselas por si encuentra algo reseñable.

—Eso ya lo he hecho, señor. Tengo que hablar de verdad con la gente.

Lamentó de inmediato haberse quitado por un instante la máscara de cortesía.

Parsons se enfureció.

—Sus compañeros ya hablaron «de verdad» con la gente cuando tomaron declaración a los testigos.

—Aun así, tengo que hablar de nuevo con los testigos.

Él negó con la cabeza.

—Eso nos llevaría meses.

—No necesariamente —repuso ella—. He seleccionado a unos cuantos a los

que creo que merece la pena volver a interrogar.

—¿Por?

—Porque mienten —contestó ella.

—¿Qué le hace pensar eso?

Lo cierto era que habían sido los garabatos enfurecidos de Carver en los márgenes de las transcripciones lo que la había persuadido. Eso no se lo podía decir a Parsons, pero sí podía citar a su antiguo jefe.

—Las respuestas parecen ensayadas —dijo—. Son demasiados los que se expresan exactamente en los mismos términos. Todos son demasiado agradables...

Parsons la miró fijamente, al tiempo que levantaba la esquina del documento que había estado leyendo, haciendo con el pulgar un ruido repetitivo que no tardó en resultarle irritante.

—Entonces, ¿pretende volver a interrogar a cualquiera que crea que ha podido estar callando u ocultando algo? —preguntó, mirándola como si sospechara que intentaba engañarlo y no estuviera dispuesto a caer en la trampa.

—Eso es —respondió ella.

Lo vio recelar.

—Se da cuenta de la impresión que da que retrocedamos así...

—La de una investigación exhaustiva, señor. —El inspector ladeó la cabeza, como indicando que la escuchaba, aunque no del todo convencido—. Parecerá que hemos encontrado una nueva línea de investigación.

Le dolió utilizar el plural inclusivo, pero necesitaba el visto bueno de Parsons para aquello; a los detectives que habían realizado los interrogatorios originales no les haría gracia que se repitiera su trabajo.

—Dudo que el comisario apruebe que saque a la gente de sus reuniones familiares en Navidad.

¿Quién iba a decir que Parsons era un sentimental?

—Las festividades navideñas casi han terminado, señor. Los profesores posiblemente estén ya en el campus. El trimestre de primavera empieza en poco más de una semana y la mayoría de los amigos de Kara son estudiantes de último curso, así que es muy probable que anden por allí también.

Lo meditó un poco más.

—Conforme —dijo—. Pero tendrá que abordar el asunto con mucho tacto.

—Por descontado.

—Quiero ver la lista de preguntas —añadió, como si uno pudiera atenerse a un guion cuando sabía que los testigos estaban mintiendo.

—Sin problema —dijo ella con la labia de un sociópata, aunque, al menos, consciente de la paradoja.

—Pero, antes de que se ponga con eso, quiero saber quién filtró a los medios la información sobre esos pendientes.

—Los pendientes se enviaron a un laboratorio privado para su análisis —dijo Ruth—. En el depósito de cadáveres, había técnicos de la Científica, técnicos forenses y un patólogo; todos ellos fueron testigos de la reacción de Carver al ver los pendientes que llevaba Kara. Puede intentar averiguar quién lo hizo, pero yo no perdería el tiempo.

El inspector le sostuvo la mirada. Prácticamente le había dicho: «Hágalo usted y buena suerte, porque la va a necesitar». Se hizo el silencio y Ruth notó que su jefe estaba a punto de echarle una bronca, pero, al final, asintió con la cabeza y le pidió que se retirara.

La sala de investigación del caso era un espacio diáfano, como le gustaba a Ruth. Más de veinte escritorios dispuestos de forma casi arbitraria. Como los asesinatos se habían sucedido a lo largo del último año, el número de efectivos asignados al caso había aumentado y, donde había hueco, se habían ido metiendo mesas y añadiendo tomas de corriente y conexiones informáticas.

En cuanto volvió a su mesa, Ruth se puso en contacto con todas las personas a las que quería volver a interrogar y concertó citas. A algunas no las pudo localizar; a esas les mandó un correo electrónico pidiéndoles que la llamaran cuanto antes.

A las 8.45 estaba elaborando una lista de preguntas que pensó que satisfaría a Parsons. Notó que alguien se le acercaba por la izquierda y levantó la cabeza.

—¿Sargento?

Quien se dirigía a ella era un policía joven, de fino cabello pelirrojo, con bastantes entradas ya, piel pálida y pecosa, y la mirada impaciente de un galgo hambriento. Ruth lo reconoció de unas visitas domiciliarias que ella había dirigido hacía un par de años. Por entonces, él aún iba de uniforme.

La sargento dejó de teclear y esperó a que el joven detective hablara.

Él tosió.

—El inspector Jansen me ha pedido que le pregunte si dispone de un minuto.

—Vaya, parece que ha aprendido modales desde la última vez que trabajé con él. —El joven se sonrojó—. ¿Qué es lo que te ha dicho en realidad? —El policía se miró los pies—. ¿Cómo te llamas?

—Agente Ivey, sargento.

—Tendrás nombre de pila, ¿no, agente Ivey?

—Tom.

—Muy bien, Tom, déjame adivinarlo. —Frunció el ceño, bajó un poco la voz

y puso un acento arrastrado como el del norte de Liverpool—: «Dile a Lake que la quiero aquí cagando leches». ¿He acertado?

Ivey sonrió sin ganas.

—Bueno, ha dicho «a la sargento Lake»...

Ella se recostó en la silla y esbozó una sonrisa cómplice.

—Tranquilo, agente Ivey.

Ivey se puso como un tomate y ella lo dejó marchar y, sin prisa, cogió la cazadora, cerró sesión en el ordenador y cruzó la sala rumbo al pasillo.

Jansen había organizado una reunión informativa de todo el equipo. Al principio, ni la miró, así que ella se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos como si pasara por allí para charlar un rato. En la pantalla del proyector que Jansen tenía a su espalda, había una fotografía del salón de Carver. Por lo que había sabido Ruth, no se había encontrado nada fuera de lo normal en las finanzas del inspector. Tampoco operaciones con tarjeta de crédito, cheques o transferencias que pudieran ayudarles a determinar lo sucedido antes de la agresión. Aún se estaba visitando a los vecinos, pero nadie había observado ninguna actividad sospechosa.

Cuando Jansen por fin se dignó a reparar en ella, unos minutos más tarde, anunció su presencia y le agradeció su tiempo.

—Aunque Ruth no puede tomar parte activa en la investigación, se la consultará como persona que conoce bien al inspector Carver y que ha estado trabajando en el caso de los asesinatos en serie desde el principio —explicó.

La sargento notó que todos la miraban, pero se centró en Jansen, y procuró parecer agradable. No se le escapó, ni a ella ni a nadie, que el inspector no había creído oportuno dirigirse a ella con el debido respeto.

—¿En qué puedo ayudar, Simon? —le replicó.

Jansen se agarrotó y se volvió con brusquedad hacia el joven al que había enviado en su busca.

—Tom, ¿podrías poner al día a la sargento Lake sobre el asunto de las llamadas?

El agente Ivey, que estaba sentado en el centro de la sala, a solo dos filas del inspector, se volvió hacia ella.

—Los técnicos aún están trabajando con el teléfono móvil del inspector Carver —dijo—. Lo único que han encontrado de momento es un número de teléfono al que ha estado llamando con regularidad durante el último mes. Es un número de prepago, no se puede rastrear.

—¿Qué número es? —preguntó ella.

Jansen pulsó el mando del proyector y apareció en pantalla una captura del registro de llamadas de Carver.

—¿Le suena de algo? —inquirió el agente Ivey.

—De nada.

Ruth miró más allá del joven agente y vio que Jansen la observaba con atención. ¿Le había pedido a Ivey que hiciera las preguntas para poder estudiar sus reacciones?

—¿Podría ser de un informador? —dijo Jansen—. ¿Algún colaborador?

—Podría.

—Pero no lo sabes.

—No —dijo ella sin más, y él siguió hablando.

—El inspector Carver llamó a ese número la noche en que le dispararon. Hemos examinado las grabaciones de las cámaras de seguridad, de las de tráfico y demás, y hecho un seguimiento de su vehículo de la comisaría a su casa. A las 20.15 hizo una parada, se bajó del coche y fue andando.

Jansen hizo una pausa, sin dejar de mirarla.

—Muy bien —dijo ella, pero le estaba costando aplacar la angustia que notaba en el pecho.

—Lo hemos seguido hasta un hotel. —Volvió a hacer clic con el mando y reprodujo un vídeo. A Ruth le pareció reconocer el hotel: un establecimiento de lujo próximo al barrio comercial de la ciudad. La gente iba y venía por la calle: los bien vestidos y los andrajosos, pero solo los primeros cruzaban las puertas del vestíbulo. Hombres entrados en carnes, con trajes hechos a medida; mujeres elegantes con abrigos de cachemir, que bajaban de taxis con sus taconazos. Luego Carver, solo de espaldas, aunque conocía tan bien su figura, sus andares, que no le hacía falta verle la cara—. Estuvo en el hotel dos horas, luego volvió al coche y se fue a casa —añadió Jansen. Ruth asintió con la cabeza, como si la información le pareciera útil—. ¿Sabes a quién fue a ver Carver al Old Bank Hotel?

—¿Tienes la certeza de que fue a ver a alguien? —replicó ella.

—Uno de los empleados del hotel ha declarado que lo ha reconocido al verlo en las noticias sobre el asalto —informó Tom Ivey—. Lo vio dirigirse a los ascensores que llevan a las habitaciones.

—¿Iba con alguien?

—Iba solo, y no hay constancia de que hubiera reservado habitación —dijo Ivey.

—¿Habéis revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad de los ascensores? —preguntó ella—. Si tenéis una fotografía, quizá yo pueda identificar a su acompañante.

—No tienen cámaras de seguridad en el interior del edificio —intervino Jansen, recuperando el control de la conversación.

—Entonces, no veo en qué puedo ayudar yo —espetó la sargento.

Kara Grogan compartía casa con otros cuatro estudiantes en Canning Street, a solo cinco minutos andando de la escuela de artes escénicas. Era el barrio georgiano recientemente rehabilitado de la ciudad, en la cima de la montaña, con vistas de todo Liverpool, desde la catedral anglicana hasta los Liver Buildings, a orillas del río. En esa época del año, soplaba desde el Mersey una brisa cortante, por lo que Ruth Lake se abotonó del todo el abrigo y se apretó un poco más la bufanda mientras echaba el seguro del coche. La casa estaba en un edificio impresionante de tres plantas, aunque las ventanas no parecían estar en muy buen estado. Con aquel tiempo, no envidiaba a los residentes el esplendor de sus ventanas de un solo vidrio.

Hacía ya cinco días que habían disparado a Carver y las nubes de nieve se habían desplazado hacia el norte y dejado la ciudad bajo cielos despejados. La nieve se había derretido y convertido en placas de hielo, por lo que Ruth subió con cautela los peldaños de la entrada principal.

Había concertado una cita el día anterior, así que la esperaban. En cuanto llamó al timbre, oyó pasos apresurados por el vestíbulo. Una chica grandota vestida con mallas, un top ablusado de color rosa y una bufanda manta de cuadros abrió la puerta de par en par y le hizo una seña para que pasara.

—¡Pase, pase, joder! ¡Que se me congelan las tetas!

—¡Cierra la puñetera puerta, Angela! —gritó alguien desde el fondo del vestíbulo. Angela rio, con una sonora carcajada que a Ruth le pareció ensayada—. De verdad, si los de urbanismo pusieran doble acristalamiento en estos viejos congeladores, salvarían al puto planeta.

Aunque Angela hablaba como un camionero, su exquisito acento la delataba: no podía ocultar su extracción social ni su riqueza.

Ruth se quedó en el umbral de la puerta, resistiéndose al esfuerzo de las jóvenes de conquistarla con risas y vulgaridades.

—¿No queréis ver mi acreditación? —preguntó.

—No, ya la conocemos, sargento —dijo Angela, soltando otra de sus carcajadas—. ¡Es casi una celebridad! —exclamó, abriendo mucho los brazos, como para reforzar su afirmación, luego giró sobre un solo pie y se marchó,

haciendo sonar sus tazones de aguja por las baldosas blancas y negras.

Ruth entró y cerró la puerta, al tiempo que Angela canturreaba a voces: «¡Esconded las pipas de *crack*, chicos, que viene la pasma!». Y, riendo, se metió en una de las habitaciones de la izquierda.

La sargento esperó uno o dos segundos y se dirigió a la puerta por la que había entrado Angela. Era una estancia cuadrada, de techos altos, amueblada, paradójicamente, con espantosos sofás y sillas de cuero negro. Una plancha de granito también negro colocada sobre una base de acero hacía las veces de mesa de centro, y una estufa de leña del tamaño de un horno industrial desprendía calor suficiente para derretir sin ayuda los casquetes polares. Ruth se aflojó la bufanda y reparó en los cuatro rostros impacientes que se volvieron hacia ella: tres chicas y un chico. Los llamaba «chicos» por decir algo, porque ninguno de ellos tendría menos de veintiún años.

Reconoció al chico de uno de los vídeos que Kara había subido a internet; era el mismo que se había estremecido, medio asustado, cuando lady Macbeth lo había mandado a la cama. Era Jake. Estaba sentado, encorvado, en una de las sillas, junto a la estufa de leña, calentándose las manos. Las otras se habían instalado en los dos sofás; Angela inclinada sobre el respaldo de uno, con las manos extendidas y el pelo rubio cayéndole enroscado por los hombros.

—Bueno, pues aquí estamos, reunidos en el salón —dijo Angela—, aguardando el desenlace, sargento Lake.

Ruth miró fijamente a la estudiante, con los ojos muy abiertos y un esbozo de sonrisa en los labios. Desde donde estaba, podía ver a todo el grupo. Una de las chicas, Lia, se mordía el labio nerviosa; la otra, Helen, miraba a Angela con cara de odio.

Angela se cohibió un poco bajo la mirada de Ruth, pero no era de las que se dejaban intimidar fácilmente. Se irguió y extendió los brazos, fingiéndose sorprendida y decepcionada.

—¿Qué, ninguna información devastadora?

—Confiaba en que la información me la proporcionarais vosotros —replicó Ruth—, dado que Kara era amiga vuestra y todo eso...

—Ay, qué maja —espetó Angela con sorna, frotándose enérgicamente la nariz respingona—. Compartíamos casa, sargento...

Lia sonrió, avergonzada, pero Helen parecía dispuesta a estrangular a su compañera de residencia.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Ruth.

Como esperaba, Angela fue la primera en responder.

—Kara era... carismática, por así decirlo.

—Reservada —matizó Lia, asintiendo con la cabeza.

—Sí, esa palabra aparece con frecuencia en vuestras declaraciones —dijo Ruth—. Pero «carismática» es nueva para mí —añadió, dándole suficiente entonación interrogativa a su afirmación como para que alguien se lo explicara.

Angela le dirigió a Lia una mirada jocosa, como diciendo «La pobre lerda necesita una definición». Complaciente, Ruth se ajustó al estereotipo y, con el lápiz pegado a la libreta, puso cara de boba impaciente.

—Se refiere a que era misteriosa pero fascinante... a su manera —dijo Angela, con un gesto de desdén.

—Y a mí me ha parecido que querías decir que era opaca —replicó Ruth con ligereza—, pero con demasiada personalidad como para considerarla aburrida.

Angela se ruborizó y Jake miró ceñudo al fuego y empezó a mordisquearse el pulgar. Lia encorvó los hombros y juntó las manos entre las rodillas. La cosa no iba bien: pretendía bajarle los humos a la cabecilla, no deprimir al grupo entero.

—Mire —empezó Angela—, hemos hecho un esfuerzo por estar aquí hoy. Algunos tenemos disertaciones que preparar; los finales empiezan la semana que viene. No teníamos por qué...

—Tienes razón —la interrumpió Ruth, exagerando un poco su acento de Liverpool—. En la comisaría, no me dejan abrir la boca por las mañanas hasta que me meto mi dosis de cafeína —dijo, sonriendo a Angela de oreja a oreja—. ¿Qué tal si tomamos algo calentito y volvemos a empezar?

Surtió el efecto deseado. Angela abrió mucho los ojos y Ruth vio en ellos una mezcla de fascinación y desprecio.

—Venga, que alguien le traiga «algo calentito» a la sargento —dijo, imitándola.

—Ya voy yo —propuso Helen con voz tensa.

Helen era interesante. Angela y Lia iban vestidas con estudiadas capas de ropa, con volantes de tela y una paleta de colores luminosos. Helen, en cambio, llevaba pantalones de pana, una camisa gruesa y un suéter, y deportivas oscuras. Parecía pertrechada para la eficiencia.

—Helen —le dijo Ruth—, ¿por qué no te quedas? Seguro que Angela y Lia harán los honores.

Las otras la miraron extrañadas. Lia se mostró tan sumisa como si acabara de entrar su madre en el salón y le hubiera reprochado que tratase tan mal a su invitada. Se metió el pelo por detrás de las orejas.

—Por supuesto —ronroneó—. De hecho, tendríamos que haberle preguntado si quería algo. —Lanzó a Helen una mirada de preocupación—. Supongo que habrá té...

Helen puso los ojos en blanco y Lia volvió a disculparse. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta, pero Angela permaneció, tozuda, detrás del sofá.

—¡Qué machista! —dijo—. ¿Y Jake, qué? —añadió, señalando con petulancia al chico, que, en ese momento, miraba ceñudo las llamas de la estufa de leña—. Sabe perfectamente por qué lado de la tetera sale el té.

—Desde luego —replicó Ruth—. Pero quiero hablar con Jake.

Jake se revolvió nervioso en la silla, pero no la miró.

—¿Te parece bien, Jake? —le preguntó Angela, de pronto protectora.

Ruth detectó el lento pestañeo y la leve hinchazón de las fosas nasales que indicaban que Jake estaba deseando que Angela saliera de la habitación.

—Le parece estupendo —espetó Ruth.

Angela apretó los labios y miró a Ruth con evidente desagrado. La sargento, en cambio, le lanzó una mirada serena e intrigada, y finalmente la joven se encogió de hombros y abandonó airada el salón. Lia, la nerviosa, hizo ademán de seguirla, pero Ruth le dijo con sequedad:

—He cambiado de opinión. Lia, quédate.

La piel clara de Lia se enrojeció y de pronto pareció que se iba a echar a llorar.

Cuando Angela salió de la estancia, fue como si los otros tres soltaran un suspiro colectivo de alivio. Helen se dejó caer en el sofá mascullando una vulgaridad; Lia sonrió al oírla, luego se mordió el labio, como horrorizada ante su propia reacción. El que experimentó un cambio mayor, sin embargo, fue Jake. Salió de su encogimiento y se irguió.

—Mirad, yo solo quiero atrapar al que le hizo esto a vuestra amiga —dijo Ruth, sentándose en una de las sillas de cuero—. Así que, si tenéis algún dato... —Al ver que ninguno de ellos se animaba, añadió—: A ver, vamos a empezar por lo importante: es evidente que Kara no os caía bien.

—No, ¡no! ¡Eso no es cierto! —Sonó a aullido de angustia, y la propia Lia se asombró de su respuesta—. Kara... es que era... reservada, nada más.

—Y dale con la palabrita —repuso Ruth—. «Reservada.» Ni que fuera una entrada para el teatro o una mesa en un restaurante.

La joven no entendió el sarcasmo y seguramente respondió por remordimiento:

—No, no me refería a eso... Quiero decir que era una persona reservada. Que era callada, ya sabe.

—No, Lia, no sé. Por eso estoy aquí —espetó Ruth—. Sé que tenía talento. He hablado con sus profesores y he visto los vídeos de sus actuaciones en YouTube...

Vio que Jake se apenaba momentáneamente.

—Tú sales en el vídeo de *Macbeth*, ¿verdad, Jake? —Él asintió en silencio. Era moreno y delgado, y Ruth sospechaba que su aspecto de chico guapo y taciturno lo hacía popular entre las chicas—. Me sorprendió tu reacción.

—¿A qué se refiere? —preguntó a la defensiva, incluso alarmado.

—Debías de conocerla bien, pero daba la impresión de que le tenías miedo.

No respondió.

Lia se acercó y se sentó a su lado.

—A veces era demasiado apasionada.

—¿Y eso la hacía impopular? Podría entenderlo.

—No..., no era eso —dijo Lia.

—Según vuestros profesores, la rivalidad entre los estudiantes era exagerada. De hecho, el profesor en cuestión había hablado de «enfrentamiento».

—Algunas personas le tenían envidia, desde luego. —Sin quererlo, Lia miró un instante a la puerta por la que acababa de salir Angela—. Pero actuar con Kara era... no sé... especial. Ella... —Lia buscó el respaldo de Jake, pero este frunció el ceño, al parecer, sumido de nuevo en su propia tristeza.

Helen observaba a la otra chica con frialdad y Ruth vio que Lia ni siquiera miraba hacia donde estaba su compañera. No había calculado bien la edad de Helen: parecía más madura que los demás, unos años mayor.

—Era muy... exigente —declaró Lia—. Pero solo porque quería que la actuación saliera bien —añadió enseguida. Arrugó el gesto; era evidente que lo estaba pasando mal—. No, no solo «bien». Para Kara, tenía que quedar «perfecto». Ensayaba durante horas. Y, si actuabas con ella, esperaba que hicieras lo mismo. Te hacía repetir la escena una y otra vez hasta que te reventaba la cabeza. Aun así, todo el mundo, bueno, casi todo el mundo, quería trabajar con ella.

Eso coincidía con algo que le habían dicho los profesores: que a lo mejor algunos le tenían manía, pero solo porque querían ser como ella.

Al profesorado, en cambio, no parecía molestarle su circunspección: más de uno estaba convencido de que ser introvertido era requisito indispensable para ser buen actor.

—Si os presionaba demasiado, ¿por qué seguís trabajando con ella? —quiso saber la sargento.

Lia se encogió de hombros.

—En este mundillo, si quieres ser el mejor, tienes que actuar con el mejor.

—¿Y Kara era la mejor?

—Era un genio —dijo Jake.

Aquella fue su primera intervención voluntaria en la conversación. Ruth se volvió hacia él, ladeando la cabeza para que viera que lo escuchaba, pero el joven agachó la suya y volvió a encerrarse en sí mismo.

—Un genio —dijo Ruth, sorbiendo—. Vaya, esa es una palabra en desuso hoy en día.

La provocación surtió efecto. Los ojos de Jake, de un azul asombroso, brillaron al encontrarse con los de la sargento.

—Kara tenía el don de hacerte mejor de lo que jamás habías imaginado —dijo, emocionado—. Podría haber sido...

Un estrépito procedente del vestíbulo los advirtió de que volvía Angela. Jake soltó un pequeño gruñido de angustia y se volvió hacia el fuego de nuevo. Lia se trasladó nerviosa al otro sofá, más cerca de Helen.

—Yo, en su lugar, no me bebería el té —dijo Helen en voz baja.

Ruth sonrió agradecida. No pensaba hacerlo, pero estaba bien saber que tenía al menos una aliada.

Angela entró por la puerta, sonriente.

—Chocolate caliente para los niños —dijo, acercando una taza a cada uno de sus compañeros—. Té para los adultos.

Ruth cogió el suyo y miró a Angela a los ojos con esa cara franca y tierna que tan bien le había funcionado durante años. Detectó malicia en los ojos de la joven.

—Bueno, ahora que estáis todos aquí —dijo, dejando la taza en la repisa de la chimenea—, ¿alguno de vosotros vio a alguien rondar la casa, o incluso la calle, en las semanas previas a las vacaciones de Navidad? —Se miraron todos asombrados—. ¿Kara mencionó algo fuera de lo corriente, algo que hubiera ocurrido?

—¿Algo como qué? —preguntó Angela.

—Dímelo tú.

Angela levantó un hombro.

—Como ya he dicho, compartíamos casa, no cama.

—¡Por Dios, Angela! —gruñó Helen.

—De acuerdo —dijo Ruth—. ¿Estaba más nerviosa de lo habitual?

Nadie respondió a eso y a la sargento le dio la impresión de que evitaban mirarse entre ellos. Dejó que lo hicieran hasta que la situación se hizo insufrible. Lia fue la primera en flaquear, cuando miró de reojo a Jake.

—¿Lia?

Dio un respingo, como un gato asustado.

—¿Qué?

—¿Notaste a Kara más nerviosa?

Angela respondió por ella.

—Teníamos actuaciones en público en enero y trabajos que entregar para final del semestre. Todos estábamos nerviosos.

Ruth no apartó la vista de Lia.

—¿Tienes algo que añadir, Lia?

La joven juntó las manos sobre las rodillas, pero Ruth vio que aún le temblaban.

—Desapareció unas cuantas veces, por la noche —contestó—. No era normal.

—¿Y nadie sabe por qué?

—No —respondieron todos, pero no a la vez.

La sargento suspiró. Fuera lo que fuese lo que ocultaban, no lo iba a averiguar mientras se vigilaran unos a otros.

—Muy bien —dijo, en parte a sí misma—. Me gustaría ver el cuarto de Kara. ¿Me decís dónde está?

—¿Y ya? —preguntó Angela, queriendo sonar molesta, pero sin lograr disimular el alivio implícito en su súbito optimismo—. ¿No nos va a hacer sudar la gota gorda? ¿A machacarnos hasta que nos derrumbemos?

—Habla con propiedad, Angela —le dijo Helen, muy seca.

—¿Desde cuándo eres lingüista? —espetó Angela, echándose un mechón de pelo por encima del hombro.

Helen resopló burlona y, consciente de que había perdido puntos con su última intervención, Angela se volvió furiosa hacia la sargento.

—Por lo menos, bébase el té.

—Agradezco las molestias que te has tomado, pero, en realidad, era una excusa para sacarte del salón —dijo Ruth.

Angela miró a Lia y luego a Jake. Por un segundo, Ruth la vio asustada, pero Lia se inclinó hacia delante, con los ojos como platos, y a la sargento le pareció que meneaba la cabeza discretamente.

La otra se relajó.

—Estupendo —dijo de mal humor—. Pues a ver cómo entra, porque no hay llave de repuesto.

Ruth sonrió y se dio unos golpecitos en el bolsillo del abrigo.

—He venido preparada.

—Ah. —Angela se volvió hacia los otros, procurando controlar la voracidad de su mirada—. En ese caso, la acompaño arriba. Bueno..., si quiere, claro —añadió, encogiéndose de hombros.

—Dios, Angela, mira que eres morbosa —dijo Helen.

—Es natural que sienta curiosidad, dadas las circunstancias —replicó la otra, irguiéndose, con fingida gazmoñería. Helen no respondió, y Angela añadió—: Como si tú no estuvieras deseando echar un vistazo al escenario del crimen.

Helen la miró con desprecio.

—¡No es el puñetero escenario del crimen!

—Tienes razón, Helen —intervino Ruth—. No es el escenario de ningún crimen, sino el cuarto de Kara. Y me gustaría verlo. —A lo mejor, Helen se mostraba más comunicativa si estaban solas. Merecía la pena intentarlo—: Si no te importa...

Mientras Helen abandonaba el salón delante de ella, la sargento se sacó unas tarjetas de visita del bolsillo.

—Si se os ocurre cualquier otra cosa, lo que sea que queráis contarme... — Jake apretó la mandíbula y frunció el ceño como si librara una lucha interna; Lia se mostró alarmada; Angela se toqueteó el pelo, volvió un poco la cabeza y

rechazó desafiante la tarjeta. Ruth dejó una para cada uno de ellos en la mesita de centro—. Por si cambiáis de opinión —dijo.

Helen la esperaba al final del pasillo, al pie de la escalera. Avanzó airada.

—¿Sabe que esos tres la estarán imitando incluso antes de que salga de la casa? —le dijo—. Improvisarán diálogos, puliendo su acento local «auténtico».

—Me da igual, no me afecta. Entonces, ¿se metían mucho con Kara? —preguntó al ver que quizá una pregunta directa le daría mejor resultado.

Helen aminoró la marcha en el recodo de las escaleras.

—¿No pensará que tuvieron nada que ver con... con lo ocurrido?

—No —contestó la sargento—. Solo pretendo entender a Kara.

—De acuerdo... —Helen la esperó y avanzaron una al lado de la otra el resto del camino—. Nunca llegaron a aceptarla del todo, pero yo no diría que se metían con ella exactamente. Angela y Lia a veces hacen piña, pero solo porque Lia le tiene pánico. Jake es... bueno, un guapo depresivo al que le gusta creerse Colin Farrell.

—Guau. —Helen la miró como diciendo «Tú lo has querido»—. ¿Y Angela?

—Angela es la única a la que no soporto.

—Entonces, ¿no es solo irritante?

—Puede ser cruel. Incluso cuando solo es irritante, puede ser muy mala influencia para Lia.

—¿Qué influencia tenía en Kara?

Helen sonrió y enfiló el segundo tramo de escaleras.

—Cero. A Kara solo la influían los grandes del cine y del teatro; no le importaban en absoluto los quiero y no puedo de esta ciudad. —Se detuvo en el estrecho descansillo de la última planta—. Bueno, es aquí.

Tras la intervención de la Científica, se había sellado la puerta con un precinto policial y se habían dado instrucciones al propietario de la vivienda para que nadie lo tocara, por si necesitaban volver.

—Estaba muy arriba —observó Ruth. «Aislada» fue la palabra que realmente le vino a la cabeza.

—A Kara le gustaban las vistas. —Helen titubeó—. Ya sabe que los de la Científica revisaron de arriba abajo su cuarto durante tres días, ¿verdad? Se llevaron su portátil y su tableta.

—Lo sé —contestó Ruth—. Pero me gustaría ver su espacio personal.

—Muy bien... La dejo sola, entonces.

—No, quédate —le pidió la sargento—. Tengo la sensación de haber sacado más en claro de hablar contigo dos minutos que de los últimos veinte con los

demás.

Helen asintió con la cabeza.

—Es evidente que esconden algo.

—¿Tienes idea de qué puede ser?

—Ojalá —dijo Helen, y añadió derrotada—: Kara no era la única segundona de esta casa.

Ciertamente Helen no parecía encajar allí. Al oírla hablar cuando subían las escaleras, le había notado un poco de acento de Liverpool, mientras que los demás tenían el acento perfecto de los privilegiados que habían ido a colegios de pago.

—Me ha parecido que Lia te respeta —le dijo Ruth.

La joven torció el gesto.

—Como a una hermana mayor, que le viene bien para estar al tanto sobre enfermedades de transmisión sexual o la píldora del día después.

—¿Y por qué te pregunta a ti?

—Bueno, no es algo de lo que una hable con sus compañeros de clase, salvo que quiera que lo sepa todo el campus antes de que acabe el día.

—Entonces, ¿tú no estudias Artes Escénicas? —En el informe de interrogatorios, se incluía a Helen como alumna; a alguien le iba a caer una buena bronca cuando volviera a la oficina—. Pensaba que esto era una residencia de estudiantes —dijo, para disimular su fastidio.

—Al ochenta por ciento —respondió la joven con precisión matemática.

—¿Y a qué te dedicas tú?

—Soy enfermera.

Eso explicaba la comodidad de su melena corta, la sensatez de sus pantalones de pana y su suéter.

—Bonito alojamiento —le dijo Ruth, enarcando una ceja.

—Sí, bueno, lo mío me cuesta —contestó Helen con amargura, y a Ruth le dio la impresión de que no le apetecía hablar de dinero.

La sargento sacó la llave del bolsillo y rasgó el precinto policial antes de abrir la puerta, pero Helen se plantó.

—No sé si voy a poder...

—No pasa nada —dijo Ruth—. No es más que una habitación.

Helen se quedó de pie, de espaldas al pasamanos de la escalera, y, por un momento, pareció que iba a dar media vuelta.

—Tú la conocías —le dijo la sargento—. Y me parece que le tenías cariño. —A la joven se le empañaron los ojos—. Puede que haya alguna cosa aquí dentro que yo haya pasado por alto, pero que a ti te diga algo.

Entró, confiando en que Helen la siguiera.

El cuarto estaba justo debajo de los aleros del tejado. Organizado como espacio diáfano, se encontraba repleto de libros y todas las paredes estaban ocupadas por pósteres de actores interpretando papeles de los grandes clásicos, de Shakespeare a Beckett, de Miller a Pinter.

Tres ventanas de guillotina, más pequeñas que las de la planta baja, pero, aun así, de tamaño generoso, dejaban entrar un torrente de luz. Un baño en *suite* se ocultaba tras la pared curva de la izquierda y, a la derecha, había una pequeña cocina.

—Tiene de todo, para ser una casa compartida —observó Ruth.

Helen, que aún rondaba la puerta, dijo:

—Así era Kara, siempre dispuesta a pagar un plus a cambio de su intimidad.

Ruth la miró a la cara, pero solo vio en ella afecto por la joven desaparecida.

Helen entró entonces y se sentó en una silla, junto al escritorio, paseando la mirada primero por el cuaderno en blanco y luego por un frasco de mermelada lleno de bolígrafos.

—Jake no exageraba, ¿sabe?: Kara realmente era un genio.

—¿La viste actuar?

No daba la impresión de ser la segundona que aseguraba ser.

—Fui a algunas de sus producciones de final de trimestre, incluso ensayé algunos fragmentos con ella en unas cuantas ocasiones —le dijo, meneando la cabeza, de pronto sin palabras.

—¿Tan buena era?

—Kara sabía encandilar. A veces, daba la sensación de que te tenía entre sus manos y que apenas podías respirar... —Se interrumpió, miró fijamente por la ventana un momento—. Pero no sabía transigir, y es muy difícil convivir con una persona así, sobre todo para alguien de escaso talento.

—¿Como Angela?

—No solo ella. He visto a una sucesión de personas de ese tipo pasar por sus producciones, incluso a alguno triunfar, pero la mayoría han terminado haciendo algún anuncio para televisión, o vídeos de formación corporativa, y rellenando los períodos de descanso con trabajos temporales hasta darse cuenta por fin de que su gran momento no iba a llegar jamás.

—Parece que sabes bien de lo que hablas.

Soltó una breve carcajada.

—¿Piensa que yo soy una de los que terminaron buscándose un trabajo en condiciones? —Ruth enarcó las cejas como diciendo: «¿Qué se supone que debo pensar?»—. Yo ya vivía aquí cuando estas casas no eran más que tugurios y las calles de alrededor de Canning y Huskisson rebosaban de prostitutas e individuos que reclamaban servicios desde sus coches. —La sargento asintió con

la cabeza. No hacía tanto de eso—. Luego, cuando Liverpool se convirtió en capital europea de la cultura, en 2008, todo el mundo se volvió loco.

—Recuerdo el frenesí adquisitivo —dijo Ruth—. A las constructoras londinenses acaparando inmuebles asquerosos en los alrededores de Kensington, Liverpool como si fuera Kensington, Londres.

—A muchos les salió el tiro por la culata, pero al padre de Angela le fue bien. Compró esta casa por un par de cientos de miles a ciegas en una subasta en 2005. Ahora le genera veinte mil al año de alquiler, y eso teniendo en cuenta que su hija no paga.

Ruth silbó.

—Confío en que firmaras un contrato de arrendamiento protegido...

Helen sonrió.

—Alquiler mínimo, una cuarta parte de lo que pagan los otros. Mejor aún, me puedo quedar todo el tiempo que quiera. O al menos hasta que pueda darme el gustazo de soltarle a Angela un bien merecido sopapo.

—Aunque me da la impresión de que a los otros los tiene atados en corto —dijo la sargento.

Helen puso cara de pena.

—Su padre les hizo a Lia y a Jake un contrato de alquiler de tres meses, que venció en diciembre, y a nadie le apetece tener que mudarse en plenos finales.

Ruth echó un vistazo por la habitación y se preguntó si Kara habría firmado el mismo tipo de contrato. Debía encontrar el modo de hablar con aquellos chicos sin que Angela estuviera delante.

Kara debía de haber cargado con una tonelada de muebles desmontados por las escaleras, a juzgar por la cantidad de estanterías que había en aquel cuarto, algunas de ellas rinconeras, que formaban refugios perfectos para la lectura. Un puf hacía las veces de sillón. Había libros sobre teoría de la interpretación, estudios críticos, diseño de escenarios, textos sobre el movimiento y la voz apilados en dos filas en las estanterías, y la parte superior de estas se encontraba repleta de archivadores, carpetas, libros y fotocopias. Un equipo se había encargado ya de revisarlo todo, de extraer cualquier documento en el que pudiera haber nombres a los que seguir la pista, pero Ruth les echó un vistazo de todos modos.

—¿En algún momento, antes de que desapareciera, la notaste distinta?

—No —contestó Helen—. Pero yo estaba trabajando por las noches y no la veía mucho, salvo la noche de la representación de *Macbeth*; accedí a trabajar el día de Navidad para poder asistir.

—¿Mereció la pena?

—Estuvo fenomenal, como yo le había dicho.

Ruth levantó la vista de un libro sobre el contexto cultural en el teatro.

—¿Le hacía falta que se lo dijeran?

—Unas semanas antes había tenido una mala experiencia y andaba algo baja de autoestima.

—¿Sí? —dijo la sargento, como invitándola a que se explicara.

—No quiso hablar de ello —contestó Helen—. Solo dijo que era una lección de vida que no olvidaría.

Ruth supuso que lo que los otros ocultaban tenía que ver con eso.

Pasó al armario; no le reveló nada de mayor importancia que su preferencia por la ropa negra. Le llamó la atención una estantería de tres baldas encajada debajo de una de las ventanas de guillotina. Una colección de biografías: Laurence Olivier, Judi Dench, Sheila Hancock, Benedict Cumberbatch, Barbra Streisand, Hayden Panettiere y muchos más, todas ellas repletas de notas adhesivas.

—Esto es lo que yo llamo devoción por la escena —masculló, y cogió uno de los libros para hojearlo.

El texto estaba profusamente marcado, además: pasajes subrayados con lápiz o resaltados con rotuladores de colores vivos; notas al margen con una letra diminuta y perfecta. Interrogaciones, observaciones, exclamaciones.

Kara estaba muy centrada en lo suyo, obsesionada, incluso, pero tenía una amiga capaz de renunciar al día de Navidad para apoyarla en un momento difícil, compañeros que la consideraban un genio y profesores que hablaban de ella como si estuviera a punto de convertirse en una gran actriz. Cogió el siguiente libro, y el siguiente, y descubrió una fila adicional de libros detrás. Libros sobre espiritismo y lectura en frío, uno de ellos titulado *Cómo hacerse médium*.

—¿Sabías que le interesaba todo esto? —preguntó a Helen.

La joven la miró extrañada.

—No parecía una de esas personas. A lo mejor investigaba para algún papel...

—A lo mejor.

Ruth echó un vistazo a un par de biografías. Las anotaciones y los garabatos de Kara, incluso las partes subrayadas, emanaban cierta serenidad de espíritu. Allí tenía una forma de ahondar en el verdadero carácter de Kara.

Debió de notársele el entusiasmo porque Helen le dijo:

—¿Ha encontrado algo?

La sargento se sacó el móvil del bolsillo.

—Aún no, pero creo que esto podría ser precisamente lo que andaba buscando. —Llamó a John Hughes—. John, ¿podrías encargarte de que registren como prueba unos libros del cuarto de Kara y que me los lleven a mi mesa?

—¿Cuáles? —preguntó él—. Los chicos a los que mandé allí me dijeron que

en ese cuarto había más libros que en la biblioteca nacional.

La sargento sonrió.

—Ahora te mando una lista.

Media hora más tarde se detuvo en los escalones del porche georgiano y tomó una bocanada de aire limpio y fresco. Le daba aún más pena de Kara, después de saber lo que sus compañeros de residencia pensaban de ella. Debía de haberse sentido muy aislada en ese lugar, admirada y detestada a partes iguales.

Siendo mujer policía en lo que aún era, por mucho que se pretendiera lo contrario, un mundo de hombres, Ruth sabía bien lo que significaba ser una segundona. Con los años, había conseguido crear un aura de misterio a su alrededor; ¿era eso lo que Kara se había propuesto también? Si era así, había errado el cálculo: en su mundo, la expresividad y la intensidad emocional eran herramientas de trabajo, y su circunspección la había hecho en cierto modo sospechosa, al menos entre sus compañeros. La sargento no había conseguido sonsacarles mucho, pero una cosa estaba clara: los compañeros de residencia de Kara, desde luego, ocultaban algo.

Ruth Lake se acercó a su coche con las llaves en la mano. Le sonó el teléfono y miró la pantalla: era Emma.

—¿Ruth?

Parecía ahogada.

—Emma, ¿va todo bien?

—Pensé que querrías saberlo.

«Ha muerto.» Una tensión angustiada le oprimió el pecho.

—¿Ha...?

—Ha despertado.

La opresión disminuyó.

—¿Tan pronto?

Solo hacía cinco días que le habían disparado.

—Lo sé... Yo jamás pensé que...

El equipo de cuidados intensivos del hospital había reducido el nivel de anestesia a medida que el edema cerebral de Carver había ido remitiendo, pero aseguraban que aún podían pasar semanas antes de que volviera en sí.

—¿Está receptivo?

—No solo receptivo, está completamente despierto.

Ruth sintió una fuerte punzada justo debajo del esternón. Recordó por un instante el momento en que se había acuclillado delante de Carver, con el arma aún en la mano, y el horror que había sentido al ver aquel levísimo parpadeo. «¿Qué sabrá? Tenía los ojos abiertos, seguramente lo había visto todo.»

—Le han quitado el tubo respiratorio —dijo Emma—. Ha hablado conmigo, Ruth.

Emma soltó una carcajada que terminó en sollozo.

«¡Ay, Dios!»

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que lo sentía. Me ha dicho que me quería.

—Eso es... eso es bueno, Emma —consiguió decir, notando la tensión de su propia voz y maldiciéndose por la frialdad de su respuesta. «¿“Bueno”? Deberías estar eufórica de que no te haya señalado con el dedo.»—. Voy... voy a ir a

verlo.

—Estupendo. Me ha dicho que quería verte.

Otro ataque de pánico. Ruth se apoyó en el capó del coche, procurando recobrar el aliento.

—¿Por qué? —logró decir al cabo de uno o dos segundos.

«¡Qué pregunta más tonta, qué pregunta más tonta!»

—Le he dicho que fuiste tú quien lo encontró, quien lo llevó al hospital —dijo Emma—. Madre mía, Ruth, si tú no hubieras estado allí...

El remordimiento le produjo náuseas. «Tú no sabes lo que hice.»

—Tengo que colgar ya —le dijo.

—Lo sé... Querrás venir a verlo cuanto antes. Les he dicho que te pasarías. Yo me voy a casa a darme una ducha, cambiarme y dormir un rato —dijo Emma—. Le vendrá bien ver una cara conocida; solo dejan entrar a la familia y ya sabes que él no tiene. Aparte de mí, supongo. Y de ti.

Ruth volvió a sentir náuseas.

—Emma...

—Lo sé —dijo Emma con otra risa nerviosa—. No paro de parlotear. No puedo controlarlo. ¡Está despierto, Ruth! Hace unos días, el neurocirujano me dijo que no perdiera la esperanza. ¿Cómo iba a perderla si ni siquiera me atrevía a albergarla? Me había preparado para... para algo mucho peor. Y ahora me dicen que podría recuperarse por completo.

Ruth se centró en respirar, dejando que las palabras de la otra mujer le resbalaran, y poco a poco fue calmándose.

Cuando conectó de nuevo, Emma estaba diciendo:

—Yo volveré esta tarde.

—Voy para allí ahora mismo —prometió Ruth—. Llegaré en media hora.

A la sargento Ruth Lake la observan desde un coche aparcado mientras sale de la casa de Kara. Se queda plantada en la calle, al aire frío, como si le supusiera un gran alivio con respecto a la atmósfera del interior.

Su rostro no revela mucho; a fin de cuentas, todos esos años de profesión le han permitido reforzar esa coraza suya, hacerla más dura y reflectante. Pero, cuando baja al trote los escalones de la entrada, parece más contenta que cuando entró en la vivienda. ¿Qué es lo que cree haber descubierto en ese nidito de privilegios nimios y envidias mezquinas?

La sargento avanza por la calle y, al pasar por delante de la ventanilla abierta del vehículo, le suena el teléfono. Está tan cerca que casi podría tocarla y le cuesta una barbaridad no llamarla, preguntarle algo, hacer algún comentario que

la obligue a volverse a mirar.

—Emma —dice Ruth—, ¿va todo bien?

Su tono de urgencia anula el impulso de establecer contacto con ella. Esto es mucho más entretenido. La esposa de Greg Carver debe de estar dándole la noticia de que el inspector ha recuperado la consciencia. En los últimos quince minutos, lo han difundido en la radio local y nacional, y se ha compartido y tuiteado tantas veces en las redes sociales que se ha convertido en «tendencia». Sin embargo, allí de pie, con las llaves en la mano, Ruth parece enterarse ahora, oírlo por primera vez.

Es extraño que esté tan angustiada.

Avanza hacia su coche. Casi toda la conversación, que sostiene sobre todo la otra parte, se la lleva el viento o la ahoga el ruido del tráfico, pero entonces dice «¿Está receptivo?», con sequedad, como si fuera una orden, y eso es raro.

Hablan un poco más, luego ella, de pronto, se viene abajo.

«¿Y eso por qué? Parece que yo me he tomado la noticia mejor que tú, sargento.»

Lo cierto es que es una mujer imponente: pelo oscuro, treinta y tantos, atractiva. Quizá más atlética de lo deseable, pero hay elementos compensatorios. Destaca entre ellos el hecho de que continúe con la investigación. Por ahora, es una sustituta más que satisfactoria del inspector jefe Carver.

Durante los últimos cinco días, el asesino de las espinas ha estado vigilando a Ruth Lake a una distancia prudencial, viéndola ir de su casa a la habitación de hospital de Carver, de ahí a la comisaría; visitar los despachos de los profesores, ir del piso de un estudiante al de otro; y a las funciones, para dar caza a los compañeros más esquivos de Kara. En todo ese tiempo, la sargento se ha mostrado resuelta, al mando, a pesar de la carga adicional que el asalto a Carver le ha supuesto. Sin embargo, de pronto, ante la noticia excelente de lo mucho que ha mejorado el inspector, parece... ¿Qué parece? ¿Angustiada? Posiblemente. Desde luego, afectada de algún modo.

Las mujeres que esconden secretos resultan particularmente apasionantes.

«Y ya se ha puesto en marcha.»

Ruth Lake se sienta al volante de su coche. Está aparcado en paralelo a la acera, a dos coches de distancia, de frente al del asesino. Por la distancia y por las lunas tintadas del parabrisas y la ventanilla trasera de ambos vehículos, es complicado distinguirla. Por un instante, se queda allí sentada. Sus manos se ven blancas en contraste con la oscuridad del interior del coche; está agarrada al volante. Por fin, arranca el motor y sale.

Como sabe adónde va, el asesino espera a que se aleje una manzana, hace tranquilamente un giro prohibido y, no viendo motivo para seguirla de cerca, se

mantiene a dos o tres coches de distancia.

En los primeros días, saber que Carver tenía una reputación de resolver casos difíciles le resultó halagador. A veces era un desafío llevar ventaja en el juego, y la pericia del inspector hacía más excitante su persecución. También era célebre por saltarse las normas, y eso siempre merece un análisis más detenido, porque es indicativo de un posible narcisismo, incluso de cierta inclinación psicopática. Carver había cumplido su promesa y se había saltado varias normas en el curso de su investigación de la muerte de Tali Tredwin. Se podía decir que el patrón había ido en aumento con cada una de las mujeres siguientes, pero, en la última semana, el inspector había detenido el juego.

Kara, con la que tanto se había esmerado y que había dedicado enteramente a Carver, se había echado a perder. El inspector llevaba mudo ¡cinco días! y, en esas circunstancias, cuesta no sentirse frustrado.

Esa sensación es típica del vacío absoluto que se experimenta en las semanas posteriores a un asesinato. Pero esta vez el deseo de encontrar una nueva presa ha llegado antes y con mayor fuerza. El instinto de caza es imperioso, irresistible.

Y, como si los dioses hubieran observado su necesidad y decidido atenderla, allí estaba la sargento Lake. Viendo su vehículo sortear el tráfico, el asesino experimenta una sacudida; no el desplazamiento tectónico que podría esperarse después de un seísmo, cuando el estruendo ha cesado y el suelo, que parecía haberse licuado, ha vuelto a solidificarse en roca y tierra. No, esta sacudida es más sutil: Ruth Lake es el aire frío y fragante que sucede a la tormenta. Desempeña el papel de investigadora seria, amiga, protectora, pero oculta algo, y le pesa mucho en la conciencia.

El narcisismo extremo disfrazado de sinceridad de esta nueva era de confesionario produce náuseas al asesino, pero los que encierran los secretos en su interior y los llevan en silencio, pensativos, con discreción, son fascinantes. Ganarse la confianza de una mujer así, descubrir sus secretos constituye un privilegio intenso e íntimo. Como abrir una ostra y encontrarse una perla.

Sombras. Formas, como humo. Como fantasmas... Dolor. Un destello de luz.

«Te has cargado la cronología, colega. No ocurrió así. El destello fue antes que las sombras. Antes que el dolor.»

Greg Carver abrió los ojos.

Ruth Lake estaba junto a su cama.

—Hola —dijo, y su voz sonó como un graznido.

Sobresaltada, se volvió y él vio que tenía en las manos la fotografía enmarcada de Emma. La de su luna de miel.

—Hola, Greg. —Dejó la foto en la mesilla—. Estabas como un tronco cuando he llegado.

—¿Me he quedado dormido?

—Necesitas descansar, Greg —le dijo ella.

—¿Qué me estás contando? Ruth, ¿qué haces aquí?

Sus ojos pardos lo miraron con calma, como si no la afectara su agitación.

—¿Dónde crees que estás?

Pregunta trampa. Se la habían hecho antes y no había acertado la última vez, de eso se acordaba. Miró alrededor: cuatro camas en cubículos abiertos. Cuerpos, apenas reconocibles como personas, todos con gotero, tres con respirador; el olor astringente del gel antiséptico y el murmullo constante del equipo electrónico de monitorización.

«No estoy en casa, desde luego.»

—Déjame que lo adivine —dijo—: ¿en un hospital?

«Menuda cogorza te debiste de pillar, tío.» Empezó a toser y ella le pasó un vaso, de esos con tapa y pajita incorporada. «Así que a esto hemos llegado, a beber en un vaso para abuelos.»

Humillado, cogió el vaso, pero no conseguía tenerlo quieto, así que se lo sujetó Ruth. Él le dio una palmadita en la mano cuando ya había bebido bastante.

Por una vez, agradeció la serenidad impenetrable de la cara de póquer de su compañera; al menos tenía la certeza de que no vería compasión en ella.

—¿Qué hospital? —preguntó.

—El Centro de Neurociencias de Aintree.

«La unidad de lesiones cerebrales.»

—¿Sabes lo que ha pasado? —le dijo ella.

Otra pregunta trampa.

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—Ah, ¿sí?

—Eso y el nombre del primer ministro actual.

Ella frunció el ceño.

—¿Que es...?

—Búscalo en Google —contestó él.

No se acordaba del nombre del primer ministro, pero empezaba a recordar todo lo demás. Chispazos de los últimos dos días, como en medio de una bruma, tan pronto nítidos como borrosos. Voces, primero, incorpóreas, como una conversación oída en la radio. Luego rostros... ¿Estaba el de Emma entre ellos? Y de nuevo las preguntas: «¿Puedes agarrarme la mano, abrir los ojos, sentir esto, Greg? ¿Sabes dónde estás? ¿Recuerdas lo que ocurrió?».

Todo aquello era como un sueño recurrente en el que, estando medio despierto, lo examinaban de algo que no se había preparado.

Ruth aún lo observaba, con aquella expresión apenas intrigada, desapasionada, sin buscar nada en particular, simplemente interesada en oír lo que fuera a decir a continuación.

—Me caí y me di un golpe en la cabeza.

—¿Qué?

—Eso fue lo que pasó.

Una suposición lógica, dado que se encontraba en una unidad especializada en lesiones cerebrales; además, odiaba parecer incompetente, sobre todo delante de Ruth.

Ella se acercó una silla, se sentó y lo miró fijamente a los ojos.

Él vio una sombra, una figura que merodeaba por su apartamento. Ruth, escudriñándolo, con una mirada oscura.

—¿Tú estabas allí? —le preguntó.

—¿Cuándo? —dijo ella.

—Cuando pasó.

Ruth se retiró un poco, pero le sostuvo la mirada.

—Yo di el aviso. —Exploró su rostro—. ¿No te acuerdas?

«Dios, ¿por qué todo le parecía un examen?» Cerró los ojos y volvió a recostarse en las almohadas.

—No, Ruth, no me acuerdo.

—Te dispararon, Greg.

Él abrió de pronto los ojos. Se llevó una mano a la cabeza, se palpó en busca de algo blando y se topó con un vendaje.

—¿En la cabeza?

Ella lo observaba atentamente.

—En el pecho.

—¿Y qué es esto? —dijo, tocándose el vendaje.

—También tenías conmoción cerebral —contestó ella—. Eso te lo han hecho para eliminar la acumulación de líquido —añadió, señalándole la cabeza con la barbilla—. Los médicos aseguran que tu lesión cerebral pudo haberse producido horas antes de que te dispararan. Entonces, ¿recuerdas haberte caído?

Negó con la cabeza.

—Ni siquiera tengo claro que eso ocurriera —reconoció. Ella esperó. Él inspiró hondo y soltó el aire despacio—. Estaba trabajando en los archivos. Abrí una botella de *whisky* de malta... Debí de agarrarme un buen pedo. —Ella no hizo comentarios y él prosiguió—. Luego... nada.

—¿De verdad no recuerdas nada después de eso?

«No me cree.»

—No, Ruth, de verdad que no. ¿Habéis pillado al agresor?

—No.

—¿Tenéis un sospechoso?

—El inspector Jansen está valorando la posibilidad de que fuera el asesino de las espinas.

Le dio la impresión de que esperaba a que él dijera algo.

—¿Qué piensas tú? —le preguntó.

—Que no te ha disparado ese tipo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ya sabes por qué, Greg.

—Ruth, me han disparado en el pecho, me he dado un golpe en la cabeza y me han atiborrado de drogas. Hazme el favor.

Ella levantó un hombro, luego lo dejó caer.

—Porque ese tipo se toma su tiempo —contestó Ruth—. Se considera un artista. Metió a Kara en una gruta y le roció las pestañas de purpurina. El asesino de las espinas jamás haría algo así. Es demasiado... feo.

—Pues cuéntame qué pasó en realidad.

—No puedo —dijo ella—. Solo puedo contarte lo que pasó después.

—Me conformo con eso —dijo Carver, y la respuesta le pareció rara.

Ruth le contó que lo había encontrado en su salón, que le habían disparado y que llamó a los servicios de emergencias.

—¿Y mis archivos?

—Han desaparecido.

¿Por qué no se lo había dicho hasta que le había preguntado?

—¿Pruebas forenses?

—Las únicas huellas encontradas en el apartamento son mías, y tuyas.

—¿Ninguna fibra, pisada, señales de que se forzara la entrada...?

—Una huella de calzado.

Ruth no era muy dada a proporcionar más información de la necesaria, pero aquello era peor que un dolor de muelas.

—¿Y el arma?

Ella titubeó.

—Una pistola de bajo calibre, de un 22, quizá.

—¿No lo saben?

—Aún llevas la bala dentro, Greg.

Se llevó la mano al pecho.

—¿Y no han encontrado el arma?

—No.

—Oye, ¿qué pasa aquí, Ruth?

—No sé a qué te refieres.

—Esa coraza tuya... me impide ver tanto como a los demás, pero sé perfectamente cuando estás siendo evasiva.

—Estoy siendo todo lo sincera que puedo ser, Greg.

—Tocaste algo en el escenario del crimen... ¿es eso? Joder, Ruth, acababas de descubrir que me habían disparado, me da igual que tocaras algo.

—He sido técnico de la Científica cinco años; directora, dos. Sé gestionar un escenario.

—Ya estamos otra vez. Es como si hablaras en clave, y no termino de pillarlo.

—¿Con quién te reuniste en el Old Bank Hotel? —preguntó ella.

—¿Qué?

A Carver se le aceleró el corazón.

—Pasaste dos horas allí la noche en que te dispararon.

El contorno de Ruth empezó a oscurecerse y, por un momento, Carver pensó que iba a desmayarse. Luego la oscuridad desapareció y la vio envuelta en una especie de resplandor anaranjado.

—Ya te he dicho que no recuerdo lo que ocurrió esa noche.

—Eso es comprensible, pero te conocían, Greg. El personal te identificó. Así que, ¿qué hacías allí en las otras ocasiones?

Se notó un martilleo en la cabeza al ritmo de la sangre que corría por sus arterias.

—No me acuerdo.

El resplandor anaranjado que la envolvía se hizo más intenso.

—Te vieron dirigirte a los ascensores. ¿Ibas a ver a alguien?

En la máquina situada a la derecha de Carver empezó a sonar un pitido de alarma.

—No lo sé.

Ella echó un vistazo al abanico de pantallas.

—El monitor cardíaco no dice lo mismo.

Carver cerró los ojos y se concentró en su respiración hasta que el pitido del monitor volvió a la normalidad.

—¿Con quién te reuniste en el hotel?

Él la miró e intentó imitar la serena curiosidad de su semblante.

—¿Con un informador? —El inspector no respondió—. Tienes que entender una cosa —dijo Ruth—: Jansen solo está siguiendo el procedimiento ordinario, investigando una posible conexión con el asesino de las espinas. Todo eso es para quitarse de encima al comisario Wilshire; a Wilshire lo acosa la prensa y quiere descartar a nuestro hombre. Lo que verdaderamente le interesa a Jansen eres tú, Greg.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque no le caes bien. Ya sé que es un capullo, pero es bueno en su trabajo. Así que, ¿hay algo que yo deba saber?

—¿Como qué?

—Si lo supiera, no te lo estaría preguntando, ¿no? —repuso ella, y sus ojos revelaron un destello inusual de rabia.

«¿Qué sabe?» Carver oyó el ritmo regular del pitido del monitor y deseó que siguiera así.

Ella sacó la libreta.

—El equipo de Jansen ha encontrado un número imposible de rastrear en tu móvil —le dijo.

El pitido se aceleró y él se cubrió diciendo:

—¿Y por qué tienen mi móvil?

—Cuando te encontraron, te habían disparado y tenías una conmoción cerebral, Greg. —Le enseñó la libreta para que viera el número—. Este número aparece en el registro de llamadas de tu móvil más de una veintena de veces.

Él se limitó a seguir respirando despacio.

—Lo marcaste la noche en que te dispararon. Luego fuiste al hotel, después de aparcar el coche a más de quince minutos de distancia a pie. ¿Quién es, Greg? ¿Con quién te reuniste?

—No lo sé.

—No te creo.

Ruth no jugaba limpio, presionándolo así con lo hecho polvo que estaba.

—Estoy cansado.

Era mentira: tenía náuseas y estaba débil, pero su mente tintinaba como una docena de timbres de alarma.

Ruth anotó algo en otra página de la libreta y la arrancó.

—Muy bien, yo no llevo el caso... Es el inspector Jansen el que investiga quién te disparó, no yo. Querrá respuestas y no será tan compasivo como yo. —Dejó de mala gana la hoja de papel encima de la colcha—. El número, por si se te olvida.

Nunca la había visto tan furiosa.

El intenso resplandor que la envolvía lo obligó a cerrar los ojos.

«Estoy perdiendo el juicio», se dijo.

Notó que ella seguía allí un minuto o dos más.

—Greg —le susurró—. Intento ayudarte.

Cuando estuvo seguro de que se había ido, cogió el papel y lo estrujó.

Día 7

Había cinco libros abiertos en la mesa de Ruth Lake y, a su lado, otra pila. Las notas al margen de Kara eran crípticas; necesitaba ayuda para entender la finalidad de todas aquellas lecturas preparatorias, así que llamó al profesor de la joven.

—Al menos diez libros sobre espiritismo, médiums, premoniciones, lectura en frío... —le explicó—. ¿Se estaba preparando alguna presentación?

—Como todos sus compañeros, por supuesto, teniendo en cuenta que las exhibiciones son en febrero y marzo —dijo—. Pero Kara tenía pensado usar una escena de *Antonio y Cleopatra* y algo de *Educando a Rita* como pieza de contraste.

—Entonces, ¿todo este material sobre esoterismo no tiene nada que ver con su trabajo de clase?

—No lo creo. Verá, tendría que habérmelo comentado para que le diera el visto bueno, y esto es nuevo para mí. —Hizo una pausa—. Claro que es posible que se estuviera preparando para una audición.

—¿Trabajo remunerado? ¿No se lo habría mencionado también?

—Esto es una casa de locos, sobre todo a medida que se acercan los finales del semestre —dijo—. Los estudiantes se ponen histéricos ante la posibilidad de perder una oportunidad y se sirven de todo tipo de tretas para incrementar sus ocasiones de tomar parte en una audición.

Ruth puso fin a la llamada y marcó el número del director de la Científica, John Hughes.

—¿Cómo va, Ruth? —preguntó él—. ¿Has sacado algo en claro de los libros que te he mandado?

—Por eso te llamo —dijo ella—. Por los libros sobre espiritismo que Kara tenía escondidos detrás de las biografías... Creo que igual se estaba preparando un papel. Puede que tuviera en perspectiva un trabajo como actriz.

—Vale, entonces hay que buscar correos electrónicos de teatros, televisión y

estudios cinematográficos...

—Y de agentes teatrales —añadió Ruth—. Ah, y también puedes hacer una búsqueda de cualquier mensaje que contenga la palabra «audición» en el asunto.

—Ahora mismo se lo encargo a alguien.

—Gracias.

Ruth estaba a punto de colgar cuando él habló de nuevo.

—¿Cómo está Greg? —le preguntó.

La sargento había estado temiendo la pregunta.

—Emma dice que va bien.

—¿Tú no lo has visto?

—Hace un par de días que no lo veo —contestó.

—Ah. —Parecía asombrado—. Bueno, supongo que está en buenas manos...

—Sí —dijo Ruth, negándose a sentirse culpable por su abandono. De hecho, se había mantenido alejada del hospital desde que se había enfrentado a él con el asunto del hotel y el número de prepago que aparecía en el registro de llamadas de su móvil. Mientras se negara a sincerarse con ella, que le dieran. Le sonó el móvil—. Tengo que colgar, John. Muchas gracias.

Colgó el fijo y miró el móvil. Era Darshan Singh, el toxicólogo que estaba analizando las muestras de epidermis de Kara. Habían trabajado juntos en algunos casos cuando Ruth aún estaba en la Científica y le había hecho el favor de dar prioridad a la analítica de tóxicos de la víctima.

—Ruth —le dijo—, tengo los resultados que me pedías y tu teoría era correcta: el veneno estaba mezclado con la tinta de los tatuajes.

—¿Lo has identificado?

Singh se aclaró la garganta y Ruth se imaginó cómo le subía y le bajaba la nuez.

—Era complicado —contestó él—. Se diluyó considerablemente antes de mezclarlo con el pigmento necesario para preparar la tinta. Además, solo disponíamos de una muestra pequeña de epidermis recién tatuada con la que trabajar; los otros tatuajes no retuvieron la toxina.

—Darshan...

—¿Sí, Ruth?

—¿Lo has identificado?

—Por supuesto —respondió él, más por disculparse de su digresión que por orgullo—. Es un alcaloide.

—Un alcaloide —repitió ella—. ¿Como los de la patata o la belladona?

—Y los de la adormidera, el tabaco y otras cuatro mil especies más o menos.

—Vaya, pues así no reducimos mucho las opciones de búsqueda, ¿no? —Notó que se le descolgaban los hombros—. Vale, gracias, Darshan... Ha merecido la

pena.

—Espera —le dijo él—. Que no has oído lo bueno. Desde luego es un alcaloide, pero hemos encontrado tres picos distintos en la analítica CLAR.

Eso sonaba más prometedor: la cromatografía líquida de alta resolución era la técnica indispensable de todo bioquímico para el análisis de cualquier cosa, desde productos farmacéuticos a compuestos químicos o dinamita. Tres picos distintos significaban que Darshan había identificado tres tipos específicos de alcaloide, y eso los acercaba tres pasos a conocer el nombre del veneno.

—Adelante —dijo Ruth y cogió el bolígrafo, dispuesta a anotar la lista.

—Mesaconitina, hipaconitina y aconitina —dijo el toxicólogo.

—¿Es el acónito?

—Sí —confirmó, muy decepcionado de que ella le robara su frase triunfal—. Te he mandado por correo electrónico el informe completo; si tienes más preguntas, ya sabes dónde encontrarme.

Parecía dolido, y Ruth sintió la necesidad de compensarlo.

—No, espera —le dijo—. Le voy a echar un vistazo ahora, si dispones de diez minutos para explicármelo.

—De acuerdo...

De todas las especialidades de laboratorio, la toxicología era la menos glamurosa y rara vez recibía los elogios merecidos. Los resultados de tóxicos siempre llegaban mucho después de que el furor inicial de una investigación se hubiera desvanecido. A eso había que añadir que, además, los toxicólogos rara vez hacían trabajo de campo, sino que más bien eran criaturas de laboratorio, a menudo aisladas incluso en aquel entorno tan intelectual y algo polémico.

—A ver, voy a abrir el archivo —dijo ella—: El acónito es una planta de jardín, ¿no? —añadió, aunque ya sabía la respuesta.

—Sus nombres comunes: matalobos, hábito del diablo, casco de Júpiter... Hay muchas subespecies y es muy probable que no demos con la fuente exacta, demasiadas variables, pero los alcaloides del acónito son tanto neurotóxicos como cardiotóxicos.

—Sistema nervioso y cardiovascular... —murmuró ella—. ¿Y, para el envenenamiento, es suficiente el contacto con la piel?

—Hasta arrancar las hojas de la planta con las manos desnudas puede ser peligroso —dijo él—. He encontrado un artículo del *Diario de Toxicología Analítica*. Deja que te lea algo: «El hormigueo comienza en el punto de absorción y asciende por el brazo hasta el hombro, después de lo cual empieza a verse afectado el corazón». Imagina cuánto peor puede ser si se ha abierto o perforado la piel.

Sonaba tan satisfecho de sí mismo como ella lo estaba de él.

Ruth leyó del informe.

—«El envenenamiento por acónito solo al contacto con la epidermis puede producir adormecimiento de la piel, debilidad muscular, taquicardia, fibrilación auricular, bradicardia...»

—Sí —dijo él—, puede acelerar o decelerar el ritmo cardíaco.

—Y al decelerarlo...

—Podría producir asfixia —concluyó él, y ella casi lo vio asintiendo con entusiasmo al otro lado de la línea telefónica—. No obstante, hay un pequeño díptero en el emoliente, es decir...

—Una mosca en el ungüento, una pequeña pega, vamos. Sí, ya lo había pillado. —A Ruth no le importaba limar asperezas, pero se negaba a que la trataran con condescendencia—. ¿Y ese díptero es...?

—La concentración relativamente baja de aconitina: en realidad, Kara no estuvo muy expuesta.

—¿Y cuánto haría falta para matar a una persona?

—Para matar a un hombre sano, bastaría con unos dos miligramos de sustancia pura, pero echa un vistazo a la cromatografía.

Había dos picos más pequeños, como pulsos menores en un electrocardiograma.

—La sustancia no era pura —dijo ella.

—Exacto —confirmó él—. A eso hay que añadir que los efectos de la aconitina son impredecibles: algunas personas parecen presentar una tolerancia natural.

—Y otras sucumben más fácilmente. —Ruth estaba pensando en Tali Tredwin, la primera víctima, muerta a los diez días de su desaparición, con los tatuajes incompletos—. Pero bastaría con una pizca para acabar con una persona normal, ¿no?

—Sí, más o menos.

—¿Cuánto le administraron a Kara?

—Es imposible calcular siquiera aproximadamente la concentración original, pero debió de ser muy baja, y es muy posible que la propia tinta influyera en el efecto de la toxina. Aún no hemos identificado la tinta negra que usó con Kara, pero, con las otras, utilizó hierba pastel, una tintura añil natural. Es ligeramente alcalina y el pH elevado debilita el efecto de la aconitina.

—¿Podría ser acumulativo? —preguntó ella—. Sabemos que el asesino sometió a sus víctimas a esta sustancia durante semanas. ¿Podría, no sé, haberles debilitado el corazón poco a poco?

—Esa pregunta es más para un patólogo —lamentó él.

La siguiente duda que le surgió a Ruth tampoco se la podía resolver Darshan,

así que le dio las gracias y colgó, imprimió una copia del informe y fue en busca del inspector Parsons.

Parsons miró por encima los datos y dejó el informe a un lado.

—¿Cómo va con los nuevos interrogatorios a los testigos? —le preguntó.

—Casi he terminado —le contestó ella, porque no le apetecía compartir con él sus conclusiones aún.

—Bueno, está bien saber cuál es el veneno, supongo —afirmó, mirando de reojo el informe impreso que tenía delante—. Para futuras referencias, quiero decir.

A la sargento le dio la impresión de que ya había marcado esa casilla y estaba dispuesto a pasar a otra cosa.

—A mí me parece que nos puede servir ahora, señor —le dijo en un tono ligero, nada agresivo.

Parsons la miró extrañado.

—¿Cómo, exactamente?

—El asesino elige con cuidado a sus víctimas y las retiene durante un período prolongado de tiempo. Ha utilizado una planta natural, el espino de fuego, como herramienta para crear intrincados tatuajes en el cuerpo de las víctimas. En las cuatro primeras, empleó una tintura herbaria y hoy hemos descubierto que a Kara le inyectaron una neurotoxina que podría explicar la causa de la muerte y que también es de origen vegetal, que se extrae de una planta tan peligrosa que solo con tocarla uno podría morir.

Esperó a que su jefe sumara dos y dos.

Parsons frunció el ceño.

—La extracción segura del veneno de una planta así requiere la intervención de un especialista —dijo.

—Estoy pensando en quién podría tener un conocimiento así —dijo Ruth—. ¿Un botánico? ¿Un toxicólogo..., un antropólogo, incluso?

—¿Me está pidiendo que solicite la colaboración de un asesor forense independiente?

Ella se encogió de hombros.

—No nos vendría mal.

—Tengo los resultados de su TAC.

El neurocirujano estaba de pie junto a la cama de Greg Carver, en la unidad de reanimación, con una tableta en la mano.

—Muy bien...

—No lo veo muy convencido. ¿No recuerda que le hicimos un TAC?

Una máquina enorme de color crema, la constante exhalación de los ventiladores. Luego el fuerte zumbido de un motor a reacción. El retículo de láser rojo que había iluminado su cuerpo a medida que lo introducían en el inmenso tambor, y que no había podido quitarse de la cabeza la idea de una ametralladora.

—Recuerdo el TAC —dijo Carver. Como había despertado en ese hospital, siempre le hacían preguntas de ese tipo. A veces mentía cuando decía que lo recordaba; otras, mentía cuando decía que no. Esa vez, tras explorar el rostro del hombre canoso y trajeado que había junto a su cama, respondió con sinceridad —: A quien no recuerdo es a usted.

—Yo no estaba presente cuando le hicieron el TAC, claro —dijo el doctor—. Pero hemos hablado varias veces... —Se quedó como esperando un ¡eureka! de Carver que no se produjo. El especialista sonrió—. Bueno, el equipo que lleva su tratamiento es bastante grande. —Se presentó de nuevo. Carver olvidó su nombre de inmediato—. El edema cerebral se ha normalizado —prosiguió el doctor—, pero habrá que tenerlo monitorizado. —Carver asintió con la cabeza, procurando retener los datos que le facilitaba—. ¿Ha tenido alguna impresión o sensación inusual?

—¿Como qué?

—¿Olores que parezcan fuera de lugar, como olor a quemado o a perfume fuerte, por ejemplo? ¿O ver cosas que no existen?

Se refería a alucinaciones.

—No —contestó Carver, pensando en las sombras que lo acechaban en sus momentos de vigilia, en los destellos de luz, en esa presencia que sabía que le deseaba mal, pero que no lograba visualizar.

El doctor clavó en Carver sus ojos azul claro durante cinco largos segundos,

pero, al parecer, decidió que no merecía la pena forzar el asunto. Giró la tableta para mostrarle al inspector un gráfico de la espina dorsal humana perfilada en negro y el corazón y sus vasos sanguíneos coloreados de rojo.

—El proyectil sigue alojado detrás de la aorta descendente —le explicó, señalando una vena gruesa que hacía un bucle por encima del corazón y por detrás en dirección a la columna—. Se encuentra atrapado entre la aorta y estas dos vértebras, la T4 y la T5, de la región torácica de la espina dorsal —añadió y, volviéndose, se señaló en su propia espalda un punto entre los dos omóplatos.

—¿Se puede sacar?

—Podríamos, pero no lo vamos a hacer, si podemos evitarlo —dijo el doctor.

«¿Me está diciendo que voy a ser un inválido?» A eso solo cabría una respuesta de sí o no, y Carver no estaba preparado para digerir un sí en esos momentos, así que, en su lugar, dijo:

—Doctor, tengo que trabajar.

—Tiene que centrarse en su recuperación, señor Carver.

—¿Y cómo lo voy a hacer con una bala dentro?

—Nueve de cada diez veces la cirugía destinada a la extracción de proyectiles hace más daño que bien —le explicó el médico—. Infecciones, lesiones en los tejidos adyacentes mientras se localiza el cuerpo extraño... Eso por no hablar del riesgo que supone abrirle el pecho. Y tendríamos que hacerlo para llegar a ese puñetero proyectil. —Deslizó el dedo por la pantalla de la tableta y apareció otra imagen—. Esta es la imagen del TAC. —Parecía una fotografía algo borrosa en blanco y negro, y Carver pudo ver la bala como una posta brillante, alojada entre la arteria y el hueso. Solo pensar en que aquel objeto extraño se encontraba tan cerca de su corazón le oprimía el pecho y le revolvía el estómago—. Por la posición del proyectil, se podría dañar la propia aorta, un vaso sanguíneo fundamental que lleva sangre al pecho y a la parte inferior del cuerpo —continuó el médico—. En esta región, se reparten, desde la espina dorsal, los nervios que controlan la parte superior del pecho, la zona central de la espalda y el abdomen, así como las extremidades inferiores. Si sufriera algún daño, el resultado podría ir desde los problemas respiratorios hasta la paraplejia.

—Pero, si se queda ahí, seguramente producirá los mismos daños... —Carver resistió el impulso de llevarse la mano al pecho.

—Los resultados de las pruebas que le hemos hecho hasta ahora han sido muy positivos —señaló el doctor—. No hay debilidad muscular, ni hormigueo, ni entumecimiento en las extremidades inferiores. Y el equipo de fisioterapia asegura que lo han tenido levantado y caminando esta mañana, solo una semana después de que lo ingresaran aquí en coma. Los indicios son buenos.

Pero Carver no lograba deshacerse de la angustiada sensación de que un

movimiento brusco lo podía dejar inválido, que terminaría en una silla de ruedas de por vida.

—¿Y si se desplaza y me produce una lesión medular igual? —preguntó.

—Lo monitorizaremos de cerca mientras recupera las fuerzas —contestó el médico—. Si observamos algún cambio preocupante, podemos reevaluar los riesgos de la cirugía frente a sus beneficios. De momento, lo que más me preocupa es el traumatismo craneal. ¿No tiene ni idea de cómo sucedió, o cuándo?

—No.

—Se lo pregunto porque, si se retrasa el tratamiento de la conmoción, puede ocasionar problemas a largo plazo —le explicó el especialista—. Y parece que usted ya tiene problemas para recordar algunas cosas.

—Estoy bien —dijo Carver.

—¿Recuerda cómo me llamo?

Carver no respondió; no podía.

El doctor no dijo nada, pero, al cabo de un rato, prosiguió:

—Las enfermeras y los fisioterapeutas han observado también que tiene problemas de concentración, que son lógicos en alguien que acaba de despertar de un coma. —Hizo una pausa—. Pero, en su caso, hay algunas complicaciones. —El inspector levantó la vista: las complicaciones siempre eran mal asunto—. La conmoción cerebral es solo una parte del cuadro general —prosiguió el doctor—. Cuando le dispararon, sufrió traumatismos severos, e incluso antes de que eso ocurriera, ya sufría usted una intoxicación etílica aguda. —Carver agachó la cabeza—. ¿Se definiría como bebedor, en general? —El doctor esperó a que Carver estableciera contacto visual con él—. No lo estoy juzgando, señor Carver, solo que, si disponemos de información fiable, podemos hacer un diagnóstico más acertado.

El inspector se pasó una mano por la cara.

—Desde que empezó este caso, he tenido problemas para dormir —dijo, abordando el tema de forma tangencial.

—¿En qué medida?

—He estado durmiendo dos, como mucho tres horas cada noche.

En una o dos ocasiones, incluso había tenido alucinaciones.

—De acuerdo... La falta de sueño podría ser otro de los factores que están afectando al funcionamiento de su cerebro. ¿Y ha estado bebiendo para poder dormir?

—Sí.

—Y despertándose a las tres de la madrugada bañado en un sudor frío, supongo. —Carver asintió con la cabeza. Había perdido la cuenta del número de

veces que había despertado en plena noche con una sed brutal y el corazón acelerado, después de haberse quedado dormido de tanto beber solo unas horas antes—. Lo bueno es que, aunque en la analítica los valores hepáticos son altos, su hígado parece relativamente sano —lo informó el doctor—. Y se recuperará con el tiempo. Pero el abuso del alcohol, a largo plazo, puede afectar a la memoria. De modo que el cuadro que se nos presenta es complejo. —El médico dejó la tableta en la mesilla y tomó asiento, volviendo la silla para mirar a su paciente—. La medicina se parece mucho a una investigación policial —le dijo—. Cuantos más datos recabamos, más clara es la situación. Los médicos, igual que los detectives, seguimos las pistas con el fin de localizar al culpable, pero muy a menudo la gente no nos dice lo que sabe de verdad. Eso ralentiza mucho las cosas y puede incluso causar daños mayores.

El inspector exhaló.

El médico esperó y, poco a poco, como si la sacara de un pozo hondo, Carver empezó a contarle la verdad.

—Me ha preguntado si he tenido alucinaciones... —dijo—. No paro de oler a pólvora y tengo un regusto acre, metálico en la boca. A veces, cuando despierto, veo... sombras. —Esperó la reacción del doctor, pero el cirujano se limitó a ladear la cabeza para indicarle que lo escuchaba—. Tengo la sensación de que... —tragó saliva— de que hay alguien en la habitación, y sé que quien sea está ahí, pero no lo veo. Está pero no está. Y otra cosa, esto es muy raro: cuando habla mi compañera, Ruth, la veo rodeada de un halo de colores. Sí, sé que es de locos.

Dejó de hablar.

—El olor a pólvora podría ser un recuerdo de la noche en que le hirieron —dijo el neurocirujano—. En cuanto al resto, esas «auras» que me describe son una secuela corriente de los daños neurológicos, que suelen ir asociadas a dolores de cabeza. Algunos pacientes tienen perturbaciones auditivas también, oyen ruidos o voces, pero las visuales son más frecuentes.

—¿Qué las produce? —preguntó Carver, tratando de recordar si las luces iban asociadas a dolores de cabeza.

—Un fallo del cerebro —contestó el médico—, que establece conexiones extrañas mientras redirige la información por tejidos no dañados. Por eso huele algo que no está ahí, ve cosas raras, experimenta sensaciones extrañas, como esa sombra que está pero no está. Puede resultar perturbador, pero forma parte del proceso de recuperación.

—Entonces, ¿mejorará?

—Podría. Solo para estar seguros, voy a pedir una nueva batería de pruebas. Repetiremos el TAC y la resonancia, y haremos otro electroencefalograma para comprobar la actividad eléctrica de su cerebro. Además, he pedido a un

neuropsicólogo que venga a charlar un rato con usted, para que puedan hablar de cómo salir adelante.

—Pero ¿podré trabajar?

—Me ha sido de gran ayuda que se haya sincerado conmigo —le dijo el cirujano—. Como ya le he comentado antes, los indicios son positivos, pero me temo que es demasiado pronto para garantizar nada.

Carver se preguntó si el doctor seguiría creyendo que los indicios eran positivos si supiera que las sombras le habían hecho una visita justo antes de su llegada. Esa vez, una de las sombras había parpadeado y se había materializado en algo, en alguien a quien él reconocía. Un instante después, había estallado en una supernova de luz, pero le había dejado en la memoria un recuerdo visual de Ruth, y lo apuntaba con un arma.

La sargento Ruth Lake estaba sentada a su escritorio, viendo la actuación de un médium en YouTube. John Hughes no había tardado en llamarla: en efecto, Kara Grogan había firmado con una agente teatral; había todo un historial de mensajes que se remontaba a comienzos del pasado noviembre. Y también tenía una audición, prevista para las 16.30 de esa misma tarde, en un estudio de Londres.

Ruth había llamado sin éxito a la agente un par de veces; le había dejado mensajes, pero aún estaba esperando una respuesta. Ya eran las cuatro de la tarde.

Además, Kara se había descargado o había marcado como favoritos un montón de programas en su televisión de pago, tanto programas de telerrealidad como dramáticos, y había investigado mucho en internet sobre médiums, espiritismo y lectura en frío. Hughes le había enviado una serie de enlaces para que buscase artículos guardados en la caché del ordenador de la joven, y la sargento ya había rastreado unos cuantos. En su mesa, había copias impresas de archivos del ordenador de Kara titulados «Mentalismo», «Señales no verbales» y «Lenguaje corporal». Entre los sitios web a los que había accedido, había blogs y presentaciones de YouTube del estilo de «Cómo detectar a un mentiroso», «Lectura del lenguaje corporal», «Técnicas de lectura en frío» y «Trucos del oficio del vidente», ese último era un artículo de *Psychology Today*.

Estaba bien saber que la joven exploraba ambos lados de los fenómenos psíquicos. Lástima que todos esos conocimientos no la salvaran. Aunque sí significaba que probablemente Kara habría estado más en guardia que la mayoría. El asesino debía de ser un buen mentiroso. Por una milésima de segundo, Ruth sintió una pizca de optimismo, pero, pensándolo bien, lo único que todo aquello indicaba era lo que ya sabían: que buscaban a un psicópata, a un mentiroso nato y absoluto.

Suspiró, hizo una anotación y pasó al siguiente vídeo.

A mitad de uno en el que James Randi ponía al descubierto un fraude más, recibió una llamada de John Hughes.

—Kara acaba de recibir un correo horrible de la agente teatral, haciéndola trizas por perderse una audición.

Ruth miró el reloj; eran más de las cinco.

—Y a mí no me devuelve las llamadas. ¿Cómo es posible que no sepa lo que le ha ocurrido a Kara?

—Ni idea —dijo él—. En cualquier caso, le dice que la ha eliminado de su lista de clientes, que no se moleste en ponerse en contacto con ella. Te lo acabo de reenviar.

La sargento miró su bandeja de entrada.

—Vale —dijo—. Lo tengo.

El asunto rezaba: «No te has presentado, ¿me estás vacilando?».

Echó un vistazo al cuerpo del mensaje.

«Me la juego por ti, por una estudiante que ni siquiera se ha graduado aún, ofreciéndote una oportunidad increíble que podría catapultarte a la fama, ¿y no te presentas? Métete esto en la cabeza: estás en la base de una montaña inmensa de talento bruto y acabas de cargarte la mejor oportunidad que te ofrecerán este año, puede que incluso en toda tu puñetera carrera. Así que agárrate fuerte, niña, porque vienen curvas y vas a tener que pasarlas sin que esta agente te lleve de la sudorosa manita.»

—Pues sí que está cabreada —dijo Ruth—. Gracias, John, me pongo con ello.

Copió la dirección de correo de la agente, la pegó en el destinatario de un nuevo mensaje y empezó a redactarlo, en un tono neutro, diciéndole únicamente que necesitaba hablar con la señorita Frinton sobre Kara Grogan. Hecho eso, volvió a llamar al despacho de la agente. Las dos primeras veces, comunicaba; a la tercera, oyó ese tono de cambio característico de un desvío de llamada y le pasaron con Hayley, la asistente de la señorita Frinton.

—La señorita Frinton ha salido —le dijo una voz joven.

—¿Que ha salido... adónde?

—A muchos sitios, está entrevistando a nuevos talentos.

—Muy bien, Hayley, pues dile que me llame. Es urgente.

Le dio sus datos de contacto sin mucha esperanza de que le devolviera la llamada.

Apenas había soltado el auricular cuando volvió a sonar el teléfono.

Era Carver.

—Ruth —dijo—. Tenemos que hablar.

—¿De qué? —preguntó ella, sin alterarse.

—De las mentiras que te he contado.

—Vale... —contestó ella—. Te escucho.

—Por teléfono, no —repuso él—. Quiero hablar cara a cara; tienes que venir.

A pesar de lo furiosa que estaba con Carver, la unía a él el año que habían trabajado juntos, y sus propios actos en el apartamento del inspector aquella

noche terrible.

Comprobó de nuevo la bandeja de entrada para asegurarse de que no había ningún mensaje de la agente de Kara.

—De acuerdo —accedió—. Estaré allí en treinta minutos.

Carver estaba haciendo un ejercicio de memoria en la tableta y procurando no angustiarse de pensar que una tarea que le habría parecido un juego de niños hacía unas semanas precisara de pronto toda su concentración. Lo habían trasladado a la unidad de rehabilitación, un bloque situado a escasa distancia, al otro lado del campus hospitalario, y le habían asignado una habitación privada, un alivio, porque lo protegía de las miradas curiosas de las visitas.

—Greg.

El inspector levantó la vista. Ruth Lake estaba plantada en el umbral de la puerta, paseándose la mano derecha por la costura de la pernera del pantalón. Durante un segundo, la luz se volvió de un naranja intenso y le pareció que sostenía algo duro y metálico en la mano, sin apretarlo.

Luego percibió un súbito olor a pólvora y la luz volvió a ser del blanco frío de las lámparas led de bajo consumo.

Parecía cansada. Carver sabía que el inspector Parsons era un tipo rastrero y cuadrulado, con lo que seguramente Ruth llevaba casi todo el peso de la investigación en curso.

—Tienes mucho mejor aspecto —le dijo ella.

Carver estaba sentado en un sillón junto a su cama; Emma le había llevado un par de pijamas y una bata, que al menos le permitían hacerse la ilusión de que había recuperado la normalidad.

—Estoy... mucho mejor, gracias. —Dejó la tableta e inspiró hondo—. Mira, no me gusta cómo quedaron las cosas entre nosotros la última vez que nos vimos.

—Me has dicho que querías hablarme de las mentiras que me has contado.

Como de costumbre, su tono no revelaba mucho, pero Carver detectó un leve resplandor anaranjado a su alrededor y pensó: «Está enfadada».

—Las mentiras, sí.

No añadió «Y las que tú me has contado a mí», pero quizá llegaran a eso más adelante.

—¿Y bien...?

—El inspector Jansen ha venido a verme, o quizá debería decir a

«interrogarme». Tenías razón: no le caigo nada bien —dijo, forzando una sonrisa, pero Ruth permaneció inmutable.

—¿Qué le has contado?

—Lo que te he contado a ti.

—A mí no me has contado nada.

—Te he dicho que no me acuerdo.

—Y es mentira.

Sentía su estricto escrutinio como una luz brillante. El resplandor anaranjado iba y venía, emborronando un poco sus rasgos. Titubeó antes de reconocerlo.

—En parte, era verdad.

—Y en parte, mentira.

Detectó un amago de sonrisa, pero sin humor.

—No seas listilla, Ruth. Recuerdo parte de lo ocurrido, pero no sé qué es real y qué es... yo qué sé, ¿un sueño?, ¿una fantasía?

Le pareció ver algo en su expresión. Nada tan evidente como una mueca o un ceño fruncido, sino algo mucho más sutil, como si una membrana gris le hubiera cubierto de pronto las córneas. La había visto hacerlo unas cuantas veces antes, en interrogatorios con delincuentes de la peor calaña, y también cuando mentía a sus superiores.

—¿Por ejemplo? —quiso saber ella.

—Sombras —contestó él—. Un olor, como a pólvora, alucinaciones las llama el médico, pero... parecen muy reales.

—¿Y qué son esas sombras? —preguntó la sargento.

—Personas —respondió él, mirándola directamente—. Una persona. Quiero mirarlas. No puedo moverme, pero sé que están ahí.

Un destello de púrpura alrededor de los ojos de Ruth; está ahí y desaparece en un segundo, inconfundible.

—¿No... sabrás quién...?

—Aún está algo borroso.

—A ver..., ¿recuerdas cómo empezaste el día? —dijo ella—. ¿Levantarte, ir a trabajar y todo eso?

Le dio la impresión de que la sargento cambiaba de tema.

—Tuve una reunión contigo, hablamos de Kara. Te dije que no pensaba que pretendiera ser una amenaza para mí o para Emma. Coincidiste conmigo.

Ella asintió con la cabeza.

—Así es como fue. Y es bueno, ¿no?, que eso lo tengas claro. —Él no hizo ningún comentario, porque quería mentir lo mínimo posible—. ¿A partir de cuándo empiezas a tener recuerdos borrosos?

—Eh... más o menos desde cuando salí de la oficina.

Eso era una mentira descarada.

Volvió a ver un halo de luz anaranjada alrededor de Ruth. «Furiosa —se dijo—. Significa que está furiosa.»

—Saliste de la oficina hacia las ocho de la noche —le dijo ella con dureza, y entonces supo que había acertado con lo de que estaba furiosa—. Eso debió de ser más o menos cuando llamaste a ese número misterioso de prepago desde tu móvil.

Bueno, no era el único que mentía.

—Una de las sombras me apunta con un arma —dijo de pronto.

El intenso resplandor que la envolvía se desvaneció.

—¿Quién? —preguntó ella.

—No lo sé. Como digo, es solo una sombra.

Ella lo miró fijamente y de pronto era Ruth otra vez, sin pirotecnia, sin luces y completamente impenetrable.

—¿Dónde están mis archivos? —inquirió él.

—¿No te acuerdas? Ya te lo he dicho: han desaparecido.

—¿Cómo?

—Los únicos indicios que había en tu apartamento eran unas cuantas manchas de masilla azul en las paredes de tu dormitorio y una huella en forma de caja en la alfombra.

Estaba empezando a cansarse, pero le pareció ver un destello de luz verde por el rabillo del ojo.

—Estás siendo evasiva otra vez —le dijo él.

—Como tú —replicó ella.

—¿Qué pasó con el arma? —preguntó Carver sin esperanza de obtener una respuesta directa, solo por ver su reacción.

—Lo más probable es que quien te disparó se la llevara.

La envolvió un halo de verde luminiscente.

—Me has dicho que no crees que me disparara el asesino de las espigas.

—No lo creo.

—Entonces, ¿quién? ¿Y quién ha podido llevarse mis archivos? —dijo el inspector, volviendo a la pregunta inicial, para tantearla—. ¿A quién más podían interesarle, aparte de al asesino?

Ella se puso a la defensiva.

—Pensaba que querías que viniera para contarme la verdad.

—No entiendo por qué estás tan segura de que no fue ese tipo quien me disparó —repuso él—. Algo habrá en los archivos; si no, ¿por qué iba a llevárselos?

Ruth gruñó.

—¿Por qué estás tú tan seguro de que todo es cosa suya? Tú podías haberlos escondido en alguna parte, o haberlos quemado —le replicó con dureza—. O haberlos devuelto adonde debían estar, bajo llave con el resto de la documentación del caso.

—Estupenda teoría —le dijo él—. Salvo porque yo estaba leyendo esos documentos en mi casa la noche en que me dispararon.

—Me sorprende que lo tengas tan claro —contestó ella—. ¿Me has estado ocultando algo todo este tiempo?

—Si el asesino de las espinas no me robó los archivos, ¿quién lo hizo?

—Quien te disparara.

Volvió el halo púrpura.

—Llevo un año centrado en este caso, ¿qué otra persona, aparte del asesino de las espinas, podría odiarme tanto como para coger una pistola y dispararme?

—No lo sé —contestó ella, y el halo púrpura se transformó en una luminiscencia de verde bilis.

«El color de las mentiras», se dijo él.

—Claro que lo sabes —le replicó, mareado y agotado—, o crees que lo sabes.

—¿Qué pasa, que ahora te has vuelto mentalista? —atacó ella de nuevo.

—Sé distinguir una mentira cuando la veo.

—Querrás decir cuando «la oyes».

—Señales no verbales —dijo él—. Hay algo que no me estás contando.

Ruth se encogió de hombros.

—Parece que los dos nos ocultamos cosas, ¿no, Greg?

Cuando su compañera se hubo marchado, Carver se desparramó en el sillón.

«¿Señales no verbales? No me puedo creer que le hayas soltado esa mierda a Ruth.» Ella, precisamente, se merecía sinceridad. Pero no podía quitarse de la cabeza el recuerdo que había tenido cuando había hablado por última vez con el neurólogo: la supernova de luz, la imagen de Ruth, apuntándolo con un arma. Ruth a la puerta de su habitación de hospital, el leve destello de algo metálico que ella llevaba en la mano, sin apretarlo. ¿Era ese otro ejemplo de mal funcionamiento de su cerebro en fase de recuperación? ¿De impulsos nerviosos que hacían «zig» cuando debían hacer «zag» y establecían conexiones inexistentes intentando dar sentido a lo ocurrido y cortocircuitando? Quizá. Pero no podía negar las luces, los halos, o como se llamaran, que veía cuando ella hablaba. Lo había visto tan claro como si se lo hubiera confesado: Ruth le estaba mintiendo.

De vuelta en comisaría, Ruth Lake pasó con el coche por delante de un puñado de reporteros que merodeaban cerca de la entrada principal, rodeó el edificio en dirección al aparcamiento y entró por la puerta de atrás para evitar que la bombardearan con preguntas. Una vez dentro, subió corriendo cuatro tramos de escaleras, en parte para deshacerse de la rabia y en parte para evitar al inspector Parsons, que se metía en uno de los ascensores cuando ella entraba en el edificio.

Tiró de la puerta de la salida de incendios del segundo piso para abrirla justo cuando la empujaba desde el otro lado el agente Ivey, que salió propulsado hacia delante, aunque se enderezó enseguida con asombrosa agilidad.

—Perdone, sargento —le dijo, apartándose para dejarla pasar.

—Ha sido culpa mía... Tom, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza y se ruborizó un poco. Aquella tez tan delicada debía de ser un suplicio para él en materia de citas.

—¿Cómo vas? —preguntó ella.

—Nada nuevo sobre la reunión en el hotel —contestó él—. Ni sobre el móvil de prepago. —«A mí me lo vas a contar.»—. ¿Cómo está el inspector Carver? —quiso saber el joven detective.

—Está... muy bien. —Logró por poco no decir: «Está de mierda hasta las cejas», que era lo que de verdad tenía en mente—. Mejorando, vamos.

—Por lo que me ha dicho el jefe, aún no ha recuperado la memoria —dijo Ivey.

—Era de esperar —le contestó ella, echando el freno al recordar quién era el jefe de Tom.

—¿Cómo va su caso?

—Espacio —dijo Ruth—. Pero gracias por preguntar.

Lo dejó ahí y volvió a la sala de investigación algo más serena. Ya era tarde y la mayoría de los agentes que trabajaban en el caso se habían ido a sus casas, pero Ruth estaba aún demasiado encendida para dar por concluida la jornada. Comprobó el correo y los mensajes del contestador; la agente de Kara seguía sin dar señales.

Tenía que haber algo en internet sobre esas entrevistas y exhibiciones, o como

las llamaran, se dijo, y empezó a teclear el nombre de la agente, seguido del texto «agente teatral», y vio que la prensa del gremio consideraba Wendy Frinton Talent Agency una de las veinte mejores de Londres. No había lista de eventos, solo su impresionante plantel de actores y actrices, y, en su página web, nada de exhibiciones ni de entrevistas. Por lo que Ruth podía ver, la página hacía las veces de parachoques o cortafuegos entre Frinton y las hordas de aspirantes que reclamaban su atención.

Más adelante, en los resultados de la búsqueda de Google, Ruth encontró enlaces a decenas de vídeos de YouTube; Wendy Frinton tenía su propio canal. Echó un vistazo a la lista y terminó haciendo clic en un título que destacaba entre los vídeos de tutoriales. Un enlace con la coletilla: «¡¡JODER, no os perdáis el ATAQUE de Wendy Frinton!!». La fecha indicaba que se había subido hacía apenas cuarenta minutos. Hizo clic en el enlace y se encontró mirando una miniatura de la mujer en cuestión, en plena diatriba, a juzgar por la crispación de sus labios. Pulsó el botón de reproducción.

Wendy Frinton entró zumbando en pantalla como un avispón pasado de cafeína. Tenía el pelo de color amarillo pollo, y se le quedaba tieso a mechones de tanto tocárselo. Completaba su aspecto un top amarillo y negro. Estaba sentada delante de una mesa de melamina blanca; a su espalda, lo que parecía una pantalla montada precipitadamente con un paño de tela para cortinas. Se agarraba a los bordes de la mesa como si fuera a arrancar un pedazo y lanzarlo a la pantalla del ordenador. La señorita Frinton se presentó a una velocidad de vértigo, pero hizo la pausa necesaria para mencionar claramente el nombre de su agencia.

—Muy bien, son las cinco y cuarto de la tarde, hora británica —empezó—, y estoy en plena gira por todo el país entrevistando a actores y actrices, viendo, como buenamente puedo, un millón de exhibiciones (sin exagerar) en busca de las estrellas del mañana, así que si parezco agotada es porque lo estoy, joder.

Dirigió una mirada torva a la cámara del portátil.

—Sabéis que os quiero, chicos, y que quiero que seáis tan buenos como sea posible, pero no soy vuestra puñetera MADRE. De modo que os voy a hacer unas preguntas que ya deberíais haberos hecho vosotros y que, por cierto, deberíais haceros siempre que tengáis la más mínima ocasión. Conviene que cojáis papel y lápiz y las anotéis. ¿Vale? ¿Listos? —Hizo una pausa para tomar aliento—. Ahí van. Uno: ¿estáis preparados? Dos: ¿habéis ensayado el fragmento de vuestra audición de diez maneras distintas antes de salir de casa hoy? Tres: si la audición es a ciegas, ¿habéis practicado la lectura a ciegas? —Levantó un dedo y señaló a la pantalla—. No me digáis que no podéis ensayar una lectura a ciegas; SÍ, PODÉIS, porque cada vez que leáis algo, lo que sea, a

ciegas, ganaréis seguridad en la lectura a ciegas.

Se desplomó sobre el respaldo de la silla un segundo, como agotada por tener que decirles a sus protegidos lo que ella consideraba obvio.

—¿Por dónde iba? —masculló, echando un vistazo a algo que tenía en la mesa y no se veía en pantalla—. Por el tres, vale, pues cuatro: cuando os toca, ¿ocupáis vuestro sitio con una sonrisa de oreja a oreja? Cinco: ¿habéis saludado al director de *casting*? Como comentario al margen, porque de verdad, de verdad que esto no tendría ni que decíroslo: antes de presentaros en la audición, ¿lo habéis o la habéis buscado en Google?

Se le salieron los ojos de las órbitas como si alguien le hubiese dicho algo espantoso desde el otro lado de la pantalla.

—Venga ya, sois la generación Y, los mileniales, se supone que estáis en internet, conectados a todas horas, todos los días. Os habéis criado con todo eso. Así que ¡conectaos e investigad, tíos! —Sacó barbilla y resopló con fuerza suficiente para levantarse el pelo de la frente—. Y supongo que eso nos lleva al número seis, gran titular: SED PROFESIONALES. Siete: ¿os habéis presentado a tiempo?, ¿os habéis presentado?! Presentaos, por Dios. Jamás dejéis de presentaros a una audición. —Hizo una pausa y se tapó la boca con la mano. Por un segundo, pareció que iba a terminar el vídeo, incluso alargó la mano hacia delante como si fuera a hacerlo, pero, en el último momento, reculó y dio un golpe con ambas manos en la mesa—. Mirad —prosiguió en un tono algo más sereno—, os voy a contar esto porque me ha cabreado tanto que NO quiero que vosotros cometáis el mismo error. Resumen: concerté una cita a una clienta. Se trata de una actriz joven, que ni siquiera se ha graduado aún, pero tiene mucho talento, MUCHÍSIMO... —Suspiró—. Así que le conseguí esa audición con una productora de televisión importante. Una gran oportunidad para ella, ¡enorme! —Apartó la mirada de la pantalla un segundo y Ruth vio que le estaba costando controlarse—. Esta tarde me han llamado... No se ha presentado. —Se dio una palmada en la frente como si acabara de recibir la llamada y puso cara de espanto y de incredulidad—. Ha dejado pasar la puñetera audición.

Ruth se acercó un poco más a la pantalla. ¿Estaba hablando de Kara?

—Creedme, estrellitas en ciernes —dijo Frinton—, las oportunidades, cualquier oportunidad, pero sobre todo una como esta, NO crecen en los árboles. —Miró furibunda a la cámara del portátil—. La he llamado, no me ha devuelto la llamada. Le he mandado un correo electrónico, nada.

Se agarró dos puñados de pelo y se pasó los dedos por la masa ya enmarañada.

—¿Qué se supone que debo hacer en un caso así? Os lo voy a contar, queridos amigos con talento: en el siguiente correo que le he mandado, la he despedido.

Sí, estaba hablando de Kara, sin lugar a dudas. Ruth agarró el teléfono del

escritorio y marco el número del despacho de la señorita Frinton.

—No podéis no presentaros a una audición —continuó Frinton—. Nadie os debe nada en este mundo. —Pellizcó con el índice y el pulgar una pizquita de nada para enfatizar su argumento—. Y si lo que hay ahí fuera os parece difícil, no es nada comparado con la profesión de actor. Nadie os debe ni siquiera una oportunidad en este negocio. Si os ofrecen una y la desperdiciáis, no esperéis otra. —Tomó aliento—. Lo siento si os suena crudo —añadió, en un tono nada crudo—. Así son las cosas.

Le habló alguien y ella miró por encima del hombro.

—Bueno, mi asistente me dice que tengo que cortar. Pensad en eso, pequeños. Aseguraos de estar preparados cuando llegue la llamada. Os deseo a todos una estupenda temporada de exhibiciones.

Lanzó un par de besos al aire y terminó el vídeo.

El hijo de la agencia dejó de sonar y se desvió la llamada a un móvil. Un segundo después, Ruth estaba hablando con Hayley, la asistente.

—Soy la sargento Lake otra vez —dijo Ruth—. ¿Me recuerdas?

—Me temo que la señorita Frinton...

—Sí, ya lo sé, está de gira por todo el país, acabo de ver su vídeo, pero le he pedido que me llame urgentemente por asuntos policiales y, como veo que ha tenido tiempo de publicar en YouTube, supongo que también lo tendrá para atenderme.

—Lo siento, está en plena...

—Temporada de exhibición, sí, y yo estoy en plena investigación de asesinato, así que escúchame con atención, Hayley. Me la vas a pasar o te acusaré, y posiblemente también a la divina señorita Frinton, de obstruir la investigación de un homicidio. ¿Ha quedado claro?

En cuestión de dos minutos, la mismísima Wendy Frinton estaba al teléfono.

—Escuche, sargento, no sé quién es usted, pero no puede amenazar así a mi asistente...

—Bonito tutorial en YouTube —la interrumpió Ruth, hablando por encima de ella—. La actriz de talento que no se ha presentado a la audición es Kara Grogan, ¿verdad?

—Yo no he dicho ningún nombre. Y de todas formas... —Se interrumpió y Ruth la imaginó relacionando mentalmente el nombre de Kara Grogan con una policía que investigaba un asesinato—. No estará insinuando que Kara...

—Tiene una estupenda excusa para no haberse presentado —dijo la sargento con deliberada brutalidad—: que está muerta. —Oyó un eco lejano cuando la señorita Frinton susurró «muerta»—. Asesinada.

—Dios, me siento como una mierda por las cosas que le he dicho. ¿Cómo

ha...? Quiero decir, ¿en qué circunstancias?

—¿No lee usted la prensa, señorita Frinton?

—En esta época del año, leo *The Stage*, *Entertainment Weekly*, *Spotlight*... y ni siquiera eso en los últimos días. Es que es...

—Temporada de exhibiciones, lo sé. Pero a Kara la asesinaron hace casi dos semanas.

—Ah —dijo, compungida.

—Creemos que la secuestró un asesino en serie.

—¿El asesino de las espinas?

—¡Entonces, sí que ve las noticias!

—Aunque viva en una burbuja teatral, está conectada al planeta Tierra —dijo. Ruth oyó voces de fondo y la agente respondió con un gruñido—: Diles que esperen. Bien, ¿qué es lo que quiere saber? —añadió a continuación.

—Usted ha dado por supuesto que Kara había dejado escapar la audición, pero sus compañeros de clase y sus profesores aseguran que era una de las alumnas más concienzudas y motivadas de su clase.

—He pensado que había sido por esa condenada fobia suya.

—¿Qué fobia?

—El miedo escénico. He creído que se había acobardado.

—No me cuadra —dijo Ruth—. La he visto en YouTube; era brillante.

—Eso no quiere decir nada. Un buen actor puede estar hecho un manojo de nervios, vomitando y atontado un minuto antes de salir a escena y realizar la interpretación de su vida en cuanto se encienden las luces. Todo el mundo tiene miedo escénico. Los mejores actores son los que más lo sufren porque no se permiten nada por debajo de la perfección. Se lo dije. Le pasé una lista de lo mejor de lo mejor, todos ellos actores y actrices que habían conseguido salir a escena aun llevando a sus espaldas al puñetero monstruo del miedo escénico. Le aconsejé que leyera sus biografías y luego le pregunté por qué ella iba a ser distinta.

—¿Entre «lo mejor de lo mejor» estaban Laurence Olivier, Judi Dench, Sheila Hancock, Benedict Cumberbatch, Barbra Streisand? —preguntó Ruth, enumerando los nombres de memoria.

—Sí, esos y algunos más... —contestó la agente en un tono inquisitivo.

—Compró esas biografías, señorita Frinton. Las leyó de cabo a rabo, hizo anotaciones en los márgenes.

—Debí haberlo supuesto —comentó Frinton angustiada—. Esa niña estaba bien preparada. Además, me dijo que había buscado ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—Terapia, supuse.

No habían encontrado ningún indicio de que Kara estuviera yendo a un psicólogo. Pero a Ruth le empezó a picar el cuero cabelludo y supo que estaba sobre la pista de algo.

—¿No le dijo quién la estaba tratando... o dónde?

—Lo siento, no suelo ahondar en cuestiones personales con mis clientes.

—¿Cómo era Kara... como cliente?

—Una estrella en potencia. Me gustaba Kara; tenía un algo especial y estaba dispuesta a darlo todo por el trabajo. Subía cosas a internet, tenía toda una gama de papeles preparados... Ella exhibía su talento, cuando muchos de estos críos solo esperan a que los «descubran». —Gruñó—. Tendría que haberlo supuesto... Era impropio de ella. Pero estaba avergonzada y furiosa por que no se hubiera presentado a la audición.

—No es habitual tener un agente antes de haberse graduado siquiera, ¿verdad?

—Usted la ha visto en YouTube. Como le he dicho, Kara tenía talento.

—Sin embargo, no quería que sus compañeros de residencia supieran que había firmado con usted...

—Pues claro que no... Nadie quiere cabrear a las personas con las que tendrá que actuar en sus presentaciones finales.

—¿Es posible que sus compañeros no supieran que padecía miedo escénico?

—¡A saber! Todos nos cubrimos como podemos. ¿Quién quiere parecer débil o vulnerable?

—Eso lo puedo entender —señaló Ruth con una candidez poco usual en ella—. Pero ¿no es la interpretación precisamente una forma de exponer tus emociones y tus debilidades?

—*Touché* —dijo la señorita Frinton—. Aunque me temo que eso tendrá que hablarlo con sus compañeros.

—Ni siquiera sus profesores sabían lo de la audición.

—La cosa funciona así —dijo la agente, entrando en modo YouTube—. Solo un dos por ciento de los alumnos de Arte Dramático terminan en el West End. Y los papeles interesantes se los dan a los actores y las actrices de la RADA y la LAMDA. Los demás tienen suerte si consiguen algún trabajo de interpretación en los primeros seis meses después de su graduación. Lo cierto es que la mayoría de estos encantos de ojitos chispeantes abandonan la profesión en menos de un año y, si aguantan, terminan ganando menos de diez mil al año. Pero hay otra razón mucho más importante por la que Kara probablemente no se lo contara a nadie: había firmado una cláusula de confidencialidad.

—¿No podía contarle a nadie que tenía una audición?

—Se dirigió a mí porque, aunque soy un poco bocazas, el director de *casting* sabe que no soy chismosa. Fue como «te lo cuento, pero voy a tener que

matarte». Nivel de secretismo tipo *Star Wars: El despertar de la Fuerza*. Verá, tienen una estrella de primera para el papel protagonista y lo guardan en el más absoluto secreto hasta... Y ya estoy hablando más de la cuenta. Usted no necesita saber todo esto —dijo—. Perdone.

—Estaba investigando sobre médiums, espiritismo y cosas así.

—Para el papel —dijo Frinton, luego masculló—: Mierda. No le diga a nadie que le he contado eso.

—Entonces, de verdad era una excelente oportunidad —dijo Ruth.

—Inmensa de narices —suspiró la agente—. Estoy destrozada por esa pobre chica... Habría sido buena, buenísima, incluso. —Otra interrupción de fondo y Frinton dijo—: Lo siento, no puedo hacerles esperar más. ¿Necesita alguna otra cosa?

—Sí —contestó la sargento—. A lo mejor debería retirar ese vídeo furibundo de YouTube.

Ruth Lake colgó el teléfono, apartó la silla del escritorio y miró fijamente al techo. A unos metros de distancia, había una alarma de incendios y se concentró en los destellos periódicos de su led.

Competitividad, celos, secretismo... eran palabras que aparecían constantemente en el caso, y ahora se sumaba una más al rompecabezas humano que era Kara Grogan: el miedo escénico.

Los compañeros de residencia de Kara le estaban mintiendo, estaba convencida. ¿Sabían el pánico que le daba a la joven salir a escena? ¿Se habrían propuesto explotar ese pánico en su beneficio? Su profesor le había dicho que la competencia podía ser feroz y Ruth se preguntó hasta qué punto. ¿Importaba acaso? A fin de cuentas, no eran sus amigos quienes la habían asesinado. Pero la revelación del miedo escénico de Kara era nueva, y distinta. Su deber era investigarla más, pero también necesitaba saber.

Podría ser que Kara le hubiera hecho alguna confidencia a Helen, la compañera de residencia que la ayudaba con los ensayos. Podría ser incluso que Helen supiera quién estaba ayudando a Kara a superar su miedo escénico.

Consultó la hora: más de las siete de la tarde, quizá los pillara en casa.

Abrió la puerta Angela. Llevaba una taza humeante en una mano y se había metido un sándwich en la boca, seguramente para tener una mano libre con la que abrir la puerta. Soltó un graznido inarticulado de desagrado, se arrancó el sándwich de la boca y abrió los brazos de par en par.

—¡Sargento Lake! —Cierta cantidad de la bebida caliente rebosó de la taza y salpicó al suelo de baldosas, pero ella lo ignoró—. ¡Qué sorpresa! —añadió, y se retiró para dejarla pasar.

Helen bajó trotando las escaleras a los pocos segundos.

—¿Hay novedades? —preguntó.

—Tengo unas preguntas —contestó Ruth—. Si dispones de un minuto...

Helen iba vestida como si fuera a salir, con parka y bufanda, y un bolso de bandolera, cruzado al pecho.

—Voy a trabajar —dijo—. Turno de noche. Pero, claro, lo que sea por ayudar. Angela torció la boca, burlona. Dio media vuelta y las condujo al salón.

Estaba vacío, y Ruth reparó en que las tarjetas que había dejado en la mesita de centro seguían allí, acumulando polvo.

—¿Podrías pedirles a Jake y a Lia que bajen? —preguntó.

—Han salido —contestó Angela, y se sentó en uno de los sofás. Lo dijo con una determinación que indicaba claramente que no tenía intención de colaborar.

—De acuerdo... ¿Alguna de vosotras sabía que Kara se estaba preparando para una audición importante? —preguntó Ruth.

La expresión de Angela se endureció por una milésima de segundo y la sargento se dijo: «Ahí está otra vez: la envidia, el monstruo de los ojos verdes».

—¿Que si la ostra de Kara nos hizo partícipes de su buena suerte? —dijo Angela—. Ni hablar. —Se volvió en el asiento—. Qué callada estás, Helen —añadió, mirando por encima del borde de su taza mientras daba un sorbo.

Helen le lanzó a su compañera una mirada asesina.

—Eso es porque no tengo nada que decir.

—¿Qué sabéis del miedo escénico que sufría Kara? —preguntó Ruth.

Helen se mostró preocupada, pero Angela puso cara de absoluta indiferencia.

—¿Por qué íbamos a saber nada?

«Interesante: responde a una pregunta con otra.» La sargento decidió responder a eso con una pregunta más.

—¿Es posible que Kara estuviera yendo a un psicólogo por esa razón?

—Todo es posible —dijo Angela—. Pero a nosotros no nos lo habría contado.

—Me temo que a mí tampoco me comentó nada —repuso Helen, mirándose un momento el reloj—. Y me tengo que marchar, de verdad...

—Muy bien, pero, si se te ocurre algo...

Ruth cogió una de sus tarjetas de visita de la mesa de centro y se la dio a Helen.

—Sin problema —contestó la joven, y se la guardó en el bolsillo.

La sargento se fue cinco minutos después, convencida de que Angela mentía: sabía lo del miedo escénico. Tenía el coche aparcado a media manzana de distancia y, mientras llegaba a él, le sonó el móvil. Era un mensaje de texto.

«Reúnase conmigo en el Quarter, en Falkner Street. Helen.»

Estaba a menos de cinco minutos a pie, pero Ruth fue en coche, pensando que Angela podía estar observándola.

Cuando entró en el cuerpo de policía, Falkner Street era sinónimo de corrupción. Por entonces, esa zona de la ciudad formaba parte de su ronda, y las prostitutas ejercían la profesión en todas las esquinas entre Falkner Street y Hope Street. Una mujer no podía caminar cien metros, de su casa a la parada del

autobús, sin que algún tipo se le insinuara desde un vehículo, o peor aún, la abordase un chulo en busca de chicas nuevas. Ahora esas mismas calles eran parte de un barrio de moda, el Hope Quarter, sinónimo de restaurantes de lujo, bistrós, cafés y hoteles exclusivos.

Ruth aparcó como pudo en un sitio estrecho que encontró en Hope Street y recorrió a pie los escasos metros restantes. El establecimiento que buscaba se hallaba en el centro de una fila de restaurantes alojados bajo un pórtico georgiano, y su entrada lucía los colores clásicos de la zona. Las calzadas adoquinadas y las aceras de piedra de York, iluminadas por el cálido resplandor de falsas farolas victorianas, completaban la atmósfera chic. Hacía muchísimo frío y aún había pequeños pedazos de nieve, ennegrecidos por el hollín, al abrigo del muro de arenisca de color limón que encerraba la finca de Blackburne House, enfrente.

El restaurante estaba a reborar, pero Helen se había hecho con una mesa fuera.

—Lo siento —dijo—. No había otra cosa.

—Tranquila. —Ruth se buscó el cigarrillo electrónico en el bolsillo—. Así por lo menos le puedo dar unas caladas a esto.

Helen sonrió tímidamente y levantó tres dedos de su mano enguantada para enseñarle el suyo.

—Le parecerá paradójico, teniendo en cuenta cómo me gano la vida, pero ¿qué le voy a decir? Es una adicción.

—Uy, ya lo creo —dijo Ruth, y dio una suave calada al suyo.

Al poco, apareció un camarero con dos vasos altos.

—He pedido café —le explicó Helen—. Espero que no le importe...

—¿Bromeas? —dijo la sargento, y agarró su vaso con una sonrisa agradecida. Le dio el primer sorbo, encantada—. Entonces, ¿de verdad vas a trabajar ahora o era solo una excusa para salir de la casa?

—No, entro a trabajar en un rato, pero he oído su voz en el vestíbulo y he ideado un plan para abordarla. —Helen inspiró hondo—. Angela miente descaradamente.

—Eso no te lo voy a discutir. Me gustaría hablar con Lia y con Jake. Tengo la sensación de que serán más... flexibles. Supongo que no sabrás dónde están...

Helen sonrió.

—¿Por qué cree que la he traído hasta aquí? Llevan un recorrido por el «Liverpool encantado» en el barrio georgiano. Terminarán en el cementerio de St. James a las ocho.

Ruth se miró el reloj.

—Con lo que tengo quince minutos para disfrutar del café y del chute de nicotina antes de salir para allí.

Ya hacía casi un año desde la última vez que la sargento había visitado el cementerio de St. James, y cuando se aproximaba a la explanada de la catedral, aminoró la marcha y recordó cómo habían encontrado el cadáver de Tali Tredwin, sobre el sepulcro, al pie del muro de la vieja cantera.

La entrada al camposanto se hallaba en el lado izquierdo de la explanada de la catedral, al final de la verja de puntas de lanza que protegía el oratorio, un templo griego en miniatura. En lo más alto de la escarpa, se había abierto en la arenisca un túnel de acceso a la vieja cantera. El túnel, salpicado de tumbas extraídas del cementerio de debajo, se curvaba entonces a la izquierda y poco a poco se sumía en la oscuridad. Una luz suave brillaba en las paredes del túnel y Ruth se estremeció, pero siguió adelante, mientras sus pasos resonaban, sordos, en el suelo de piedra. Al llegar al cementerio hundido, oyó voces.

El aire era aún más frío en la base del acantilado de arenisca y una especie de neblina envolvía la salida, aferrándose al suelo, fundiéndose con los montículos de nieve. A escasa distancia, descubrió que la fuente de luz era una lámpara a prueba de viento, colgada de un poste de farola hincado en el suelo. Un grupo de unas diez personas se apiñaba en torno a su luz.

Una voz masculina limpia declamaba en un pomposo tono shakespeariano:

—Durante doscientos cincuenta años, se extrajo piedra de estos antiquísimos muros. En las crónicas de aquellos tiempos, se habla de hadas, espíritus y trasgos, que, por las noches y de diversas formas, llevaban a cabo sus vigiliass mal vistas en este preciso lugar, para espanto de todos los colegiales y las enfermeras que cometían la temeridad de recorrer sus oscuros pasajes.

El narrador hizo una pausa.

¿Sería Jake? No parecía el joven retraído y balbuceante con el que había hablado la sargento en la casa compartida, pero la multitud de espectadores le impedía verlo.

—Sin embargo, nada en este mundo dura eternamente y, hacia 1825, la cantera se había agotado —prosiguió—. La empresa municipal le buscó otro uso y, en 1829, se consagró el cementerio en el que se encuentran esta noche. Desde entonces, cincuenta y siete mil almas han descansado en este lugar —dijo, bajando la voz, aunque, en el silencio de la noche, se le oía muy bien.

Una lechuza chilló de pronto y, pálida y luminosa, sobrevoló las cabezas de los presentes.

—¡Madre mía! —exclamó alguien.

El guía esperó a que cesaran los aspavientos y las risas contenidas.

—Las lechuzas no son las únicas que frecuentan estos oscuros pasajes —dijo—. Solo un año después de la apertura del cementerio, el excelentísimo William Huskisson, parlamentario, que asistía a la inauguración oficial de la línea

ferroviaria que unía Liverpool y Manchester, cayó bajo las ruedas de la locomotora del señor Stephenson, *The Rocket*, y murió de sus heridas, lo que le otorgó el dudoso honor de ser la primera persona atropellada por un tren. Sus restos se encuentran enterrados en aquel espléndido mausoleo.

En ese momento, el guía se volvió, levantó un brazo y el grupo deshizo el círculo para mirar hacia el edificio abovedado del centro del cementerio. La luz de la lámpara a prueba de viento le iluminó un lado del rostro y Ruth reconoció aquel semblante taciturno: en efecto, era Jake, el compañero de residencia de Kara. Vestía levita y sombrero de copa, y parecía sereno y seguro de sí mismo.

—Pero el alma del señor Huskisson no descansa tranquila y a menudo, en plena noche, se le ve cojeando y gimiendo por los cimientos de su mausoleo.

Un murmullo de deleite desconcertado se propagó entre el público. Luego habló una segunda persona.

—Otro de los espíritus que, al parecer, rondan este lugar es el de una dama victoriana, toda vestida de negro, a la que se ve deslizándose por los pasajes del cementerio.

Aquella era la chiquilla menuda y nerviosa, Lia, que llevaba encima de la cabeza una peluca alta de intrincados tirabuzones y, sobre esta, un sombrerito de plumas. La falda de crinolina de seda y la chaqueta de terciopelo que vestía la tenían helada de frío. Su voz, aguda y chillona, carecía de la fuerza necesaria para transmitirse bien al aire libre.

—La tumba de la dama fue saqueada por profanadores de tumbas y se dice que recorre los pasajes llorando en busca de las joyas perdidas. Con frecuencia, se traslada, histérica, de un extremo a otro del cementerio para luego perderse en el túnel por el que ahora también nosotros debemos conducirnos, pues nuestro viaje ha terminado.

Levantó un brazo en horizontal e hizo un barrido completo, girando ciento ochenta grados para señalar hacia la entrada del túnel, donde se encontraba la sargento.

Lia hizo un aspaviento al ver a Ruth y varios de los miembros del grupo soltaron un grito de aterrada sorpresa. De inmediato siguieron las risas y el público se dispersó: las parejas, abrazadas; los demás, charlando animadamente, sonriendo a Ruth al pasar.

Solo los dos actores se quedaron donde estaban. No sonreían.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Jake—. ¿Cómo ha sabido...?

—Acabo de estar en vuestra casa —contestó ella, y dejó que dieran por supuesto que Angela le había dicho dónde encontrarlos—. Tengo más preguntas.

—¿Qué demonios le pasa? No sabemos nada —espetó Lia, haciendo que la pluma de su sombrero temblara de indignación.

—Ha salido a la luz algo nuevo —señaló Ruth.

Les contó lo de la audición y Lia hizo un gesto de desesperación, igual que si pensara que se le había escapado otra oportunidad. Jake cerró los ojos un segundo como si sintiera un dolor físico.

—La audición era hoy —dijo la sargento—. Su agente estaba furiosa porque no se había presentado.

Por su cara de angustia, supo que Jake estaba deseando hablar, pero Lia se negaba a mirarla a los ojos.

—Vamos a algún sitio donde podamos hablar —propuso Ruth.

—Yo no quiero hablar con usted —dijo Lia, dando un zapatazo en el suelo—. No pienso hacerlo.

—Vamos, Lia, no es más que una charla —trató de tranquilizarla Ruth.

—No. —Lia se levantó las faldas y pasó airada por delante de la sargento—. Tengo frío —dijo—. Me voy a casa.

Salió disparada por el túnel, rozando con las faldas las lápidas en su huida.

—Bueno, solo quedamos tú y yo —dijo Ruth—. Gran interpretación, por cierto.

—Ha sido una mierda. Lia no se mete en el papel. «Y se dice que recorre los pasajes llorando...» ¿En serio? —Soltó un bufido—. Si ella no se lo cree, ¿cómo se lo va a creer el público? «Se traslada, histérica...» ¿Qué demonios significa eso?

Ruth lo entendió de pronto.

—Este recorrido lo hacíais Kara y tú, ¿verdad?

El joven frunció el ceño, estuvo a punto de negarlo, pero cambió de opinión.

—Kara conseguía que el público mirara por encima del hombro y se sobresaltara con las sombras —dijo—. No debí haber seguido haciéndolo después de... No sé... Me parece una falta de respeto.

—Bueno, al menos no habéis mencionado que aquí fue donde se encontró a Tali Tredwin.

Jake apretó los labios.

—De eso ya se encarga Angela. Tiene pensado organizar una Ruta del asesino de las espinas para visitar todos los lugares donde se encontró a las víctimas.

—¿Y a ti qué te parece eso?

—Espantoso de cojones, ¿vale?

Lo cierto es que parecía asqueado.

Sin decir una palabra más, descolgó la lámpara a prueba de viento y sacó el poste del suelo. Se dispuso a pasar por delante de ella, pero Ruth se hizo a un lado y le cortó el paso.

—Muy bien, te sientes fatal, eso te honra. Pero ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué puedo hacer? Este es un país libre.

—Podrías decirle a Angela lo que piensas.

—Y, si armo un escándalo, llamaré a papá y le diré que «soy una mala bestia». Y me veré en la calle, buscando alojamiento durante los finales. No me lo puedo permitir.

Se le quebró la voz y, a la luz de la lámpara, Ruth vio que se le habían empañado los ojos.

—¿Qué me estás ocultando? —le dijo.

—Nada.

—No —repuso ella—. Es algo. Es como un paquete que os pasáis entre Lia, Angela y tú. Hicisteis algo, las otras y tú. —Jake frunció el ceño y Ruth supo que lo estaba consiguiendo—. Mira, sé que no te sientes orgulloso de ello y estoy convencida de que, si te dieran una segunda oportunidad, harías las cosas de otro modo.

La miró fijamente y la sargento vio lo atormentado que estaba.

—Kara ya no está... Nunca se lo podré compensar —dijo.

—Pero puedes ayudar a encontrar al asesino.

—No veo cómo —replicó él con una especie de aullido de angustia.

—Necesito entender lo que estaba ocurriendo en la vida de Kara en esa época. Si había algo que la disgustaba, que la desequilibraba, si pudo hacer algo impropio de ella, correr algún riesgo que, en circunstancias normales, no habría corrido. —Notó que Jake la escuchaba—. Conocer el estado de ánimo de Kara podría ayudarnos a descubrir lo que estuvo haciendo en los días y horas previos a su desaparición, y eso podría conducirnos hasta la persona que la asesinó.

Durante diez largos segundos, el joven miró más allá de la sargento, a la bruma y las sombras. Luego suspiró.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. Se lo contaré. Pero aquí no.

Terminaron en el Roscoe Head, a escasa distancia del cementerio, pero donde era difícil que a Jake lo viera alguno de sus compañeros. Ruth llevó al joven a un rincón tranquilo y se acercó a la barra. Conocía a la dueña, Carol Ross, de su época de patrullas.

—¿Estás de servicio? —preguntó Carol.

—Sí —contestó Ruth con una mueca de fastidio.

No estando de servicio, habría pedido media pinta de la cerveza que la dueña le recomendara. Cuando estaba de servicio, siempre bebía tónica, con hielo y limón.

—¿Y para don Estirado?

—Ron con Dr Pepper. —Carol puso los ojos en blanco y Ruth dijo—: Yo no digo nada. —Miró por encima del hombro al joven ceñudo y añadió—: Con doble de ron, mejor.

Se sentó junto al chico, a unos cuarenta y cinco grados de él, lo que le proporcionaba la doble ventaja de verle la cara sin que el interrogatorio fuese demasiado agresivo.

—Kara a veces era un poco creída —dijo.

—¿Alardeaba mucho?

—No..., solo que... sabía que era buena. —Ruth no veía la equivalencia, pero procuró que no se le notara—. Era superorganizada, bueno, bastante quisquillosa al respecto, la verdad. —La agente de Kara parecía pensar que hacía lo que todos debían hacer, pero Ruth miró al joven con los ojos muy abiertos y una actitud de interés y empatía, inclinándose discretamente hacia él y asintiendo con la cabeza de vez en cuando—. Cuando me mudé a la casa de Angela, todo el mundo se llevaba bien —dijo Jake—. Era estupendo, las fiestas eran fantásticas...

—Hasta que... —lo instó la sargento.

Las comisuras de los labios se le descolgaron por una milésima de segundo. Un regusto amargo, un recuerdo desagradable.

Jake suspiró.

—Una vez, estábamos jugando a verdad o atrevimiento con chupitos de vodka. Estábamos todos muy borrachos. Kara eligió verdad. —Meneó la cabeza, mirando fijamente la bebida mientras recordaba—. Nos contó que tenía unas pesadillas horribles la víspera de una actuación. Cosas corrientes, como que subes al escenario y no te sabes el diálogo y ni siquiera sabes qué obra es. Con eso habría bastado, pero no estaba acostumbrada a beber y habló más de la cuenta. —Ruth esperó—. Tendría que haberse callado —añadió, y sonó a justificación.

—¿Tan malo fue lo que os dijo?

—No solo malo, sino... peligroso. —Hizo una pausa y, al ver que la sargento no hacía comentarios, suspiró y puso cara de abatimiento—. Nos dijo que iba a buscar el guion del ensayo, en el sueño, quiero decir, y cuando por fin lo encontraba, las acotaciones, las anotaciones a lápiz, el análisis del guion, el subrayado... todo había desaparecido. —Miró a Ruth un instante y ella vio que la idea lo aterraba—. ¿Ha visto las anotaciones que hacía, cómo lo señalaba todo? —La sargento asintió—. A Angela se le ocurrió que podría ser divertido hacerse con un guion de Kara, alterarle el orden, cambiárselo por uno sin anotaciones.

—Aprovecharse de los peores miedos de Kara —dijo Ruth.

—Luego fingieron que no sabían de qué les hablaba.

—¿Quiénes «fingieron»?

—Angela y Lia.

No le sorprendía. Recordó su primera visita a la casa: Angela le había deseado suerte para conseguir entrar en el cuarto de Kara.

—Entonces, ¿Angela mintió cuando me dijo que no tenía llave? De haberlo reconocido, habría significado que había manipulado pruebas y eso podría tener repercusiones muy graves.

—No, cuando usted vino, solo Kara tenía llave... Ahora se lo explico. —Inspiró hondo y exhaló despacio, y Ruth supo que aquella era la parte de la historia para la que se había estado preparando—. En uno de los módulos, hacemos muchos espectáculos de proximidad, representaciones en pequeños locales —dijo—. Se supone que debemos demostrar que podemos hacer cosas por nuestra cuenta, ya sabe, organizar una producción, llevarla a colegios y centros sociales. Generar nuestra propia fuente de ingresos si no podemos conseguir trabajo como actores. —Lo dijo con desdén y la sargento dedujo que tenía aspiraciones mayores—. Una de las pruebas consistía en idear, improvisar, escribir y ensayar una obra, todo en una semana, y luego interpretarla en un local pequeño: un colegio, el salón de actos de una iglesia, un centro de día, lo que fuera. Era una prueba de trabajo en equipo, ya sabe, la camaradería de las compañías de teatro ambulantes de épocas pasadas, *Nicholas Nickelby*, la compañía del señor Crummles y todas esas chorradas.

—Parece que no te entusiasmaba mucho —dijo Ruth.

—Pensé que no, pero... —se encogió de hombros— estuvo bien, fue divertido. Kara estuvo genial, como siempre. Sabíamos que nos eclipsaría a todos y supongo que le teníamos envidia. —Meneó la cabeza al recordarlo y la sargento lo vio arrepentido y asqueado de su propia conducta—. Así que el último día de los ensayos, cuando Kara no estaba presente, Angela dijo que había decidido cambiarle el guion, no entero, solo una página. No debíamos decírselo a ella. Yo no quería, pero las otras empezaron a decir que debíamos plantearnos desafíos unos a otros, aprender a improvisar cuando alguien no entraba a tiempo, se saltaba una frase o se quedaba en blanco.

—Y le seguisteis el juego.

—A mí no me gustaba la idea, pero era solo una página, como un minuto de la obra, luego volveríamos al guion. Era una obra de barrio, nada del otro mundo; ni siquiera valía tantos créditos en el curso. Podía haberse quedado allí plantada, sin decir nada, y entrar en la siguiente frase, que nadie se habría dado cuenta. Ella nos hacía sentir así constantemente, un poco inútiles, con el agua al cuello. Pero, cuando empezamos a recitar las frases nuevas, a ocupar posiciones nuevas, pensé que le iba a dar un infarto. Empezó a tener temblores, no podía respirar.

Estábamos en una especie de centro infantil. El público alucinaba. Uno de los cuidadores le preguntó a Kara si se encontraba bien. Yo me acerqué, le toqué el hombro y se apartó bruscamente, como si mi mano le quemara. Me miró. Me atravesó con la mirada. —Suspiró—. Luego dio media vuelta y se fue.

—¿Y qué hicisteis?

—A ver, no nos podíamos marchar sin más. Terminamos la obra; al final, la gente pensó que era parte de la interpretación. Esa noche no vino a casa. Cuando apareció al día siguiente, cambió la cerradura de su cuarto y dejó de hablarnos. Angela ni siquiera se molestó en quejarse a su padre.

—Por lo que me has dicho antes, lo lógico habría sido que se lo contara.

Jake se encogió de hombros.

—Kara podría habernos complicado mucho las cosas si hubiera informado de lo que habíamos hecho, pero no lo hizo. En cierto sentido, eso lo empeoró. Si se hubiera enfadado, habríamos podido reaccionar. Pero nos hizo el vacío. No comía con nosotros, ni salía con nosotros, ni veía la tele con nosotros... Yo intenté disculparme y me dijo: «No pasa nada, Jake. He aprendido una lección muy valiosa». Fue como si hubiera decidido estar sola, y lo iba a hacer, por mucho que le costase. Cambió de talleres, empezó a salir sola por las noches... Solo hablaba con Helen.

—Y Helen era la única que no sabía qué estaba pasando —dijo Ruth, procurando no emitir ningún juicio de valor—. Esas noches en las que salía sola... ¿tienes idea de adónde iba?

—No. ¿Es importante?

—Su agente piensa que estaba yendo al psicólogo para superar el miedo escénico.

Jake se aflojó la bufanda y se abrió el abrigo, tenía la piel irritada.

—Todo por nuestra culpa. ¡Joder, soy un mierda! —Hizo una pausa, se quedó blanco y una cara de espanto reemplazó a la de autocompasión y autojustificación—. ¿Cree que la empujamos a los brazos del psicópata que la asesinó?

## Día 8

A la mañana siguiente, inmediatamente después de la reunión informativa, Ruth Lake fue en coche al museo de antropología de la universidad, donde había concertado una cita con el doctor Lyall Gaines, su nuevo asesor forense. El museo se alojaba en un edificio georgiano, en Abercromby Square. Casi toda la plaza era peatonal y la calzada más próxima al museo solo era accesible a través de una barrera para la que se necesitaba tarjeta. Estuvo dando vueltas unos diez minutos, luego se dio por vencida y aparcó en la loma de Mount Pleasant.

Los dos centros universitarios de la ciudad, una escuela de posgrado y la LIPA, la escuela de artes escénicas, tenían su sede en esos mismos dos kilómetros cuadrados y las calles estaban repletas de estudiantes que se dirigían a las clases de primera hora. Ruth se abrió paso entre la lenta multitud, atajó por la esquina de los jardines de Abercromby y llegó solo unos minutos tarde.

La recepcionista le abrió la puerta con el pulsador y le indicó que subiera por la escalera este.

—Hasta arriba del todo —le dijo, y le entregó un pase de visitante.

El pasillo y las escaleras estaban forrados de un práctico linóleo gris, pero las cornisas y el pasamanos de caoba eran los originales. El museo se alojaba en la planta baja y en la primera; las oficinas, en la segunda. El despacho del doctor Gaines se encontraba oculto tras una salida de incendios, al final de un descansillo estrecho cuyo suelo crujía.

Llamó a la puerta con los nudillos y notó la vibración del suelo de madera cuando el forense se acercó a abrirle.

El doctor Gaines tendría cerca de cincuenta años, pero vestía como si fuera mucho más joven, con pantalones de combate color caqui y una sudadera con capucha. Llevaba las mangas subidas y lucía una colección de pulseras en ambas muñecas: de silicona, de piedrecitas, de cuero, de hilos trenzados y una que daba un poco de reparo porque parecía hecha con cabellos humanos. Él llevaba el pelo largo y greñado, con mechaz grises de un tono sospechosamente uniforme.

Gaines abrió la puerta de par en par, sonriente.

—Bienvenida a mis dominios.

La sala era grande para los estándares académicos modernos y el doctor la tenía decorada con máscaras africanas y sudamericanas. En su escritorio había pilas de exámenes y trabajos de clase.

—Estoy corrigiendo —le explicó con cara de fastidio.

—Le agradezco que me haya hecho hueco —dijo ella.

—En absoluto. Eso no es más que mi forma de ganarme la vida —comentó, señalando la torre de papeles de su mesa. Luego cogió un montón de fotografías de la silla que había al otro lado de su mesa y Ruth vio de refilón una imagen de la autopsia de Kara Grogan; había solicitado las fotografías antes de la reunión —. Esto, en cambio, es la razón por la que vengo a trabajar todos los días —concluyó.

Se trasladó a un sofá que había pegado a una librería a un lado de la sala.

—Venga. Siéntese.

En una mesa baja que había delante del sofá, Ruth vio más montones de fotografías, uno por cada una de las víctimas del asesino de las espinas. La sargento levantó la vista y lo sorprendió observándola con sus ojos de color azul claro.

Ella se sentó en el extremo más alejado y él en el centro, más cerca de lo que era estrictamente necesario, o correcto.

—Hermosos, ¿verdad? —dijo él, mirando fijamente los tatuajes de las víctimas.

—¿Le parecen hermosos? —preguntó ella, procurando sonar neutra.

—Primitivos, supuestamente. Pero hermosos, en cualquier caso. —El doctor apartó la vista, luego volvió a mirarla con sus fieros ojos azules, penetrantes, alerta, como si quisiera pillarla desprevenida—. En muchas culturas, los tatuajes son un rito de iniciación. —Le puso una tableta en la mano. Había recopilado una serie de imágenes, todas de mujeres, principalmente de origen africano, con la cara escarificada o tatuada—. Pueden ser una señal de estatus y de belleza, que llama la atención sobre los rasgos más destacados de una persona. Ojos, dientes, labios, mejillas..., las marcas lo resaltan y lo realzan todo. —Deslizó el dedo hacia la izquierda y apareció otro conjunto de imágenes, esa vez de niñas y mujeres a las que estaban tatuando o haciendo incisiones, con los rostros ensangrentados e inflamados—. Están completamente despiertas —dijo—. El que puedan soportar el dolor es prueba de su valentía y su fortaleza.

Ruth notó que la escudriñaba. Se volvió hacia él y le devolvió el dispositivo con una mirada fría y serena.

—Nuestro hombre no les señala la cara —dijo.

—Mmm... Eso es interesante, ¿no le parece? Seguramente algo que tendría que analizar su psicólogo forense amaestrado.

Lo interesante era que, aun sabiéndolo, el doctor hubiera preferido enseñarle esas imágenes. Y que, aunque había sido su «psicólogo forense amaestrado» quien había recomendado a Gaines, este no tuviera el detalle de llamarlo por su nombre.

—Se lo comentaré al doctor Yi, desde luego —dijo ella, manteniendo el tono neutro—. Él piensa que usted podría saber por qué el asesino utiliza espinas.

—Mmm... —dijo el doctor—. Es raro. Las espinas suelen emplearse en la escarificación hoy en día, pero parece que su hombre tatúa a mano, y con una sola espina. Es el método más antiguo, muy lento, y tremendamente doloroso.

—Si es antiguo, ¿cree que el asesino podría pertenecer a un grupo étnico concreto?

—Ese método aún lo practican los kalingas, en Filipinas... —Mientras pensaba, jugueteó con las pulseras que llevaba en la muñeca—. Pero hay muy pocos practicantes aún vivos, y los tatuajes de los kalingas son sofisticados, intrincados, muy estilizados. Comparar los esfuerzos de su asesino con los tatuajes de los kalingas es como poner el dibujo con ceras de un niño al lado de un Rembrandt y llamarlo arte.

La sargento asintió con la cabeza.

—¿Hay algo que pueda decirnos del simbolismo de los tatuajes?

El doctor asintió despacio.

—Aún no he podido examinarlo con detenimiento, pero los ojos tatuados en el cadáver de la primera víctima recuerdan a las primeras representaciones del Ojo de la Providencia.

—Tali Tredwin —dijo Ruth sin pensarlo. A él lo sorprendió la interrupción—. La primera víctima... Se llamaba así: Tali.

El antropólogo enarcó una ceja.

—El Ojo de la Providencia es un símbolo de la vigilancia de Dios sobre los fieles —dijo, como si ella no hubiera hablado—. Pero los ojos tatuados en la víctima también guardan cierto parecido con el Ojo de Horus. En la antigua cultura egipcia, el Ojo de Horus es símbolo de protección y curación.

—A Tali no le sirvió de mucho, ¿verdad? —observó la sargento.

Él rio como si ella hubiera hecho un chiste.

—Tiene razón. Con cada adorno de la piel, los símbolos de curación acercaron a Tali cada vez más a la muerte.

De nuevo Gaines agachó la mirada y volvió a levantarla enseguida.

Aquellas miradas fugaces y penetrantes tenían un efecto casi percutor en Ruth, porque él le miraba los ojos, luego la frente, la boca y pasaba a ver qué hacían

las manos, para luego volver a la cara. Con su evidente empeño por calarla pretendía, al parecer, intimidarla, desconcertarla.

—Los tatuajes del cuerpo de Kara son negros —dijo ella, ateniéndose al caso, no dejándose provocar—. Los químicos forenses piensan que ha cambiado de tintura. ¿Se le ocurre por qué ha podido hacerlo?

—¿Saben cuál es la nueva sustancia?

Ruth negó con la cabeza.

—Estamos esperando el resultado del análisis bioquímico.

—Ya sabe que el añil que utilizó en las cuatro primeras víctimas no es ideal. La hierba pastel es corrosiva y puede producir fuerte irritación cutánea... Está en su informe. A lo mejor decidió utilizar algo que pudiera provocar menos daños en los tejidos. La quinta víctima está mucho mejor ejecutada —dijo, con un brillo en los ojos.

—Kara —señaló ella, pensando «No dejes que te fastidie»—. La quinta víctima es Kara.

Cuando Carver abrió los ojos, Emma estaba sentada en el sillón que había junto a su cama, mirando fijamente la fotografía de la luna de miel. El sol matinal daba a su pelo un color amarillo limón y le suavizaba las facciones.

—Hola —dijo él, sonriente, reconfortado y tranquilo después de haber dormido. Miró la hora: eran las 10.45—. ¿Por qué no me has despertado?

—Los médicos dicen que tienes que descansar —contestó ella.

—Me encuentro bien, solo que el fisio me ha dado una paliza esta mañana.

—Tu equilibrio está mejorando, dicen.

En las primeras sesiones de rehabilitación, había tenido algunos problemas de debilidad y paso irregular.

—Sí. La conmoción cerebral me ha descolocado un poco, pero estoy... —Se interrumpió, distraído por el aura de color terroso que la envolvía—. Emma, ¿te encuentras bien?

Ella se volvió hacia él y él vio tanta pena y confusión que no pudo soportar mirarla y, en su lugar, se miró las manos. Se las notaba algo entumecidas y, a veces, cuando las veía inertes sobre las sábanas blancas, tenía la sensación surrealista de que no le pertenecían. Los nudillos eran demasiado huesudos; los dedos, demasiado largos. Al principio, a los médicos les preocupaba que la bala se hubiera desplazado, que pudiera estar presionándole la espina dorsal, causándole más daños, pero un TAC había revelado que seguía en el mismo sitio. Podía ser una secuela de la conmoción cerebral, le habían dicho; probablemente desapareciera con el tiempo. Lo que no les había contado era que ya tenía ese entumecimiento antes de terminar en el hospital. Había buscado información cuando habían aparecido los síntomas por primera vez; por eso sabía que ese hormigueo y ese entumecimiento de las manos eran uno de los indicios del alcoholismo, de una resaca que quizá jamás se le pasara. Se lo había callado porque sabía que se lo dirían a Emma y ya se sentía bastante avergonzado delante de ella.

—Lo siento, Emma —dijo.

—¿Qué? —preguntó ella, ladeando la cabeza como si no lo hubiera oído bien.

—Siento... todo lo ocurrido. Todo lo que he hecho.

El rostro de ella pareció ensombrecerse, no figuradamente, sino de una forma real, tangible, como si una gran sombra hubiera caído sobre ella y le impidiera verle los ojos, la boca, la expresión.

Ella acarició el marco de la fotografía con la yema de los dedos.

—¿Alguna vez se te ocurrió que podíamos terminar así?

—Nada de esto es culpa tuya —le dijo él.

—Un matrimonio es cosa de dos, Greg —repuso ella, y a él le sonó a la típica respuesta que daría un psicólogo, lógica, sensata, pero carente de la emoción que correspondía a alguien que había vivido ese matrimonio.

—Y basta con uno para romperlo —replicó él, y supo que aquel alboroto que se notaba en el pecho era pánico—. Y lo siento, de verdad.

—Lo sé —dijo ella con un hilo de voz.

—Emma, quiero... quiero volver a intentarlo. —Ella no contestó y él añadió —: ¿Podríamos?

Su rostro emergió de las sombras un instante y el inspector estaba casi seguro de que diría que no. Entonces volvió a envolverla el aura terrosa, salpicada esa vez de un azul oscuro que, como crudo en el mar, se mecía y reflejaba la luz, de forma que le era imposible estudiar su semblante.

—Ahora no es el momento —dijo ella—. Tienes que centrarte en tu recuperación.

—¿Eso es un no? —preguntó él, mientras el corazón le aporreaba el pecho. Apenas se atrevía a mirarla por miedo a lo que podría ver. Pero Emma esperó y él terminó mirándola, y volvió a ver ese mismo torbellino de color y oscuridad, pero con uno o dos puntos de luz intensa.

—No es un no —dijo ella—, pero es pronto para pensar en el futuro, Greg. Tengo sentimientos encontrados sobre la... —le pareció que iba a decir «la agresión», pero cambió de rumbo y evitó toda referencia directa al suceso— sobre lo que te ha ocurrido. Te encontrabas en un estado tan lamentable cuando te trajeron aquí... Durante días, no supimos...

Se interrumpió, y él vio un haz de intensa luz azul y supo que era su dolor, una manifestación de esa pena, y, por primera vez, cayó en la cuenta de lo duro que debía de haber sido todo aquello para Emma.

Sintió la necesidad de volver a disculparse, pero ella lo previó y levantó una mano como para impedirselo.

—Pregúntamelo otra vez cuando salgas de esa cama y vuelvas a la normalidad —le dijo.

—Ya me he levantado antes, solo que...

Ella lo paró de nuevo.

—Estabas dormido cuando he llegado —señaló ella, suavizando un poco el

golpe con un amago de sonrisa.

Él esbozó una también y se dejó caer sobre las almohadas.

—No pienso volver contigo porque me des pena, Greg. Si vuelvo contigo, no voy a ser tu enfermera, y me niego a volver a estar como estábamos. —Habló con serenidad, sin acritud—. Debes tomar las riendas de tu vida: controlar la bebida y tu obsesión con ese horrible caso. Y entonces hablaremos.

Le dio un beso en la frente y a él le dieron ganas de agarrarle la mano cuando se erguía, pero sabía que, si lo hacía, ella se zafaría, se soltaría, y temía que eso terminara distanciándolos aún más.

Antes de salir por la puerta, ella se volvió y se despidió con la mano.

Cuando sacó las piernas por el borde de la cama, se las notó pesadas, y la habitación se ladeó tanto que la fuerza de la gravedad lo hizo sentir como en caída libre. En cuanto la estancia empezó a girar más despacio, alargó lentamente la mano para coger la fotografía, procurando mantener la cabeza quieta. Ella parecía feliz entonces, confiada de que le esperaba una vida dichosa a su lado. ¿Tanto habían cambiado las cosas desde entonces?

Le dolía demasiado ver su cara de optimismo, consciente de lo mucho que se había endurecido con los años, porque sabía que él era el causante. Así que dejó la fotografía boca abajo en la mesilla y pidió a un auxiliar que le trajeran un teléfono. Llamó al número de teléfono que Ruth le había dejado escrito en un papel, el número del móvil de prepago al que había llamado tantas veces en el mes anterior a la agresión. Había escondido el papel arrugado en el cajón de la mesilla, pero no le hacía falta mirarlo, se lo sabía de memoria.

Mientras el teléfono sonaba, se desvanecieron los ruidos de su alrededor y la luz se atenuó. Oyó gritos, suyos y de una mujer. Luego, cristales rotos. Un chillido.

Oscuridad. El regusto a *whisky* en la boca, su hedor en la piel y en la ropa. Sintió una fuerte arcada y colgó antes de que le contestaran.

Estuvo medio minuto sentado al borde de la cama, aferrado al auricular del teléfono, conteniéndolo, conteniendo las fuertes náuseas que sentía, soltando aire por la nariz para librarse de la pestilencia a *whisky*.

Luego respiró. Respiró sin más.

Ruth Lake tecleó sus anotaciones de la reunión con el doctor Gaines. A lo largo de los años, había tratado con un número suficiente de especialistas forenses como para aceptar cierto nivel de arrogancia en ellos. Muchos eran propensos a presuponer ignorancia en cualquiera que no perteneciese a su campo y, por experiencia, sabía que cuanto más especializado era el campo, mayor era el ego. No le molestaba en particular y, en ocasiones, le divertía jugar al tenis verbal y les permitía unos cuantos globos fáciles antes de machacarlos con algún dato científico propio. Gaines tenía los peores rasgos de entre los más insufribles y los explotaba con sordidez. No era algo que Ruth pudiese incluir en su informe, pero llevaba en la policía lo bastante como para fiarse de su instinto.

Terminado el trabajo, llamó al psicólogo forense que le había recomendado a Gaines. No le cogió el teléfono, así que le dejó un mensaje pidiéndole que la llamara cuando tuviera un momento. Luego se puso a trabajar en un informe detallado de la confesión de Jake y de la nueva información obtenida de la agente de Kara.

Se lo envió al inspector Parsons e imprimió una copia para entregárselo en mano. Pensó en dárselo a uno de los administrativos, pero decidió que eso sería lamentable por su parte y finalmente fue a su despacho. El sitio estaba despejado y limpio, mucho más ordenado de lo que lo había visto jamás cuando lo ocupaba Greg. Depositó el informe encima de uno de los montones perfectamente organizados de su escritorio, etiquetado como INFORMES con una nota adhesiva naranja para que destacase entre las otras carpetas de color beis.

De nuevo en la sala de investigación del caso, comprobó su correo electrónico. John Hughes le había enviado una serie de enlaces que los informáticos habían encontrado en los Favoritos del navegador de Kara Grogan y los estuvo revisando durante un par de horas en busca de patrones de uso o datos de interés. Como era de esperar, había muchos enlaces a páginas de médiums, espiritistas y similares, y un número similar de enlaces a sitios web de escépticos y desmitificadores.

Entre los médiums, había una serie de espiritistas con sede en el Reino Unido. Ruth los agrupó en un solo archivo y descubrió que algunos estaban repetidos,

que el mismo sitio web aparecía dos y hasta tres veces. Al examinarlos detenidamente, vio que Kara había guardado el enlace de la página de actividades y de la página personal de algunos de ellos. Imprimió el listado y cogió un rotulador fosforescente. Seis de los médiums de la lista habían hecho «sesiones» en Liverpool a principios de noviembre, la época en la que Kara había desaparecido. ¿Habría asistido a esas sesiones como parte de su investigación para la audición?

Ruth anotó los nombres y los datos de contacto de los médiums, junto con las fechas y los lugares en los que habían actuado. Algunos «lectores intuitivos» incluso ofrecían sesiones por teléfono y por Skype. La sargento no era vidente, pero se consideraba una «lectora intuitiva», calaba enseguida a la gente, y sabía por experiencia que siempre era más difícil esconder una mentira cara a cara. De modo que echó un vistazo a las páginas de actividades de enero y descubrió que tres de los seis volvían a Liverpool en los próximos días.

El comienzo del año debía de ser una época de mucho trajín, con toda esa gente deprimida y desesperada por ponerse en contacto con sus seres queridos fallecidos. También habría un buen montón de personas arruinadas y atiborradas de pavo con depresión posnavideña, destrozados al ver que el año nuevo no había dado un giro radical a sus vidas.

Introdujo los datos en el calendario del móvil y, cuando estaba terminando, un grupo de agentes de uniforme pasó en tropel por delante de la sala. A media mañana, se había enviado a un equipo con fotos de Kara. Se les había encomendado la tarea de parar e interrogar a los motoristas y corredores que encontrasen en Sefton Park, y acababan de concluir un turno de cuatro horas. Ese equipo y el de los agentes que hacían visitas a domicilio compartían una de las salas grandes de seminarios, en aquel mismo pasillo. Aún no sabían con exactitud cuándo se había abandonado el cadáver de Kara en la Cañada de las hadas, pero, tras las peticiones de colaboración ciudadana de la televisión y la prensa, se había presentado una pareja. El chico se había declarado a su novia en la nieve, junto a la cascada congelada; habían estado allí hacia medianoche y no habían visto nada fuera de lo normal. Ruth confiaba en que el macabro descubrimiento de unas horas después no hiciera que la joven pareja se sintiera gafada.

Se desvanecieron el ruido de botas y el murmullo de voces y el sargento de policía al mando de los agentes se detuvo a la puerta de la sala de investigación.

—¿Algo nuevo? —preguntó Ruth. El sargento hizo una mueca y negó con la cabeza—. Quizá el equipo del segundo turno tenga más suerte.

Estaba previsto que saliera a medianoche un equipo más pequeño; se quedarían en el parque hasta que se hubieran marchado todos los corredores de

primera hora de la mañana.

—Ojalá —dijo él, y se marchó alicaído.

A Ruth le sonó el móvil.

—Ruth, soy Greg. Sé que tienes lío, pero...

Se interrumpió, parecía angustiado.

—¿Qué ha pasado?

—Emma... Pensaba que... Creía que aún teníamos una oportunidad, pero...

Joder, perdona, sé que no debería molestarte con esto.

La sargento miró el reloj: ya había pasado la hora del almuerzo y ni siquiera había hecho el descanso del café. Si se escapaba ahora al hospital, podía estar de vuelta para la reunión de la tarde.

Estaba sentado en el sillón, junto a la cama, vestido con uno de esos pijamas modernos de camiseta de manga larga y pantalón de deporte, y estrujando una pelota de gel verde, pasándosela de la mano derecha a la izquierda cada pocos segundos en una especie de ejercicio de rehabilitación. La herida de la incisión por la que le habían introducido el drenaje en el cráneo empezaba a cicatrizar en una tira de color púrpura y el pelo comenzaba a crecerle de nuevo encima de ella. Estaba demacrado, chupado.

Ruth se acercó una silla y se sentó enfrente de él.

—Dale tiempo —le dijo—. Lo ha pasado fatal, seguramente está demasiado cansada para pensar con claridad.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Sus iris de color avellana, punteados de dorado, normalmente despiertos, danzarines, se habían apagado y casi carecían de color.

—No —repuso él—. Ella ve las cosas tal y como son.

—¿Te ha dicho que te va a dejar definitivamente?

—Le he dicho que quería volver a intentarlo y me ha contestado que ahora no es el momento.

—Entonces, no te ha dicho que no...

—Me ha dicho que le vuelva a preguntar cuando tenga mis «cosas» bajo control.

—Se refiere a la bebida.

—A eso y al caso.

Ruth no sabía qué decir; no quería mentirle, pero sí consolarlo de algún modo.

—Bueno, llevas más de una semana sin beber, pero el caso... eso sí que es una adicción...

Meneó las cejas para que supiera que bromeaba y él sonrió sin ganas.

—Mira —dijo él—, he estado pensando que a lo mejor un antropólogo podría encontrarles sentido a los tatuajes.

—¿Has estado sonsacándole a alguien de la oficina? —preguntó ella.

Carver se fingió desconcertado, pero entonces sus ojos se iluminaron como si la habitación se hubiera inundado de luz y se los hubiera llenado de color y de vida.

—¿Insinúas que ya habéis consultado a un antropólogo? ¿Y qué ha dicho?

Ella lo miró un instante.

—¿Para qué me has pedido que viniera? —le preguntó.

—No te sigo.

—¿De verdad es porque te preocupa perder a Emma?

—Sabes que sí —le contestó, dolido.

—Ya sé que me has dicho que necesitabas hablar... He supuesto que de lo de Emma. Pero, ahora que estoy aquí, solo quieres hablar del caso.

—Ruth...

Ella negó con la cabeza, harta de sus excusas y sus razonamientos.

—Vas a volver a perderla por tu obsesión con el asesino de las espinas. Greg, tienes que olvidarte del asunto.

—Es mi caso —repuso él.

—Y ha estado a punto de matarte.

—Bueno, pero no estoy muerto, aún.

—Eres increíble. ¿Es que no ves lo poco que te ha faltado?

—Intento hacer mi trabajo, Ruth. —Ella lanzó los brazos al aire y soltó un bufido de desesperación—. Escúchame, por favor —dijo él—. Solo una vez más y luego... lo dejaré estar. —Ruth no lo creyó ni por un segundo. Lo dejó hablar, pero aquella sería la última vez, la última de verdad, que volvía a tragarse la chorrada de que estaba preocupado por su mujer o por su matrimonio—. He estado intentando reconstruir mentalmente los archivos, de materializar en mi cabeza lo que estaba pensando justo antes de que me dispararan. Creo que establecí una conexión entre las víctimas. —La sargento sintió curiosidad, muy a su pesar—. Yo no... me acuerdo de eso —dijo Carver, encogiéndose de hombros—, pero se llevó el archivo... ¿Por qué iba a hacerlo si no era importante?

—Te equivocas.

—No, no me equivoco. La respuesta está en los archivos, Ruth. Estoy seguro.

Ruth se levantó, se apartó de él, luego giró sobre sus talones y se volvió hacia él.

—¿Tú te estás oyendo? «¿Por qué iba a llevarse los archivos?» «Estoy reconstruyendo los archivos.» No todo gira en torno a esos puñeteros archivos,

Greg.

—Claro que sí. Tiene que ser de ese modo. De lo contrario, ¿por qué iba a llevárselos?

«No se los llevó él; no se los llevó él; NO se los llevó él.» Le costó una barbaridad tener la boca cerrada cuando lo que más le apetecía era verbalizar el grito que repetía mentalmente.

La sargento inspiró hondo, luego exhaló despacio.

—Déjalo ya, Greg. Por tu matrimonio, por tu cordura, tienes que parar.

—¿Ahora te has convertido en mi consejera matrimonial?

—Me has llamado tú, ¿recuerdas? —espetó ella, dolida.

Carver cerró los ojos y bajó la barbilla al pecho.

—Lo sé. Lo siento. Es que me siento tan... frustrado, aquí metido.

Ruth se quedó mirando la cicatriz de su cuero cabelludo.

—Estás fuera del caso. Si consigues aceptarlo, quizá Emma y tú tengáis una oportunidad, pero tienes que parar de hacer esto.

—No puedo —dijo él—. Menos aún llevando dentro una bala que me recuerda constantemente que alguien quiere verme muerto —dijo, señalándose con fuerza el pecho justo donde debía de estar el vendaje, y ella hizo una mueca de dolor.

—¿Quién podría odiarte tanto como para querer verte muerto, Greg?

—No lo sé —reconoció él.

—Me acabas de decir que fue el asesino de las espinas quien se llevó los archivos —replicó ella—. ¿Crees que te disparó él?

—No lo...

Se calló y miró más allá de donde estaba ella de una forma tan peculiar que Ruth pensó que había entrado alguien en la habitación.

La sargento se volvió.

—¿Qué? —preguntó.

—Tus colores no casan. —Ella se miró la cazadora, los pantalones y los zapatos negros—. Olvídalo —dijo—. Estoy concluso... confuso —rectificó—. Te noto... triste.

—No te haces una idea.

Sacudió la cabeza, como si despertara de pronto.

—Pues he estado pensando que, si consiguieras acceso a los archivos oficiales del caso...

—¡Joder, Greg! —Ruth se acercó a la ventana y contempló un trozo de hierba empapada y un árbol solitario, chorreando. «Jamás se va a dar por vencido.» Tomó una decisión y, por fin, se volvió hacia él—. ¿Cuánto recuerdas de lo sucedido esa noche? —le preguntó.

—Casi nada.

—¿Casi? —repitió ella, convencida de que mentía. Él se encogió de hombros. «Muy bien. Estupendo. A ver qué tal te sienta la verdad.»—. Te encontré sentado en la butaca, con un agujero de bala en el pecho.

—Eso ya lo sé —le dijo él con desdén.

Ella asintió.

—Lo que finges no saber es que había una pistola en el suelo, a tu lado.

—No —dijo él, ceñudo—. No había ninguna pistola.

—Te dispararon —replicó ella—. Tuvo que haber una pistola.

—No te hagas la lista —protestó él—. Quien me disparara se llevó la pistola.

—Desde luego, «alguien» lo hizo.

Estudió su rostro en busca de algún indicio de angustia, y poco a poco se fue calzando su propia máscara de imperturbabilidad.

Lo notó más perplejo que angustiado. En cuanto empezó a comprender, desfrunció el ceño y, cuando por fin lo entendió, abrió mucho los ojos.

—Ay, no, Ruth. ¿Te la llevaste tú?

—Los archivos, la caja, el arma.

—Entonces, ¿sí que eras tú la de las sombras?

—Como te he dicho en todo momento.

Carver se pasó la mano por la cara.

—¿En qué estabas pensando?

—¿Tú qué crees?

A Ruth debió de caérsele la máscara un segundo porque, pese al lento y turbio funcionamiento de su cerebro, poco a poco Carver fue cayendo en la cuenta de algo y la miró horrorizado.

—¿Crees que me disparé yo!

El suelo pareció estremecerse bajo los pies de la sargento.

—Estabas deprimido. El caso te estaba volviendo loco.

—¿Y a ti se te ocurrió que me había llevado una pistola al pecho y había apretado el gatillo? ¡Por favor, Ruth! ¿Por qué iba a hacer algo así?

Ella lo miró fijamente. No podía haberse equivocado tanto.

—Te culpabas por la muerte de Kara Grogan —dijo Ruth—. Aun antes de eso, llevabas meses bebiendo hasta perder el conocimiento.

—Estaba bebiendo mucho, sí, pero...

—¿En serio? ¿Aún pretendes engañarte y hacerte creer que lo tenías controlado? —Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo un instante—. ¿Crees que no me daba cuenta de cómo te temblaban las manos cuando agarrabas tu primera taza de café por las mañanas?

Él apartó la mirada.

—Estaba cansado.

—Claro —espetó ella—. Estabas cansado todos los días de la semana. Desde luego, al final apestabas a agotamiento. —Carver se dispuso a protestar, pero ella habló encima de él—. ¿Sabes por qué fui a tu apartamento en realidad esa noche?

—Ya te lo he dicho, no me acuerdo.

—Me llamaste, deprimido, borracho como una cuba, balbuciendo. —Él pestañeó y a Ruth le pareció que estaba haciendo un esfuerzo por recordar—. Me acerqué a decirte que buscaras un grupo de alcohólicos anónimos y pidieras la baja o te iba a denunciar. —Lo observó detenidamente—. Había una botella de *whisky* vacía junto a tu butaca. Apestabas a alcohol, todo tu apartamento apestaba, no habría encendido una cerilla a menos de una manzana de ti esa noche.

Carver se miró las manos, en el regazo, y empezó a clavar las uñas en la pelota de gel.

—No me acuerdo —masculló.

—Ese es el problema, Greg —dijo ella, más suavemente—. Era un hábito. Tú lo sabías, los dos lo sabíamos, solo que no hablábamos de ello.

Él se frotó la barbilla con la mano.

—Entonces —dijo—, te llevaste el archivo, el arma, comprometiste el escenario del crimen. ¿Por qué, Ruth? ¿Por qué hiciste una tontería así?

¿Cómo iba a explicarle el horror de encontrárselo tirado en la butaca? El pánico que sintió al caer en la cuenta, o creer que había caído en la cuenta, de lo que él había hecho. Y el remordimiento que había tenido que soportar desde entonces.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Detestaba parecer débil y procuró disimular.

—¿Ves esto? —dijo, cogiendo de la mesilla la fotografía de la luna de miel—. La encontré en tu cocina, junto con las fotos del escenario del crimen, junto con todas esas imágenes de Kara. Si no me hubiera llevado el arma, ¿sabes lo que habrían dicho? Que los juegos psicológicos del asesino de las espigas habían podido contigo. Que no habías soportado la tensión. —Él negó con la cabeza, despacio—. ¿Sabes lo que habrían visto? A un borracho lamentable. A un cobarde que buscaba la salida fácil, pegándose un tiro y muriendo solo en su apartamento vacío.

Carver la miró fijamente, pálido.

—Ay, Ruth... Pensaba que me conocías mejor. —Tomó una bocanada de aire y, por un momento, solo se oyó su respiración estremecida y el parloteo distante del personal y los pacientes al otro lado de la puerta—. A lo mejor soy un

imbécil —dijo al fin—. Sé que soy un borracho. Pero no soy un cobarde...  
¿Cómo pudiste pensar eso?

Al mirarlo a la cara, supo que decía la verdad.

«Dios, Ruth, ¿qué has hecho?»

—¿Qué otra cosa podía pensar? —preguntó la sargento, y hasta ella misma se notó débil y a la defensiva.

—Lo que pensaron todos los demás —respondió él—. Que estaba a punto de resolver el caso, que lo hizo el asesino de las espinas para cubrirse las espaldas.

—Salvo porque los dos sabemos que jamás haría algo así, ¿verdad? —le dijo ella en voz baja.

Carver titubeó, pero al final asintió con la cabeza.

—De acuerdo... —dijo tras otra breve pausa—. ¿Cuáles son los daños?

Ruth volvió a la silla de enfrente de él e inspiró hondo un par de veces antes de empezar. Él la miró con atención y ella volvió a tener la extraña sensación de que miraba a una tercera persona.

—Las únicas huellas que tenemos de tu apartamento son mías porque yo lo limpié todo. —Maldijo por lo bajo—. Me cargué todas las huellas de tu agresor.

Le temblaban las manos y las escondió entre las rodillas.

—Ruth... —le dijo él. Al principio, ella no quería mirarlo, pero él agachó la cabeza, buscando su mirada, y la obligó a levantar la vista—. Seguramente el agresor también limpió sus huellas antes de que tú llegaras.

—Sí —dijo ella—. Me lo repetiré todo el rato. Aunque no por eso lo hice mejor, ¿verdad? —Le sonó el teléfono y miró la pantalla. «Reunión urgente. En treinta y cinco minutos», decía el mensaje—. Tengo que irme.

—Pero ¿volverás?

—Volveré —contestó ella—. Claro que volveré.

Carver vio marcharse a Ruth con una intensa sensación de miedo, y no solo porque no recordara haberla llamado esa noche. No era la primera que se había emborrachado hasta quedarse inconsciente, pero, si no era capaz de recordar algo tan sencillo como haber realizado una llamada, ¿qué más podía haber hecho esa noche?

La discusión que había tenido le inundaba la cabeza como una explosión de luz y ruido: gritos, cristales rotos.

Un momento. Antes de la discusión, había habido sexo. Lo recordó de pronto. Pero no podía pasar de ahí, no recordaba lo que había ocurrido después de la pelea, de los gritos, de los cristales rotos.

¿Había sido una pelea? ¿Habían llegado a las manos? ¿Usaría la fuerza contra una mujer? ¿Lo había hecho?

La noche en que Emma lo había echado de casa le había dicho: «Cuando estás borracho, ni siquiera te conozco, Greg. Eres una persona distinta... No me siento segura a tu lado cuando estás así».

Se limpió el sudor de la frente. Tenía la piel fría y pegajosa, y le temblaban las manos. ¿*Delirium tremens* o ataque de pánico? Era complicado distinguirlos. Más complicado aún señalar el momento exacto en que había pasado de beber mucho a ser un borracho, y de ahí a la dependencia.

Una pizca de *whisky* se había convertido en parte de su ritual diario después de que Emma y él se separaran. Comida para llevar y un chupito de *whisky* para serenarse un poco mientras repasaba los informes del día, comparaba los detalles de los asesinatos en busca de un patrón que les permitiera resolver el caso. Pero el chupito se había convertido en un trago y, a medida que pasaban los meses y el asesino de las espigas se iba cobrando otra víctima y otra, había empezado a no poder conciliar el sueño. Así que se ponía una copa, solo una, se decía, y tapaba bien la botella. Sin embargo, media hora más tarde, ya se había vuelto a levantar, dispuesto a rellenarse el vaso y, un poco más tarde, se lo rellenaba de nuevo, y bebía sin parar durante horas, enfrascado en sus archivos, confiando en perder el conocimiento para poder descansar un poco. Pero un ruido metálico lo despertaba en plena noche y no podía dejar de darle vueltas a las mismas cosas,

con la sensación permanente de no haber conseguido impedir otro asesinato.

La noche en que había recibido el mensaje para que fuese a buscar a Kara, un mensaje de texto enviado desde un móvil de prepago con la geolocalización de la víctima y firmado por ADLE, el asesino de las espinas, ya se había bebido un cuarto de la botella de *whisky*. Dejó de beber para llamar a la Científica, informar al comisario Wilshire y hablar con su equipo. Bebió café mientras hablaba con Ruth Lake de priorizar tareas e informar a la oficina de prensa, y para cuando charló con el patólogo del Ministerio del Interior, ya estaba completamente sobrio, movido únicamente por la cafeína y la adrenalina. Pero, al final de la jornada, se terminó la botella.

No, no era la primera noche, ni siquiera la décima, que había bebido hasta perder el conocimiento; ni tampoco era la primera en que había hecho cosas estúpidas, destructivas y vergonzosas que después no había sido capaz de recordar. Las peleas, los insultos, las llamadas lacrimógenas a Emma. ¿Cuántas veces había celebrado las reuniones matinales con un dolor de cabeza tan fuerte que era como si alguien le estuviera clavando un lápiz afilado en la cuenca del ojo?

En los meses transcurridos desde que Emma y él habían roto, había empezado a sentir una fuerte punzada en la zona del corazón. Al principio, pensó que era una úlcera, que el estrés, la cafeína, la mala alimentación y el abuso del alcohol le habían hecho un agujero en el estómago, pero ahora lo veía como una manifestación física de lo asqueado que estaba de sí mismo. Después de que Emma lo echara de casa, pensó que ya no podía caer más bajo, pero ahora veía que la muerte de Kara le había provocado un descenso en picado que había terminado en un coma y que había hecho creer a Ruth que había querido suicidarse.

Ruth lo había cubierto decenas de veces en los últimos meses. Lo había consolado y tranquilizado también, con su presencia serena y flemática. Menudo capullo arrogante había sido, reprendiéndola por pensar que había intentado quitarse la vida. Llevaba meses haciéndolo, solo que más despacio, con el alcohol.

Ruth Lake llamó al inspector Parsons al fijo y al móvil. Como no se lo cogía, probó con John Hughes.

—¿Te han llamado a ti para esa reunión de urgencia? —preguntó.

—Sí —contestó él.

—¿Tienes idea de lo que va?

—Supongo que por el nuevo cadáver, acaba de aparecer en Beetham Tower.

—¿Es de los nuestros? —quiso saber ella.

«No puede ser. No hace tanto de lo de Kara.»

Alguien se acercó a decirle algo al director de la Científica.

—Sí, enseguida voy —dijo él—. Perdona, Ruth, no puedo hablar ahora.

Ella colgó y corrió a su coche. No hablaban de otra cosa en la radio, de que se había encontrado un cadáver en Beetham Tower. El edificio solo era la mitad de alto que su homónimo, el icónico rascacielos Manchester, pero, aun así, lo bastante alto como para dominar todo el muelle del Mersey. El inmueble, situado a poco más de un kilómetro de la comisaría, por Strand Street, era uno de los más caros de la ciudad.

Cuando Ruth volvió a la comisaría, el grupo de periodistas de diversos medios instalado a la puerta había desaparecido. En los escalones de entrada, el agente de guardia trataba de entrar en calor dando zapatazos y exhalaba vapor al aire gélido. La sargento imaginaba la desbandada que debía de haberse producido cuando había llegado la noticia: reporteros, fotógrafos y niños de las redes sociales saliendo disparados en busca de un taxi que los llevara al lugar de los hechos, confiando en que se tratara de otra víctima del asesino de las espigas.

Se acercó a toda prisa a la sala de investigación del caso. Estaba vacía, pero, más adelante, en el mismo pasillo, se oía el murmullo de un parloteo procedente de la sala de seminarios, más grande. Estaba atestada. El inspector Parsons se encontraba al principio de la sala, un portapapeles de pinza con anotaciones apoyado en una de las esquinas de la mesa, varios montones más de papeles extendidos a su lado y una fila de rotuladores de pizarra blanca dispuestos entre dos de los montones.

Ruth se aproximó despacio a John Hughes.

—El asesinato de Beetham Tower, ¿parece de los nuestros? —le dijo en voz baja, sin dejar de mirar a Parsons, completamente inmutable.

—Adela Faraday —le contestó Hughes—. Inversora. La han encontrado en la terraza de su ático.

—Ah —dijo Ruth, notando cómo se disipaba parte de su tensión nerviosa: todas las víctimas del asesino de las espinas habían aparecido en lugares públicos—. ¿Causa de la muerte?

Parsons aporreó la mesa para llamarlos al orden y Ruth no pudo oír la respuesta. Ese día, el inspector vestía traje de chaqueta gris marengo, camisa blanca y corbata azul oscuro. Se aclaró la garganta, se estiró la corbata y los miró, muy serio.

—Hace una hora, se ha encontrado el cadáver de una mujer en su apartamento de Beetham Tower —dijo—. Solo quince minutos después, ya estaban en internet estos titulares.

Cogió el mando a distancia del proyector e hizo clic en un enlace. En la página de un periódico sensacionalista, habían publicado una imagen de Beetham Tower con el titular: «¿Es la ejecutiva hallada muerta otra víctima del asesino de las espinas?». Un segundo enlace conducía a un titular aún más morboso: «¿Tatuaron a la víctima del disparo?».

—Como pueden ver, los medios no están dispuestos a esperar a que demos a conocer datos veraces sobre el caso. No obstante, espero sinceramente que ninguna de las personas que participan en esta investigación esté alimentando sus salidas de tono. Porque comentar el caso fuera del ámbito de la investigación sería completamente inaceptable.

Volvió a hacer clic y apareció el siguiente titular, esa vez del *Daily Mail*: «Según fuentes policiales, la muerte de Adela Faraday es “un misterio”».

Ya tenían su nombre una hora después de que la encontraran, y de una «fuente policial». No era de extrañar que Parsons estuviera tan serio.

—Voy a ser claro —dijo, explorando sus rostros—: cualquiera que filtre información a la prensa se enfrentará a medidas disciplinarias.

Nadie se movió, pero Ruth notó cómo aumentaba la tensión en la sala, porque a la mayoría le fastidiaba que se insinuara que alguien del equipo podía ser el responsable y unos cuantos quizá se preguntaban si algún comentario inoportuno por su parte podría haberse citado como fuente.

—Que alguien cierre la puerta. —Cuando se hubo ejecutado su orden, Parsons apagó el proyector y paseó la mirada por todo su equipo—. Lo que estoy a punto de decirles no debe salir de esta sala —advirtió—. Es muy improbable que la señorita Faraday esté vinculada en modo alguno con esta investigación. No encaja en el «tipo» preferido por el asesino. De hecho, no hay similitudes

relevantes entre esta mujer y las otras víctimas confirmadas. La encontraron en su casa; al parecer llevaba muerta por lo menos una semana, y no hay tatuajes.

Se oyó un murmullo en la sala: la ausencia de tatuajes había disipado cualquier duda que pudieran albergar sobre el asunto.

Parsons esperó a que cesara el alboroto y prosiguió.

—Confío en que ninguno de ustedes favorezca ninguna conjetura de ninguna clase. —Echó un vistazo por la sala—. De modo que, si alguien les pregunta, responderán: «Hable con la oficina de prensa; ellos le proporcionarán información actualizada de forma regular». No digan que no trabajan en el caso porque encajarán como puedan sus palabras en el titular del día. Su respuesta a cualquier pregunta será siempre: «Hable con la oficina de prensa; ellos le proporcionarán información actualizada de forma regular». Me da igual que les pregunten qué hora es... La respuesta siempre será la misma. ¿Queda claro?

Algunos asintieron con la cabeza, otros mascullaron «Sí, jefe».

Hizo una pausa, inspiró con fuerza por la nariz unos segundos, recolocó sus papeles y retomó la charla en un tono más comedido.

—Muy bien. Volviendo al caso de Kara Grogan, tenemos las visitas a domicilio, los interrogatorios a motoristas y corredores y los nuevos interrogatorios a los compañeros de residencia y los profesores de la víctima. ¿Quién quiere empezar?

Ruth escuchó sin prestar mucha atención los informes de los distintos equipos, todos idénticos: nadie había visto al asesino abandonar el cadáver de Kara en el parque. Por lo visto, a Parsons no le pareció necesario comentar los hallazgos, y muchos agacharon la cabeza.

Entonces habló Ruth.

—Ya sabéis cómo va esto, chicos: la cosa se complica cuando la víctima desaparece bastante antes de que se comunique su desaparición. Hay que estar alerta, seguir haciendo preguntas y estar muy atentos a las respuestas.

A Parsons pareció molestarle que la sargento hubiera decidido ofrecer al equipo las palabras de ánimo que tendría que haber dicho él.

—También usted ha hecho sus pesquisas por ahí en los últimos días, sargento Lake —dijo el inspector en un tono que parecía insinuar que había estado haciendo novillos—. ¿Hay algo que quiera contarnos?

—Señor... —Ruth Lake se había situado ya más en el centro de la sala para ver mejor a los dos policías que habían llevado a cabo los interrogatorios originales a los compañeros de Kara. Ninguno de ellos la miró, pero percibió su rencor—. Kara se desvinculó completamente de sus compañeros en las semanas previas a su desaparición. Todo eso de que era «reservada» no eran más que chorradas. Había compartido algunos temores muy personales con su grupo de

proyecto, que eran también sus compañeros de residencia. Tenía verdadero pánico a quedarse en blanco en el escenario, a que se le olvidaran sus líneas. Le gastaron una broma de muy mal gusto con la que pareció que le había pasado precisamente eso en una representación con público. —Hizo una pausa y los dos detectives agraviados se mostraron incómodos—. Eso acabó con su confianza por un tiempo. Pero era una chica valiente, mucho más prometedor que la mayoría, según sus profesores, así que cambió de grupo de estudio, se aisló de los instigadores y se volvió secretista. Se estaba preparando para la audición de un papel de prestigio. Eso se lo tenemos que agradecer a los informáticos —dijo, señalando a John Hughes con la cabeza.

—¿Y qué relevancia tiene todo esto? —preguntó Parsons.

—Los compañeros de residencia de Kara dicen que salía por las noches, no saben adónde, pero los técnicos han localizado una serie de páginas web que visitaba con frecuencia, de médiums y similares...

—Investigaba para la audición —dijo Parsons, señalando con un dedo el informe que ella le había dejado en la mesa hacía unas horas. Él seguía sin entender la relevancia de todo aquello, pero no quería parecer imbécil.

—Creo que pudo haber asistido a algunas de las sesiones —se explicó Ruth.

Parsons asintió con la cabeza y le dio las gracias, luego miró algo en su orden del día y Ruth comprendió que estaba a punto de pasar al siguiente tema.

—Me gustaría hablar con los médiums que estuvieron en Liverpool por las fechas de su secuestro —añadió la sargento, y él frunció el ceño porque seguía sin entenderlo—. Podría servir para completar la cronología —dijo, como si prosiguiera con su explicación; de nada le serviría que el inspector se pusiera a la defensiva—. Para conocer mejor su estado de ánimo en los días previos a su desaparición.

—¿Cree que esos médiums podrán contactar con ella en el plano espiritual, sargento? —espetó uno de los detectives que habían entrevistado a los compañeros de Kara por primera vez.

—Si ustedes hubieran hecho bien su trabajo a la primera, habríamos dispuesto de esta información desde el principio —replicó Parsons, cortando de raíz las risas antes de que empezaran siquiera.

Se hizo el silencio en la sala como si un buen número de los presentes hubiera ascendido a Parsons de chupatintas a alguien a quien no se debía subestimar.

Ruth prosiguió como si nadie hubiera dicho nada.

—He leído la investigación de Kara; por lo visto, esos médiums eran expertos en lectura en frío. Sus compañeros de residencia no tienen ni idea de qué se traía entre manos, pero, si se puso en contacto con alguno de los médiums de esa lista...

—¿No pretenderá que «consultemos» a esa... gente? —inquirió Parsons, alarmado.

—No, señor, quiero interrogarlos. Kara era vulnerable. Quizá eso la llevara a tomar decisiones desacertadas. Puede que alguno de los médiums la viera con alguien, o a lo mejor, durante la sesión, ella les dijo algo que pueda resultarnos útil...

Levantó un hombro como diciendo «no perdemos nada por intentarlo».

Parsons miró su portapapeles de pinza unos segundos.

—Muy bien —dijo—. Pero no quiero levantarme mañana y encontrarme el titular: «El asesino de las espinas consulta a los médiums», ¿entendido?

La sargento asintió con la cabeza.

—Necesito oírlo, sargento Lake.

—Entendido —dijo Ruth.

A última hora de la tarde, Ruth estaba rastreando páginas de actividades en Liverpool para asegurarse de que no se le había escapado ninguno de los médiums por los que Kara se había interesado.

La red estaba inundada de noticias sobre el asesinato de Adela Faraday, la mayoría de ellas con imágenes en miniatura del precinto policial y los agentes en los exclusivos apartamentos donde vivía. En un periódico sensacionalista se decía que la policía no consideraba que la muerte de la señorita Faraday estuviera relacionada con el caso del asesino de las espinas. Incluso mencionaban que «una fuente policial» les había informado de que no se habían encontrado en el cadáver de Adela los «tatuajes característicos» del asesino. A Parsons no le iba a hacer ninguna gracia. Llevada por la curiosidad, pulsó algunos de los enlaces y terminó en la página del *Liverpool Echo*. Se habían hecho con una fotografía de la mujer asesinada en lo que parecía una convención de negocios. Le resultaba familiar.

Hizo clic en la imagen para agrandarla.

Adela Faraday era alta, delgada y rubia, lucía un vestido negro carísimo y algo que parecía una pulsera de diamantes. Llevaba los labios pintados de rojo y un bolso que, según el diario, era un Birkin de piel de cocodrilo, que, nuevo, por lo visto, costaba unas seis mil libras. En la foto, Adela miraba por encima del hombro, con una ceja enarcada, y parecía a punto de soltar una carcajada.

«Yo conozco esa cara.»

De pronto, le vino a la cabeza la grabación de las cámaras de seguridad en la que había visto a Carver entrar en el Old Bank Hotel la noche en que le dispararon.

Una hora más tarde, estaba repasando esa grabación en la sala de investigación principal del inspector Jansen. Había tardado todo ese tiempo en conseguir que quedara vacía y con un ordenador todavía conectado al sistema. Era su única forma de poder verla de nuevo, ya que sus claves no le permitían el acceso a los archivos en los que estaba interesada: la investigación del disparo a Greg Carver

no era, al menos oficialmente, asunto de su incumbencia. Estaba sentada a la mesa del agente Tom Ivey, lo había visto salir hacía treinta segundos. Si la pillaban, Ivey tendría casi tantos problemas por dejarse el ordenador encendido como ella por acceder sin permiso a los archivos de la investigación. Pero debía averiguar si estaba en lo cierto y, si era rápida y cuidadosa, nadie tenía por qué enterarse de lo que había hecho.

Angustiada por si volvía Ivey, miró hacia la puerta, creyendo haber oído pasos en el corredor, y casi se le escapó Greg Carver en la pantalla, caminando por una calle nevada en dirección al Old Bank Hotel. Dejó que la grabación avanzara cinco minutos y luego rebobinó, acercándose más a la pantalla y mirando constantemente a derecha e izquierda para que no se le escapara nada.

Allí estaba Greg, saliendo marcha atrás del vestíbulo del hotel y desapareciendo de la vista al quedar fuera del alcance de la cámara. Retrocedió a diez minutos antes de que él llegara, tomó aliento y puso la grabación en avance rápido.

Cinco minutos más adelante, encontró lo que buscaba: una mujer que corría por la calle, con el cuello levantado y sujetándose con una mano las solapas del abrigo.

—Vuélvete —dijo Ruth—. Que te veamos la cara.

Como si la hubiera oído, la mujer miró por encima del hombro y a Ruth se le paró el corazón. Rebobinó de nuevo, reprodujo la grabación en avance rápido y pulsó la pausa justo cuando la mujer se volvía hacia la cámara. Soltó todo el aire de golpe.

—Greg... —murmuró—. Por favor, Greg, dime que no es verdad.

Pero a la sargento no se le escapaba una cara. Abrió su portátil, lo puso al lado del ordenador de Ivey y buscó la fotografía de la mujer asesinada que había publicado el *Liverpool Echo*.

Era Adela Faraday. Había llegado al Old Bank Hotel solo unos minutos antes que Greg Carver.

Ruth imprimió una captura de Adela en la grabación de seguridad y también la fotografía publicada por el diario. Con el corazón desbocado, pinchó un lápiz de memoria en uno de los puertos USB del ordenador de Ivey y realizó una copia no autorizada de los archivos antes de salir de la oficina. El agente iba por el pasillo en la dirección opuesta.

—Hola, Tom —le dijo, y siguió caminando sin apenas mirarlo.

—¿Quería algo, sargento? —preguntó él.

Ruth aminoró la marcha, se detuvo y se volvió a hablar con el joven detective.

—Solo quería saber cómo va la investigación, pero parece que ya se ha ido todo el mundo a casa... Todos menos tú.

Pensó que el halago podía ser una buena distracción.

—¿Aún quiere saberlo? —dijo él—. La puedo poner al día mientras tomamos un café —propuso de forma que sonara tentador, una opción, para que no se viera obligada a acceder. Ella lo miró con frialdad y severidad, y él se ruborizó—. N-no, no... no pretendía... —Se había puesto colorado como un tomate—. Perdone, sargento...

—Tom, no pasa nada —le dijo ella, relajándose ahora que sabía que él ya no estaba pensando en lo extraño de su visita—. En circunstancias normales, lo haría encantada, pero es tarde y debería pasarme por el hospital camino de casa para ver cómo está Greg.

Hasta que no estuvo en la escalera de hormigón de la salida de incendios no dejó que el lápiz de memoria resbalara de la mano sudorosa con que lo había estado apretando en el bolsillo.

Por acceder al ordenador del agente Ivey le podía caer una buena reprimenda, pero por copiar esos archivos podían arrestarla. Cuando dejó de sentir que se le iba a salir el corazón del pecho, volvió a su oficina, agarró el bolso y metió el portátil dentro.

Luego se fue directa al hospital.

En la mesita de ruedas pegada a la cama de Greg, había un plato de comida sin tocar, y él estaba de pie junto a la ventana, mirando a la oscuridad. Cuando ella entró en la habitación, él se volvió despacio, rozando el alféizar de la ventana con las yemas de los dedos, y Ruth cayó en la cuenta de que debía de costarle mantener el equilibrio.

—¿Te encuentras bien? —le dijo.

Él sonrió.

—Mejor ahora que has venido.

—¿Tienes un momento para echarle un vistazo a algo?

Con la mano libre, él hizo un barrido de la habitación vacía.

—No estoy precisamente agobiado de trabajo.

Ella sacó el portátil del bolso y le hizo un hueco en la mesita de la comida, luego se sacó el lápiz de memoria del bolsillo del abrigo.

—¿Qué es eso? —preguntó Carver.

—La grabación de una cámara de seguridad.

—¿Del caso?

Lo dejó imaginar lo que quisiera mientras preparaba el vídeo, después lo reprodujo y observó su reacción. Carver se quedó de piedra cuando vio a la mujer corriendo hacia el hotel.

—¿La conoces? —le preguntó.

El inspector no dijo nada y su silencio hizo que Ruth volviera a dudar de él.

Avanzó la grabación hasta el momento en que se le veía enfilarse por la calle.

—Supongo que reconoces a este personaje.

Titubeó una milésima de segundo, luego dijo en voz baja:

—Sabes perfectamente que ese soy yo.

Ruth detuvo el vídeo y le plantó delante las dos fotografías impresas: la de Adela Faraday en el *Liverpool Echo* y la de Adela Faraday en la grabación de las cámaras de seguridad del Old Bank Hotel.

—A esta mujer la han encontrado muerta hoy en su apartamento del muelle. Y ahí la tienes, entrando en un hotel, minutos antes que tú, la noche en que te dispararon. ¿No te parece... raro?

—Casualidad, a lo mejor.

—¿No la conoces?

—No estoy seguro.

—¿Te estás cubriendo las espaldas por si encuentro pruebas de que sí? —Él no contestó—. Llevaba muerta un tiempo, Greg. Puede que incluso tanto como llevas tú en el hospital. —Ruth detectó algo, un levísimo fruncir de ceño—. ¿Esto es cosa tuya? ¿Has sido tú, Greg? —Le pareció que la pregunta lo ofendía, pero, aun así, no dijo nada—. Me he estado machacando, pensando que jamás debía haber dudado de ti, pero ahora veo que, a lo mejor, tenía razón después de todo, en lo de las mentiras, en lo del alcohol con el que estuviste ahogando las penas esa noche... En lo del arma que encontré junto a tu butaca. —Greg empezó a menear la cabeza—. Pues, entonces, explícamelo. Dime por qué tendría que...

Intentó tomar aliento, pero sintió una opresión en el pecho y una fuerte punzada debajo de las costillas. Cerró de golpe el portátil y cogió las dos fotografías.

—Ruth... —le dijo él.

Ella levantó una mano para mandarlo callar.

—Tienes que... —Le fallaron los pulmones y su visión periférica se convirtió en una especie de bruma oscura. Se dobló y apoyó las manos en las rodillas; Carver dio un paso hacia ella. Con aquel movimiento logró aliviar la contractura del diafragma, y le hizo una seña a él para que se apartara, inspirando hondo—. Tienes que empezar a sincerarte conmigo —le dijo por fin.

Solo en su habitación del hospital, Carver se sentó en el sillón y pulsó el botón de encendido del mando a distancia del televisor. En BBC News 24, había una

emisión en bucle de las principales noticias del día; lo había estado viendo poco antes de que llegara Ruth. En cuanto había visto la imagen de aquella mujer en la tele, había sabido que era Adela Faraday. Se había cambiado de nombre, pero era ella, desde luego. Apagó el televisor, pero siguió recordando lo sucedido aquella noche como si estuviera reproduciéndose en la pantalla.

Recordaba perfectamente haberla seguido al hotel... ¿No la observó desde el vestíbulo, acechando al fondo, mientras ella se registraba, luego la adelantó, entró en el ascensor antes que ella para poder quedarse a su espalda, acariciando suavemente la lana de su abrigo con las yemas de los dedos e inhalando su aroma? Ella se apartó, recogiendo la cola del vestido, y se acercó más a la puerta.

Se quedó en la segunda planta y él subió a la tercera, bajó por la escalera de incendios y la vio pasar torpemente la tarjeta en su precipitación por entrar en la habitación. Él esperó lo justo para que ella abriera la puerta de par en par. Se encendieron las luces y ella soltó la puerta. Entonces, él corrió, pensando que había tardado demasiado, con el corazón desbocado, aguzando el oído a la espera del doble chasquido que indicaba que la puerta se cerraba. Pero lo consiguió, la detuvo a tiempo. Ella se volvió, con el abrigo a medio quitar, y abrió mucho los ojos, y, en ese momento, él sintió un deseo salvaje, brutal.

Hubo sexo. Carver recordaba una discusión y que Adela estaba aterrada. No recordaba que ella se hubiera marchado y eso lo asustaba, tampoco haber llamado a Ruth después, ni siquiera cómo había llegado a casa, pero sí recordaba vivamente el destello de un disparo, el tufo intenso y sulfuroso a pólvora. Luego, todo eran sombras.

—¿Cómo se encuentra, Greg?

Una voz de hombre. Carver dejó de mirar a la pantalla apagada del televisor. El rostro del hombre parecía pálido y bañado por las luces del hospital. Púrpuras, amarillos y grises lo envolvían, luego se disiparon.

De pronto, los ojos del hombre se agrandaron, se volvieron de un marrón oscuro, con los bordes enrojecidos. Su rostro empezó a girar como una sierra circular y sus rasgos se dividieron en secciones. El lado derecho de la mandíbula se deslizó hacia abajo y sus pómulos se hicieron añicos y se convirtieron en un millar de esquirlas plateadas.

Carver se preparó para el estrépito de cristales rotos, para las salpicaduras de sangre.

—Greg, ¿me oye?

Por un instante, la voz del hombre se distorsionó, luego la imagen (¿un recuerdo?, ¿una alucinación?) se desvaneció y Carver reconoció a su neurólogo.

El doctor agarró el vaso que había en la mesilla y se acuclilló junto al sillón de

Carver.

—Tome —le dijo—, beba un sorbo.

Carver quiso darle un guantazo al vaso, pensando que era veneno, pero no tenía fuerzas, no podía levantar las manos, y el doctor le insistió amablemente. Dio un sorbo y no era más que agua.

—¿Una alucinación? —le preguntó el neurólogo—. ¿Un recuerdo?

El inspector meneó la cabeza, porque no sabía bien lo que había visto, porque no podía hablar y la lengua le pesaba en la boca.

—¿Tiene dolor?

—No.

Bebió otro sorbo de agua.

—¿No le duele la cabeza?

—Alucinación, creo... Como un mal viaje.

—Siento que estén tardando tanto en enviarle a ese neuropsicólogo.

—Pero usted me dijo que el TAC era normal. —El médico no contestó enseguida y Carver pensó que lo había entendido mal—. ¿No es así?

—Sí. Sí, eso le dije —contestó—. El electroencefalograma es normal; no está teniendo usted ataques epilépticos. La resonancia y el TAC revelan una buena recuperación de la conmoción cerebral. Pero, con las resonancias, no siempre se pueden detectar pequeñas lesiones nerviosas. Si fueran solo perturbaciones visuales, luces y destellos, por así decirlo, yo diría que podía deberse a la migraña.

—No tengo migrañas con las auras. De hecho, apenas me ha dolido la cabeza después de mi primera semana aquí.

—Es normal tener auras sin dolor de cabeza —le dijo el doctor—. Piense en ellas como perturbaciones eléctricas que pasan como una onda por encima de la parte visual del cerebro; es muy común después de un traumatismo. Lo que pasa es que la mayoría de la gente ve luces y patrones, y usted ve personas y cosas que no están ahí, y eso es... inusual.

El neurólogo estaba tranquilísimo, como de costumbre, y el halo que lo envolvía era de tonos pastel, pero, durante un instante, se intensificaron y Carver vio alrededor de su rostro colores en pugna, castaño rojizo y amarillo limón.

—Es grave, ¿verdad? —le dijo Carver.

—Se ha recuperado bien —lo tranquilizó el doctor—. Pero ha sufrido un trauma tanto psicológico como físico, así que habrá que reconsiderar la posibilidad de que esto sea una respuesta psicósomática.

El inspector sintió una punzada de miedo.

—Me está hablando de un TEPT, un trastorno de estrés postraumático, ¿verdad?

—Lo que quiero decir es que podría estar relacionado con el estrés; a fin de cuentas, usted mismo dice que esas auras van asociadas a emociones. Pero todo esto no son más que conjeturas. —«Ay, Dios...»—. Mire —le dijo el médico—, voy a hacer unas llamadas a ver si podemos acelerar el tratamiento neuropsicológico.

Carver asintió con la cabeza.

—Gracias —consiguió decir.

Conocía a algunos compañeros de profesión que habían sufrido estrés postraumático. Ninguno de ellos había vuelto a trabajar después del diagnóstico.

Ruth estuvo sentada en el aparcamiento del hospital diez minutos antes de arrancar siquiera el coche. Hacía años que no perdía el control de ese modo. ¿Por qué ahora? «Porque has comprometido un escenario del crimen, has robado pruebas, has puesto en peligro tu carrera por Carver», se dijo. Y él se lo pagaba mintiendo, mintiendo y mintiendo. Pero no era la traición lo que le había robado el aire de los pulmones, no eran sus mentiras. Había leído lo suficiente sobre traumas para saber la verdadera respuesta: el descubrimiento de que Carver, un hombre al que apreciaba sinceramente, podía haber intentado suicidarse había desencadenado otros recuerdos traumáticos. Un psicólogo le había dicho en una ocasión: «No se pueden ignorar los efectos de un trauma. Son como zombis. Por mucho que los encierres y muy hondo que los entierres, algún día conseguirán escapar e irán a por ti».

Eran las ocho y media y la sala de investigación del caso de Carver estaba vacía cuando volvió a la oficina. Solo Tom Ivey seguía sentado a su mesa, con la vista clavada en la pantalla del ordenador, absorto, como si mirara por una ventana con el cristal manchado. Levantó la cabeza cuando ella entró.

—¿Qué es lo que ha estado haciendo en mi equipo?

Ella rodeó la mesa y se situó a su lado. Como esperaba, estaba examinando las grabaciones de las cámaras de seguridad; a juzgar por la hora del vídeo, se había perdido el momento crucial.

—¿Aún no lo has descubierto?

—Lo haré —replicó él, apretando los labios, muy serio.

Ruth lo entendía. Cuando un policía se conectaba al sistema con el usuario de otro policía, nunca era por nada bueno. Lo más probable era que estuviese haciendo algo ilegal. Además, el agente Ivey era relativamente novato y, siendo ella sargento, su palabra tendría muchísimo más peso que la de un simple agente si la vil actividad llegaba a salir a la luz.

—Tienes que rebobinar ocho minutos —le dijo ella. Él le lanzó una mirada asesina y Ruth añadió—: Entiendo que estés cabreado, pero no te estoy vacilando: rebobina.

Esa vez, Ivey lo pilló.

—Esa es...

—Adela Faraday —remató Ruth.

El agente se volvió a mirarla tan rápido que ella tuvo que retroceder un paso para evitar la colisión con su coronilla.

—¿La ha reconocido y no ha dicho nada? —La miró fijamente y ella vio que intentaba deducir hasta qué punto estaba pringada de la mierda de Carver, y a quién debía llamar primero—. El jefe le enseñó esto hace días.

—Lo sé —dijo ella, confiando en que el instinto de supervivencia del agente lo impulsara a no hacer esa llamada; a fin de cuentas, también él se había metido en un lío por su descuido con el protocolo de seguridad. Lo más lógico era que la escuchara, aunque solo fuera mientras decidía cuál era su mejor plan de ataque—. Pero entonces no la reconocí.

—¿Y, qué, le ha venido la inspiración de repente?

—No —contestó Ruth, percibiendo el sarcasmo y pensando «Bien por ti, novato». A lo mejor el agente Ivey era inseguro, pero no era un pelele—. No la conozco, pero su fotografía está por todas partes en internet —dijo, y levantó la barbilla para señalarle la imagen que tenía en pantalla—. Cuando la he visto, me ha resultado familiar y...

—Y de pronto ha caído en la cuenta... —Soltó una risita—. ¿No pretenderá que me crea eso?

—Te he mentado sobre la razón por la que estaba en tu despacho —dijo ella, tranquila—. He utilizado tu terminal sin autorización. Así que no, Tom, no espero que me creas. —Hizo una pausa—. Pero es la verdad.

—Sale en la grabación ¿cuánto, cinco segundos? Perdóneme que se lo diga, sargento, pero eso no es más que...

—¿Un montón de chorradas? —terminó ella la frase—. Sé que es lo que parece, pero es algo que me pasa siempre —prosiguió—. ¿Sabes eso de que hay personas que jamás olvidan una cara? Pues en mi caso es completamente cierto. —El agente meneó la cabeza y alargó el brazo para coger el teléfono—. No lo hagas —le pidió ella—. Escucha, ¿has oído hablar de la agnosia visual? La puede causar una lesión cerebral. Los que la tienen no reconocen las caras ni de su familia, de sus hijos, de su cónyuge...

El joven asintió a regañadientes.

—A mi tía le pasó, después de un ictus.

—Bueno, pues también existe el polo opuesto: existen personas a las que les ocurre justo lo contrario, son «superfisonomistas». Pueden recordar una cara que han visto una sola vez, a veces incluso años antes. —No parecía muy convencido, pero, de momento, había dejado el teléfono donde estaba—. Hay un estudio de la Universidad de Harvard sobre eso —le dijo ella—. Hasta la Policía

Metropolitana de Londres tiene una unidad especial para eso... Míralo en Google. —Ivey cogió el móvil. No se lo acababa de creer—. Adelante —dijo Ruth—. Espero.

Después de consultarlo uno o dos minutos, la miró, confundido y admirado.

—No miente.

—No, no miento.

—Aquí dice que se puede hacer una prueba —señaló el agente.

—Yo la bordé.

—¿Y por qué no se dedica a eso?

—Porque me gustaría conservar la cordura. —De hecho, cuando la habían transferido a la Unidad de Investigación Criminal, sus superiores habían querido plantarla delante de un ordenador, pero ella se había resistido—. Además, la investigación es mucho más divertida.

Él valoró su respuesta y, al poco, asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿Carver ha admitido que conocía a Adela? Por eso tenía tanta prisa por ir al hospital, ¿verdad?

—Sí.

Admiraba su capacidad para digerir y aceptar información que a la mayoría de los hombres les parecía extravagante.

—¿Y?

—Dice que no se acuerda —contestó Ruth, agachando la cabeza. Ivey soltó un bufido—. Lo sé —dijo ella—. Mira, puede que Carver mienta, pero también puede que sea solo una extraña coincidencia.

—¿Una coincidencia que fueran al mismo hotel la noche en que a él le dispararon? ¿Y en que posiblemente asesinaron a Adela?

—Guau, dicho así, suena fatal.

—Yo no le veo la gracia.

—No —dijo ella, y lo dijo en serio—. No la tiene, ninguna. Por eso voy a sacudir el árbol, a ver qué cae. ¿Quieres venir conmigo?

Ivey se aferró a los reposabrazos de la silla como si esperara que ella lo obligase a levantarse.

—Tengo que llamar a mi jefe ahora mismo —dijo.

—Claro. Si eso es lo que crees que debes hacer —replicó ella, mirándolo a los ojos, convencida de que no podría dejar escapar una oportunidad de brillar, pero él sacó el móvil y empezó a buscar entre sus contactos—. Aunque, si de todo esto saliera algo, el mérito sería tuyo, desde luego —añadió Ruth.

El agente levantó la vista del móvil, entre divertido e indignado.

—Vaya, qué generosa.

—Yo soy así.

—No me venga con esas —repuso él—. Solo se está cubriendo las espaldas. Ella sonrió.

—Me has pillado.

La sargento lo observó, respirando despacio y procurando no mostrarse nerviosa, mientras él, durante treinta segundos larguísimos, miraba el móvil que tenía en la mano como si estuviera leyendo las cartas del tarot. Luego, de repente, se lo guardó.

—¿Qué tiene pensado hacer? —le dijo.

En la recepción del Old Bank Hotel había un hombre, de pelo oscuro, guapo. De pie detrás de un mostrador de caoba que probablemente en su día había formado parte del mobiliario del banco, parecía casi tan pulido y resplandeciente como la carpintería.

Reconoció a Adela en la fotografía que Ruth le enseñó y sabía que era la ejecutiva que habían encontrado muerta en su apartamento, pero no la conocía por ese nombre.

—Se registró como Anna Flynn.

—¿Y eso lo sabe sin tener que mirarlo? —preguntó Ruth.

—Siempre pedía buen champán, y daba buenas propinas.

—¿«Siempre»? —repitió Ruth—. ¿Venía aquí habitualmente?

—Dos o tres veces al mes durante los últimos seis meses. Solo una noche.

Ruth y Tom Ivey se miraron. Se le ocurrían pocas razones por las que una mujer que vivía a poco más de un kilómetro de allí pasara una sola noche en un hotel, y por lo menos dos implicaban sexo.

—¿Compartía ese «buen champán» con alguien? —preguntó Ruth.

—Yo nunca la vi con nadie —respondió el recepcionista—, pero siempre pedía dos copas y a veces el servicio de habitaciones le subía una comida para dos.

—¿Nunca bajaba al restaurante?

—Me parece que estaba demasiado ocupada pasándoselo bien.

El recepcionista miró al agente Ivey en lugar de a ella, aunque no por las razones habituales. Los hombres solían dar por supuesto que, en un combo de detectives formado por hombre y mujer, él era siempre el de mayor rango, pero este la ignoraba porque Tom Ivey le gustaba más.

—¿Tienen cámaras de seguridad en recepción? —El empleado hizo una mueca ante tal insinuación—. ¿En los ascensores? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

Él inclinó la cabeza a modo de suave reprobación.

—El Old Bank Hotel se enorgullece de su exclusividad y discreción —dijo, sin dejar de mirar a Tom. Algo pasó entre los dos y el joven detective se ruborizó.

«Anda, ¿cómo no me he dado cuenta antes?» En la plaquita de latón bruñido que el recepcionista llevaba en la solapa ponía: LUCIEN LLOYD, JEFE DE RECEPCIÓN.

—Muy bien, Lucien —dijo Ruth, golpeteando el mostrador para apartar su atención del agente Ivey—. ¿Cuándo fue la última vez que se registró aquí la señorita Faraday?

Los dedos del empleado se pasearon por el teclado del ordenador situado debajo de un saliente del mostrador, a salvo de los ojos curiosos. Con casi absoluta certeza, Adela Faraday, también conocida como Anna Flynn, había reservado una habitación en el hotel hacía ocho días, la noche en que a Carver le habían disparado.

—¿Ocurrió algo inusual esa noche? —preguntó la sargento.

—Este es un hotel frecuentado por celebridades —respondió él—. Defina «inusual».

Ella se lo quedó mirando, disimulando la indignación que sentía, convencida de que tenía más aguante que él.

Poco después, él se encogió de hombros, irritado.

—Vaya, tu compañera no es la alegría de la huerta —le dijo a Tom con una mirada acusadora.

—Es mi jefa —repuso Tom con la seriedad justa—. Responda a la pregunta.

El recepcionista reprimió un suspiro.

—Hubo jaleo. El huésped de la habitación contigua se quejó. Tuve que llamar a seguridad.

—¿Qué clase de jaleo? —preguntó Ruth.

—Poca cosa. —Puso los ojos en blanco—. Unos gritos. Un espejo roto.

Ella asintió y pensó en la Científica, en la recogida de pruebas.

—Supongo que llevarán un registro de reparaciones y mantenimiento.

—Así es.

—Imprímame una copia, por favor. También vamos a necesitar acceso a esa habitación.

—Me temo que eso va a ser del todo imposible —respondió el recepcionista—. Acaba de ocuparla un huésped.

Un hombre se acercó al mostrador por la izquierda de la sargento y esta se volvió hacia él y le enseñó su acreditación.

—Policía, señor, espere allí, si es tan amable —dijo, señalándole unas sillas que había a medio metro del mostrador, y el huésped la miró perplejo, y algo

intranquilo. Además, produjo el efecto que buscaba en el recepcionista, que se quedó impresionado.

Ruth no soltó la acreditación y jugueteó con ella mientras hablaba, dándole golpecitos y haciéndola rotar.

—Le voy a dar a elegir, Lucien —dijo, mientras el joven detective rondaba nervioso a su espalda—. Podemos traer a un equipo pequeño y sigiloso de la Científica que entre discretamente por la puerta de servicio y lleve a cabo un registro sin que la mayoría de sus huéspedes se dé cuenta siquiera de que han venido o puedo volver a la comisaría, conseguir una orden de registro y que todo un batallón de detectives y técnicos forenses se personen aquí con precinto policial suficiente para hacerle un lazo al edificio entero. —Miró por encima de la cabeza del recepcionista como si lo meditara—. Como es lógico, querrán hablar con el personal, quizá incluso tantear a los huéspedes. Ah, y la prensa lleva casi dos semanas acampada a la puerta de la comisaría. Si se enteran de que Adela Faraday se traía no sé qué asuntos en su monada de hotelito dos o tres veces al mes...

Se encogió de hombros, permitiéndole que imaginara el panorama.

Por fuera, el recepcionista parecía tranquilo, pero, en sus ojos, Ruth vio a un hombre que calculaba los riesgos como si se tratase de un problema matemático largo y complejo.

De hecho, si la Científica encontraba pruebas que señalaran a la agresión de que había sido objeto Carver, la cosa se iba a complicar con o sin la cooperación del hotel, pero cuanto antes empezaran a trabajar en esa habitación, mejor.

Al parecer, el problema estaba por encima de las competencias del jefe de recepción, que llamó al gerente, y este se encargó de trasladar muy discretamente al huésped que ocupaba la habitación de Adela a otra de categoría superior. Ruth y Ivey subieron a la habitación y dejaron que el recepcionista, aliviado, tranquilizase al cliente al que habían tenido esperando.

Diez minutos más tarde, Ruth estaba con el agente Ivey delante del ascensor de la segunda planta, a veinticinco pasos de donde se encontraba la habitación en la que se había alojado Adela Faraday, pero con una visual clara de ella. Lo dejaría que organizara lo que tocaba a continuación. La habitación del hotel representaba un posible cruce entre el asalto a Carver y el asesinato de Faraday, así que Ruth resistió la tentación de echar un vistazo: no quería que la acusaran de comprometer el escenario.

«Paradójico, teniendo en cuenta lo que hiciste en el apartamento de Carver.»

—¿Alguna pregunta? —dijo Ruth, sin apartar la vista de la puerta de la 214.

—No, creo que me las puedo arreglar.

Aun así, Ivey toqueteaba nervioso su móvil.

—¿Sabes eso que dicen de que la única pregunta tonta es la que no haces? Pues es cierto.

—No estoy seguro de qué podemos sacar en claro con todo esto —dijo él—. Sabemos que Carver estuvo aquí, pero eso no prueba nada.

—Tienes razón —contestó ella—. Pero, para poder completar la cronología, cuanta más información tengamos, más conexiones podremos establecer.

El agente asintió con la cabeza, aunque no parecía convencido.

—Mira, sabemos que Carver estuvo en el hotel a la misma hora que Adela Faraday. Lo que no sabemos es si estuvo en su habitación y, si fue así, no sabemos si tuvo que ver con el jaleo. Ni siquiera sabemos aún si Adela salió del hotel viva.

El joven detective la miró espantado.

—¿No estará insinuando que el inspector Carver...?

—Lo que digo es que hay que averiguar qué pasó en esa habitación.

—Sí. Pero sin cámaras de seguridad...

Ivey era nuevo, pero le caía bien, así que, por su bien, se puso en modo entrenamiento forense.

—La Científica buscará pruebas, como...

—¿ADN? —dijo él, abatido—. Esa habitación la han limpiado un montón de veces desde que ella se alojó ahí.

—Cierto, pero con una limpieza de diez minutos y un cambio de sábanas y toallas no se eliminan todos los rastros —le dijo ella—. Además, los técnicos buscarán rastros del espejo que se rompió en la habitación.

—No veo de qué puede servir eso.

—Eso es porque no piensas como un detective. No olvides que todo contacto deja un rastro, y la ropa del inspector Carver seguramente se registró como prueba.

—Ah —dijo Ivey—. ¿Buscarán el mismo tipo de cristal en su ropa?

—Ya lo vas pillando —le dijo Ruth—. Si hay coincidencia, eso lo colocará en la habitación, aunque no implique necesariamente que tomara parte en la pelea; podría haber entrado en la habitación después de eso, por ejemplo. Así que tendrán que buscar cabellos de Adela en la ropa de él, lo que significaría que mantuvo un contacto estrecho con ella. —El joven agente miró ceñudo la pantalla de su móvil, al parecer, perplejo—. ¿Pregunta? —dijo Ruth, a la que se le estaba agotando ya la paciencia.

—Es que... —Se encogió de hombros—. Creí que estaba de parte de Carver.

A Ruth Lake no la espantaban fácilmente, pero aquello la dejó pasmada.

—Han asesinado a una mujer, Ivey. Esto no es como cubrir a tu colega que ha hecho novillos para ver el partido.

—Perdone, sargento.

—Hay que seguir las pruebas adonde nos lleven, no adonde nos gustaría que nos llevaran.

Tom asintió con la cabeza, arrepentido.

Ella le sostuvo la mirada un poco más, consciente de que él no podría leer en sus ojos lo mucho que la asqueaba la idea de que Carver pudiera ser culpable.

—Bueno, voy abajo —dijo—, pero me quedaré por aquí hasta que llegue el inspector jefe. Haz tus llamadas. No dejes que nadie entre ni salga hasta que vengan los de la Científica. Y toma nota de todo el que entre por esa puerta. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Ivey.

La sargento pulsó el botón de llamada del ascensor.

Cuando el ascensor estaba llegando a la planta inferior, Tom Ivey se revolvió nervioso y carraspeó.

—Eh... lo de antes... —dijo en voz baja— con el jefe de recepción...

—¿El qué? ¿Mi mentirijilla sobre lo de traer un escuadrón y eso? No te preocupes.

—No... —Miró por encima del hombro—. Lo otro.

—¿Te refieres a la miradita? Tranquilo, Tom, solo estaba coqueteando.

El joven detective parecía un hombre al que le aterraba hablar por si decía alguna inconveniencia.

—¿No has salido del armario? —le preguntó Ruth.

—Sí, pero en el trabajo, no...

—Vale.

—Así que...

Lo dijo en tono interrogatorio y eso la ofendió.

—Ah, ¿me estás preguntando si te voy a delatar?

—No —dijo él, ruborizándose de inmediato—. Es que... No me gustaría que fuera del dominio público.

—Tu vida privada es asunto tuyo. —Se abrieron las puertas del ascensor y Ruth entró—. Pregunta por ahí... No soy muy dada a los chismorreos.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa que le dejó claro que circulaban chismorreos abundantes sobre ella. Le daba igual y, aunque no hubiera sido así, jamás lo habría sabido nadie.

Pulsó el botón.

—Haz esas llamadas —le dijo.

Ya en la planta baja, Ruth cruzó el vestíbulo y localizó las escaleras de incendios que daban acceso a un patio en la parte de atrás del edificio. La dirección del hotel había accedido a desactivar la alarma de las puertas para que

los de la Científica pudieran entrar sin problemas. Hizo una comprobación rápida de las escaleras para asegurarse de que no había obstáculos que salvar y asomó la cabeza a la segunda planta para decidir por dónde tendrían que girar para llegar a la habitación de Adela Faraday. Ivey estaba a la puerta de la 214. Lo tenía de espaldas, pero notó la tensión de todos los músculos de la columna.

Cuando bajaba con sigilo por la escalera de incendios a la planta baja, una de las camareras salió por la puerta de la primera planta. Pareció asustarse.

—No pasa nada, solo estoy evitando a alguien —le dijo Ruth.

La chica sonrió.

—Lo entiendo.

Debió haberlo dejado ahí, pero no pudo contenerse.

—Soy policía —dijo, y la chica se alarmó aún más—. Estamos registrando una de las habitaciones.

—Ah —dijo la joven—. ¿Algún problema?

Hablaba con mucho acento, de Europa del este.

—Contigo, no —dijo Ruth, y la joven se relajó un poco—. ¿Reconoces a esta mujer? —le dijo, sacando la fotografía de Adela y enseñándosela.

Ella asintió.

—Anna. —Ruth sacó el móvil y buscó una imagen de Carver—. Sí —dijo—. A él... he visto con ella —añadió, y levantó la foto de Adela.

—¿Han estado aquí juntos? —Asintió de nuevo—. ¿Cuándo?

La chica se encogió de hombros.

—¿Cinco, seis veces?

Ruth inspiró despacio un par de veces antes de preguntar.

—¿En qué habitación?

—Dos uno cuatro. Siempre la misma. —La misma en la que los técnicos debían de estar trabajando ya—. La última vez discutieron mucho.

—¿Los viste?

La camarera sostuvo la foto.

—Ella estaba muy enfadada.

Hizo un gesto como de tirar algo.

—¿Le tiró algo a él?

—Zapato, abrigo, camisa... Sus cosas —dijo, imitando el gesto de nuevo.

—¿Los tiró al suelo?

—Al pasillo. —Ruth empezó a sentirse un poco mejor. Él se había marchado. Habían discutido, pero Greg se había ido—. Luego él fue...

—¿Él se fue? —preguntó la sargento, para estar completamente segura.

La chica la miró ceñuda.

—No, él fue dentro otra vez.

A Ruth le pitaron los oídos. La chica sonrió nerviosa y la sargento se dio cuenta de que debía de estar mirándola. Vaciló, no estaba segura de si quería saber la respuesta a la siguiente pregunta, pero debía hacerla.

—¿Qué pasó después?

—Vino seguridad. —Se encogió de hombros—. Yo me marché.

Cuando llegaron los primeros técnicos de la Científica, Ruth debía haberlos dejado a lo suyo. Su trabajo había terminado. El agente Ivey les explicaría que había visto a Adela en la grabación de las cámaras de seguridad y había decidido hacer unas pesquisas en el hotel. Lo último que necesitaba era que el inspector Jansen le hiciera preguntas incómodas sobre qué hacía ella por allí. Pero, al pie de la escalera de incendios, con las manos en los bolsillos mientras el frío le calaba hasta los huesos, tuvo la sensación de que debía hacer más. Necesitaba respuestas directas de Carver y no iba a conseguirlas a menos que supiera lo bastante como para desmontarle el farol: por lo general, un sospechoso era más dúctil cuando se disponía de datos clave y se hablaba con seguridad.

«¿Un sospechoso? ¿En eso se ha convertido Greg?»

Desde luego no era inocente, y recordaba muchísimo más de lo que le quería hacer creer. Estaba convencida de que conocía a Adela, pero Carver se sabía todos los trucos del manual de interrogatorios y no sería fácil conseguir que admitiera lo que recordaba. Iba a necesitar mucho más de lo que tenía en esos momentos para obligarlo a confesar.

El director de la Científica, John Hughes, había ido al apartamento de Carver después de que le dispararan, así que probablemente no estuviera presente en ese nuevo escenario y dirigiera a su equipo desde el despacho, con lo que no podría pegarse a él y sonsacarle información.

Un técnico de la Científica, pertrechado ya con el traje de seguridad, pero sin haberse calzado aún las botas, se acercó desde el aparcamiento. Era bastante novato y nunca había estado bajo su mando cuando ella dirigía el departamento, pero la reconoció, y le agradeció con un gesto de la cabeza que le sostuviera la puerta de la escalera de incendios mientras entraba cargado con la bolsa de su equipo y la lámpara de «luz negra».

—Parece que esta noche me toca hacer de portera —dijo ella, socarrona.

—No podemos dejarla que contamine el escenario, sargento —replicó él, sonriente, a sabiendas de que estaba siendo descarado.

—¿Cómo va el procesado del escenario de Faraday? —preguntó Ruth.

Un equipo distinto estaba trabajando en el apartamento de Adela Faraday, pero, con un escenario así, seguramente habría filtraciones.

—Parece ser que el asesino la sacó a la terraza después de matarla —contestó el técnico—, así que al menos no huele. —El cadáver no estaba en un estado avanzado de descomposición; eso podía ser una buena noticia para Greg Carver—. Había quedado sepultada bajo la nieve —prosiguió—, pero, en cuanto esta se empezó a derretir, las gaviotas la atacaron. Le arrancaron los ojos. —Se estremeció—. Dios, no puedo con los cadáveres sin ojos.

Ruth se notó el pulso en el cuello: no había descomposición, sí un poco de depredación por parte de las gaviotas. Adela no podía haber estado allí mucho antes de la nevada y no había vuelto a nevar desde la noche en que ella había encontrado a Carver. Probablemente a Faraday la asesinaron esa misma noche.

Oyó cómo el técnico subía trabajosamente la escalera con su pesado instrumental y, de pronto, no pudo aguantar más tiempo cerca de aquel lugar, así que volvió a su coche, aparcado en una zona de estacionamiento de la carretera principal; le temblaban las piernas, le castañeteaban los dientes y tenía el estómago revuelto de miedo.

Ya era tarde cuando la sargento Lake cruzó las puertas del hospital, y las de la planta estaban cerradas. Pulsó el timbre, pero no acudió nadie. Volvió a pulsarlo. A la tercera, se activó el interfono y una voz que sonaba como si estuviera a cien kilómetros de distancia le preguntó qué se le ofrecía. La enfermera escuchó la petición de Ruth en silenciosa desaprobación.

El señor Carver estaba descansando. Vuelva por la mañana.

—Tengo que hablar con él —dijo Ruth.

—Esta noche, no —replicó la voz incorpórea.

—Sé que está ahí —insistió la sargento—. Dígale que o habla conmigo o lo hará con el inspector jefe Jansen. Que elija.

Segundos más tarde, Greg Carver entró con paso vacilante en la zona común y la miró a través del cristal reforzado de las puertas de la planta. Dijo algo que, con el grosor de la puerta, apenas pudo distinguir, pero que sonó a «naranja».

—Hablaré con ella.

Salió una enfermera de la habitación del fondo a la izquierda.

—Los pacientes necesitan descansar —protestó—. No podemos tolerar estos trastornos.

—No pasa nada —dijo Carver—. Nos vamos a la sala de espera de familiares.

La enfermera apretó los labios y miró a Ruth con desagrado, pero Carver pasó por delante de ella, presionó el pulsador que abría las puertas y salió al pasillo.

—Cinco minutos —le dijo la enfermera.

Ruth miró fijamente a Greg Carver.

—Si acaso.

Él la condujo a una sala en el pasillo principal. Parecía que le costaba levantar y plantar los pies, como si caminara por un adoquinado irregular, y, cuando agarró el picaporte de la puerta, lo usó para estabilizarse.

—De color enfado, sin lugar a dudas —masculló él, mirándola a la cara.

—¿Qué?

—El naranja —le explicó él—. Es tu color de enfado.

Abrió la puerta y entró primero.

Una fotografía de un cerezo en flor cubría un tercio de una de las paredes.

Alrededor de una mesa de centro, había unos cuantos sillones. Encima de la mesa, el envoltorio de un sándwich, dos vasos de café y una caja de clínex. La sala olía a mala digestión y a café rancio.

—Los de la Científica están procesando la habitación 214 del Old Bank Hotel. —Carver se estaba sentando en uno de los sillones cuando ella dijo eso y no le vio la cara, pero le pareció que se estremecía. Se acomodó en el asiento y le señaló el sillón que tenía enfrente, pero Ruth se quedó de pie—. Dos uno cuatro —repitió Ruth—. Es la habitación que tenía reservada Adela la noche en que te dispararon. —Él no contestó—. Es un escenario, Greg, posiblemente de asesinato. Los de la Científica van a ser exhaustivos. ¿Van a encontrar ADN tuyo?

—No lo sé.

—Te estoy dando una oportunidad, Greg. —Él no dijo nada—. He hablado con una de las camareras. Te vio en la habitación de Adela. —Carver se encogió de hombros. Ella se plantó delante—. ¿Aún estás jugando la carta de la amnesia? —Él se negó a mirarla y ella meneó la cabeza, asqueada—. Estoy harta de tus mentiras.

—No miento...

—Joder, Greg, ¿quieres parar ya? —Carver se agarró una mano con la otra, quizá para detener el temblor, y se miró fijamente los puños cogidos en el regazo—. Mírame. —A regañadientes, él levantó la vista—. Sé que tenías un lío con Adela Faraday. Sé lo de la discusión, que te tiró las cosas al pasillo, que te echó. Sé que volviste a entrar. Esa noche se hizo añicos un espejo de la habitación. —Notó una mueca fugaz en el rostro del inspector, pero no supo interpretarla—. ¿Hay sangre de Adela en esa habitación? —Esperó—. ¿Y tuya? —Él inspiró hondo, titubeó—. Vale, no quieres hablar. Pero el inspector Jansen ya sabe que estuviste en ese hotel la misma noche que Adela. Yo he tardado menos de una hora en encontrar a alguien que te viera en su habitación; a Jansen no le costará mucho más, y te aseguro que él no te va a dar una segunda oportunidad.

Carver seguía empeñado en no hablar, así que, con un resoplido de desesperación, ella agarró el picaporte y abrió la puerta.

—Espera, Ruth. —Estaba tan enfadada con él que casi siguió andando—. Nos estábamos viendo —dijo.

A Ruth le costó unos segundos estabilizarse antes de volverse hacia él.

—Viendo —repitió ella.

—Sexo. —Se acarició una ceja, signo claro de que se avergonzaba—. Ni siquiera sabía su verdadero nombre, porque ella lo quiso así —añadió, como si, en realidad, le importase lo que pensara su compañera—. Me dijo que quería una relación «sin ataduras». —Ruth lo observó atentamente. Lo creía. Le estaba

doliendo demasiado para que fuera una mentira—. Acordamos no hablar nunca de nosotros mismos, solo de ideas —prosiguió—. «Solo las personas mezquinas hablan de otras personas», decía.

—Toda una filósofa, la señorita Faraday...

—Por favor, Ruth.

La sargento cruzó los brazos.

—De acuerdo, te escucho.

—Teníamos conversaciones interesantes, un sexo estupendo y ninguna de las responsabilidades de una relación convencional. Yo no me sentía... no sé... obligado a hablar del asesino de las espinas y nunca tuve que justificar mis ausencias, ni disculparme por ellas. —Ella lo miró fijamente—. ¿Qué?

—Todas esas veces que estuviste con Adela... ¿Cuántas fueron?

Ya sabía la respuesta, pero se preguntaba si sería sincero con ella.

—Cinco —contestó él—. Puede que seis.

Había pasado la prueba, pero eso no compensaba todas las demás mentiras.

—Cinco o seis veces —repitió ella—. ¿Pensaste siquiera en cómo se sentiría Emma?

—Por aquel entonces, no pensaba en nadie más que en mí mismo, en realidad.

—Ella soltó una carcajada seca—. Intento ser sincero, Ruth.

—Nunca te había costado tanto, Greg. —Carver agachó la cabeza—. ¿No se te ocurrió que nos vendría bien saber de la existencia de esa mujer? ¿Que podría haber tenido algo que ver con lo que te ocurrió a ti?

—No —contestó él—. Rompimos la noche de la discusión.

Así que también estaba admitiendo eso.

—Era una relación «sin ataduras». ¿Por qué os peleasteis, por qué no te fuiste sin más?

—Ella estaba furiosa, gritándome. Y yo... le dije algunas cosas.

—Tuvieron que llamar a seguridad, Greg, fue más que un mero intercambio de palabras.

—Una cosa llevó a la otra, supongo.

—¿Le pegaste?

—Yo... —Frunció el ceño, y Ruth vio que le costaba recordar—. Yo... —Se interrumpió de nuevo, y esa vez parecía aterrado—. Ruth, de verdad que no me acuerdo.

—Y cuando Adela, o como se llamara, no volvió a ponerse en contacto contigo, no vino a verte después de que te dispararan... ¿qué pensaste?

—Me había dicho que no quería volver a verme. —Se encogió de hombros—. Pensé que estaba cumpliendo lo prometido.

—Bueno, ahora sabes que no —le dijo Ruth en voz baja.

Carver la miró.

—Tenía que habértelo contado antes, pero hay tantas cosas que no consigo entender...

—Quiero ayudarte, pero tienes que ser sincero conmigo —continuó Ruth.

Suspiró.

—Vale.

No empezó a hablar enseguida, pero a Ruth le pareció que no era el momento de meterle prisa, así que esperó, y, al poco, él se lanzó.

—No paro de tener recuerdos fugaces de esa noche. Hay una sombra... una oscuridad... en mis sueños. A veces... —Le costó decir lo siguiente—. A veces está ahí también cuando estoy despierto.

Ella se acercó al sillón que él tenía enfrente y se sentó.

—Ya hemos hablado de esto —le dijo ella—. Esa era yo.

—Me parece que no —dijo Carver—. Recuerdo que tú estabas allí. Pero esta otra presencia... tengo la sensación... no sé cómo decirlo... Tengo la sensación de que quería acabar conmigo. Sé que suena a dramón.

—Te acababan de disparar, Greg, un poco dramático sí que fue. Pero, mira, yo estaba allí y estaba cabreadísima. Pensaba que habías intentado suicidarte. Estaba furiosa contigo. A lo mejor lo percibiste... —Él negó con la cabeza, mirando fijamente a una oscuridad que ella no podía ver—. Si no era yo, ¿entonces, quién? ¿Adela?

—Adela, no. Es una sensación demasiado intensa, poderosa, como... —Miró alrededor como si buscara una palabra que se le escapaba—. Como... —Se rindió—. No sé.

—Vale —dijo ella—. Cuéntame todo lo que recuerdes de esa noche.

—Es todo muy confuso. Recuerdo que la llamé y que quedamos en vernos. Estuve por recepción mientras ella se registraba, luego la seguí al ascensor. Se bajó en la segunda planta, yo subí a la tercera y bajé por la escalera de incendios. Era un juego que nos traíamos los dos: si yo llegaba a la puerta antes de que se cerrara, pasábamos la noche juntos; si no, bueno, según de qué humor estuviera ella...

No se atrevió a mirar a Ruth a los ojos.

—¿Cómo fue esa noche?

—Llegué a tiempo. Hubo sexo, unas copas. Fui al baño a darme una ducha y, cuando salí, ella estaba viendo las noticias en la tele. Me vio, hablando de los asesinatos. Me dijo que tenía que habérselo contado, pero nuestra relación se basaba en que ninguno de los dos supiera absolutamente nada de la vida del otro. Le dije que estaba siendo poco razonable. Discutimos. Me echó. —Hizo una pausa. Y dio la impresión de que estuviese intentando evocar una imagen—.

Pero no recuerdo haber salido. Ni haber vuelto a entrar en la habitación. —Miró nervioso a izquierda y derecha—. Ni recuerdo haber roto el espejo. Te juro que esa es la verdad.

Ruth sintió un alivio en el pecho, como si se hubiera librado del fuerte yugo de un alambre enroscado a su cuerpo y pudiera respirar libremente de nuevo. Por fin, él le estaba contando la verdad, lo que recordaba de ella.

Distraída por el sonido de pasos y voces en el pasillo, Ruth retrasó la respuesta. Por el ventanuco de la puerta, vio pasar al inspector jefe Jansen.

—Tienes visita —le dijo en voz baja, y un instante después Jansen retrocedió sobre sus pasos y abrió la puerta de la sala de espera sin llamar.

—Bueno, así me ahorro tener que convencer a los vigilantes de que me dejen pasar —dijo al entrar, y entonces vieron que quien lo acompañaba era el agente Ivey.

Menos mal que Jansen tenía al joven detective a su espalda, porque Ivey se quedó pasmado al verla con Carver.

—Los dejo solos, señor —dijo Ruth.

—Por nosotros no se vaya, sargento —replicó Jansen.

De todas formas, le estaba tapando la salida y no parecía dispuesto a moverse, así que Ruth se calmó y esperó.

—Hemos venido porque hay nuevos datos sobre el paradero del inspector Carver la noche en que le dispararon —dijo Jansen con frialdad, y su imponente estatura lo hizo parecer amenazador.

Ruth puso cara de sereno interés.

—¿Le dice algo el nombre de Adela Faraday, inspector jefe? —preguntó Jansen.

—Han estado hablando de ella en las noticias toda la tarde —contestó Carver.

«Táctica evasiva.»

—No ha respondido a mi pregunta —dijo Jansen, pero Carver siguió mirándolo con cara de cansancio, como aturdido, observándolo como si intentara leerle los labios. Ruth reconoció la treta, que ella también usaba—. Compartió usted una habitación con ella. —Jansen hizo una pausa—. ¿No le suena de nada?

Carver negó con la cabeza despacio, fingiéndose incapaz de recordar.

—Aún tengo un recuerdo vago de esa noche —dijo, evitando de nuevo una mentira descarada.

«¿Por qué no se lo cuenta?» Ruth le lanzó una mirada asesina, pero él la ignoró.

—Entonces, ¿no quedó con ella?

Carver se encogió de hombros, con cara de absoluta confusión.

—¿No recuerda haber discutido con la señorita Faraday? —preguntó Jansen

—. ¿Un espejo roto? ¿Que llamaran a seguridad?

—Ojalá pudiera...

Acababa de mentirles descaradamente.

Furiosa de que hubiera conseguido meterla en su lío, Ruth dio un paso hacia la puerta.

—Bueno, ha sido un día larguísimo —dijo—. Necesito dormir un poco.

Salió de la unidad justo cuando la enfermera de la planta iba en busca de su paciente.

Aparcado junto a la acera de enfrente, el asesino de las espinas observa cómo Ruth sale de la unidad de rehabilitación.

«Así que ya lo sabe...» Lo de los encuentros sexuales de Carver con esa mujer, Faraday. Lo de la discusión que tuvieron el día en que le dispararon a él. Lo de las mentiras. Que engañaba a Emma.

«¿Cómo se siente, sargento Lake?» ¿Asqueada? ¿Traicionada? Cuesta saberlo. Pero dos visitas a Carver en el mismo día tienen que ser por algo. Ahora mismo, parece pensativa. Esconde muchas cosas tras esa cara pensativa. Pero la fría fachada de la sargento Lake es como hielo en un río, frágil, incluso quebradizo, y las aguas que corren por debajo son aguas bravas.

Ruth Lake no podía dormir. Por tentadora que fuera la idea de beberse media botella de vino y darle caladas al cigarrillo electrónico hasta quedarse traspuesta, dejó la pipa en el bolsillo del abrigo y jugó a Stellaris en el portátil. Era aficionada a los videojuegos desde su adolescencia: la ayudaba a relajarse y le había permitido confiar en que se podía transformar el caos en orden en un momento en que su vida parecía desmoronarse. Pero esa noche no conseguía dejar de pensar en lo que Carver le había contado. Su relación con Adela bien podía ser la razón por la que le habían disparado y el arma que ella escondía en el cuarto de las visitas quizá albergara la prueba definitiva de ese hecho, y la identidad de su agresor. Pero no podía presentarla como prueba sin poner fin a su carrera, tal vez incluso enfrentarse a una acusación criminal.

En el fondo, todo se reducía a lo siguiente: ¿podía fiarse de Greg? Lo cierto era que no lo sabía. Pensaba que le había dicho la verdad cuando le había asegurado que no recordaba los detalles de lo sucedido en el hotel, aunque sí recordaba haber estado allí. Pero ¿por qué le había mentado a Jansen? Gruñó, intentando una y otra vez centrarse en el juego. Pero Stellaris era un juego de estrategia; cada decisión que tomaba en su universo imaginario no hacía más que recordarle lo desastrosas que habían sido las que había tomado en la vida real la noche en que habían disparado a Carver.

Al final, se dio por vencida, se llevó el portátil a la cocina y descargó el correo mientras se preparaba un café. Lyall Gaines le había enviado algo poco después de medianoche; el asunto del mensaje era: «Escrito en la piel». ¿Eso era lo que Gaines entendía por sentido del humor?

No acusó recibo del mensaje, pero sí que visitó las páginas que el antropólogo le sugería, procurando no pensar demasiado en el hombre que se las había enviado. Gaines pensaba que las flores y tallos estilizados tatuados en la piel de las víctimas se parecían a los que se veían en los dechados de bordado y punto de cruz. Le enviaba una selección para que le echase un vistazo, pero, por lo que ella podía ver, solo se parecían como se parecen siempre todos los árboles, frutos y personas estilizados, porque se reducían a sus partes más fácilmente reconocibles.

Después de una o dos horas rastreando la red, las intrincadas labores de costura empezaron a parecerle todas iguales, hasta que, navegando por páginas secundarias, le llamó la atención una pieza que no contenía imágenes, solo texto, en una letrita pequeña y muy cuidada. Hizo clic en la figura para agrandarla y descubrió lo que la página definía como dechado «confesional».

El paño de seda en el que estaba bordado había amarilleado y tenía alguna que otra manchita de agua, y las letras bordadas en rojo se habían descolorido hasta adquirir un tono como de sangre seca. Sin embargo, todas las palabras grabadas con esmero en el paño a base de hilo y aguja se leían perfectamente después de casi doscientos años.

El dechado contaba la historia de Elizabeth Parker, una joven virtuosa a la que se había puesto a servir. A los trece años, había rechazado las insinuaciones sexuales del señor de la casa y este había reaccionado a su obstinación tirándola por las escaleras. Había huido de su cruel señor, pero, como era «joven y tonta», según ella misma decía, no les había contado a sus amigas lo ocurrido. En su nuevo puesto, se había vuelto hosca y taciturna, y había intentado suicidarse. El dechado era su confesión, a modo de expiación por haber querido cometer «ese gran pecado de autodestrucción».

Ruth pensó en lo tonta que había sido ella también, a una edad similar, cuando había atajado por el callejón de detrás de su casa y había presenciado aquel apuñalamiento mortal. Bien podía haber sido un asalto o una agresión sexual de la que ella hubiera sido objeto. Y recordaba que también ella se había vuelto taciturna y reservada después de ser testigo del asesinato.

Según el reloj que había encima del fregadero de la cocina, eran las dos y cinco, y la noche se presentaba como un largo y tedioso viaje. Bostezó, se pasó los dedos por el pelo y se acercó a la cafetera para prepararse otro café. Cinco minutos más tarde, había retomado la tarea. Durante su encuentro en la universidad, el doctor Gaines se había centrado en los ojos que el asesino había tatuado tanto a Tali como a Kara.

Como «las primeras representaciones del Ojo de la Providencia», le había dicho que eran.

Hacía frío en la cocina y la lluvia salpicaba la ventana. No iba a poder salir a darle unas caladas al cigarrillo electrónico y sabía que, si empezaba a usarlo dentro de casa, no tardaría en «fumarse» el equivalente a una cajetilla diaria. Pensó en encender la calefacción, pero le dio pereza levantarse. El último enlace que había pinchado la había llevado a una página web con una serie de imágenes: dibujos lineales, grabados en madera, ilustraciones de libros, vidrieras, y hasta un billete de dólar estadounidense. En todos ellos aparecía alguna versión del Ojo de la Providencia. Algunos con nubes, otros sin ellas; la

mayoría, encerrados en un triángulo, símbolo de la Santísima Trinidad, según el doctor Gaines; y, en todos ellos, había rayos de luz que salían del ojo. Subió al cuarto de invitados y sacó del armario la caja de archivos que había robado del apartamento de Greg Carver.

De nuevo en la cocina, hurgó entre las carpetas de color vainilla y sacó las de Tali Tredwin y Kara Grogan. En los archivos duplicados de Carver, había fotografías numeradas de las autopsias. Seleccionó unos cuantos primeros planos de los tatuajes y extendió las fotografías por la mesa de la cocina para poder compararlas con las imágenes de la pantalla de su ordenador. No vio rayos de luz, ni triángulos. Lo cierto era que, hasta entonces, no había examinado con detenimiento los tatuajes. Sinceramente, toleraba peor la desfiguración intencionada de las víctimas de ese asesino que otras masacres que había visto en los años que había pasado en la Científica, pero, al centrarse en aquella, los pequeños elementos del diseño le permitieron disfrutar de la objetividad científica que precisaba.

Los ojos tatuados en el cuerpo de Tali estaban cerrados o entornados, pero los de Kara miraban fijamente, muy abiertos, como en una película de terror. Tenían una forma exótica: egipcia, o incluso india. Al estudiar de nuevo los tatuajes del cuerpo de Kara, la forma de los ojos le recordó las representaciones del tercer ojo del dios hindú, Shiva. Lo buscó en internet y echó un vistazo a las páginas en las que hablaban del significado del tercer ojo. Por lo que vio, en la cultura hindú, Shiva era el poseedor de todo conocimiento. «Cuando su ojo interno, o chakra, se abre, destruye todo lo que ve», decía un bloguero.

Eso parecía encajar con el fin de partida que el asesino de las espinas había ideado para sus víctimas. Destrucción literal.

Ruth esparció los papeles y las fotografías, encontró su móvil debajo de una de las carpetas y buscó en la agenda el número del doctor Gaines. Mientras se establecía la llamada, echó un vistazo al reloj de encima del fregadero: eran las cuatro y media. Maldijo y colgó antes de que terminara de sonar el primer tono. Aquello era precisamente lo que ella siempre le había criticado a Carver cuando el caso había empezado a absorberlo por completo.

Un segundo después, la sobresaltó la vibración del teléfono en la mano. Empezó a sonar y ella miró la pantalla. El doctor Gaines. Casi como si hubiera estado esperando que ella lo llamara.

—Me alegra saber que no soy el único que trasnocha —dijo, casi con desenfado—. ¿Tiene a mano las fotografías de los tatuajes?

—Sí —contestó ella.

—He estado trabajando en mi hipótesis de que los tatuajes tienen un papel protector —dijo—. Mire la TT treinta y cinco.

Todas las fotografías de las autopsias estaban etiquetadas individualmente; la TT35 era uno de los primeros planos de Tali Tredwin. Aún estaba en la carpeta y tuvo que hurgar un poco para encontrarla.

—Muy bien —dijo—. La tengo.

—¿Ve las imágenes circulares repetidas? Están bastante emborronadas, pero puede verse que las líneas se entrecruzan. Los tatuadores lo interpretaron como un burdo intento de representar una serpiente, pero no es eso, es un nudo celta. Todos los fans de *Braveheart* y los nuevos jipis los conocen porque se usaban en la bisutería celta, pero estos nudos se remontan al siglo xv, y posiblemente antes —dijo, emocionado.

—Vale...

—Mire bien. ¿Ve que es imposible encontrarle el principio o el fin al nudo?

—Simboliza el ciclo eterno y la interconexión de todas las cosas —dijo Ruth, que conocía ese dato de las horas que había dedicado a investigar el simbolismo en internet.

—No está mal —dijo Gaines—. Pero también puede representar un ciclo de vida ininterrumpido, que evita de forma eficaz la enfermedad o la mala suerte. ¿Recuerda lo que le dije del Ojo de la Providencia cuando nos vimos?

—Que es protector —respondió ella.

—Exacto. Ahora examine a la última víctima, la imagen KG cincuenta y siete. Ruth la encontró en la carpeta de Kara.

—¿Ve el círculo de la esquina inferior izquierda?

—¿Con cuatro espinas apuntando hacia dentro? —preguntó ella.

—No son espinas —dijo el doctor—. Son espadas. Mal dibujadas, debo decir. Por eso a las personas a las que han consultado primero les ha costado determinar su relevancia.

Pero no había sido un problema para el gran doctor Gaines.

—¿Y esa relevancia es? —dijo en voz baja.

—Es un símbolo empleado extensamente, en múltiples culturas; las espadas pueden representar los cuatro puntos cardinales, los ángeles de la guarda, los clanes espirituales... Y significan protección. De hecho, he identificado cinco símbolos que se utilizan en emblemas para desterrar a los espíritus malignos, eso aparte del uso reiterado del Ojo de Horus y el Ojo de la Providencia en los tatuajes.

—Yo también he estado examinando los tatuajes —dijo Ruth.

—Ah, ¿sí? —respondió él, a la vez indulgente y condescendiente.

—Por eso lo he llamado. En la cultura hindú, cuando se abre el tercer ojo, destruye todo lo que ve, ¿no?

Oyó un sonido agudo al otro lado de la línea, una tos, o quizá una risa

contenida.

—¿Y de eso ha deducido... el qué, exactamente? —inquirió Gaines.

—A ver, esas mujeres terminaron muertas. Me pregunto si los tatuajes serían una especie de castigo...

—Ay, querida... —Contuvo una carcajada—. Perdóne que se lo diga, pero me temo que ha hecho una lectura muy burda de la palabra «destrucción». Verá, el tercer ojo o chakra es símbolo de conocimiento, así que, cuando se abre, destruye la ignorancia. La destrucción a la que usted se refiere es simbólica. Conduce a una consciencia más elevada, al descubrimiento de verdades ocultas. —Hizo una pausa—. ¿Me sigue?

Ruth tenía su propio «modo zen» para distanciarse de los insultos. Aquello era más la forma en que el doctor imponía su autoridad que una condena vergonzante de la ignorancia de ella.

—¿«Verdades ocultas»? Me ha sido de gran ayuda, doctor, de verdad —le dijo.

Gaines acababa de decir algo que encajaba con sus primeras ideas.

—Me complace mucho saberlo —respondió el doctor, sonando igualmente sincero, lo que confirmaba la teoría de Ruth de que con halagos se conseguía mucho más de hombres como Gaines—. Si quiere, puedo acercarme a explicarle mis hallazgos —añadió con desconcertante entusiasmo.

—¿Por qué no lo incluye en su informe? —le dijo ella, movida por ese malestar instintivo que le había producido el antropólogo en su encuentro del día anterior—. Se lo presentaré al equipo en cuanto lo reciba.

—O podría hacer algunas anotaciones, acercarme a la comisaría y ofrecer al equipo de investigación una información más detallada en su reunión matinal.

«No va a aceptar un no por respuesta.»

—Prefiero tenerlo por escrito —le replicó Ruth, y colgó, alargando la mano al mismo tiempo para coger el portátil.

Buscó el dechado confesional, pensando en lo que el doctor Gaines le había dicho sobre las verdades ocultas.

El forense que había hecho la autopsia de Tali Tredwin había detectado indicios de lesiones esofágicas típicas de la bulimia. Los indicios de roturas óseas que, en principio, se había creído que podían deberse a un maltrato conyugal se habían atribuido finalmente a una osteoporosis prematura, que a su vez podía ser consecuencia de una anorexia previa. El forense había solicitado informes médicos anteriores, que revelaban que la víctima tenía un historial de trastorno dismórfico corporal. A los quince años, Tali, a la que entonces llamaban Natalie, había sufrido una sobredosis por ingerir un cóctel de aspirinas y vodka. Nunca les había hablado a su exmarido ni a sus hijos de su intento de

suicidio.

—Verdades ocultas —murmuró Ruth. Metió la mano en la caja de Carver—. ¿Dónde andas, Jo...?

Sacó el archivo de Jo Raincliffe. Su exmarido había perdido su empleo de auditor corporativo en la segunda oleada de despidos masivos, tres años después de la crisis bancaria del 2008. Los Raincliffe tenían dos hijos, ambos de menos de seis años, y como el banco amenazaba con extinguirles el derecho a redimir la hipoteca, Jo empezó a buscar empleo desesperadamente. Antes de tener a los niños, había estado al mando de cuatro personas en el departamento de Historia del colegio católico del barrio y había supervisado las clases de confirmación de las niñas, pero, a pesar de su preparación y su experiencia, no conseguía encontrar trabajo. En una época en que la dirección de los centros educativos estaba poniendo a profesores en prácticas a cargo de las clases, el mensaje tácito era que les salía demasiado caro contratarla. Por fin consiguió un puesto como profesora de apoyo en una escuela universitaria municipal del centro de la ciudad y completaba sus ingresos dando clases nocturnas de genealogía. O, por lo menos, eso fue lo que le dijo a su marido.

Pero Jo había inflado muchísimo las horas que trabajaba. De hecho, hacía diez horas de apoyo y dos de clase de verdad, pero salía de casa a las cinco de la tarde, cinco días a la semana, y algunas noches no volvía a casa hasta después de las once. Sus extractos bancarios, guardados bajo llave, dieron la pista: había hecho pagos mensuales a una agencia de lujo que servía de tapadera a locales que querían contratar bailarinas exóticas. La agencia era útil: a cambio de una cuota mensual de sus clientes, buscaban locales y facilitaban a los organizadores de espectáculos las fotos de sus clientes. El porfolio de Jo solo circulaba entre las personas que podían querer contratarla, no estaba accesible a cualquiera en internet, lo que explicaba en parte cómo había podido ocultarle la verdad a su familia tanto tiempo. Durante años, Jo, cuyo nombre artístico era Joline, había sido habitual de clubes de estriptis y «fiestas secretas» de Liverpool, Wigan y Manchester. Los pagos en efectivo que le hacían por desnudarse estaban sin documentar, pero la hipoteca se pagaba religiosamente todos los meses y siempre había comida en la mesa.

Evie Dodd y Hayley Evans no parecían tener secretos enterrados ni vergüenzas ocultas; claro que tampoco parecía tenerlos Kara Grogan hasta que Ruth había empezado a ahondar en sus circunstancias y había averiguado lo de su audición secreta y, por supuesto, lo de su miedo escénico.

Ruth cogió una de las fotografías de la autopsia de Kara y volvió a examinar los ojos abiertos tatuados en la piel de la joven. Los ojos, completamente abiertos, miraban fijamente desde la imagen como salidos de una película de

terror. Un símbolo de lucidez, de consciencia, quizá. ¿Querría demostrar el asesino que la veía tal como era? ¿O simbolizarían el despertar de Kara, el que ella viera por fin a los demás como eran en realidad?

¿Qué le había dicho Kara a Jake? «He aprendido una lección muy valiosa.»

El tercer ojo de Shiva miraba a Ruth desde la foto. El chakra, símbolo de conocimiento, destructor de ignorancia. Pero ¿qué clase de conocimiento? ¿Que uno no podía confiar en nadie, ni siquiera en sus amigos? Un conocimiento de esa clase no solo destruía la ignorancia, hacía pedazos la fe en la bondad de los demás y reducía a cenizas la esperanza.

Día 9

A primera hora de la mañana siguiente, Greg Carver estaba viendo las noticias en la televisión. El alcalde corría por el adoquinado de Exchange Flags hacia la parte posterior del ayuntamiento, bajo la lluvia. Un reportero lo seguía, pidiéndole declaraciones sobre el asesinato de Adela Faraday. Él avanzaba a toda prisa, con el cuello del abrigo levantado mientras la lluvia, azotada por la brisa del Mersey, le aplanaba el pelo. Otro periodista se unió al primero y le plantó un micrófono delante de las narices. Dos más aparecieron en escena y el alcalde, que se abría paso entre la multitud de personas y cámaras, de pronto empezó a parecer asediado. Por fin se detuvo, levantó los brazos como aplacándolos y habló.

—Voy a hacer unas declaraciones, dentro de diez minutos, pero primero debo dirigirme a mis colegas del consistorio.

«Bonito detalle», se dijo Carver: poner las inquietudes del consistorio por delante de las necesidades de la prensa.

La emisión volvió al estudio y el presentador repasó la historia del hallazgo del cadáver de Adela Faraday, su formación financiera, el hecho de que no se la había vuelto a ver desde antes de Año Nuevo.

—El señor Hill ha aparecido quince minutos más tarde para hacer unas declaraciones —concluyó.

De nuevo aparecieron imágenes de exteriores, Exchange Flags, el empedrado resplandeciente por la lluvia. El señor Hill se había quitado el abrigo y aparecía vestido con traje gris marengo, camisa blanca y corbata de seda de color rosa viejo. Parecía recién peinado, con el pelo prieto, negro, brillante. Se subió a una plataforma, dispuesta de forma que se vieran de fondo la fachada norte del ayuntamiento y la piedra gris del monumento a Nelson. Había dejado de llover y el sol brillaba sobre las cuatro figuras encadenadas que formaban la base del monumento.

El señor Hill subió al podio como si fuera un hombre de Estado de cierta edad

y esperó a que hubiera silencio. Los reporteros se apiñaron a su alrededor: prensa local, televisión y radio por cable, noticias de BBC e ITV, y periodistas de los canales 4 y 5.

El alcalde era un guaperas de cuarenta y tantos años, lleno de energía, de la nueva generación que buscaba formas imaginativas de generar ingresos en una ciudad con problemas de liquidez. Hill, hombre de negocios y empresario, había llevado la esperanza a una población que, en palabras de su anterior alcalde, estaba «al borde del abismo», tras ver recortadas en dos tercios las ayudas del Gobierno desde la recesión. Pero Hill se había creado muchos enemigos, sobre todo en la izquierda.

—Seré breve, damas y caballeros —dijo—. En primer lugar, permítanme que exprese mis condolencias y las de todos los miembros del consistorio a los familiares y amigos de la señorita Faraday. Nuestro más sentido pésame en estos momentos de dificultad. —Hizo una pausa respetuosa—. La señorita Faraday era una valiosísima asesora del consistorio y la noticia de su muerte nos ha dejado conmocionados y horrorizados. Como es lógico, haremos cuanto esté en nuestra mano para ayudar a la policía a llevar al culpable ante la justicia.

—¿Por qué han tardado tanto en manifestarse sobre el asesinato de la señorita Faraday? —preguntó alguien entre la multitud.

El alcalde consultó sus notas.

—Debido a las festividades navideñas y a que Adela, quiero decir, la señorita Faraday, era una profesional independiente... eh... bueno, pues nadie la echó de menos —balbució el señor Hill.

Carver percibió un halo claro de amarillo mostaza y verde bilis alrededor de aquel tipo, y se preguntó si ese sería el color de las mentiras en el alcalde.

«Deberías mirarte al espejo de vez en cuando, Carver, para ver de qué colores brillas tú», se dijo.

—El nombramiento de la señorita Faraday como asesora municipal fue controvertido, ¿no es así, alcalde? —preguntó un reportero local.

Hill miró al periodista con ojos vidriosos.

—No hubo «nombramiento», era una asesora externa, John —contestó—. Además, este no es un buen momento para hacer acusaciones de tipo político. Para la prensa nacional: la señorita Faraday asesoraba sobre inversiones y, en un período prolongado de ajustes económicos y recortes gubernamentales, el Ayuntamiento de Liverpool ha buscado formas innovadoras de abordar los retos a los que nos enfrentamos —prosiguió, echando mano enseguida de la retórica política—. Decisiones, debo decir, que han generado beneficios considerables a los habitantes de Liverpool y a toda la región de Merseyside.

—¿Tiene algún mensaje para la persona que ha asesinado a la señorita

Faraday? —preguntó el reportero de ITV, retomando el tema.

—Sí. —Hill se preparó, como un actor que se pusiera un abrigo para meterse en el papel. Cuando estuvo listo, miró de frente a la cámara—. Lo que ha hecho es un acto de cobardía. Lo decente, lo valiente, habría sido entregarse. —Meneó la cabeza—. Pero supongo que no lo hará. Y a todos aquellos que hayan podido detectar un comportamiento extraño en alguna persona próxima, una pareja o un amigo que no actúen de forma normal, quizá, les digo: si sospechan, cualquier información que puedan facilitar será de utilidad en esta investigación; adelante, sean responsables, hablen con la policía.

El aire que rodeaba al alcalde se volvió otra vez de color mostaza, como gas sulfúrico en un tubo de ensayo, y a Carver le pareció percibir su hedor acre.

Apagó el televisor y tiró el mando a la cama en el preciso instante en que se abría la puerta y entraba Emma. Estaba pálida y tenía los ojos como hinchados.

A Carver le dio un vuelco el corazón. Ella lo sabía.

—Emma...

—No. —Levantó un dedo—. No digas nada.

Se recostó en el reposabrazos del sillón, preparado para escuchar lo que tuviera que decirle.

—La policía ha venido a mi casa. Me han preguntado si conocía a Adela Faraday. Como es lógico, sabía quién era, porque no paran de hablar de ella en las noticias desde anoche. Lo que no sabía es que os estabais viendo. —Soltó un bufido—. «Viendo», bonito eufemismo. ¿Cómo iba yo a saberlo? ¿Cómo iba a sospechar que, mientras te alcoholizabas, aún te quedaba tiempo para engañarme? —Hizo una mueca de pena—. Me mentías a la cara diciéndome que estabas trabajando. Me has estado mintiendo, un mes tras otro. No querías ni acercarte a mí y, mientras tanto, te estabas...

—No, Emma, ni siquiera quedé con Adela hasta que tú y yo nos separamos.

—¿Esperas que me crea eso? No has parado de mentirme. Dudo que sepas ya cuál es la verdad.

¿Qué podía decir? Llega un momento en que tienes que dejar de creer en lo que te cuenta un mentiroso, aunque solo sea para protegerte.

Emma estaba hablando y Carver hizo un esfuerzo por centrarse.

—Piensan que la has asesinado tú, ¿verdad? —le dijo. Él titubeó—. Sé que te han interrogado, Greg.

—¿Quién te ha dicho eso?

—A diferencia de ti, yo aún tengo amigos en el cuerpo. Así que dime que no es cierto. —No dijo nada—. Lo imaginaba.

—¿Tú crees que he sido yo?

—Yo ya no tengo por qué responder a esas preguntas —repuso ella en voz

baja.

Carver la miró y vio odio y rabia en el remolino de colores que giraba a su alrededor.

Rechinó los dientes.

—¿Ha sido Ruth?

—¿Crees que te lo voy a decir? —inquirió ella, y los colores se fundían, se disgregaban, se recomponían según hablaba—. ¿Crees que tienes derecho a indignarte?

Apartó la vista porque el halo multicolor que la envolvía le hacía daño a los ojos.

—No —dijo—. No lo creo.

Emma resopló.

—Ruth Lake debe de ser la única amiga que te queda. Más vale que intentes por lo menos tenerla de tu parte.

Carver cerró los ojos. «Demasiado tarde», se dijo. Cuando volvió a abrirlos, Emma estaba mirando la fotografía de la luna de miel.

—Aún te quiero, Emma —le dijo.

Ella se volvió hacia él.

—Ojalá lo dijeras en serio. —Sonaba fría y segura, salvo por los colores que envenenaban el aire que la envolvía. Debió de detectar la cara de incredulidad de él porque añadió—: No, de verdad. Porque entonces sentirías una pizca del tormento que me has hecho pasar.

—Lo sé y...

—Estoy harta de tus disculpas —lo interrumpió—. He terminado contigo, Greg.

Una esquirla helada de la enfermedad que lo había estado atormentando durante el último año se le clavó en el corazón y, levantándose, agarró la foto enmarcada y se la ofreció a Emma con brusquedad.

—Llévatela... Aún no sé para qué la has traído.

Ella dio un paso atrás, con los brazos en jarras.

—¿Piensas que la he traído yo? No te hagas ilusiones. —Durante un segundo más, él le ofreció la fotografía en la palma de la mano—. Quédate esa condenada foto —espetó ella—. Yo no la quiero para nada.

Salió y cerró la puerta.

Carver se controló unos segundos, luego tiró la fotografía a la puerta. En ese mismo momento, se abrió. El marco chocó con el canto y el cristal se hizo añicos.

—Ay, Dios... —Carver dio un paso adelante, se tambaleó y se golpeó la cadera con el armazón de la cama. Agarrándose a la barandilla, se enderezó, con el corazón desbocado. Intentó de nuevo llegar hasta la puerta, pero las piernas no lo sostenían—. Perdona —gritó—. ¿Se encuentra bien?

Silencio.

Un segundo más tarde apareció una mano, agitando un pañuelo de papel. La siguió el rostro de una mujer.

—¿Corro peligro? —preguntó.

—Lo siento mucho —dijo él—. Pase. Soy inofensivo.

—Y yo soy Laura Pendinning —dijo ella con solemnidad, aunque con una chispa de humor en la mirada—. ¿Cómo está?

Tenía unos treinta y tantos años y era menuda, lo que la hacía parecer más joven; morena y guapa, aunque no iba maquillada y llevaba el pelo recogido en una coleta demasiado apretada.

—¿La esperaba? —preguntó él, angustiado de pensar que se le hubiera olvidado.

—Hace unos tres días. Me temo que me han entretenido. —Él frunció el ceño y ella añadió—: Soy psicóloga clínica; su neurocirujano me ha pedido que me pase a verlo.

Carver recordaba una conversación con el hombre trajeado de pelo cano, algo sobre las extrañas alucinaciones que tenía, pero no se acordaba del nombre del cirujano, ni de cuándo habían hablado. Asintió con la cabeza, para no parecer demasiado desorientado.

La psicóloga sonrió.

—Siento haber tardado tanto.

—Los recortes —dijo él.

—Algo así —contestó ella, ladeando la cabeza. Seguía en el pasillo, asomada a la habitación desde el otro lado del marco de la puerta—. ¿Podemos hablar?

El subidón de adrenalina de la pelea con Emma le había producido escalofríos en las extremidades y lo había dejado tembloroso y débil.

—No es el mejor momento —contestó Carver.

—¿En serio? —La mujer miró divertida el cristal roto que había a sus pies—. Dudo que hubiera podido venir en un momento más propicio.

Apareció una enfermera detrás de la puerta.

—No pasa nada —la tranquilizó Pendinning.

—Hay que recoger eso antes de que alguien se haga daño —dijo la enfermera.

—Puede esperar —repuso la doctora con firmeza—. Vamos a hablar un poco primero.

La enfermera se retiró y Carver se encontró de pronto bajo el escrutinio de la

psicóloga.

—Mire —le dijo—, no quiero ser grosero, pero...

Ella rio.

—Bueno, me parece que ya no hace falta que nos andemos con cortesías...

Se acuclilló para rescatar la foto de entre los pedazos de cristal.

—Tenga cuidado —le dijo Carver. Ella siguió adelante, sacudiendo con cautela los cristales al suelo—. No la quiero. Me da igual —dijo sobre la fotografía de la luna de miel que había estado en el aparador del piso donde había vivido con Emma, luego en la casa a la que se habían mudado juntos y, más recientemente, en la mesilla de noche del apartamento al que se había trasladado él después de que su mujer lo echara. Durante quince años, dondequiera que estuviese su hogar estaba esa fotografía, como recordatorio de lo que habían sido el uno para el otro y advertencia de lo que podía perder. De lo que había perdido.

La psicóloga le ofreció la foto y él no pudo evitar hacer la comparación: Emma en la luna de miel de los dos; Kara, muerta. Kara Grogan, la víctima que se parecía a Emma.

La doctora Pendinning dejó la foto a los pies de la cama, luego se pasó las manos por la falda, para estirársela.

—A veces es bueno que nos recuerden lo que nos importa —dijo, como si le hubiera leído el pensamiento—. Aunque parezca que ya no nos importa. Aunque nos cause dolor.

—Hola, Tom.

El agente Ivey dio un respingo y se volvió bruscamente hacia Ruth Lake.

—¿De dónde demonios ha salido?

—De la entrepierna de mi madre —contestó ella solo para verlo ruborizarse.

—Oiga, sargento...

Miró por encima del hombro de ella.

—Trabajamos en el mismo edificio —añadió ella en su descargo.

Ivey acababa de aparcar su coche en la comisaría y ella, en realidad, estaba esperando para abordarlo, escondida en la entrada trasera. Había visto las noticias y las respuestas del alcalde le habían parecido muy raras. Carver había mentido, a Emma, a ella, a Jansen, pero, pese a lo enfadada que la tenía, estaba convencida de que le había dicho la verdad cuando le había asegurado que no recordaba haber salido de la habitación de hotel de Adela Faraday, y no podía parar de pensar en ese espejo roto.

—Bueno, ¿qué tal anoche? —preguntó.

—Ni siquiera debería estar hablando con usted —dijo él en un susurro furioso.

—Venga ya... Salió bien lo del hotel, ¿no? —El joven se puso un poco nervioso y lo vio levantar ligeramente los hombros, como queriendo decir que había salido más que «bien»—. El inspector Jansen se mostró agradecido, ¿a que sí?

Ivey asintió a regañadientes, sin dejar de mirar por encima del hombro de ella.

—Y receloso.

—Sí, bueno, es que él es así.

—Sargento, tengo que irme.

—Lo sé... Jansen te ha pedido que asistas con él a la autopsia de Adela. Prácticamente eres su protegido. —Él seguía esquivándole la mirada y ella cambió de postura para hacérselo imposible—. *Quid pro quo*, Tom.

El joven agente cerró los ojos un segundo, luego se le descolgaron los hombros y ella supo que le contaría lo que necesitaba saber si no lo presionaba demasiado, así que le dio un momento y, al final, Ivey suspiró.

—Vale... —dijo—. Carver sigue refugiándose en la amnesia.

—¿Es tu opinión o la de Jansen?

Ivey hizo una mueca de fastidio.

—Puedo pensar por mí mismo. Y sé cuándo un hombre miente.

—¿En serio? Yo no... No siempre. —«Y menos aún en lo que atañe a Carver», podía haber añadido. Ivey frunció el ceño y se hundió las manos en los bolsillos del abrigo; luego ella añadió—: Pero si hay pruebas en un sentido o en otro... —Esperó, mirándolo pacientemente a la cara. El joven apretó los dientes, se le tensaron todos los músculos del cuello y de los hombros, y Ruth supo que debía ser ella la que lo sacara del estancamiento—. Deja que te ayude —le dijo—. Los técnicos de la Científica encontraron un segundo teléfono en el apartamento de Adela Faraday, un móvil de prepago. En él había tres números y uno de ellos era el de Carver.

El joven detective se sacó las manos de los bolsillos.

—Eso es información confidencial, ¿cómo...?

—No te lo voy a decir. Razón por la cual puedes estar seguro de que cualquier cosa que me digas está a salvo conmigo. Supongo que Carver dice que tampoco sabe nada del móvil de prepago.

Ivey titubeó, pero solo un segundo, y luego empezó a hablar, en voz baja, casi sin abrir la boca.

—El inspector Jansen le solicitó una muestra de ADN, pero Carver se negó. Dice que no recuerda nada de esa noche, de modo que, si accedía a que le tomaran una muestra de ADN y encontráramos algo que lo incriminara, no podría explicarlo, y que no iba a exponerse de ese modo. —Hizo una pausa—. Parece una respuesta un poco rara para un hombre inocente, ¿no cree?

—Lo es —dijo Ruth—, pero, si he aprendido algo en esta vida, es que hay que tener una mentalidad abierta. Entonces, ¿estáis intentando localizar los otros dos números del móvil?

El joven agente volvió a mirar por encima del hombro de ella.

—Ajá.

—¿Y Adela? Una mujer muy misteriosa, ¿no?

—¿Qué sabe? —le preguntó.

La sargento esbozó una sonrisa.

—¿Qué sabes tú?

Él apretó los labios, dubitativo.

—¿Dónde tiene el coche?

—Detrás de una de las furgos de los Matrix —dijo Ruth, señalando con la barbilla a la derecha del aparcamiento.

Ivey miró hacia una de las furgonetas de batalla de color amarillo con la franja lateral a cuadros blancos y negros de la Brigada de Investigación Criminal de la

ciudad.

—La sigo.

Ella se dirigió a su coche y se sentó al volante treinta segundos antes de que él abriera la puerta del copiloto y se instalara a su lado.

—Era megarrica.

—Tenía un apartamento en el muelle —dijo Ruth—. No cabía otra.

—No solo por el apartamento... Tenía millones en activos: bonos, acciones, propiedades comerciales y residenciales... Si llevaba un registro por escrito, no lo hemos encontrado, y su ordenador está encriptado, así que vamos a tener que tirar de sus cuentas bancarias. Podría haber muchísimo más.

—¿Quién heredaría su fortuna?

—Aún no hemos encontrado un testamento. Estamos buscando parientes. El caso es que era muy reservada. Se hizo autónoma siete meses antes de morir. Se mudó de una casa de cinco dormitorios en Calderstones al apartamento del muelle, pero no era más que uno de los treinta inmuebles residenciales de que disponía. En portería lo tenían registrado como deshabitado y ni siquiera tenía activa la línea de teléfono fija.

—¿Móvil? —preguntó Ruth—. El oficial, quiero decir.

—Hay montones de contactos en él, pero todos parecen legales: empresarios ricos, la mayoría, pero también algunos nombres importantes del Gobierno municipal de Liverpool.

—¿Y?

—¿Y qué? —dijo él.

—Los habrás interrogado...

Él la miró fijamente.

—Usted nunca para, ¿verdad?

—Es una de mis mayores cualidades, cuando se me conoce.

Ivey torció la boca, como para reprimir una sonrisa.

—La señorita Faraday tenía una reputación de mujer emprendedora —dijo—. Pero era lista, «brillante», según ellos, siempre acertaba con las oportunidades de negocio.

—Ajá —dijo Ruth—. Dejé de creer en los inversores después del fiasco de 2008.

—En cuanto tengamos acceso a sus cuentas, veremos si hubo algún chanchullo.

Ruth asintió con la cabeza.

—Bueno, no quiero entretenerte más, Tom. Gracias.

—Eh, un momento... —dijo él—. *Quid pro quo*, ¿recuerda? Le toca a usted.

Tom Ivey estaba empezando a caerle bien.

—Cuando ingresaron a Carver, ¿encontraron partículas de cristal en su pelo?  
«¿Ese es su *quid pro quo*, otra pregunta?»

—Habla con los médicos de Urgencias y con el cirujano que lo operó.

—¿Por...?

—Por la lesión cerebral.

—¿Qué pasa con ella?

—Nadie parece saber cómo ni cuándo ocurrió, pero, al repasar la cronología...

Enarcó una ceja y esperó a que él lo entendiera; Ivey miró fijamente por el parabrisas del coche aparcado en la siguiente fila.

—¿El espejo roto en la habitación de Adela? —dijo por fin.

—Podría ser, ¿no? El equipo médico no ha encontrado aún explicación a la conmoción cerebral de Greg.

—Entonces..., ¿Adela agredió a Carver? —preguntó, ceñudo.

—O él se cayó, o lo empujó una tercera persona. Pero estamos especulando sin tener pruebas.

—Hablaré con los médicos.

Abrió la puerta del coche y bajó.

—¿Tom? —Se agachó para verla bien—. Tendrías que hablar también con tu amigo de la recepción del Old Bank Hotel... Pídele horas y fechas en que Adela reservó habitación durante el último mes, y llévate las grabaciones de la cámara de seguridad de la entrada. Si se citó con otros hombres, los pillaremos como pillamos a Greg.

—¿Qué le hace pensar que estaba viéndose con otros hombres?

—Tres números en el móvil de prepago, y solo uno es de Greg Carver.

Con la mano libre, Ivey dio una palmada en el techo del coche.

—Él le ha contado algo, ¿verdad?

—Digamos que tengo el presentimiento de que Adela no era mujer de un solo hombre —contestó ella.

Sentada a su mesa, en medio del barullo de la oficina, Ruth Lake pensó en lo frustrante que había resultado la reunión de esa mañana. Las pesquisas de puerta en puerta habían sido un desastre. Con el control establecido en Sefton Park no se había obtenido ni un solo dato nuevo. Ella no podía presentar la hipótesis del doctor Gaines sobre la relevancia de los tatuajes porque él aún no le había enviado el informe. A lo mejor tendría que haber sido más conciliadora, pero las noches en vela y el esfuerzo que le suponía presentar a diario una fachada blindada ante los machos alfa, que, si pudieran, le quitarían el puesto, la tenían agotada.

Por ser la víctima más reciente, Kara era aún el vínculo más cercano conocido con el asesino de las espinas. Si conseguían averiguar qué había estado haciendo en las noches anteriores a su desaparición, muy probablemente dieran con él. Pero la joven actriz había ocultado muy bien su rastro. Era resuelta y decidida, se había deshecho de sus antiguos amigos como uno se deshace de la ropa que se le queda pequeña. Esa idea ahogó por un momento el bullicio de la oficina.

En cierto sentido, a Kara se le habían quedado pequeños sus compañeros de clase: ¿no estaba ella en la cúspide de su recién iniciada y fulgurante trayectoria profesional? Tanto sus compañeros de residencia como sus profesores y su agente habían declarado que estaba volcada en su carrera como actriz. Que, a corto plazo, era la audición.

Con una punzada de remordimiento, recordó que iba a mirar la lista de los médiums a cuyas sesiones podía haber asistido Kara en los días próximos a su desaparición y que aún no tenían fechas definitivas. Maldiciendo por lo bajo, agarró el ratón y repasó los archivos. Disponía de las direcciones de dos de ellos. Las anotó en la libreta, apagó el ordenador, cogió el móvil y salió de la oficina en menos de un minuto.

Wilson Daventry tenía una tienda de regalos en Albert Dock. En su página web ofrecía espiritismo, terapia con cristales, reiki y lectura del tarot. Su tienda contaba con todo un abanico de parafernalia esotérica, desde cristales a bisutería

celta, pasando por figurines de ángeles y colchonetas de yoga.

Una chica con el pelo azul, tatuajes de los que se extienden por todo el brazo y pírsines faciales estaba al frente del establecimiento, pero, cuando Ruth preguntó por el jefe con nombre y apellidos, este asomó de la trastienda por una cortina de cuentas de cristal, envuelto en un arcoíris de luz reflejada.

Le tomó la mano a Ruth con las suyas y la miró fijamente a los ojos. Con cara de intensa compasión, hizo un gesto de asentimiento y le apretó la mano una milésima de segundo.

—Percibo una presencia oscura cerca de usted —le dijo.

—Ah —contestó Ruth, impasible.

Había leído lo suficiente de la investigación de Kara como para saber que aquellas personas trataban siempre de desestabilizar. Como policía, sabía que una persona inestable solía revelar más de lo que quería. Así que controló el impulso de zafarse de sus manos y lo miró también a los ojos, mostrándose lo más insondable que pudo.

—Percibo resistencia —dijo él, con una sonrisa forzada. Ruth sacó su acreditación y Daventry le soltó despacio la mano—. ¿Hay algo de lo que podamos hablar?

Apartó la cortina de cuentas y la hizo pasar a su consulta. Estaba decorada de forma sencilla, con dos sillas, una a cada lado de una mesa de tarot forrada de terciopelo púrpura. A juzgar por las cartas extendidas en la mesa, Daventry estaba ensayando cuando ella había llegado. Más allá de la silla de él, había un ventanal con vistas a la dársena interior. Deslumbraba la luz de montones de colores procedente de los cristales colgados con hilos finos de las ventanas y sobre la mesa. Daventry la bordeó hasta el extremo opuesto, luego se volvió e hizo una pausa, paseando las yemas de los dedos por el terciopelo.

Antes de que pudiera tener la situación bajo control, Ruth se sacó del bolsillo una foto de Kara y se la enseñó.

—¿Conoce a esta mujer?

El hombre estudió la fotografía.

—Creo que no la he visto antes.

—Puede que estuviera en su sesión del pasado noviembre, la que hizo en el Unity Theatre.

Él negó con la cabeza, dubitativo.

—Ojalá pudiera ayudarla. —Cogió la fotografía—. Una tragedia, lo sucedido.

—¿Es otra de sus percepciones?

Le devolvió la foto.

—Es que me gusta estar al día —le contestó él, esbozando una levísima sonrisa—. Veo las noticias.

La segunda de la lista de Ruth era Jasmine Hart. Vivía en un semiadosado victoriano de ladrillo rojo cerca de Newsham Park, en la parte oriental del centro de la ciudad. La vivienda era más grande que la de Ruth, pero no era espectacular, de modo que la señora Hart tampoco se estaba haciendo de oro con sus prácticas esotéricas.

Invitó a Ruth a pasar al salón y fue a preparar café.

A ambos lados de una mesa baja de madera oscura con una caja de clínex y un tarjetero plateado en el mismísimo centro, había un par de sencillos sofás rectangulares. Junto a la chimenea, tenía un sillón orejero, y, en el hogar, ardía un fuego, de gas, aunque los azulejos y todo lo demás parecía victoriano de verdad. La repisa de la chimenea estaba forrada de tarjetas de agradecimiento, y era la única zona de la estancia donde se percibía una superabundancia de objetos. Ruth echó un vistazo a algunas, todas de clientes satisfechos, que agradecían a Jasmine el que les hubiera proporcionado consuelo u orientación.

Un estrépito de vajilla la advirtió del regreso de la señora Hart y Ruth abrió bien la puerta para que pudiera pasar.

—Siéntese, sargento. —Jasmine era una mujer bajita y regordeta de unos cuarenta y tantos años; tenía un acento claro de Lancashire, pero hablaba en un tono delicado que obviamente se había esforzado por perfeccionar—. Se está más calentito junto al fuego —le dijo, señalando el sillón que había al lado de la chimenea.

«Cortesía de la de antes», se dijo Ruth.

La señora Hart dejó la bandeja del café en la mesa, apartando la caja de clínex y poniendo en un extremo el tarjetero plateado.

La sargento le explicó el motivo de su visita mientras la mujer servía el café, y esta reaccionó con discreción y empatía. Llevaba el pelo castaño por los hombros y, cuando necesitaba tiempo para pensar, se entretenía colocándose despacio detrás de las orejas. No llevaba anillo de casada, pero Ruth supuso que, para una médium, era preferible estar casada. Le pasó a la señora Hart la fotografía de Kara, y la mujer la cogió sin hacer aspavientos.

—Sí, la recuerdo —dijo—. El pasado noviembre. Hice una Noche de Espiritismo en el Epstein Theatre. Una chica joven estaba causando problemas con su tableta electrónica. —Miró bien la fotografía—. Ahora que veo la foto, sé que era ella. ¿Fue entonces cuando desapareció, en noviembre?

Ruth asintió con la cabeza.

—¿Qué clase de problemas?

La señora Hart hizo una pausa, y frunció el ceño de forma que se le hicieron tres arrugas paralelas en el entrecejo.

—Estaba tomando notas, pero causaba... problemas.

—¿Se quejó alguna persona del público? —preguntó la sargento.

La mujer se colocó un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—No exactamente... —Ruth ladeó la cabeza y esperó pacientemente—. Verá... —dijo por fin la médium, y lo hizo en voz muy baja, como si le hiciera una confidencia—. Las fuentes de energía electromagnética pueden producir interferencias en la comunicación con los espíritus, y estoy convencida de que Kara estaba grabando la sesión.

Ruth se contuvo de preguntarle a la señora Hart si las ondas del micrófono que seguramente utilizó durante su sesión no producían «interferencias» en su comunicación con los espíritus, pero, en su lugar, anotó que debía pedirles a los técnicos que buscasen la grabación en la tableta de Kara.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó, fingiéndose espantada.

—Le pedí que se fuera. El caso es, cielo, que algunas de las personas que asisten a mis sesiones se encuentran en un estado muy vulnerable. Tengo que tener en cuenta sus sentimientos, respetar su intimidad.

—Por supuesto... —trató de empatizar Ruth—. ¿Y Kara iba sola?

—Sí. Querrá saber si vi a la pobre chica hablar con alguien después... Me temo que no —dijo con cara de pena—. Verá, la sesión terminó a las diez y, para entonces, Kara ya hacía rato que se había ido.

—¿Recuerda cuándo exactamente le pidió que se fuera?

Cara de pena otra vez.

—Lo siento, cielo. Pero se lo puede preguntar a Harry, mi mánager. —Cogió una tarjeta del tarjetero de la mesa de centro y se la entregó a Ruth—. Fue antes del descanso, así que serían las ocho, más o menos. Pierdo la noción del tiempo durante las sesiones.

En la tarjeta figuraba un número móvil, la dirección de la página web de la señora Hart y el correo electrónico de Harry Rollinson.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó la mujer.

«Ya estamos...»

—Me temo que no puedo hablar de ello —respondió Ruth.

—Ah, por supuesto, cielo. Es confidencial, lo entiendo. Pero usted está bien, ¿verdad? Fue a su compañero a quien asaltaron, ¿no?

—Como ya le he dicho...

—Le dispararon, ¿no fue así?

—Le daré un toque a su mánager, el señor... —miró la tarjeta de visita, aunque recordaba perfectamente su nombre— el señor Rollinson.

«Estás dejando que te desconcierte, Ruth.»

La señora Hart levantó una mano, con la palma hacia abajo, y la dejó suspendida sobre la coronilla de su cabeza.

—Percibo... dolor —dijo.

—Se está recuperando en un centro especializado en lesiones cerebrales —dijo Ruth.

La mujer bajó la mano al regazo y ladeó la cabeza como si escuchara algún sonido lejano.

—Ah —dijo al poco con cara de perplejidad—, pero no le dispararon en la cabeza, ¿verdad, cielo? —Eso no lo habían dicho en las noticias. No estaba segura de qué la había delatado, ¿la tensión muscular? ¿El tono de voz? Como era siempre ella la que calaba a todo el mundo, no le hizo mucha gracia que la calaran a ella—. Perdona, cielo —dijo la mujer—, te he incomodado, ¿no?

«Y vuelve a atacar.»

—En absoluto —respondió la sargento—. Pero voy mal de tiempo, así que... Se fue un minuto después.

De nuevo en la comisaría, buscó en internet grabaciones de audio y vídeo de Jasmine Hart y la sorprendió descubrir que tenía su propio canal de YouTube. Reprodujo unas cuantas, sobre todo de fragmentos de sus espectáculos y más que nada publicidad mal encubierta de su negocio.

Pero entonces le llamó la atención un enlace al final de la búsqueda de Google.

«Jasmine Hart, TIMO», era el título. La descripción rezaba: «El otro lado de los contactos de Jasmine Hart con “el otro lado”».

La sargento hizo clic en el enlace, que llevaba a un canal de YouTube que se llamaba «Embaucadores del ocultismo», y encontró una grabación del encontronazo de Jasmine con Kara. No le había «pedido que se marchase», ni mucho menos; un hombre mayor la había sacado a la fuerza de la sala. ¿Sería Rollinson? Intentaba quitarle la tableta, pero la joven se aferraba al dispositivo, pegándose al pecho, mientras el hombre la sacaba a empujones y empellones por el pasillo central del teatro, entre aspavientos de sorpresa y desesperación del público.

Cuando buscó Harry Rollinson en Google, le aparecieron las páginas de Facebook de un par de veinteañeros, demasiado jóvenes para ser el hombre del vídeo. Rollinson aparecía mencionado en la página de Jasmine, pero no había fotografías, algo que no era sospechoso en sí, aunque sí resultaba extraño que el tipo no tuviese, al parecer, presencia en las redes y que ella fuese su única cliente.

Reprodujo de nuevo el vídeo y vio a aquel gorila sacar a gritos y empujones del teatro a Kara, que parecía aterrada. Un hombre con un temperamento así, un

hombre dispuesto a ponerle las manos encima a una mujer, seguramente estaría fichado, así que comprobó la base de datos de la Policía Nacional. Había varios Henry Rollinson, dos de los cuales eran demasiado mayores para ser su hombre, y también un Henry Rollinson, alias Brian Rollinson, alias Brian Henry Rollinson, de sesenta y siete años. La edad perfecta, a juzgar por el vídeo. Además, el señor Rollinson de alias múltiples tenía condenas por agresión común, lesiones y fraude.

En la base de datos de la Policía Nacional, encontró enlaces a los registros de huellas y ADN, pero no información digital, como fotos. Así que cursó una petición de fotografías y cerró la base de datos, luego volvió a la web de Jasmine para consultar la página de actividades. La señora Hart tenía otra sesión de espiritismo en el Epstein Theatre, en el centro de la ciudad, esa noche, a la que Ruth se proponía asistir.

El último médium de la lista de Kara era un tipo que se hacía llamar Shadowman, el ‘hombre de las sombras’. En su sitio web y en su página de Facebook aparecía un hombre fotografiado, como era de esperar, entre sombras, y en su web se insistía mucho en que la gente no asistiera a sus sesiones con teléfonos móviles ni cámaras. «Se registrarán los bolsos y se confiscarán los teléfonos hasta después de la sesión», se advertía en las condiciones de reserva.

Shadowman no tenía actividades programadas y, aunque en la página correspondiente de su sitio web se mencionaban poblaciones, no se indicaban locales. «Publicidad», se dijo Ruth, seguramente todo inventado. Sin embargo, le llamó la atención la invitación a rellenar un cuestionario titulado «¿Es usted mentalista?». «Enlace trampa.»

—Vale —murmuró—. Voy a picar.

Hizo clic en el enlace.

Pero, para poder llegar a las preguntas, le pedían su correo electrónico. Ruth cerró el cuestionario; prefería marcar ella las pautas de su primer encuentro, es decir, no le daría la oportunidad de que la investigara. En la página de contacto de la web de Shadowman, había una dirección de correo para clientes y organizadores de actos junto con un teléfono fijo. Marcó el fijo y le saltó un contestador automático de un centro de negocios del norte de Liverpool. Dejó un mensaje pidiendo que la llamaran a un móvil, pero sin mencionar que era policía.

Estaba a punto de dirigirse a la sala de reuniones cuando le sonó el móvil. Un mensaje de texto del agente Ivey: «Reúnase conmigo en la cafetería Cow & Co. en cinco minutos».

Ruth atajó por el aparcamiento y llegó en menos de tres. Eran las cinco de la tarde, ya era de noche y el aire le helaba el aliento. La cafetería estaba en una

plaza tranquila cerca de la fachada de ladrillo rojo de Chancery House, otro de los ejemplos de cambio radical de la ciudad: lo que en su día había sido un refugio para los indigentes era ahora un complejo de apartamentos de lujo fuera del alcance de la economía de la mayoría de los liverpulienses.

Entró en el minúsculo café y vio a Tom Ivey escondido en un rincón. Señaló las dos tazas de la mesa y ella fue directamente hacia allí, quitándose el abrigo.

Ruth bebió a sorbos su capuchino de espaldas a la puerta, mientras el agente Ivey la informaba de los resultados de la autopsia de Adela Faraday. Se calculaba que la hora aproximada de la muerte era la de la última vez que se la había visto, en el Old Bank Hotel, la noche en que habían disparado a Greg. La nieve que cubría su cadáver confirmaba que, en efecto, había fallecido esa misma noche. Adela había mantenido relaciones sexuales bruscas, aunque posiblemente consentidas, poco antes de su muerte.

La sargento tragó saliva para no vomitar.

—¿Causa de la muerte?

—La golpearon y le dispararon —contestó Tom—. Fue la bala lo que la mató.

Ruth dejó la taza en la mesa, procurando que no hiciera ruido al contacto con el borde del plato.

—¿De qué calibre es la bala? —preguntó.

—La posta estaba un poco estropeada, pero seguramente sea del 22. —Notó que la miraba fijamente—. Extraída del corazón.

Hacía calor en el reducido espacio de la cafetería, pero, de pronto, Ruth tuvo frío. Asintió con la cabeza, que le iba a mil, pero se mantuvo impassible.

—Ya no puedo ayudarla más —dijo Ivey.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué? —dijo, pensando en la bala alojada en la espalda de Carver, notando que se le contraían los músculos de la boca y confiando en que Ivey no lo hubiera visto.

—A Adela Faraday le dispararon, y a Carver también —dijo, visiblemente sorprendido de tener que explicarse—. Dos personas que se conocen y a las que disparan en el pecho con un arma de pequeño calibre. Probablemente hacia la misma hora. ¿Qué probabilidad hay de que sea una coincidencia?

«Minúscula», se dijo ella.

—¿Has rastreado los otros números del móvil de prepago de Adela?

Ivey se inclinó hacia delante, encorvado. Lo tenía tan cerca que le vio un diminuto cristal de azúcar atrapado en el labio superior.

—No puedo ayudarla —insistió.

La sargento le agarró la solapa de la chaqueta con el índice y el pulgar y se acercó todavía más, salvando la distancia que los separaba.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —le susurró.

Él se ruborizó, se recostó en el asiento.

—Es que... No quería que fuera Jansen quien se lo dijera.

—¿Habéis interrogado a Carver?

—Sargento...

—Eh —lo interrumpió ella—. No tendrías la conexión con Carver si no fuera por mí. —Vio que empezaba a ablandarse y añadió—: Sabes que puedes confiar en mí.

—Joder, sargento, no me lo ponga difícil —dijo, frotándose el ojo con el pulgar, y ella se dio cuenta de que estaba intentando aliviarse un temblor del párpado.

Se quedó quieta, sin dejar de mirarlo a la cara.

—Tom...

El joven detective suspiró.

—Va a salir en las noticias de todas formas —dijo, en parte para sí. Inspiró hondo—. Pero yo no se lo he contado.

La sargento abrió mucho los ojos, como diciendo «Por descontado».

Vaciló de nuevo, pero espetó:

—Uno de los números de teléfono es el de Hill.

—¿El alcalde? —preguntó ella, albergando un ápice de esperanza.

Él asintió con la cabeza.

—Jansen lo ha llamado a declarar, pero se ha negado.

—¿Y? —inquirió ella, nerviosa.

—Están a punto de detenerlo.

El inspector Parsons pidió a Ruth que le explicara por qué había llegado tarde a la reunión vespertina. La sargento puso como excusa las visitas que había hecho a los médiums y ganó unos cuantos puntos cuando presentó de pronto el vídeo del altercado de Kara con Rollinson en la sesión de espiritismo de Jasmine Hart.

—Muy bien, deténgalo —dijo Parsons.

—La señora Hart actúa esta noche —dijo Ruth—. Me gustaría ver por mí misma cómo funciona, sonsacarles algo más antes de hacerlo oficial.

Parsons se lo pensó.

—De acuerdo. Pero quiero que lo interrogue formalmente, aquí, en la comisaría, mañana por la mañana.

—Por supuesto —dijo ella.

El resto de la reunión fue más de lo de siempre: nada de los controles del parque, nada de la solicitud de colaboración ciudadana, nada de las pesquisas realizadas por la zona.

Estaban a punto de irse todos a casa cuando Parsons dijo:

—Una buena noticia...

Todos levantaron la cabeza, ansiosos por terminar la jornada con algo más que desilusión.

—El equipo de investigación de Adela Faraday ha hecho una detención.

Murmullos de sorpresa y unas cuantas miradas disimuladas hacia Ruth, porque la mitad pensaba que se trataba de Carver. La sargento mantuvo la calma y se fingió interesada, y esperó a que el inspector les dijera que el sospechoso era el alcalde. Al oír el nombre de Hill, los detectives más leales del equipo se miraron satisfechos; John Hughes, su viejo amigo de la Científica, le sonrió; y algunos de los agentes más jóvenes ya habían sacado los móviles para ampliar la noticia en internet. Ruth miró a Parsons a los ojos y levantó la barbilla en un ademán de agradecimiento. Ahora que Carver estaba fuera de la lista de sospechosos, el equipo contaba con el impulso necesario para empezar con energías renovadas la jornada siguiente.

Ojalá ella pudiera estar tan convencida de que Carver era inocente.

Cuando se vació la sala, Parsons la llamó.

—Buen trabajo con el asunto de los médiums —le dijo—. Tenía razón: reduce mucho la franja de tiempo.

—Gracias, señor.

—Pero quiero que vaya con alguien a lo de esta noche.

—Me gustaría pasar inadvertida, observar, más que participar —le dijo ella—. Si voy sola, seré un rostro más en la multitud.

El inspector frunció el ceño y Ruth pensó que estaba a punto de ordenarle que fuese acompañada. Luego encogió los hombros de forma casi imperceptible y la sargento entendió que le había dado su consentimiento tácito.

—Vaya con Ivey —le dijo.

Sabía algo. Pero Ruth tenía demasiada experiencia en técnicas de interrogatorio como para caer en su torpe intento de servirse de su remordimiento de conciencia para provocarle una reacción imprudente.

—¿Quiere que me lleve al sargento Ivey? —preguntó—. ¿No está trabajando en la investigación del caso Faraday?

—Sabe bien que sí —le respondió él, molesto. —Ella lo miró con cara inocente, como esperando una explicación—. Sea lo que sea lo que se traen entre manos, el inspector Jansen se ha dado cuenta. Manténgase alejada de Ivey, la agresión sufrida por Carver no es de su competencia.

En lo básico, sí lo era.

—Vale... —se limitó a decir ella con la inflexión ascendente justa para parecer perpleja.

Él soltó una risita socarrona.

—Váyase ya, sargento... Y recuerde lo que le he dicho: no quiero ningún titular en la prensa sensacionalista que vincule esta investigación con el esoterismo.

Antes de ir al centro, Ruth pasó por casa para ponerse unos vaqueros y un suéter con los que pasar inadvertida. Cambió el abrigo por una parka, se soltó el pelo y luego se lo volvió a recoger. No era nada presumida, pero sabía que sus rizos morenos llamaban la atención. Se apretó bien la coleta y la escondió en una gorra de pana.

Ya en el teatro, compró la entrada justo cuando se levantaba el telón, no habló con nadie y se escurrió en el asiento todo lo que pudo mientras el murmullo del público se extinguía.

Jasmine Hart iba vestida con un traje de falda y chaqueta de un blanco resplandeciente. Complacida, echó un vistazo al público, extendió los brazos y dijo: «Bienvenidos». Lo hizo en el mismo tono amable y bondadoso con que la

había tratado a ella antes: casi daba la impresión de que estuviera hablando con unos amigos en el salón de su casa; su voz implicaba una cierta complicidad. Pero eso era gracias a un buen equipo de sonido, además de a la forma de hablar ensayada y cuidadosamente modulada de la médium.

Desde que había empezado a buscar grabaciones de vídeo de médiums, Ruth había visto a charlatanes que deslumbraban a sus blancos y les negaban, de ese modo, cualquier posibilidad de razonar; había visto a ancianitas que invitaban con cariño a los muertos a manifestarse y hablar; los había visto solemnes y serenos, sonrientes y excitables; a médiums que hablaban en voz alta con sus «espíritus» y a otros que escuchaban con atención y se limitaban a asentir con la cabeza para indicar que se estaban comunicando con otro plano.

La señora Hart era de las que hablaban.

—Me viene un hombre joven —empezó diciendo, y luego—: Oigo a alguien que se llama Sally, ¿le suena a alguien? Tras una serie de desaciertos, agachó la cabeza, pegó las manos al cuerpo y guardó silencio diez segundos.

Justo cuando el público empezaba a inquietarse, giró la cabeza un poquitín, como si mirara de reojo.

—No seas tímido, cielo. —Se oyó entre el público un murmullo de emoción—. Chiss... —mandó callar la señora Hart. El micro inalámbrico con auriculares que llevaba era casi invisible desde el patio de butacas, con lo que parecía que hablaba con alguien a quien el público no veía—. No te preocupes —dijo—. No van a hacerte nada. —Movi6 nerviosamente los dedos de la mano derecha, como haciéndole un gesto a alguien que tenía a su lado y animándolo a acercarse—. Ven —dijo—. Dame la mano si quieres. —Cerró la mano como si alguien, de verdad, se la hubiera agarrado tímidamente. Luego entornó los ojos—. Qué frío...

Alguien del público, a la espalda de Ruth, sollozó, y ella se volvió despacio para no llamar la atención. Dos filas más atrás, había una mujer que se tapaba la boca con la mano. Estaba temblando. Otra, sentada a su lado, le acariciaba el brazo. Rollinson ya había enfilado el pasillo en dirección a ella con el micrófono inalámbrico.

Jasmine Hart abrió los ojos.

—Tengo a un niño... —dijo.

No hubo negación visible con la cabeza y la mujer no habló, pero Ruth percibió que se agarrotaba, que se retraía.

—«El peque», quizá... —prosiguió la médium como si no se hubiera percatado.

La mujer hizo un aspaviento.

—¿Significa algo para usted, cielo?

Aquello era Liverpool: seguro que la mitad del público llamaba a su hermano o a su hermana «el peque» o «la peque».

La víctima asintió con la cabeza.

—Mi hermano —dijo—. El peque M...

—No, no me lo diga. Déjeme que hable con él. Lleva mucho tiempo queriendo decirle esto.

Ruth vio que la mujer fruncía levemente el ceño.

—Dice que al menos a él le ha parecido mucho tiempo —rectificó la médium. Volvía a salir airosa. Luego, a un lado—: No se te recibe bien, cielo. —Centrándose de nuevo en la mujer del público, la señora Hart dijo—: ¿Se llama Mark... no, Mike?

La emoción del rostro de la mujer le indicó que había acertado la segunda vez.

—Mike me dice que no hace mucho que falleció.

—Tres meses —dijo la mujer.

—Eso es.

Ruth sabía que, cuando la apenada mujer lo recordara, juraría que había sido Jasmine Hart quien le había hablado de tres meses.

—Fue rápido —dijo la señora Hart.

La mujer apretó los labios; le rodaban las lágrimas por la cara y el chisporroteo del micro en sus manos temblorosas sonaba como el latido irregular de su corazón. Rollinson estaba de pie al final de la fila y Ruth se aventuró a echarle un vistazo por debajo de la visera de su gorra. Era grande y pesado, y tenía manos de carnicero. Exploraba al público como un guardaespaldas en una misión de alta seguridad, pero buscaba posibles víctimas, no amenazas.

—¿Está... está bien? —preguntó la mujer.

—Sí. —Con la mano izquierda, la señora Hart le dio una palmadita a la mano imaginaria de la derecha—. Tiene tanto que contarle... —Una nube pasajera le ensombreció el rostro—. Pero tiene frío... —añadió, temblando.

—Ay, Dios mío —dijo la mujer, ahogada—. No paraba de decir eso cuando...

—¿Cómo dices, cielo? —la interrumpió la médium, que hablaba con su acompañante imaginario. Rio—. No sé si esto tiene mucho sentido, pero me dice que hay fútbol en el otro lado.

La mujer rio con la boca aún tapada, y se limpió los mocos y las lágrimas de la cara.

—Lo volvía loco... Siempre decía que, si no había fútbol en el otro lado, volvería para atormentar a Anfield.

El público rio por solidaridad y empatía.

La señora Hart sonrió con ellos y ladeó la cabeza, como intentando oír una voz distante por encima de las risas.

—Ah —dijo, al verle la cara larga—. Vale, cielo. Dice que se va, que está cansado. —La mujer alargó la mano y se llevó los dedos temblorosos a los labios—. ¿Cómo dices, cielo? —La médium se volvió hacia la derecha—. Muy bien. —Miró de nuevo a la mujer—. Dice que tiene un mensaje privado para usted. Pero se está desvaneciendo ya... Como es su primera vez, le da un poco de vergüenza hablar delante de toda esta gente.

La mujer se levantó con dificultad.

—Pero ¿cómo puedo yo...?

—Si quiere pasar a verme después de la sesión de grupo, veré si puedo volver a convocarlo. No se preocupe, cielo, ya lo arreglaremos.

El gozo y la angustia del rostro de la mujer daban mucha pena.

La señora Hart abrió la mano, como si soltara espacio al «espíritu». Se tambaleó un instante.

—Me llega otra voz...

Extendió la mano hacia delante, señalando a las primeras filas, y mientras ella comenzaba de nuevo la cantinela sobre una mujer menuda con nombre de flor, Ruth observó cómo Rollinson solicitaba el micro inalámbrico a la primera mujer y pedía que le pasaran una libreta y un bolígrafo para que anotase sus datos.

El segundo espíritu se llamaba Rose, y la señora Hart bromeó diciendo que pinchaba tanto como la flor. El blanco, una mujer sesentona que parecía de vuelta de todo, rio como los demás. Rose era una tía anciana, dijo la médium, y un cardo borriquero. La señora Hart los asombró con la revelación de que tía Rose se alegraba de que su sobrina hubiera encontrado el anillo.

La mujer se levantó, complaciente, y sostuvo en alto la mano izquierda para enseñar el anillo de rubíes que su tía le había dejado, pero que había escondido tan bien que habían tardado casi un año en encontrarlo.

Muchos de los «mensajes» que recibía la médium eran tan genéricos que siempre se levantaba media docena de manos, suplicando que los eligieran. La señora Hart salpicaba sus percepciones de frases como «¿Lo entiende?» o «¿Tiene sentido para usted?» y, en ocasiones, cuando era evidente que no, decía: «Puede que sea algo que todavía no ha ocurrido, pero tendrá sentido en el futuro».

Jasmine Hart hizo un descanso a mitad del espectáculo y Ruth vio que Harry Rollinson se acercaba a la hermana de Mike y la llevaba hacia los escalones que había en un lateral del escenario, donde la esperaba la médium. Esta le tomó las manos y la llevó a su camerino.

Ruth se mezcló con el público en el bar y escuchó las exclamaciones sobre lo

precisa que había sido la sesión y las historias de los demás asistentes. Vio que Harry Rollinson se había quedado vigilando también y que iba de grupo en grupo y rondaba los de menos personas. La sargento exploró la multitud, preguntándose si alguna de aquellas personas habría estado presente la noche en que habían sacado a Kara a la fuerza del teatro y, en la segunda batida visual, detectó un rostro conocido.

«¿Lyll Gaines!»

Se dispuso a dar media vuelta, parecía que quería escabullirse, pero debió de percatarse de que ya lo había pillado, porque retrocedió y se acercó despacio, con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Parece sorprendida de verme —dijo.

—Me sorprende verlo en un espectáculo de espiritismo...

—Sesión —la interrumpió él—. Es una «sesión»...

—Me sorprende verlo en un espectáculo de espiritismo —empezó ella de nuevo— cuando aún estoy esperando el informe sobre esos tatuajes once horas después de que dijera que me lo enviaba.

—Si no recuerdo mal, lo que le dije fue que podía exponer yo mismo los resultados en su reunión matinal. —Hizo una pausa—. La palabra escrita es una tarea que requiere mucha más dedicación, ¿no es así, señorita? —añadió, asomando la punta rosada de la lengua entre los incisivos superiores y los inferiores.

—¿Cuándo cree que lo tendrá listo? —preguntó ella, reflexionando sobre la habilidad del doctor para colar insinuaciones de tipo sexual en sus comentarios.

Gaines sonrió.

—Tranquila. Lo tendrá mañana a la hora del almuerzo.

—¿Y qué hace aquí? —preguntó Ruth.

—¿Me está interrogando, sargento?

—Si lo quiere llamar así... —dijo, mirándolo fijamente, y, al poco, él se encogió de hombros.

—Trabajo. Soy antropólogo, tengo un interés profesional en lo esotérico. El anhelo humano de un más allá espiritual que trascienda esta existencia mundana es transcultural. Esto —dijo, mirando a los grupitos de personas que tenían alrededor—, o algo muy parecido, existe en todos los rincones del mundo...

Dejó que Gaines siguiera parloteando sin perder de vista a Rollinson. Estaba de espaldas a un pequeño grupo formado por dos hombres, dos mujeres y un adolescente, familia, a juzgar por el parecido físico.

—Los chamanes de las culturas antiguas, de Alaska a Taiwán, se servían de canales sobrenaturales —prosiguió el doctor—. Y los chamanes eran a menudo maestros tatuadores. —Ella lo miró y los ojos de él se iluminaron—. Sabía que

eso le parecería interesante. Los tatuajes, las percepciones sobrenaturales, la religión y los rituales están íntimamente ligados a la historia humana y a nuestra psique. Los chamanes de las culturas antiguas obtenían su poder de los espíritus ancestrales con los que se comunicaban en sueños y visiones. Tienen mucho en común con los médiums, los videntes y los mentalistas modernos.

—¿Usted cree?

Gaines siguió la mirada de la sargento. Rollinson estaba consultando el móvil y, de vez en cuando, tecleaba algo, pero estaba prestando tanta atención a lo que hablaba la familia que casi le aleteaban las orejas.

—Chamanes o charlatanes, es todo cuestión de fe, sargento. —El antropólogo la observó un rato mientras ella estudiaba a Rollinson; notaba su incesante escrutinio—. ¿Ya tiene calados a la señora Hart y a su «asistente»? —le preguntó.

—Él es más que el tío del micro —dijo Ruth—. Vigila al público como un perro guardián. Además, creo que tienen un código... Y ella es un as de la lectura en frío.

—Bueno, eso usted lo sabe bien.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella amablemente.

—Da igual.

—Seguramente le está mandando mensajes a Jasmine ahora mismo —dijo Ruth, señalando a Rollinson con la cabeza—, proporcionándole datos de interés sobre aquella familia afligida.

A Gaines le brillaron los ojos.

—¿Decepcionada?

—Para eso tendría que creer primero en los «fenómenos paranormales».

—Hay más cosas en el cielo y en la tierra...

—Sí, más chorradas también.

Él rio.

—Son el tándem perfecto. Papá recorre el bar antes de que se levante el telón en busca de pequeños detalles que puedan utilizar durante la noche.

—¿Rollinson es el padre de Jasmine?

Gaines asintió con la cabeza.

—Su verdadero nombre es Jane Rollinson.

Por lo visto, Rollinson padre no era el único aficionado a los alias.

—He visto que Jasmine se llevaba a la hermana de Mike para charlar con ella a solas —dijo Ruth, pensando en Kara.

—Una práctica común —comentó él—. Cuando un blanco reacciona con intensidad a la mención de alguien que ha «pasado al otro lado» de forma súbita o violenta, se ceban con él y le sonsacan que el «espíritu» se suicidó, tuvo un

trágico accidente, fue asesinado o lo que sea. —La miró con curiosidad y malicia—. ¿Qué cree usted que le ocurrió a Mike?

—No paraba de decir que tenía frío —dijo Ruth—. Y han tenido tiempo de hablar de si había fútbol en el cielo. Supongo que enfermó.

—Eso habría deducido yo —respondió Gaines.

—La charada de cogerlo de la mano es un truco muy bueno.

—Estas personas son maestros de la manipulación —coincidió él—. Pese a que soy agnóstico, esa cháchara con los muertos mientras miran fijamente a los ojos al familiar apenado me produce escalofríos. Cuando el blanco está a punto de derrumbarse, le dicen que el difunto tiene mucho que contarle, pero que consideran que debería ser en privado, o que el ser querido del blanco se está «desvaneciendo», o que hay otras voces que ahogan la suya. La típica estrategia de venta por presión. Intercambian datos, conciertan una sesión, que luego son dos y... —dijo, extendiendo las manos.

—¿Siempre se centran en las pérdidas, en los muertos? —preguntó Ruth—. ¿O alguna vez entran en otros aspectos de la vida de las personas?

—¿En qué está pensando? —dijo Gaines, intrigado.

Pensaba en que quizá Kara les había confesado su miedo a quedarse en blanco en el escenario, que quizá incluso había concertado una cita para una sesión privada, pero eso no se lo iba a decir a Gaines.

—¿Podrían aprovecharse de alguna inseguridad o trauma de la persona?

—De eso viven —contestó él—. La conciencia de sí mismo hace que el mono desnudo se sienta más solo que ningún otro del planeta. Nadie nos «entiende» de verdad. Y, de pronto, hay alguien que parece que nos lee el pensamiento, que empatiza con nuestro dolor... Eso es algo que engancha mucho.

Sonó el timbre que avisaba del comienzo de la segunda parte y Ruth se dirigió a la sala. Gaines la siguió de cerca y ella lo miró por encima del hombro.

—¿Se le ofrece algo más?

—¿Dónde se sienta? Podría sentarme con usted, soplarle algunas pistas. Incluso podíamos ir a tomar algo después... e intercambiar observaciones.

Ella sonrió.

—No, gracias —dijo—. Pero me vendría muy bien que me enviara ese informe mañana.

Al final del espectáculo, la sargento Lake enseñó su acreditación para acceder a la zona de camerinos.

La señora Hart estaba sentada delante del espejo del suyo, de espaldas a la puerta; y Rollinson, desparramado en un sillón de un rincón. Cuando Ruth entró, se agarró a los brazos del sillón y se levantó como un rayo, tapándole a la médium. Tan de cerca, parecía aún más alto, y más corpulento.

—¿Se le ofrece algo, querida? —dijo, con el mismo acento de Lancashire que Jasmine y en tono afable, aunque Ruth percibió en él cierta aspereza.

—Puede —contestó Ruth, sin más, y notó que a él se le cuajaba la sonrisa.

—Jasmine no va a atender a nadie más esta noche, pero, si quiere, le tomo los datos para que la llame mañana.

—En realidad, vengo a hablar con usted, señor Rollinson.

—Vaya, eso sí que es raro, ¿verdad, Jasmine? —Ruth lo observó en silencio, interesada en su reacción—. Bueno, pues aquí me tiene, cielo —añadió con una sonrisa acartonada, abriendo mucho los brazos. La sargento guardó silencio—. ¿Qué más quiere, una pirueta?

La señora Hart asomó por detrás de la espalda voluminosa de su padre.

—¡Harry...! —exclamó con desaprobación.

Él la ignoró.

Ruth estudió aquellas manos y pensó en la violencia con que habían sacado a Kara del teatro. Rollinson llevaba un anillo en el meñique de la mano izquierda. Su rostro revelaba una expresión que la sargento no supo descifrar.

—Bonito anillo —dijo, sabiendo que él lo giraría de inmediato para mirarlo—. Un nudo celta, símbolo del ciclo eterno, ¿no es así?

—¿Qué es lo que quiere? ¿Qué es usted, periodista? —preguntó él con brusquedad, y su sonrisa se esfumó por completo.

—¡Harry! —lo reprendió la señora Hart, tirándole de la manga—. Tranquilízate. Esta es la joven policía que vino a verme. Aparta, que me está entrando claustrofobia.

Rollinson se retiró y Jasmine se puso de pie, algo nerviosa.

En circunstancias normales, a Ruth le habría bastado con la presentación de la

médium, pero quería ver cómo reaccionaba él si lo pillaba por sorpresa, así que sacó su acreditación y se presentó oficialmente.

—Bueno, ¿cómo lo llamo...? ¿Harry? ¿Brian? ¿O ahora es Henry?

Él torció el gesto. Ahora que sabía que la sargento había estado investigando su pasado delictivo, probablemente estuviese repasando sus fechorías recientes para intentar averiguar por cuál lo habían pillado, pero era demasiado buen estafador para que se le notara.

—Harry está bien —contestó—. Dígame, sargento, ¿de qué quería hablarme?

—De Kara Grogan —dijo ella.

El tipo puso cara de desconcierto.

—Tendrá que darme alguna pista, cielo.

Ella le enseñó la foto de Kara y él la cogió y la estudió, ceñudo.

—La joven que te comenté —le dijo la señora Hart en voz baja y a modo de advertencia.

Pero, por lo visto, Rollinson no estaba por la labor de cooperar, y le devolvió de mala manera la fotografía a Ruth.

—Tú eres mejor fisonomista que yo, Jaz —dijo.

—Kara Grogan, la chica que murió —lo ayudó la señora Hart.

—A la que asesinaron —la corrigió Ruth.

La mujer reaccionó a la crudeza de la sargento con una cara tierna de compasión, pero Rollinson se agarrotó.

—Déjeme que la vea otra vez —le pidió el hombre.

Ruth volvió a pasarle la fotografía y, mientras la miraba fijamente, lo vio relajar de forma consciente todos los músculos que había tensado al oír la palabra «asesinato». Eso en sí ya significaba algo, pero no estaba segura de qué.

—Sí —dijo Rollinson al cabo de unos segundos—. Claro que la recuerdo.

—Ya le dije a la sargento que tuviste que echarla de la sala por las interferencias electromagnéticas —añadió la señora Hart, recordándole el guion que sin duda habían ensayado—. Quería saber a qué hora fue eso, ¿no es así, sargento?

—Así es —contestó Ruth sin dejar de mirar al hombre.

—Justo antes del descanso —contestó él—. A las ocho y media o las nueve menos cuarto, más o menos. Fue muy comprensiva. Una chica muy agradable... Un espanto lo que le ocurrió.

—Eso no es lo que dice el vídeo.

—¿De qué vídeo habla?

—Del que ha terminado en YouTube. —Ruth sacó el teléfono—. Me sorprende que no detectaran las interferencias electromagnéticas.

—¡Qué graciosa es usted! —dijo Rollinson, con la mandíbula lo bastante

apretada como para partirse una muela—. Debería salir en la tele.

Ruth tenía el vídeo listo para reproducir.

—Esa es Kara, ¿la reconoce ahora? —dijo mientras él lo reproducía. —Los ojos del estafador se oscurecieron—. A mí no me parece que estuviera siendo «comprensiva», señor Rollinson —añadió, mirando de reojo a la pantalla—. De hecho, parece aterrada.

El hombre rio, y no era la reacción que Ruth esperaba.

—Muy bien, se me fue un poco la mano —reconoció—. En las sesiones de grupo, estoy bajo mucha presión: las expectativas del público, el que Jasmine confíe en que yo detecte señales y se las transmita sin desconcentrarla... Me di cuenta de que me había pasado un poco y le pedí disculpas a la chica. Le devolví el importe de la entrada. Incluso le di una tarjeta de Jasmine porque me dijo que quería una sesión privada.

—¿Sobre qué?

—No le pregunté —dijo él, de nuevo arrogante—. No me gusta husmear.

Ruth se volvió hacia la señora Hart.

—¿Fue a verla?

La mujer miró fugazmente a Rollinson, sin duda en busca de alguna indicación. Se aseguraría de que los separaban cuando los interrogaran en la comisaría al día siguiente. Ladeó la cabeza, a la espera de una respuesta.

—No sé a qué se refiere —contestó la señora Hart—. No creerá que yo tuve algo que ver con...

—¿Su desaparición? ¿Qué le hace pensar eso, señora Hart?

La médium se sonrojó.

—Me ha parecido... ¿No me dijo que desapareció esa noche?

—No —contestó Ruth—. No se lo dije. —Aunque le pareció interesante que la mujer hubiera extraído esa conclusión—. Conteste a la pregunta, por favor.

—No. No me llamó.

—No es algo inusual —intervino Rollinson, recuperando con naturalidad su papel de mediador de Jasmine—. A algunas personas les entra miedo y se echan atrás.

—¿Y en qué dirección se fue? —preguntó Ruth, dirigiéndose de nuevo a él.

—¿Qué quiere decir?

—¿Hacia el centro, hacia el muelle...?

—Teníamos una sesión en marcha —repuso él—. No me quedé a mirar.

El portero la dejó salir del edificio a las diez y media, y Ruth se quedó en el escalón de entrada unos minutos, viendo pasar los coches. El flujo era

intermitente, debido a los semáforos que había a unos treinta metros. En cinco minutos, se formó dos veces un atasco delante del teatro. Si Rollinson decía la verdad y había echado a Kara hacia las ocho y media, la joven se habría visto en Hanover Street a una hora a la que había aún más tráfico porque la gente salía al centro por la noche. Había dos *pubs* casi enfrente del teatro y un bar restaurante al lado. Alguien tenía que haber visto a Rollinson sacando a Kara a empujones del teatro. Ya hacía tiempo de eso, sí, y las refriegas de poca importancia en el centro de la ciudad a esa hora de la noche tampoco eran inusuales, pero quizá mereciera la pena comprobar si había testigos. Además, había que localizar a la persona que había subido el vídeo a internet.

Kara debió de irse a casa cuesta arriba, hacia las catedrales, seguramente por Wood Street o Fleet Street, y en ambos casos tuvo que pasar por bares, restaurantes y discotecas. Más pesquisas que hacer. Pero la casa no era precisamente un refugio para Kara y, por lo que habían dicho sus compañeros de residencia, se había vuelto bastante reservada en las semanas previas a su secuestro. ¿No habría preferido seguir caminando hasta que se le pasara la agitación que le había producido su desencuentro con Rollinson a volver a casa y arriesgarse a que sus compañeros detectaran en ella algún signo de debilidad?

Ruth salió del teatro a la derecha y enfiló School Lane justo cuando empezaba a caer una lluvia fina. La calle era tan estrecha a esa altura que solo había un carril y no se podía aparcar en ella. Se ensanchaba en Bluecoat Chambers, pero esa zona la habían hecho peatonal y el acceso de vehículos se controlaba mediante bolardos automáticos.

Se subió el cuello de la parka y pasó por delante del *pub* Old Post Office. El centro de la ciudad había sufrido una importante remodelación en 2008, pero el Old Post Office había sobrevivido. Se alzaba achaparrado enfrente del muro de ladrillo desnudo de la Casa de reunión de los cuáqueros. Al final del *pub*, la calle giraba bruscamente hacia un callejón. En el edificio de enfrente había un Primark, con las esquinas protegidas por planchas de zinc y los elevados muros rematados con alambre de espino.

Ruth siguió caminando y descubrió unos muelles de carga y descarga a la izquierda. El asqueroso callejón seguía a la derecha y volvía sobre sí mismo hasta desembocar en Hanover Street, a solo unos metros de la entrada del teatro. No había motivo para que Kara hubiera tomado ese camino; seguramente continuó por la calle más o menos bien iluminada, bajando a Paradise Street.

Deshizo el camino y, al volver la esquina del callejón, se topó con una figura en la penumbra. Un hombre. Lo esquivó, pero él la agarró del brazo. Ruth levantó enseguida el brazo derecho para zafarse de la mano y, dando un paso hacia delante, lo rechazó con el izquierdo, asestándole un golpe fuerte con la

base de la mano en el pecho. El hombre retrocedió dos pasos, tambaleándose, se torció el tobillo en un bache, cayó al suelo y rebotó en un contenedor de basura con ruedas.

—¡Joder, sargento!

Era Lyall Gaines.

—¿Qué coño hace? —preguntó ella, aún en posición de ataque, movida por el subidón de adrenalina.

—Quería asegurarme de que salía de ahí de una pieza —contestó él, limpiándose la porquería de las manos desolladas—. Por lo visto, me he preocupado sin motivo.

Otro hombre dobló la esquina y Ruth se volvió a mirarlo, sin quitarle el ojo de encima a Gaines.

—¡Policía! —le gritó—. ¡No se mueva!

El hombre levantó las manos.

—Trabajo en el *pub* —dijo—. He visto que tenía problemas y he venido a ver si podía ayudar.

No había ventanas en ninguna de las dos esquinas, pero, al levantar la vista, Ruth vio una cámara de seguridad en el lateral del *pub*.

—Gracias —dijo—. Estoy bien.

—Ya lo veo —replicó el hombre, riendo—. Me marchó, entonces.

La sargento ayudó a Gaines a levantarse, lo acompañó hasta el final del callejón y le señaló hacia Hanover Street.

—Váyase a casa —le dijo—. Haga lo que le pagan por hacer. La próxima vez que me siga no seré tan delicada.

Ruth esperó a que Gaines doblara la esquina cojeando y desapareciera de su vista, luego se volvió a mirar pensativa hacia la cámara instalada en el muro del *pub*. School Lane dejaba de ser peatonal y se ensanchaba en su tramo final, y disponía de zona de aparcamiento, además de zona de carga y descarga, así que era posible que a Kara la hubiera atrapado su captor al final de la calle. En el tramo que iba de Hanover Street a Paradise Street, unos trescientos cincuenta metros, había contado doce cámaras de seguridad. Sonriente, llamó al director de la Científica, John Hughes. Si a Kara la habían secuestrado en esa calle, seguramente habría quedado grabado.

Día 10

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Ruth Lake estudiaba con detenimiento una de las imágenes de la autopsia de Kara Grogan. El primer plano era un detalle de uno de los tatuajes. Se parecía mucho al nudo celta grabado en el sello que llevaba Harry Rollinson. Tenía que hablar con Gaines, pero esperaba a que le enviara el informe. Un hombre como aquel siempre intentaría aprovecharse si detectaba alguna vulnerabilidad en su oponente. Con una búsqueda rápida en sus fuentes preferidas sobre simbolismo, confirmó lo que Gaines ya le había dicho: que el símbolo a menudo tenía un papel protector. Pero también encontró referencias a «transparencia», «entendimiento», «longevidad». Al parecer, esos elementos mitológicos valían para indicar casi cualquier cosa que se quisiera.

Frustrada, se rindió y fue a darse una ducha. Cuando terminó, ya tenía el informe de Gaines en el buzón de entrada, con una nota formal: «A petición suya, le envío adjunto el informe sobre el simbolismo de los tatuajes de la víctima».

Resumía lo que ya habían hablado por teléfono: los símbolos, a su juicio, eran iconos protectores. No había mención alguna a la insinuación de la sargento de que los tatuajes pudieran referirse veladamente a los secretos que las víctimas habían ocultado a sus seres queridos. Le daba igual, así podía ahondar en su hipótesis por su cuenta.

De momento, tenía que Kara había ocultado la verdad sobre su gran debut cinematográfico y sobre su miedo escénico, el desorden alimentario de Tali Tredwin y que Jo Raincliffe había dicho que estaba dando clases en una escuela nocturna cuando, en realidad, estaba ganando un dinerito en un club de striptease. No estaba mal, pero necesitaba mucho más que eso para sostener la teoría.

Contestó a Gaines, dándole las gracias por el informe y pidiéndole, además, su opinión sobre el nudo celta del sello de Rollinson.

A las siete, ya estaba vestida y lista para salir, con una taza de té en una mano y una tostada en la otra. Encendió la radio para oír las noticias matinales

mientras guardaba los archivos en la caja y cerraba el portátil.

El locutor recitó la letanía matutina de disturbios en Oriente Medio, optimismo del Gobierno sobre la recuperación económica y protestas municipales sobre las bajas subvenciones. Lo siguiente serían las noticias de deportes. Cuando estaba a punto de apagar la radio, el locutor dijo: «Nos comunican que la policía que está investigando el asesinato de la ejecutiva de Merseyside, Adela Faraday, ha detenido a un hombre de treinta y siete años en el Centro de Neurociencias de Aintree. El detenido continúa en el hospital bajo vigilancia policial. La policía de Merseyside no ha querido hacer declaraciones, pero se espera una rueda de prensa durante la próxima hora. Seguiremos informando».

Con una mano temblorosa, pulsó el interruptor de apagado. No podía ser otro que Carver.

Llamó al agente Ivey, pero le saltó el contestador. Colgó y llamó a John Hughes.

—Lo acabo de oír en las noticias —dijo él antes de que Ruth pudiera hablar.

—¿Podrías enterarte de qué ha pasado?

—Voy a indagar y te llamo —prometió él—. Ah, y búscame a unos cuantos agentes que puedan revisar las grabaciones de seguridad que me has pedido, porque van a ser un montón.

Se le cayó el alma a los pies: si a Hughes le parecía mucho esa tarea, ¿cuánto más costaría seguir los movimientos de Kara si había conseguido salir de School Lane? Pero procuró no ser negativa. Aquella era una gran oportunidad; conseguiría que se hiciera el trabajo.

Pero primero tenía que ir a ver a Greg Carver.

Llegó al hospital en menos de treinta minutos porque apenas había tráfico. Los auxiliares le dieron acceso enseguida, por una vez, y la recibió la misma enfermera antipática que se lo había puesto tan difícil cuando había querido ver a Carver hacía un par de noches.

—Esto es innecesario —dijo la mujer, mirando al agente de guardia a la puerta de la habitación de Carver.

—Lo sé. ¿Cómo está?

—No muy bien —contestó la enfermera, ceñuda.

Ruth se detuvo un momento junto al dispensador de gel antiséptico y examinó al joven policía mientras se frotaba las manos. Tendría poco más de veinte años, cara de niño, y estaba medio dormido, desparramado en el asiento; el periódico que leía le cubría el regazo como una mantita.

Fue derecha a la puerta de Carver, notándose los ojos de la enfermera en la nuca.

El agente se irguió de pronto.

—Perdone —dijo. Ella agarró el pomo y lo giró. El guardia se levantó y el periódico cayó como una cascada al suelo—. ¡Oiga! —La enfermera, a su espalda, le pidió que bajara la voz y él levantó las manos como disculpándose—. ¿Qué hace?

—Voy a ver a mi amigo —respondió Ruth en voz baja y razonable.

—No se le permite recibir visitas.

—Ah —dijo ella, sin alterarse—. ¿Órdenes del médico?

—Es un asunto policial.

Ruth miró alrededor.

—Pero esto es un hospital.

—Mire, señora, está detenido.

—Según tengo entendido, lo han soltado bajo fianza —dijo ella. John Hughes la había llamado cuando iba en el coche y le había facilitado algunos datos útiles—. Lo que significa que no está bajo custodia. Según la Ley de Libertad Bajo Fianza de 1976, puede ver a quien quiera, siempre que eso no infrinja los términos de su fianza. —Hizo una pausa, lo miró a la cara—. ¿Conoce usted los términos de su fianza, agente? —El joven agente pestañeó muy rápido, pero antes de que pudiera centrarse, ella atacó de nuevo—. Según la Ley de Policía y Medios de Prueba en Materia Penal de 1984, ninguna persona podrá estar detenida más de veinticuatro horas si no hay cargos. De modo que es muy importante que dejemos claro si el inspector jefe Carver está retenido a la espera de un nuevo interrogatorio, detenido o en libertad bajo fianza, porque, si está detenido y no lo han acusado de nada, según la ley, el plazo no tardará en expirar.

El joven agente se estiró todo lo que pudo y esbozó una sonrisa burlona.

—¿Quién es usted, su abogado?

Ella sacó su acreditación y se la plantó delante de la cara para que la viera bien.

—Como ya he dicho, es mi amigo.

—Ah. —Se ruborizó—. Perdone, sargento. Lo han dejado en libertad bajo fianza, pero me han dado orden de que no deje pasar más que al personal médico.

Ruth lo miró fijamente.

—Compruebe los términos de la fianza —dijo—. Espero. —El agente titubeó y ella se dio unos golpecitos en el reloj—. Tic-tac, agente.

Él la miró indeciso.

—Sabe que no puedo usar el móvil ni la radio aquí —dijo, dolido.

La enfermera apareció a su lado.

—Puede usar el fijo del puesto de las enfermeras —le dijo.

—Creo que no me voy a mover de aquí hasta que termine mi turno —respondió el agente, sospechando que conspiraban las dos contra él.

—Usted verá —replicó Ruth—, pero estoy tomando nota de cada minuto que me niega el acceso, que serán minutos de los que ya no dispondrán sus superiores cuando vengan a interrogarlo. —El policía se mantuvo firme delante de ella, pero sus pies formaban un ángulo de cuarenta y cinco grados en la otra dirección: mentalmente, ya iba de camino al puesto de las enfermeras—. Además —dijo, señalando con el pulgar a la habitación que tenía a la espalda—, como él se empeñe en denunciarlo, se va a levantar una tormenta de mierda cuyo tufo lo va a perseguir, agente, durante los próximos diez años de su carrera en el cuerpo.

El joven apretó los labios, mirando fijamente a Ruth, pero, unos segundos después, descolgó los hombros.

—¿Dónde está ese teléfono? —preguntó.

Carver estaba sentado en el sillón. Levantó la vista cuando entró Ruth, y ella vio pena e incredulidad en sus ojos.

—Tenemos que darnos prisa —le dijo—. No sé de cuánto tiempo dispongo.

—Me ha detenido el inspector Jansen. Dice que han encontrado pruebas que me incriminan en el apartamento de Adela.

—¿Dónde? —preguntó Ruth.

—En un cepillo de dientes, y pelos en el sumidero.

—¿Te han tomado muestras bucales, huellas? —quiso saber.

El arresto concedía a la policía el derecho a tomarle a Carver una muestra de ADN de confirmación.

Él asintió con la cabeza.

—Las dos. Había una huella en un vaso de *whisky*. —Se miró fijamente las manos, dándoles vueltas como si no se las reconociera—. ¿Cómo han conseguido mi ADN? —dijo, en parte para sí.

Carver se había negado a darles una muestra de confirmación al principio de la investigación, y Ruth pensó que se refería a eso.

—En tu apartamento había ADN de sobra —respondió ella, recordando la butaca, empapada en sangre—. Los técnicos de la Científica recogieron muestras. Y en cuanto te han relacionado con Adela Faraday, tu agresión y la suya se han convertido en un mismo caso. ¿Eso te lo han explicado?

—Ruth, aunque me haya dado un golpe en la cabeza, aún sé cómo se obtienen las pruebas —replicó él, recuperando parte de su habitual vehemencia—. Lo que no sé es qué hacía mi ADN en el apartamento de Adela. Yo nunca he estado allí.

—Ruth enarcó una ceja y él se apresuró a decir—: Te juro que digo la verdad.

—¿Cómo puedes estar seguro? Has reconocido que no recuerdas lo que ocurrió después de que Adela te echara de su habitación de hotel esa noche.

—Yo no sabía quién era Adela Faraday, y menos aún dónde vivía, ¿cómo iba a localizarla?

—Discutís, te echa de su habitación, te quedas en el bar, emborrachándote y cabreándote aún más, la ves salir, la sigues a casa...

—No. No... —la interrumpió él, negando con la cabeza.

—En tu relación de los hechos, hay horas sin cuadrar.

—Lo sé —dijo él—, pero, mira..., ¿esos recuerdos de los que te hablé...? Sigo teniéndolos. Estoy en mi salón. Hay una figura, una sombra...

—Ya te dije que esa era yo —intervino ella.

—Piénsalo seriamente un segundo. ¿Y si hubiera habido alguien más en el salón? ¿Y si fue otra persona quien me apuntó, quien me disparó?

—Entonces, yo habría destruido pruebas que podrían haberlos conducido al agresor —contestó ella.

La idea la atormentaba, pero aún más la de que Carver hubiera podido matar a Adela e intentar quitarse la vida después.

—¿Dónde está el arma? —preguntó él como si le hubiera leído el pensamiento.

—¿El arma? —repitió ella, dándose tiempo para ordenar sus ideas.

—Me dijiste que habías encontrado un arma junto a la butaca. Te la quedaste, ¿no? —La sargento no contestó—. Sé que lo hiciste. ¿Dónde la tienes?

«Quiere que me deshaga de ella.»

—¿Y si te dijera que está en el fondo del Mersey?

Carver sonrió.

—Has trabajado en la Científica, Ruth... —Al principio, pensó que estaba interpretando su lenguaje corporal, pero luego se dio cuenta de que miraba el aire que la rodeaba. Al ver que, aun así, se negaba a contestar, le dijo—: Creo que te la has quedado. Creo que has hecho todo lo posible por preservar cualquier rastro que pudiera haber en esa arma.

—Está en lugar seguro —reconoció ella. Siempre habría algo de técnico forense en ella, en eso tenía razón. Y, como era de los buenos, había envuelto la pistola en papel de impresora para preservar los rastros y la había guardado en una caja de pruebas nueva y sellada en cuanto había tenido ocasión—. Seguro desde el punto de vista forense —concretó, muy digna, desafiándolo, para que

supiera que, aunque había mentido por él, no encubriría a un asesino.

—Tienes que llevarla al laboratorio para que la analicen —dijo Carver.

Ruth lo miró extrañada; no se lo esperaba.

—¿Por?

—Quien me disparó podría haber dejado algún rastro en el arma. Y, aunque no fuera así, podría estar fichada, o los de balística podrían llevarnos hasta el agresor.

—¿Y qué quieres que haga, que le lleve la pistola al inspector Parsons y le diga: «Perdone, que se me había olvidado registrar esto»? —inquirió, abriendo mucho los brazos y dejándolos caer después a los lados—. Ya he puesto en peligro mi carrera por ti, ¿por qué iba a cavarme una tumba aún mayor?

—No hace falta que te impliques —insistió él—. Eres una mujer ingeniosa, seguro que encuentras un modo de...

—¿De qué? ¿De «encontrarme» una prueba que yo misma robé del lugar de los hechos?

—Sé que es pedir mucho, pero... —Se frotó la cara con la mano—. Pero ¿y si...? —Cerró los ojos un instante y empezó de nuevo—. ¿Y si yo la maté? ¿Y si fui yo? ¿Querrías protegerme?

—No —contestó Ruth sin dudarlo.

—Entonces, encuentra un modo. Por favor, Ruth... No puedo vivir así, sin saberlo.

El agente de policía asomó la cabeza a la habitación al poco de que Ruth se marchara.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Quién?

El joven maldijo por lo bajo, pero se retiró y cerró la puerta, y Carver se repanchigó en el sillón, agotado. Cada vez le costaba menos fingirse confundido, pero no sabía si había mejorado con la práctica o tenía lapsus mentales.

Se abrió bruscamente la puerta y supuso que sería el policía otra vez.

Era su fisioterapeuta.

—Perdone —le dijo—, pero ahora no puedo. —Ella intentó convencerlo, diciéndole que era importante trabajar las áreas problemáticas—. Mejoraré de todas formas —arguyó él—. Usted misma me lo ha dicho.

—Con el tiempo —replicó ella—. Pero no tan deprisa, ni con la misma fortaleza. —Carver inspiró hondo, pero la fisio levantó una mano para que la dejara hablar—. Sé que quiere volver al trabajo. Se encuentra en esa fase en que los músculos se están recuperando, pero, si las fibras no curan bien, podría

experimentar debilidad. El tejido cicatricial...

—Ya lo sé —la interrumpió el inspector—. Agradezco lo que hace, pero es que... no puedo. Ahora, no.

Ella lo miró en silencio unos segundos, pero, al parecer, decidió que no merecía la pena insistir y se marchó, después de prometerle que volvería a intentarlo más tarde.

Cinco minutos después, apareció la doctora Pendinning.

—Mire —le dijo Carver—, ya me sé todos los argumentos, y sé que tiene razón, pero ahora mismo no estoy de humor, ¿vale?

—Por mí, bien —contestó ella después de una pausa—. No sé de qué me habla, pero me parece bien.

—Ah. Es que acabo de pedirle a la fisio que se fuera —le explicó Carver—. Pensé que venía a convencerme de...

—¿Le ha lanzado algo?

La miró enseguida, pero, al verla sonreír, no pudo enfadarse.

—Solo palabras.

—Bueno, yo diría que vamos mejorando.

Carver reprimió una sonrisa.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

La psicóloga entró en la habitación y agarró una de las sillas pegadas a la pared para sentarse a su lado.

—Me he enterado de que lo han visitado unos agentes —dijo, luego añadió, levantando un hombro casi imperceptiblemente—: Y he visto las noticias... —Carver cerró los ojos con un suspiro—. Y he pensado que, a lo mejor, le apetecía hablar.

Después, no dijo nada más, pero él notó que esperaba en silencio, dispuesta a escuchar, y, cuando quiso darse cuenta, estaba hablando.

Reconoció que estaba mucho más desanimado que en todo el tiempo que había pasado desde la agresión, que lo poco que recordaba era difuso y deslavazado.

—Las alucinaciones —dijo ella.

—Eso es lo que pasa...

—... que no sabe si lo son.

Carver abrió los ojos. Aquella mujer siempre parecía saber lo que pensaba.

La doctora guardó silencio un momento y al inspector le pareció que le costaba tomar una decisión.

—Quiero que pruebe algo —dijo por fin—. Recuéstese en el asiento y vuelva

a cerrar los ojos. —Hizo lo que le pedía—. ¿Qué ve?

—Ojos —contestó él.

—¿De quién?

—Son tatuajes... De las víctimas.

—¿De las víctimas?

—Estaba viendo las fotografías de los cadáveres antes de que me dispararan.

—¿Cuánto antes? —le dijo en voz baja, poco más de un murmullo.

Él negó con la cabeza.

—No me acuerdo. No fui capaz de ver el archivo de Kara Grogan. —Carver recordaba que había alargado la mano para coger la carpeta y, por unos segundos, se había trasladado allí, a la gruta. El cadáver de Kara brillaba en medio de la escarcha. Los ojos lo miraban fijamente desde su cuerpo. «Emma», pensó, y el corazón se le aceleró un poco. «No era Emma. Sabes que no era ella.» Aun así, no pudo abrir la carpeta. Recordaba haber pensado: «No, aún no»—. Examiné los otros archivos, hice anotaciones. Volví a intentarlo con el de Kara, varias veces, pero no podía... Sencillamente no podía...

Se obligó a respirar despacio.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Hizo una pausa, se preparó más café, quizá?

—Necesitaba una copa —contestó él—. Me puse un *whisky*, me lo llevé a la cocina.

—Pero estaba en el salón cuando le dispararon —dijo ella.

—¿Cómo llegué allí?

Silencio.

Recordaba haber ido al salón. Las cortinas estaban descorridas y, a la suave luz de las farolas, vio que volvía a nevar. Corrió las cortinas, se dirigió al armario encajado en el hueco que había a un lado de la chimenea, metió la mano dentro y sacó una botella nueva de *whisky* de malta Jura y uno de los dos vasos de *whisky* buenos que tenía. Abrió la botella, se sirvió un trago largo y volvió a dejarla en el armario, luego le dio el primer sorbo y saboreó su intensidad. Hizo una pausa, porque quería más, e intentó razonar consigo mismo.

«No lo necesitas, no necesitas agarrarte una cogorza.» Pero había sido una noche difícil; se sentía frustrado con el caso y furioso con Adela, Anna, como la conocía ahora.

Así que volvió a abrir el armario y sacó de nuevo la botella. La foto enmarcada de Emma estaba en lo alto del armario, junto con unas tarjetas de Navidad. Se pasó la botella y el vaso a la mano derecha, cogió la fotografía con la otra y se lo llevó todo a la cocina.

—Me llevé la botella —dijo al fin—. No había razón para volver al salón, ¿sabe?, solía perder el conocimiento encima de los archivos. —No le avergonzó

reconocerlo. Era una exploración, sin valoraciones ni remilgos—. Pero, por lo que fuera, efectivamente estuve allí.

—Muy bien —dijo ella—. Está en el salón. ¿Qué ve?

—Nada. Está oscuro. Pero huelo... —Inhala, exhala por la boca para controlar las náuseas que siente; el hedor a *whisky* es nauseabundo—. Veo... ¿sombras? —dice, y percibe su propio tono interrogativo.

—Mire a las sombras. Hay luz de la farola de fuera. Busque la sombra y mírela. —Oye un zumbido, un ruido como de cremallera. No puede moverse. Respira entrecortadamente—. Está a salvo —le dice ella.

«Estoy paralizado.»

El rostro de Adela acecha desde las sombras. Asustada. «No, eso fue en el hotel. ¿La asusté?»

—Cuénteme lo que ve... —Un destello. Una punzada de dolor. «No me puedo mover. No puedo hablar.»—. Está a salvo. Dígame qué ve.

Ve a Ruth. Con la cara pegada a la suya. Ella lo mira a los ojos y él ve que se da cuenta. Ella maldice por lo bajo y a él se le relajan los músculos, puede volver a moverse.

Carver abrió los ojos. Tomó una bocanada de aire inmensa, angustiada, que le abrasó la garganta.

—Está a salvo —repitió la doctora Pendinning—. Dígame lo que ve.

—A Adela. Estaba asustada. Yo no podía moverme. No podía respirar. Luego vino Ruth.

—¿Recuerda que Ruth entrara en su apartamento?

Lo pensó bien.

—No.

—¿Adela estaba en su apartamento?

—No. —De eso estaba convencido—. Solo era la sombra.

—¿Ha mirado a la sombra? —Él asintió con la cabeza—. ¿Qué ha visto?

—Nada. Solo oscuridad.

—¿Y eso es lo que ve cuando tiene alucinaciones?

—No, son...

Quiso decir que eran «aterradoras», pero, por orgullo, las llamó «perturbadoras».

Ella lo miró divertida.

—¿Y la sombra, la parálisis, la sensación de ahogo no son «perturbadoras»?

Carver sonrió un poco, muy a su pesar. De pronto, le vino una idea a la cabeza y miró fijamente a la doctora.

—Acabo de caer en la cuenta de algo —dijo. Ella no habló, pero lo miró con silencioso interés—. Son dos cosas distintas: las imágenes que no paran de

venirme a la cabeza son evocaciones, recuerdos, lo que sea; las alucinaciones son una reacción a lo que me pasó, pero no son reales, por lo menos en el sentido estándar de «real».

—¿Y lo que ve en los recuerdos sí es real?

—Me parece... —«Ruth... Sus ojos oscuros me miran furiosos. La sombra, paseándose por la habitación como un fantasma. Un destello, como un puñetazo en el pecho.»—. Sí. Me parece que sí.

—¿Le ayuda saberlo?

«No puedo impedirlos. No puedo librarme de ellas. Pero tampoco puedo encontrarles sentido. ¿Me ayuda distinguir un tormento mental del otro?»

—No lo sé —reconoció, encogiéndose de hombros, derrotado—. El neurólogo me ha dicho que las auras que veo en las personas forman parte de mi recuperación.

—Me parece que se refería a otro tipo de auras —dijo ella—. A olores, perturbaciones visuales como sombras grises o chispas de luz, zumbidos, quizá. Pero ¿usted dice que las ve alrededor de las personas? —Carver asintió con la cabeza—. Mmm, vale... ¿Cambian o cada persona tiene su color?

—Creo que depende del estado de ánimo. La de Ruth es casi siempre de color naranja, porque está enfadada conmigo.

Ella se llevó los dedos a los labios y a él le dio la impresión de que estaba reprimiendo una carcajada.

—Podría estar describiéndome un tipo de sinestesia —dijo la doctora.

—¿Como lo de ver la música en forma de colores?

—Ese es un tipo.

—¿Es por la lesión cerebral?

—Posiblemente. Aunque es muy poco corriente. Sabía lo que es la sinestesia, ¿la tuvo de niño, quizá?

—No —contestó, pero, según lo decía, tuvo un vago recuerdo de que, en primaria, confundía los números y los colores; aún pensaba en el amarillo cuando veía la palabra miércoles.

La doctora abrió la puerta de la habitación.

—¿Alguna de las personas que hay ahí fuera tiene aura?

Carver miró un momento.

—La enfermera que está en el mostrador. De color púrpura.

—¿Sabe lo que significa?

Él negó con la cabeza.

—¿Se me pasará?

Ella sonrió.

—¿Por qué quiere que se le pase? —Antes de que Carver supiera qué

contestar, ella le preguntó—: ¿De qué color es mi aura?

El inspector examinó la luz que la envolvía. Estaba pálida, más cansada de lo habitual, pero su piel seguía teniendo ese aspecto perfecto, casi immaculado, que hacía que le dieran ganas de tocarla. «Inapropiado», se dijo. Los cambios de humor, la impulsividad, los pensamientos inapropiados, según su neurólogo, eran otra de las consecuencias de la conmoción cerebral o de la falta de oxígeno que había sufrido su cerebro cuando le habían disparado. Se concentró un minuto largo en el rostro de la psicóloga, pero lo único que vio fue el reflejo de la luz blanca del led del techo.

—Usted no tiene aura —dijo.

Ella rio.

—Vaya, podría habérmelo dicho con más delicadeza. —Luego, más seria—: ¿Cree que Ruth está enfadada con usted? —preguntó con verdadera curiosidad.

—Lo sé.

La doctora lo miró muy solemne un segundo.

—Es algo poco corriente y maravilloso saber lo que piensa de verdad otra persona —le dijo—. ¿Por qué está enfadada?

—Porque cree que, en parte, soy culpable de lo ocurrido.

—¿Le importa lo que piense ella? —Él asintió—. ¿Por...?

—Porque... —Suspiró—. Porque tiene razón. Porque es mi amiga. Porque me ha encubierto y me ha protegido cuando no me lo merecía.

—¿Sabe ella que usted se siente así?

La miró a los ojos.

—¿Es una pregunta trampa?

Ruth miró la hora. El médium que se hacía llamar Shadowman aún no se había puesto en contacto con ella y el centro empresarial al que se desviaban sus mensajes estaba en el extremo norte de la ciudad. Si se daba prisa, podía pasarse por allí de camino a la oficina y, aun así, llegar a tiempo a la reunión matinal.

La recepcionista era de estatura media, pelo castaño, ojos oscuros, veintitantos. No estaba muy dispuesta a divulgar información de los clientes, pero Ruth le explicó que estaba investigando el asesinato de Kara Grogan y la joven abrió de inmediato el archivo en el ordenador.

—Aquí lo tengo... La cuenta está registrada a nombre de un tal Lyall Gaines.

¿Gaines era Shadowman!

La chica la miraba como si esperara respuesta.

—Perdón, ¿cómo dice?

—La dirección —repitió ella—, ¿la quiere?

—Gracias, ya la tengo —contestó Ruth.

—¿No pensará que es el...?

—Gracias —repitió Ruth, interrumpiéndola—. Me ha sido de gran ayuda.

Esperó a llegar al coche para llamarlo por teléfono.

—Buenos días —dijo—. ¿Shadowman, por favor?

Una pausa.

—Vaya...

Por lo menos, no se molestaba en negarlo.

—¿Se hace pasar por médium?

—Pensaba que estábamos de acuerdo en que todos nos hacemos pasar por alguien, en mayor o menor medida.

—Entonces, ¿la página web es un engaño?

—Sííí...

Al parecer, la pregunta le pareció ingenua.

—No lo entiendo —le dijo—. ¿Qué gana usted con todo esto?

—Ya se lo dije anoche: la creencia en lo paranormal es una de mis áreas de interés como antropólogo. Confío en «ganar» conocimientos.

Le fastidiaba que Gaines repitiera las palabras que ella usaba como si le

parecieran divertidas, pero sabía que lo hacía para desconcertarla. «Así que, tranquila.»

—Quiero decir que de qué le sirven sus hallazgos si su planteamiento no es del todo ético —le dijo Ruth sin alterarse. Él no respondió de inmediato—. ¿Doctor Gaines?

Lo oyó suspirar.

—Supongo que, en su limitada concepción de las cosas, uno debe tener una idea completamente inflexible de lo que está bien y lo que está mal.

Por la aspereza de su respuesta, supo que le había tocado la fibra sensible.

—De la policía se espera que cumpla la ley, sí —contestó Ruth, en tono burlón.

—Completamente —dijo él—. Sin embargo, en el estudio de la conducta humana, se requiere cierto grado de flexibilidad. De hecho —añadió—, muchos docentes, como yo, piensan que atenerse servilmente a las normas, en realidad, limita la investigación. Podría citarle media docena de estudios solo del año pasado...

—Creo que puedo distinguir el bien del mal sin necesidad de leerlo en una revista especializada —lo interrumpió Ruth.

—¿Sarcasmo, sargento Lake? Pensaba que usted estaba por encima de eso. Tiene que entender que a veces hay que hacer concesiones para alcanzar el objetivo.

—¿Se refiere a participar en prácticas dudosas, ocultando su verdadero propósito a personas ingenuas?

—Nadie les obliga a rellenar el cuestionario —espetó él con desprecio—. Además, los hechos hablan por sí mismos: en apenas ocho semanas, lo han rellenado casi tres mil personas. ¿Cree que eso sucedería si me atuviera a la idea corriente de «consentimiento»? Habría acabado con este proyecto. De hecho, y asombrosamente, dos tercios de los interesados me han revelado detalles sobre sí mismos a sabiendas, a sabiendas, repito, de que están hablando con un supuesto médium. La gente es capaz de revelar sus más oscuros secretos a un total desconocido, pasando por alto, por lo visto, el hecho de que esa misma persona afirmará después haber adivinado lo que piensan y lo que les pasa. ¿Por qué? Porque creen que ese desconocido que les hace todas esas preguntas ya conoce sus pensamientos y sentimientos más íntimos. Y están convencidos de que esa persona, ese «mentalista» al que no han visto en su vida, puede proporcionarles la paz y la tranquilidad que ansían, liberarlos de los interrogantes y de las dudas que llevan años atormentándolos.

—Lo único que demuestra eso es lo desesperados que están.

Gaines rio, burlándose del tono censor de ella.

—De eso se trata, querida mía. Todo este experimento de campo fue diseñado para demostrar lo vulnerable que es la gente a la explotación.

—Demostrar su vulnerabilidad aprovechándose de ellos... ¿Y eso le parece bien?

—Es una investigación —contestó, ya molesto—. Hay que desvincularse de los sentimientos. —Suspiró—. Bueno, no esperaba que lo entendiera. La verdad es que no... Basta con decir que es una investigación legítima, válida, replicable con resultados convincentes. Le mandaré un ejemplar cuando la publique.

—Lo estoy deseando.

Ruth colgó, preguntándose si Kara habría rellenado el cuestionario; si Gaines habría estado entre el público cuando la joven había asistido a la sesión de Jasmine Hart en el Epstein Theatre; si quizá el doctor la habría seguido desde el teatro la noche en que había desaparecido, para asegurarse de que «salía de allí de una pieza».

La sargento Lake presentó los hallazgos de Gaines en la reunión matinal. Nada más colgar al antropólogo, le había enviado un correo electrónico al doctor Yi, el psicólogo forense que lo había propuesto para el equipo de investigación, y le había pedido que se pusiera en contacto con ella urgentemente. Estuvo a punto de exponer su propia hipótesis sobre las mujeres que guardaban secretos, pero decidió esperar hasta haber hablado con Harry Rollinson y Jasmine Hart. Antes de marcharse del teatro la noche anterior, les había pedido que se pasaran por la comisaría para hacer una declaración oficial y tenían cita a las nueve y media.

Parsons estaba distraído y distante; el equipo, hundido, pero se habían animado cuando Ruth les había hablado de las grabaciones de las cámaras de seguridad de los alrededores del teatro, y el inspector incluso había conseguido decirle «Bien hecho», aunque había sonado poco entusiasta.

Cuando salía, al final de la reunión, Parsons se paró a su lado.

—A mi despacho —le dijo en voz baja—. En cinco minutos.

«Se ha enterado de que he ido a ver a Carver.» Ella asintió con la cabeza, pero siguió recogiendo el material de su presentación, y solo lo miró de reojo cuando salió por la puerta. Parecía más pensativo que enfadado.

El inspector jefe Jansen estaba esperando con Parsons en su despacho cuando ella llegó.

—¿Sería tan amable de explicarnos su comportamiento de esta mañana en el hospital? —le dijo su jefe.

—¿Señor? —respondió ella, haciéndose la tonta.

Entonces intervino Jansen.

—El inspector Parsons se refiere a su charlita con Carver.

Ella puso cara de perplejidad a la vez que de disponibilidad para ayudar.

—He ido a ver al inspector Carver casi todos los días desde que le dispararon, señor —contestó.

—En esta ocasión, lo vigilaba un agente de policía al que usted ha dado orden de retirarse —dijo Jansen.

—No, señor —replicó ella—. Lo que he hecho ha sido recordarle al agente la Ley de Libertad Bajo Fianza de 1976 y la Ley de Policía y Medios de Prueba en

Materia Penal de 1984 y, como él no tenía claros los términos de la fianza, le he aconsejado que buscase quien se los aclarara.

—Se ha colado en la habitación mientras él hablaba por teléfono.

—Si he violado las condiciones de la libertad bajo fianza del inspector Carver, lo siento, señor —dijo ella.

El rostro de Jansen se ensombreció.

—Tendría que haber pedido permiso —dijo el inspector, apretando los dientes.

—No sabía que lo necesitara, señor.

—Eso es todo, sargento —le dijo Parsons.

Ella agachó la cabeza y aceptó la reprimenda.

—Si Carver se ha declarado culpable, está obligada a decírnoslo —le advirtió Jansen.

Ruth lo meditó un momento y decidió que no vendría mal que lo pusiera al tanto de algunos detalles.

—Me ha dicho que no entendía cómo podían haber encontrado su ADN en el apartamento de Adela, porque él jamás ha estado ahí. —Jansen soltó un bufido, pero Ruth prosiguió—. También me ha dicho que, hasta que no lo vio en las noticias, desconocía el verdadero nombre de Adela.

—¿Espera que me crea que el inspector Carver, el hombre que por entonces estaba llevando una de las investigaciones más sonadas del Reino Unido, no había hecho comprobaciones previas sobre la mujer a la que se estaba tirando?

Ruth miró directamente a Jansen.

—Usted no lo conoce, señor. Así que no, no espero que lo crea. Pero yo sí lo conozco y sé que no haría un uso indebido de los recursos policiales para investigar a una mujer con la que se acostaba de vez en cuando.

Jansen rio.

—Esto sí que es bueno. ¿Me está hablando del mismo Greg Carver que tenía un duplicado de los archivos de las víctimas del asesino de las espinas? Y digo «tenía» porque ha desaparecido. ¿Y adónde ha ido a parar? —A Ruth le vino a la cabeza una imagen fugaz de la caja que tenía escondida en su cuarto de invitados. «No te está acusando, no te pongas a la defensiva.» Agachó la cabeza y no dijo nada—. Yo se lo voy a decir: se lo llevó el asesino de las espinas.

—Dudo que ese sea el caso, señor —repuso ella, procurando disimular su alivio.

—Si no ha sido él, ¿quién ha sido entonces? —contestó Jansen con un gesto dramático.

—Quien disparara al inspector Carver.

Jansen la miró fijamente.

—¿Insinúa que no le disparó el asesino de las espinas?

—Estoy convencida de que no.

—¿Y en qué se basa?

—No es su *modus operandi* —respondió ella.

—Ah —dijo Jansen—. Por descarte, entonces.

—Eso es poco convincente, sargento Lake —terció Parsons—. ¿Puede respaldar su afirmación con algo más sustancial?

Parecía estar de su lado y eso no hacía más que complicar las cosas, porque ella tenía el arma, la mejor prueba que iban a poder encontrar, pero no se le ocurría un modo de entregársela sin inculparse.

—No, señor —dijo por fin—. Pero...

Recordó el apartamento de Carver cuando lo había encontrado. La botella de *whisky* que había caído al suelo y había rodado. El arma. El hedor a *whisky*, a sangre, a pólvora. La sensación de que había algo que no cuadraba... De pronto lo vio.

—No había vaso.

—¿Qué?

—El vaso de *whisky* que encontraron en el escenario de Faraday ¿era de cristal de Waterford, de cristal tallado?

—¿Y eso qué más da? —preguntó Jansen.

—Creo que se lo llevaron del apartamento de Carver.

—Esto es una táctica disuasoria —protestó el inspector jefe.

—Puede —dijo Parsons—, pero yo quiero oírlo.

—Cuando encontré al inspector Carver, había una botella vacía junto a la butaca, pero no había ningún vaso de *whisky*.

—Se había bebido la botella de *whisky* casi entera, ¿cree que se iba a molestar en hacerlo en su vaso favorito, por el amor de Dios?

—Lo creo, señor. —Apeló a Parsons—. Verá, es cierto que el inspector Carver había empezado a beber mucho desde que se halló el cadáver de Kara Grogan...

—¡Y de las otras! —exclamó Jansen.

—Pero siempre que lo he visto beber en casa —prosiguió Ruth— lo ha hecho en uno de los vasos de cristal de Waterford. Eran de su padre, una herencia familiar.

Miró fijamente a Parsons, deseando que la creyera, pero este no parecía convencido. Tampoco le extrañaba, ella misma había pensado que Carver había intentado suicidarse y no había examinado debidamente el escenario.

—Ruth —dijo su jefe—, sé que quiere ayudar a Carver, pero...

—¿Encontraron sus huellas en algún otro lugar del apartamento?

—Su ADN estaba por todas partes —replicó Jansen.

—Pero solo había una huella —dijo ella—, en un objeto que podrían haber traído de fuera.

Jansen la miró con verdadera incredulidad.

—¿Piensa que le tendieron una trampa?

—¿Falta uno de los vasos de su casa? —quiso saber ella.

—Aunque así fuera, eso no probaría nada —dijo él.

—Podría ser un indicio —replicó ella—. Y un análisis forense de los residuos del vaso de Adela serviría para identificar el *whisky*.

—Que la señorita Faraday podría tener en el mueble bar de su casa como miles de personas más...

—Podría. Pero eso no se sabe, ¿verdad?

—¡Sargento Lake!

Parsons la miraba furibundo y Ruth se dio cuenta de que había subido la voz.

—Perdone, señor. Pero ¿no le parece que merece la pena considerar la posibilidad de que quien asesinara a Adela quisiera incriminar a Carver?

—Si eso fue así, ¿cómo es que su hombre misterioso no dejó el arma en el apartamento de Carver? —preguntó, ladeando la cabeza—. ¿Alguna idea brillante, sargento? —No podía responder—. Si Carver es inocente, ¿por qué se niega a cooperar en la investigación? —quiso saber.

—Está confundido —dijo ella—. Ahora empieza a recordar esa noche, pero solo algunas cosas, y, para él, no tienen sentido. Piensa que ustedes ya lo han condenado y teme que vayan a ajustar los datos a su hipótesis.

—Usted, en cambio, es completamente imparcial —espetó Jansen.

—Yo solo intento averiguar la verdad —dijo ella, procurando ignorar la voz de su conciencia que le decía: «Hipócrita. Hipócrita mentirosa. Averiguarás la verdad siempre que no implique reconocer que te llevaste el arma».

Cuando Ruth se dirigió a la sala de interrogatorios, el pasillo estaba repleto de agentes que iban a hacer su trabajo. Harry Rollinson y Jasmine Hart ya debían de haber llegado.

El agente Ivey acababa de salir de la sala de investigación del caso Carver/Faraday y, cuando la vio, Ruth pensó que volvería corriendo a la sala, pero la miró fijamente y luego miró a la salida de incendios. Ella asintió con la cabeza y dejó que él fuera delante, acercándose un momento a su puesto para recoger las preguntas del interrogatorio.

La escalera se estaba vaciando, aunque aún había algunas personas, intercambiando chismorreos. Aminoró la marcha para dar tiempo a que salieran los rezagados, luego bajó las escaleras, pero no vio al joven detective y, hasta que no deshizo el camino, no cayó en la cuenta de que Ivey había subido a la planta de encima de las salas de investigación.

—He hablado con el cirujano que operó al inspector Carver —dijo—. No le encontraron restos de cristal en el pelo, pero me ha dicho que el equipo de Urgencias del Royal le examinó la cabeza a su llegada para ver si tenía heridas, así que he ido a hablar con la jefa de enfermeras que estaba de guardia la noche en que lo ingresaron. No había herida visible en la cabeza, pero en el TAC aparecía una conmoción cerebral, de modo que ha echado otro vistazo y ha descubierto lo que ella ha descrito como una pequeña «partícula brillante» en el pelo.

—Esquirlas del cristal del espejo —dijo Ruth—. ¿Por qué no estaba eso en el informe cuando lo derivaron a Aintree? ¿No tienen un procedimiento para los traslados?

Ivey levantó un hombro.

—Navidad y Año Nuevo. Las «partículas brillantes» pueden ser purpurina. Dice que no le dieron mucha importancia. Tuvieron una noche difícil en Urgencias, con lo que había nevado y... —Se encogió de hombros—. Se le olvidó.

—Y ahora no hay pruebas físicas ni constancia por escrito de que al inspector Carver lo agredieron antes de dispararle.

- Lo siento —dijo él, agachando la cabeza.
- No, te agradezco que me lo hayas contado. ¿Lo sabe Jansen?
- Iba a decírselo cuando la he visto.
- Gracias por darme prioridad, Tom.
- De nada. Está muy cabreado con usted, por cierto.
- Sí, ya lo sé.

Ese día, Rollinson era un hombre muy distinto del que había intentado intimidarla la noche anterior. Entrelazó los dedos encima de la mesa y sonrió afectuoso cuando la vio entrar por la puerta. Ya no llevaba el anillo en el meñique.

Lo miró a la cara mientras lo prevenía y le explicaba que el interrogatorio se grabaría.

—Perfecto —dijo él, sonriente—. Adelante, empecemos.

Ruth sonrió.

—Vaya, sí que está usted de buen humor. Jamás habría sospechado que pudiera ser usted una de esas «personas mañaneras», señor Rollinson.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Sí, lo siento, sargento. Después de los espectáculos, estoy un poco gruñón, pero, cuando se me conoce, soy como un osito de peluche.

Ella volvió a hacerle las mismas preguntas de la noche pasada y él las contestó sin apartarse un ápice de su estudiada respuesta anterior. La única diferencia era que de pronto rebosaba buen humor.

Otro detective estaba interrogando a Jasmine Hart, orientado por las preguntas que había preparado Ruth y advertido por esta de la habilidad de la médium para la lectura en frío. Estaba convencida de que, cuando comparara las grabaciones de los interrogatorios, padre e hija habrían dicho exactamente lo mismo. Jasmine secundaría la afirmación rotunda de Harry Rollinson de que no sabía lo que le había ocurrido a Kara después del evento, y se proporcionarían coartada el uno al otro para las horas trascurridas hasta medianoche en el día de autos.

Viendo la cara de absoluta felicidad que Rollinson mostraba a la videocámara, habría sido fácil tomarlo por un tipo bonachón. Ruth sabía que era un maleante porque había visto su ficha en los archivos informáticos de la Policía Nacional. Rollinson había arruinado a montones de personas con inversiones fraudulentas, pagado con cheques sin fondos, cobrado subsidios de la Seguridad Social a los que no tenía derecho... En resumen, se había pasado la vida defraudando en todo lo que había podido. Además, sabía que era violento y peligroso porque había cumplido doce meses de una condena de dieciocho por daños físicos. La

demandante, una reportera que investigaba uno de sus fraudes, había dejado el periodismo, había instalado en su casa alarmas de vídeo para la detección de intrusos y rara vez salía por las noches.

Oyéndolo manifestar su preocupación por Kara Grogan («pobre chica»), viéndolo menear la cabeza con tristeza ante la crueldad del mundo, cualquiera que no hubiera tenido acceso a su ficha (un jurado, por ejemplo) podía llegar a la conclusión de que, aunque su estilo de vida era poco ortodoxo, era un hombre de verdad, que ayudaba a su hija a socorrer a los afligidos. Pero, cuando estudiaba sus ojos danzarines, Ruth veía el rostro magullado y ensangrentado de la periodista a la que había destrozado y traumatizado.

—Siento que haya perdido el tiempo, cielo —dijo—, pero, como ya le comenté, cuando Kara salió del teatro, estaba perfectamente. Lo que le ocurriera después... —La miró a los ojos—. Bueno, ya sabe cómo son estas cosas: bajas la guardia una milésima de segundo —chascó los dedos— y te cambia la vida para siempre.

A Ruth se le erizó el vello de la nuca. Había hecho hincapié en la segunda persona del singular y le habían brillado los ojos un instante, tan breve que la sargento se preguntó si no lo habría imaginado: «Ya sabe..., una milésima de segundo...». Ella sabía bien lo que eran las decisiones de una milésima de segundo y sus desastrosas consecuencias. Sabía que bastaba con un segundo, y se preguntó cuánto sabría Rollinson.

Al reproducir el vídeo después, lo vio afable, aunque un poco embaucador. Había que estar en la sala con él para percibir la amenaza implícita en sus palabras.

Cuando terminó con Rollinson y su hija y los mandó a casa, se encontró a John Hughes en la sala de investigación del caso.

—No te esperaba —le dijo.

Él le entregó unos devedés, cada uno marcado como prueba y sellado en su estuche de plástico.

—Las primeras grabaciones de las cámaras de seguridad de School Lane. Esas eran las fáciles. Vamos a tener que clonar los discos duros de algunos de los dispositivos de grabación, así que tardaremos un poco más en transferir los datos a un medio portátil. Parece ser que hay algunas que no vamos a poder copiar, con lo que habrá que incautarse del equipo original. Hay muchísimo material, Ruth.

La sargento vio por dónde iba.

—Parsons ha pedido más efectivos —dijo ella.

—¿Para cuándo?

—Podría llevar uno o dos días.

—Lo vas a hacer tú misma, ¿verdad?

Ruth se encogió de hombros.

—Puedo empezar.

—Pues más vale que te agencies un botecito de lágrimas artificiales.

—Lo haré —dijo ella, que sabía que no bromeaba.

—Ah, y hemos localizado al tipo que subió el vídeo de Kara en la sesión de espiritismo de la señora Hart.

Hizo una pausa, y Ruth supo que aquella era la verdadera razón de su visita.

—Bueno, no me tengas en vilo... —dijo ella, sin importarle, por una vez, mostrar sus emociones.

—Me ha dicho que si queremos la grabación completa.

Ella sonrió.

—¿En serio?

—He pedido a un técnico informático que se pase por su casa esta mañana, para asegurarnos de que no hay problemas con la recuperación de los datos — dijo—. Te lo mando en cuanto lo tengamos.

Ruth desprecintó el primer devedé y se dispuso a ver transcurrir la vida nocturna de Liverpool bajo el ojo omnisciente de las cámaras. Adelantó la grabación hasta las seis de la tarde del día de la sesión de espiritismo. Trabajadores y compradores del centro de la ciudad se iban a casa, pero el número era cada vez menor y, hacia las siete, empezaron a llegar los que salían al centro por la noche. Algunos iban vestidos muy discretamente, con abrigos oscuros: parejas y pequeños grupos de adultos que supuso que se dirigían al teatro para asistir a la sesión de espiritismo de Jasmine. Kara no estaba entre ellos.

Cuando era novata, le fastidiaba mucho que le asignaran siempre ese tipo de trabajo. Su habilidad para localizar a un sospechoso en medio de una multitud en una grabación borrosa de una cámara de seguridad era útil y su porcentaje de condenas era impresionante, pero buscar a tontos del culo entre las hordas de compradores sabatinos no tardó en convertirse en un «¿Dónde está Wally?» repetitivo y aburrido. La identificación de personas era un talento, una rareza neurológica, pero calar a la gente era lo que mejor se le daba, y había sido un alivio dar con un inspector dispuesto a escucharla y que la había devuelto a la labor investigadora.

Sin embargo, en aquel caso, se alegraba de que los vídeos hubieran caído en sus manos porque sabía que no se le escaparía una cara familiar mientras reflexionaba sobre su situación.

Las «partículas brillantes» que la jefa de enfermeras de Urgencias había visto en el pelo de Carver bien podían ser fragmentos de cristal. Carver era un tipo corpulento. ¿Podía haberlo empujado Adela contra el espejo del hotel con tanta fuerza como para romperlo? Al principio, el inspector se había resistido, pero Ruth lo creía cuando decía que su recuerdo de esa noche era confuso y cambiante. ¿Podría ser que la figura en sombras que aseguraba haber visto en su apartamento se hubiera presentado, en realidad, en el hotel? ¿Habrían sido Carver y el desconocido quienes se habían peleado y no Carver y Adela? El vaso de *whisky* desaparecido, desde luego, apuntaba en esa dirección. El análisis forense del arma podría servir para completar esa parte del rompecabezas, pero Ruth seguía sin ver un modo de presentarla como prueba.

Algo le llamó la atención y se irguió en el asiento, llevando la mano de inmediato al icono de rebobinado. «¿Kara?» La imagen estaba borrosa y turbia, pero era Kara, seguro. Iba hacia el oeste por School Lane, en dirección a Paradise Street. Llamó a John Hughes, le dio la referencia de la prueba y le indicó la sección correspondiente.

—¿Podrían ampliarla los técnicos? —preguntó.

—Espera un minuto. —Lo oyó teclear algo—. Tengo una nota del técnico forense que recogió las grabaciones que dice que la lente de esta cámara estaba muy sucia. A lo mejor se puede retocar un poco, pero la mejora no será sustancial.

Ruth reprodujo de nuevo el *deuvedé*, pero no había nadie más con la joven, ni parecía que la hubiera seguido nadie, al menos en ese tramo de la calle.

—Déjalo de momento —dijo ella—. Haré una captura de pantalla. Si hay que limpiarla para compararla con otra, te vuelvo a llamar.

Colgó y tomó nota de la hora y la posición de la grabación: era a las 20.33. De modo que Rollinson no había mentado en eso. Dejó que avanzase la grabación por si Kara volvía por el mismo camino, pero no lo hizo.

Una hora más tarde, pasó al siguiente disco. Distintos ángulos, distinta tecnología; cada cámara contaría su propia historia y quizá con todas ellas pudieran reconstruir lo que le había sucedido a Kara esa noche. Con tiempo, y unas imágenes poco nítidas, lo sabrían. Aquella cámara estaba instalada más arriba que la anterior, en un edificio próximo a Bluecoat Chambers. Las imágenes tenían más calidad, pero los mejores planos estaban a cierta distancia; a cualquier persona que estuviera a menos de cinco metros de la cámara se le vería perfectamente la coronilla. En ráfagas de tres fotogramas, fue viendo pasar a los que iban a las discotecas o a los *pubs*, a los borrachos y a alguna que otra rata. Kara apareció unos segundos después de las 20.33, titubeó en Church Alley, luego siguió adelante y salió del rango de alcance de la cámara.

De nuevo, Ruth dejó que la grabación siguiera avanzando, pero Kara estaba sola y parecía estar bien. Rebobinó para hacer una captura de pantalla, mientras seguía pensando en la pistola sellada en una caja de pruebas en su casa. Carver tenía razón: ella jamás se habría deshecho del arma; su formación forense y su instinto eran demasiado fuertes para que se planteara siquiera la posibilidad de destruir una prueba.

«Pues lo hiciste, cuando limpiaste el apartamento de Carver», se dijo. Pero eliminar huellas era muy distinto de tirar un arma de fuego al río.

Lo cierto era que se había arrepentido de manipular el escenario en el momento en que había tenido que mentir por primera vez. Fue la noche de la agresión, cuando Hughes le había preguntado cómo había podido entrar en la casa de Carver y ella le había contestado que la puerta estaba «abierta de par en par». Desde entonces, se habían sucedido las mentiras, y cada mentira, evasiva o distracción había ido agravando su remordimiento.

La pistola que había robado del escenario del crimen podría ser la prueba que necesitaban para resolver el caso de la agresión a Carver y el asesinato de Adela. No podía destruirla, pero tampoco podía entregarla sin incriminarse.

Veinte minutos después, mientras veía pasar por delante de sus ojos las imágenes, cayó en la cuenta de que había algo que podía hacer sin meterse en un lío de los gordos. El agente Ivey le había dicho que la bala que había matado a Adela era del calibre 22, pero no coincidía con nada de la base de balística, lo que significaba que no se había utilizado en ningún otro delito registrado.

No estaba muy al corriente de la legislación sobre armas de fuego, pero sabía que los requisitos para adquirir armas pequeñas en el Reino Unido habían cambiado considerablemente con la reforma de la ley en 1997, aprobada inmediatamente después de la masacre de Dunblane en la que un hombre armado había matado a tiros a dieciséis niños de cinco y seis años y a su profesora. Con la reforma de la ley, se prohibieron por completo las armas automáticas, así como cualquier arma con un cañón de menos de treinta centímetros de largo.

Además, la normativa estipulaba que la longitud total del arma no debía ser menor de sesenta centímetros; casi todos los aficionados a las armas coincidían en que la enmienda de 1997 había prohibido de forma tajante las pistolas. Con lo que el revólver que había encontrado en casa de Carver era ilegal por definición.

Claro que podía haber empezado siendo una pistola modificada, legal en el Reino Unido, y haber sido devuelta a su estado original. Se robaban armas legales constantemente y parte de ellas, inevitablemente, se terminaban usando en delitos. Pero esas solían ser escopetas con el cañón serrado o culatas de rifle convertidas en revólver. El revólver que Ruth había guardado en una caja en su casa parecía limpio y en perfecto estado, no daba la impresión de que lo

hubieran manipulado. Hasta el número de serie estaba intacto.

¿Sería de Adela el arma? Estaba demostrado estadísticamente que las mujeres que adquirían pistolas tenían más probabilidades de que les dispararan con ellas que de utilizarlas con éxito en defensa propia. Si era de Adela, había dos posibilidades: o había comprado un arma ilegal «limpia» o había hecho que le «desmodificaran» un arma legal en el Reino Unido.

Ruth descansó un rato de las grabaciones de las cámaras de seguridad y buscó en el móvil qué pistolas eran legales en el Reino Unido.

En los clubes de tiro, habían dado con una solución original para el requisito de «sesenta centímetros de longitud total»: las pistolas que Ruth encontró a la venta como «legales en el Reino Unido» tenían en un extremo un extensor del cañón que podía confundirse con un silenciador y una prolongación en forma de varilla/contrapeso en el otro extremo que parecía una antena de radio gruesa que sobresalía de la base de la empuñadura. Pero el arma que había encontrado en casa de Carver no era así, ni mucho menos.

Si el arma se había registrado legalmente, el número de serie la llevaría directamente a su propietario legal, pero, para hacer la búsqueda, tendría que entrar en la base de datos de la Policía Nacional y el rastro informático la delataría. Debía encontrar otro modo de identificar al propietario.

Para realizar una «desmodificación» con la que no se notara que el arma se había modificado hacía falta pericia, y eso significaba contactos y dinero. Adela tenía dinero, así que ¿dónde podía haber encontrado a alguien con la pericia necesaria?

Volvió a coger el móvil y buscó clubes de tiro por la zona; encontró cinco en Merseyside y anotó los teléfonos.

La sala de investigación del caso estaba casi vacía, pero, aun con todo, se desplazó al rincón más apartado para asegurarse de que nadie la oía hacer las llamadas. A la quinta, tuvo suerte: la señorita Faraday aparecía en los libros de registro y el responsable de las filiaciones era expolicía. Sabía que a Adela la habían asesinado y se mostró dispuesto a ayudarla.

—¿Tenía registrada algún arma? —preguntó Ruth. Puede que hubiera utilizado las del club.

—Deme un minuto, que saco la documentación de registro —dijo él—. Vale... La tengo con un revólver Iver Johnson Low Mill 1911 de cañón largo, ¿le suena?

—No puedo decir que sí —contestó ella.

—Se ajusta a la normativa —dijo él—. Cañón de doce pulgadas, longitud total mínima de veinticuatro, o sea, sesenta centímetros, según las nuevas medidas.

El revólver que Ruth se había llevado del apartamento de Carver no medía

más de quince centímetros, incluyendo el cañón, la empuñadura y todo.

—¿Tiene a mano una copia de la licencia de armas de fuego? —preguntó ella, procurando sonar profesional.

—Claro... Puedo mandarle un PDF, si quiere —dijo él.

—No hace falta... Me vale con que me dé el número de serie del arma. Si necesitamos la documentación, me acercaré yo misma a buscarla.

Colgó y echó un vistazo a la sala. La mayoría había salido a hacer algún trabajo y casi era la hora del almuerzo; no la echarían de menos hasta dentro de una hora o así.

En casa, Ruth se enfundó dos guantes en cada mano, se puso el traje de seguridad y la mascarilla. Limpió la superficie de la cómoda del cuarto de invitados con agua destilada y unas gasas estériles, luego puso una lámina de papel blanco encima, cogió la caja sellada de pruebas del armario y la depositó con cuidado sobre el papel.

«Vamos allá...»

Con un bisturí cortó el precinto de los tres lados de la caja; el leve temblor de las manos desapareció después del primer corte. El arma tenía un cañón estándar de cinco pulgadas y una empuñadura anticuada de madera con el logo de una lechuga grabado en el centro. En el cuerpo, llevaba estampado el nombre del fabricante y el número 1911. Todo ello coincidía con el arma de Adela, pero la que ella había registrado se catalogaba, técnicamente, como carabina. Y esta no lo era.

Tras tomarse unos minutos para recobrar el aliento, levantó el arma, con sumo cuidado, porque no sabía si estaba cargada, y le dio la vuelta. Había una manchita de algo que parecía aluminio pulido en la culata, donde debía estar la varilla de extensión. Vio el número de serie claramente estampado en el cuerpo, justo debajo del cañón.

Coincidía. No había duda: el arma que se había llevado del apartamento de Carver era de Adela.

Acercó el revólver a la caja, inspiró hondo otra vez y lo depositó con cuidado en su interior.

¿Qué hacía el arma de Adela en el apartamento de Carver? ¿Se la habría llevado él después de matarla? ¿O la habría matado la figura misteriosa que él aseguraba haber visto en su apartamento? ¿Podría ser que a Carver le hubieran disparado por su relación con Adela?

Diez minutos después, escondida ya la prueba, Ruth se fumaba un cigarrillo electrónico en el jardín. Tanto a Carver como a Adela les habían disparado con

un arma de bajo calibre. Según las estadísticas, era previsible que a Adela le dispararan con su propia arma, pero la única forma de averiguarlo era hacer un análisis balístico del arma, y eso no iba a suceder.

Exhaló vapor al aire frío de enero. Podía convencer al agente Ivey para que fuese al club de tiro, decirle que había tenido un presentimiento. Pero, a lo mejor, el equipo de investigación del caso Faraday ya había comprobado si ella era propietaria de algún arma. ¿Y de qué iba a servir, en cualquier caso? Necesitaban el número de serie para poder garantizar la coincidencia y eso la llevó de nuevo al principio de aquel razonamiento circular: Ruth tenía en su poder una prueba esencial que no podía entregar a los investigadores.

Le sonó el teléfono en la encimera de la cocina y la sobresaltó.

—¿Dónde demonios se ha metido?

Era el inspector Parsons.

—Estoy en mi descanso del almuerzo, señor.

—Ah, estupendo...

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, negándose a disculparse por tomarse una hora de descanso en una jornada de doce horas.

—Acaba de llamar Gaines —le dijo él—. Dice que ha encontrado un mensaje oculto en los tatuajes. —Entusiasmada, entró en casa, echó el cerrojo de la puerta de atrás y fue corriendo a la entrada principal—. Un símbolo, dice, que es común a muchas culturas y que se utiliza para representar secretos —prosiguió Parsons.

Ruth aminoró la marcha según salía a la calle.

—¿A que lo adivino: el Ojo de Horus, o el Ojo de la Providencia?

—Dice que ya lo han hablado, ¿por qué no me lo hizo saber en alguna reunión?

«Enhorabuena, Gaines. Me has pillado por sorpresa con esta pequeña maniobra.»

—Cuando lo comentamos, me dijo que no creía que mereciera la pena investigarlo —contestó ella, porque le pareció que no iba a servir de nada discutir sobre a quién se le había ocurrido la idea.

—Bueno, pues ahora sí. Y yo también. Hay que volver a investigar a las víctimas, averiguar si podían estar escondiendo algo. La exprofesora trabajaba como estríper, ¿no es así?

—Jo Raincliffe, señor. Sí —respondió Ruth—. Y Tali Tredwin escondía a su familia un desorden alimentario. Kara...

—¿Ha estado investigando esto y no ha creído oportuno comentármelo?

Cogió las llaves del coche y echó el cerrojo de la puerta de la calle.

—Solo he estado repasando los archivos, señor, intentando ver conexiones.

—Esto no es un concurso de la tele, es una investigación importante, sargento Lake —protestó él—. La quiero de vuelta en la oficina y quiero que me ponga al día de todo lo que sepa sobre esta pista.

—Señor...

—¡De todo! —repitió él.

El asesino observa cómo Ruth Lake sale de su casa. Está terminando de hablar por teléfono y, cuando se guarda el móvil en el bolsillo del abrigo, se queda meditabunda, absorta en sus pensamientos.

«Cómo me gustaría desentrañarlos, descubrir las verdades que escondes.»

La sargento pasa por delante de él sin reparar en su presencia. «¿No notas que te estoy vigilando?»

Treinta minutos antes, la sargento había aparecido en la ventana del dormitorio. Cuando corría las cortinas, le había visto los guantes azules de nitrilo. ¿Qué podía tener en su casa que precisara el protocolo de seguridad de un análisis forense?

«Secretos, Ruth. Cuántos secretos.»

Ahora, sin guantes ya, Ruth se sienta al volante de su coche. Pasan lentamente los minutos. Cuando por fin arranca el motor, hace un giro rápido y acelera.

Dilema: ¿seguir a la sargento Lake o averiguar qué esconde? Indeciso, el asesino la ve alejarse. Las luces traseras de su coche producen destellos como en código morse cuando frena bruscamente en el cruce. Parece que la llamada telefónica la ha agitado. Lake acelera impaciente, y la decisión está tomada: cualquier cosa que pueda desmontar la férrea fachada de imperturbabilidad de Ruth Lake resulta demasiado tentadora para perdersela. Su casa seguirá ahí dentro de una hora, o dos, o tres; además, le resultará más fácil colarse al abrigo de la noche.

El doctor Lyall Gaines tenía una mansión victoriana en la parte rehabilitada de Ullet Road, no muy lejos de Sefton Park. La casa, bastante apartada de la calle, se escondía detrás de un murete de arenisca de metro veinte de alto rematado por un seto de hayas perfectamente recortado. Ruth aparcó el coche en la calle y cruzó una inmensa doble puerta de madera al recinto de entrada.

Muchas de aquellas espléndidas casas habían caído casi en el abandono en los ochenta y los noventa, pero, con el nuevo milenio, la acaudalada clase media había vuelto a la zona en busca de inmuebles que pudieran reconvertir en hogares «con carácter». Aquel lugar lo tenía a mansalva, con su puntiagudo tejado a dos aguas y sus pináculos decorativos, sus ventanas saledizas, su puerta principal de estilo gótico y lo que parecían auténticas baldosas antiguas en el escalón de entrada; solo le faltaba un torreón.

Delante de la casa, había aparcado un turismo BMW, al lado de un SUV Lexus, y del jardín trasero llegaba un delicioso aroma a leña ardiendo. Llamó al timbre, casi esperando que sonaran por toda la vivienda las campanas de Westminster, y la sorprendió oír un anticuado timbre eléctrico.

Al cabo de un minuto, volvió a llamar y dobló la esquina hacia el lateral. El paso al jardín trasero estaba protegido por una reja cerrada con llave. Agitó la reja y llamó a Gaines por su nombre, pero no respondió nadie. Era la una y media y el inspector Parsons la estaba esperando. Dio media vuelta y estaba a punto de salir a la calle cuando oyó que Gaines la llamaba.

Vestía, como siempre, pantalones de combate de color caqui y sudadera con capucha; sin abrigo, pese al frío. Se limpió el polvo de las manos y la miró intrigado.

—Vaya, ¡qué honor! —dijo.

—He venido a felicitarlo. Me he enterado de que ha hecho un gran descubrimiento sobre el significado simbólico de los tatuajes. ¿Algo sobre verdades ocultas?

Él se pasó por el pelo los dedos manchados de hollín y ella detectó un ápice de desafío en el modo en que levantó la barbilla.

—Sí, ya lo hablamos, ¿no lo recuerda?

—Uy, claro que sí —replicó ella.

Gaines se metió las manos en los bolsillos de la sudadera y, al caer en la cuenta de que aún las tenía sucias, sacó un paño y empezó a limpiárselas con esmero.

—Yo tenía en mente la posibilidad de los «secretos ocultos» casi desde el principio —dijo, de pronto a la defensiva—. Y ya le he dicho a Parsons que lo estuvimos hablando.

¿Era esa su idea de conceder el mérito a quien correspondía? Se encogió de hombros mentalmente; si él tenía algo nuevo que decirle, quería oírlo.

—Vale. Pero no estaba en su informe. —Él la miró confundido—. Quiero decir que algo ha tenido que pasar para que cambie de opinión, de lo contrario ¿por qué iba a llamar a Parsons para contárselo?

—Ah, ya veo por dónde va —dijo Gaines—, pero no ha sido por nada en particular, solo que no quería que a su equipo se le escapara algo tan importante. —No había ninguna novedad, entonces; así era cómo el antropólogo se atribuía el mérito de las ideas de los demás. Ruth asintió con la cabeza, mirándolo fijamente, y, al final, él empezó a moverse, incómodo—. Vaya, si llego a saber que se iba a poner tan posesiva con el asunto, le habría preguntado primero. De todas formas, hay algo más, algo mucho más significativo.

—¿Sí? —dijo ella.

—Mire, aquí hace un frío que pela, vamos dentro y nos calentamos los pies delante de la chimenea.

Gaines cruzó la reja lateral antes de que ella pudiera detenerlo. Ruth lo siguió, justo a tiempo para verlo desaparecer por unas puertas francesas. Echó un vistazo a la derecha y vio que el jardín era bastante grande, unos treinta metros de largo por lo menos. Al fondo, habían talado un árbol y dejado solo la superficie ancha y plana del tocón, a un lado del cual había una pila gigante de leños. Sobre la tierra desnuda, fruto de la sombra del antiguo árbol, había un barril grande de aceite, montado sobre dos tiras de ladrillos. Las llamas lamían la parte superior del barril y el fuego chisporroteaba. No había mucho humo, por lo que Ruth supuso que ardía a bastante temperatura.

—Bueno, venga —le dijo él, volviendo a la puerta.

La llevó por una cocina entre clásica y moderna a un salón que daba al jardín. Ardía un fuego en la chimenea y, en los nichos abiertos a ambos lados de esta, había sendas librerías de arriba abajo. La de la izquierda estaba dedicada a libros sobre espiritismo, médiums, mentalismo y lectura en frío. Ruth reconoció algunos de los títulos que Kara Grogan tenía en su colección. La de la derecha estaba repleta de libros sobre antropología, historia, arqueología y textos de carácter cultural y sociológico. Las paredes, por su parte, estaban forradas de

grupos de bocetos de hombres y mujeres tatuados, y de fotografías de africanos escarificados en rituales, cubiertos de abultados queloides que formaban intrincados dibujos en la piel.

—Fascinantes, ¿verdad? —dijo Gaines—. Para conseguir una cicatriz de la forma deseada, hay que rellenar las heridas de arcilla o de ceniza, o mantenerla abierta estirando la piel.

—Tiene que ser tremendamente doloroso.

—Muchísimo. —Abrió mucho los ojos y ensanchó las aletas de la nariz un instante—. Pero los ritos de iniciación rara vez son agradables o fáciles. La sangre y el dolor son parte esencial de muchas tradiciones: para adquirir estatus, belleza o deseabilidad, hay que sufrir. —Ella asintió, aunque le costaba concebir que esas cicatrices pudieran ser un signo de belleza. Él la observaba con atención—. Le aseguro que el contacto de las yemas de los dedos con una piel escarificada es una experiencia táctil extraordinariamente sensual, cargada de sexualidad. Yo mismo tengo unos queloides... aquí. —Se llevó ambas manos al abdomen y, con los dedos extendidos, se señaló la pelvis—. ¿Quiere verlos? —dijo con picardía. Ruth lo miró con frialdad—. Ah, ¡si es tímida...! —exclamó, y le dio un repaso con la mirada—. Seguramente tiene por lo menos un tatuaje, testimonio de su juventud rebelde...

Ella miró a la espalda del antropólogo, donde colgaban de la pared, en marcos idénticos, ilustraciones de plantas, muchas de las cuales identificó como venenosas.

—Me ha dicho que había algo importante...

Él no contestó y ella se obligó a mirarlo a los ojos, impasible. La mirada de él se apagó y pasó claramente a un estado de ánimo distinto.

—Tome asiento —le dijo. Ruth no se movió y él le señaló un sofá de una forma extrañamente caballerosa—. Por favor.

La sargento se sentó en un sofá situado delante de una mesa repleta de documentación: venenos, tatuajes, fetiches, chamanismo... Él esperó a que estuviera instalada y se volvió hacia una silla que estaba junto a la chimenea. Encima del cojín había abierto un libro sobre simbolismo celta y, en el brazo de la silla, un artículo de periódico titulado «Las diez plantas más letales de Gran Bretaña» en cuya página resplandecían como zafiros los matalobos.

—Investigación —le explicó él, y lo puso todo en la librería antes de sentarse—. Deduzco que aún no han averiguado el origen de la hierba pastel empleada en la tintura del tatuaje...

El equipo de investigación se había puesto en contacto con el principal productor británico de hierba pastel natural, una empresa pequeña con sede en Birmingham. Les había facilitado una lista de clientes: artesanos, agricultores y

artistas, sobre todo, pero también algunos diseñadores de tejidos y un estudio cinematográfico, ninguno de los cuales parecía sospechoso. La empresa de Birmingham había sugerido algunos nombres de pequeños productores de hierba pastel, pero tampoco sirvió de mucho.

—Entiendo que su silencio es un no —dijo él—. Assí que... Yo creo que la produce él mismo. ¿Sabe lo complicado que es eso? Hace falta un kilo de hojas de hierba pastel para obtener de uno a cuatro gramos de tintura. Hay que extraerla de la planta en varias fases. Hay que añadir sosa comercial para proporcionarle el pH adecuado, luego hay que filtrarla, concentrarla y secarla, para lo que se precisa experiencia y una cantidad considerable de la hierba.

—¿Qué intenta decirme?

Se le volvieron a iluminar los ojos.

—¿No le parece extraño que pasara de hierba pastel azul a tintura negra cuando tatuó a Kara? —Kara Grogan era la única de las víctimas que no encajaba en el *modus operandi*; era complicado encontrarle lógica a eso. Ruth empezó a negar con la cabeza—. Vamos... Produce su propia hierba pastel porque no quiere atraer la atención de la policía comprándosela a una fuente rastreable. ¿Por qué iba a cambiar?

Ruth miró por la ventana al jardín invernal, cuyos límites estaban encharcados, ennegrecidos y vacíos.

—Se quedó sin tintura.

Gaines sonrió; la primera sonrisa auténtica que le había visto.

—Y hacen falta hojas frescas para producir la hierba pastel —dijo.

—Así que no podía hacer más. —Ruth recordó su encuentro con el botánico el pasado mes de agosto; el asesino había pasado de las espinas de *Berberis* a las de *Pyracantha* porque la *Pyracantha* era una herramienta mejor—. Tiene sentido —dijo—. Es pragmático, se adapta a las circunstancias. Querría seguir pasando inadvertido y la tintura negra era algo que podía hacer él mismo. —La brisa trajo a la estancia un tufo a leña quemada y ella miró de inmediato a Gaines—. ¿Cree que hace la tinta con hollín?

—Carbón —la corrigió él.

Le miró las manos sucias.

—¿Es eso lo que estaba haciendo ahora? ¿Fabricando carbón?

—Soy partidario de abordar mis investigaciones mediante inmersión.

La falsa modestia de su expresión ocultaba algo más.

—¿Funciona? —le preguntó ella.

Él rio.

—Aún estoy en ello. Vuelva a preguntármelo en unos días. De momento, tenemos esto...

Cogió un portátil pequeño que había al lado de la silla y, rodeando la mesa, se sentó a su lado.

Ruth percibió su olor a leña y notó la presión de su muslo en el de ella. Por un segundo, le pareció que se estaba extralimitando otra vez, pero, cuando él la miró, vio en sus ojos una excitación puramente científica.

La imagen de la pantalla mostraba un brazo. Bronceado, curtido como se curte el cuero, pero seco como un trozo de pan duro. En la muñeca, tres líneas negras paralelas.

—Este es Ötzi —dijo—. Tiene cinco mil trescientos años, aunque tenía cuarenta y tantos cuando murió. Lleva muchos tatuajes, todos hechos frotando con carbón las heridas de la piel. Hay cierta disensión sobre cómo se preparó la piel para que absorbiera la tinta, pero una de las teorías es que se usaron espinas.

Sentado en su sillón, Carver observó cómo descendía el sol en el cielo. Brilló brevemente entre las ramas desnudas del árbol que había al otro lado de la ventana y luego desapareció tras una nube. Jansen no había estado en el hospital desde su arresto, pero no le cabía la menor duda de que el inspector jefe estaría allí fuera, construyendo meticulosamente un caso en su contra.

Si al menos pudiera recordar el orden en que habían sucedido los hechos la noche del hotel... Pero su recuerdo seguía siendo un caos de imágenes y sonidos. Recordaba haber seguido a Adela a la habitación; su proximidad, excitante, atormentadora... Recordaba el sexo y, después de eso, a Adela gritando... Pero, sobre todo, recordaba el sexo, el olor de ella, la suavidad de su pecho al contacto con los labios de él, su pasión, el modo en que ella empujaba la cadera con cada embate suyo...

—Joder, Greg... —masculló. No era de extrañar que Emma se hubiera ido.

Asqueado de sí mismo, se levantó. Lo intentó. La habitación se ladeó fuertemente hacia la izquierda y él terminó desparramado en el sillón.

Alineó conscientemente los pies, las piernas y los brazos de un modo que nunca había tenido que hacerlo antes de sus lesiones. Salvo, quizá, cuando estaba borracho. Se impulsó ayudándose de los reposabrazos y esperó un momento. Había descubierto que el estrés le afectaba al equilibrio y ese día había tenido una buena dosis. Parecía estable, así que se fijó en un punto de la pared que había al otro lado de la puerta abierta de su habitación y dejó que las yemas de los dedos rozaran los brazos del sillón medio segundo más antes de dar el primer paso. Le salió bien, así que dio otro, satisfecho al comprobar que podía ir del sillón a la mesilla del otro lado de la cama sin necesidad de ningún otro apoyo.

Había ido a por la fotografía. Estaba en el cajón desde que la doctora Pendinning la había rescatado del marco hecho trizas el día anterior.

Repasó con el dedo el contorno del rostro de Emma y sintió un dolor físico en el pecho. Ella no se merecía aquello, nada de aquello.

Al cabo de un rato, no habría sabido decir cuánto, se dio cuenta de que lo observaban y volvió la cabeza, esperando encontrarse al agente de vigilancia

mirándolo fijamente, pero era la doctora Pendinning. En su rostro, la expresión vagamente divertida que él había empezado a considerar el antídoto a su sombrío ensimismamiento.

La psicóloga entró en la habitación y cerró la puerta.

—Esa fotografía significa mucho para usted —le dijo.

—La hice en nuestra luna de miel —dijo, y la dejó boca abajo en el cajón.

—¿Le duele mirarla?

—Poco menos que me mata —reconoció—. Verla como era entonces y saber cómo estamos ahora...

—¿Y se culpa?

—¿A quién más voy a culpar?

—El matrimonio es cosa de dos, Greg.

Carver soltó un bufido.

—Emma me dijo lo mismo. Pero el problema es que siempre hubo un tercero en nuestro matrimonio: mi trabajo, y el trabajo siempre estaba antes. Eso es culpa mía.

—¿Lo dejó ella por su trabajo o porque tenía una aventura?

—Con los años, quise construir una barrera para protegerla, para mantenerla al margen de todo lo que veía, oía y hacía en el trabajo, pero solo conseguí levantar un muro entre los dos. Se lo dije por fin, el día en que se fue. —Suspiró—. Ella me contestó: «Pero nunca me dijiste por qué lo levantabas. Y se te olvidó abrirle una puerta para que yo pudiera entrar a verte». —Le había sonreído con tanta ternura cuando le había dicho eso que casi le había partido el corazón—. Yo la he traicionado —dijo—. He sido yo quien ha generado las circunstancias que han dado lugar a todo esto. Si no me hubiera obsesionado con el asesino de las espinas, jamás me habrían disparado.

—¿Cree que fue el asesino quien le disparó?

—No —contestó, y reprimió las ganas de añadir: «No desde que sé que Ruth me robó los archivos».

—¿Y la sargento Lake?

Por un segundo, se asustó, creyó que al final lo había dicho en voz alta.

—¿A q-qué se refiere? —tartamudeó.

—¿Cree ella que fue el asesino de las espinas quien le disparó?

—Ella nunca lo ha creído.

La doctora ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque le parece poco sutil.

Frunció el ceño, distraído. «¿Qué ha sido eso?»

—¿Ha recordado algo? —le preguntó ella.

—No, que me ha parecido ver... —dijo, mirando fijamente el contorno de ella.

—Entonces, sí que tengo aura —espetó ella, al parecer encantada.

—Una luz trémula, a lo sumo.

—¿De qué color?

Carver meneó la cabeza.

—No lo sé, ya se ha ido.

A ella pareció fastidiarle que desapareciera.

—He estado investigando lo de la sinestesia. Hay muchas tonterías en los foros de esoterismo, claro, pero algunos especialistas sugieren que los médiums que ven auras alrededor de las personas podrían padecer, en realidad, sinestesia. Perciben estados de ánimo o emociones y su cerebro los convierte en colores y luz.

—¿Podría ser consecuencia de mi lesión cerebral?

—Solo he encontrado un puñado de casos documentados generados por lesiones cerebrales y ninguno de ellos experimentaba el mismo tipo de sinestesia que usted. Las alucinaciones, en cambio, son bastante corrientes. ¿Ha vuelto a tener recuerdos fugaces o alucinaciones desde que probamos el ejercicio de relajación?

—Nada —contestó él.

—Cuando probamos la otra vez, dijo que percibía un olor. ¿Recuerda a qué?

—A *whisky*.

Experimentó de inmediato una arcada y tragó saliva convulsivamente.

—Estaba bebiendo *whisky* mientras repasaba los archivos.

—Dicen que esa noche me bebí una botella entera, pero...

—La lesión cerebral le ha producido amnesia.

—Eso o el alcohol.

—Mmm... —dijo ella—. El alcohol... ¿Sabe lo que es una entrevista cognitiva?

—Claro.

La mayoría de los cuerpos de policía del Reino Unido se servían de esa técnica para sonsacar detalles a los testigos. Él mismo había hecho algún cursillo sobre su uso.

—Pues vamos a intentar que vuelva al lugar de los hechos, sirviéndonos de contexto, emociones, relajación y empezando el relato de lo sucedido desde un sitio distinto, desde la perspectiva de otra persona, por ejemplo.

—Adelante —dijo él.

—Pero puede ser duro, desde el punto de vista emocional, e incluso físico.

Carver había visto a personas derrumbarse y llorar desconsoladamente al

recordar detalles terribles de una agresión, pero también sabía que recordaban el doble que con un interrogatorio normal, y eso tenía que ser mejor que la nada que él había conseguido recordar hasta la fecha.

—Tengo que hacerlo —dijo.

Ella le pidió que se sentara y habló con él hasta que se relajó.

—Hábleme del tiempo que hacía ese día —le dijo.

—Hacía frío. Lo bastante como para que nevara.

—Pero aún no había nevado.

—Eso fue después.

La psicóloga lo ayudó a repasar las horas anteriores, cuando había salido del trabajo a las ocho, había llamado a Adela...

—Saltemos a cuando salió del hotel —le dijo ella—. Vuelve al coche. ¿Cómo se siente?

Un escalofrío le recorrió el pecho y los brazos.

—Estoy temblando —dijo—. Tengo náuseas. —Se llevó los dedos a la nuca—. Me... me parece que he roto un espejo.

—¿Recuerda cómo? —Carver frunció el ceño, esforzándose. Recordó a Adela gritando. ¿Estaba asustada? Empezó a respirar entrecortadamente, más deprisa—. Relájese —le dijo Pendinning—. Ya volveremos a eso. Vayamos a su casa.

Remitió la angustia y Carver tomó una bocanada de aire frío.

—Estoy en el coche. Joder, voy demasiado borracho para conducir.

—No se preocupe. Llega a casa sano y salvo. ¿Entra directamente?

—No. —La respuesta lo sorprendió—. Me parece que he perdido el conocimiento. Despierto...

—¿De qué color es el reloj del salpicadero?

—Verde. —Luego, sin pensarlo—: Son las once y cinco. —Aquello era nuevo: hasta entonces, no recordaba nada de cuando llegó a casa—. Tengo calambres y frío. Y tortícolis.

—Vale, ahora entra en casa. ¿Hace calor o frío en su apartamento?

—Hace un frío que pela, y acaba de empezar a nevar. Enciendo la calefacción, voy a la cocina y hago café. Estoy repasando los archivos, pero no consigo entender nada.

—¿Porque le duele la cabeza?

—No, se me ha pasado con el paracetamol. —Se empieza a emocionar: cada vez recuerda más detalles—. No... no soy capaz de ver el archivo de Kara, y me fastidia, porque ella es precisamente la que me va a llevar hasta el asesino de las espinas.

—¿Por qué dice eso?

—Kara era algo personal para el asesino.

Lo dijo sin pensar, pero, después de decirlo, se dio cuenta de que era cierto.

—¿Algo personal? —repitió Pendinning—. ¿Una especie de asunto pendiente?

Carver negó con la cabeza.

—Una especie de obsequio —dijo, y notó que ella lo miraba con atención.

—¿Un obsequio para el asesino?

—Para mí —dijo, y tragó saliva.

—¿Cómo le hace sentirse eso?

—No lo quiero. No quiero ser responsable de la muerte de Kara.

—Se siente responsable.

—De no ser por mí, ella seguiría con vida.

—Pero habría muerto otra chica. —Carver abrió los ojos—. ¿Le sorprende esa idea?

Lo meditó.

—No. Si no hubiera escogido a Kara, habría sido cualquier otra.

—¿Pero sin tenerlo a usted en mente? —El inspector asintió con la cabeza—. Vuelva a cerrar los ojos —le dijo ella—. Lo está haciendo muy bien. Está en la cocina. Huele a café. ¿Recién hecho?

—Frío.

—Entonces, se resiste a abrir esa carpeta...

—Voy hasta el armario del salón donde guardo el *whisky*. Abro una botella nueva. —Vuelve a abrir los ojos—. Era una botella nueva. Fui al hotel directamente desde el trabajo. No bebo... no bebí en horas de trabajo. Tomé una copa de champán con Adela. Puede que dos, pero apenas se me subió. ¿Cómo es que estaba borracho al salir del hotel? —La psicóloga no contestó; dejó que lo pensara—. No estaba borracho —dijo al fin—. Estaba mareado porque me había dado un golpe en la cabeza. —Sintió una euforia momentánea, seguida de una oscura opresión—. ¿Por qué no recuerdo haber salido de la habitación de Adela?

—Luego volvemos a ese punto —dijo ella—. Su nivel de alcohol en sangre era altísimo cuando lo ingresaron esa noche para operarlo. Había abierto una botella de *whisky* nueva. ¿Recuerda que se la bebiera?

Negó despacio con la cabeza.

—Me serví un trago. Dejé la botella en su sitio, cambié de opinión y me la llevé a la cocina. Después de eso... —Suspiró, frustrado.

—Lo está haciendo muy bien —le dijo Pendinning, serena, tranquilizadora—. Cuando Ruth llegó a su apartamento, ¿qué cree que vio?

—A un borracho lamentable, inconsciente en su butaca.

Lo dijo sin acritud.

—¿Cree que se compadeció de usted?

—Me da igual —respondió él—. No merecía compasión.

—Es usted muy duro consigo mismo —le dijo—. ¿Está preparado para volver a mirar la sombra?

—Sí.

—Muy bien. Tengo aquí una botellita de *whisky*. El sentido del olfato está más estrechamente ligado a la memoria que cualquiera de los otros —le dijo ella.

—Lo sé.

¿No lo sabía todo el mundo? El olor a bronceador en un día caluroso, el aroma del perfume de una amante era lo más parecido a un viaje en el tiempo que la mayoría de las personas podrían experimentar.

—Además, es tremendamente emotivo —añadió ella—. Bien podría desbloquearle los recuerdos, pero piense que aún está recuperándose de un traumatismo grave. Puede que no esté preparado aún para hacer frente a esos recuerdos.

—Lo estoy —dijo él.

—De acuerdo.

Oyó el chasquido metálico cuando ella rompió el precinto de la botellita.

No pudo evitarlo, abrió los ojos. Era Jura, su favorito. El corazón le golpeó el pecho con fuerza y la sangre le zumbó en los oídos.

—Podemos parar ahora mismo —dijo ella—. Si no se siente cómodo con esto, dígamelo.

—No —contestó él—. Quiero hacerlo. Tengo que hacerlo.

Ella le acercó la botellita a la nariz y él se mentalizó. El olor familiar de la malta le revolvió el estómago, pero tragó saliva con fuerza.

—Voy a darle un sorbo —dijo.

—No sé si eso es buena idea —repuso ella.

—No voy a recular ahora.

Agarró la botellita; ella no la soltó, pero dejó que se la llevara a los labios.

*Miedo. Un destello. Un estallido de luz. La luz y el sonido se hacen uno. La oscuridad penetra la luz, la sofoca. Nota que la respiración le desgarrar el pecho y, de pronto, no puede respirar. ¡Chas!*

*No se puede mover.*

*Aparece Ruth, con la cara deformada, ameboide. El pitido de una tetera, su rostro se parte en dos. Ruth sostiene un arma. El tufo a whisky es nauseabundo. Él se ahoga en un mar de llamas.*

*Miedo. Un miedo terrible.*

*El rostro de Ruth se hace añicos, se desmorona en pedazos, la luz esparce facetas de ella por el suelo. A su espalda, hay una sombra. Tiene que prevenirla.*

—Greg. Greg Carver...

Carver abrió los ojos. La doctora estaba inclinada sobre él, acercándole un vaso a los labios; a él le entró el pánico y apartó a Pendinning de su lado.

—Es agua —le dijo ella—. Solo agua. —Él dio un sorbo con recelo, luego otro—. Se encuentra bien —añadió—. Ha perdido el conocimiento, pero está bien. —El rostro de la psicóloga se emborronó y Carver volvió a ver una mancha de luz alrededor de su cabeza—. ¿Qué ha visto? —le preguntó.

El inspector trató de recordar las terribles imágenes que había visto justo antes de perder el conocimiento, pero lo único que podía recordar era miedo, la sensación de estar ahogándose en fuego y un espantoso temor que, de algún modo, estaba asociado a Ruth Lake.

Por orden expresa del inspector Parsons, Ruth Lake pasó la tarde tecleando sus notas sobre Tali Tredwin, Jo Raincliffe y Kara Grogan. Parsons había encargado a varios detectives que volvieran a interrogar a la familia y a los amigos de Evie Dodd y Hayley Evans, las otras dos víctimas, con el fin de desvelar sus secretos.

El inspector se había puesto tan furioso que no tenía sentido intentar explicarle por qué no había expuesto sus sospechas sobre las víctimas en la reunión matinal. El que Gaines les hubiera proporcionado una pista que seguir sobre los tatuajes de Kara había confirmado su utilidad a los ojos de Parsons. Ruth había hablado con el patólogo: tenían mucho lío en el laboratorio y aún no habían hecho las pruebas con el microscopio electrónico de barrido, pero el análisis preliminar indicaba la presencia de carbono cristalino en las muestras de epidermis tomadas a Kara, y Ruth estaba casi convencida de que era carbón.

Terminados y entregados los informes, retomó la tediosa labor de revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de School Lane en la noche de la desaparición de Kara. La siguiente cámara de la secuencia recogía lo sucedido en la calle nada más pasar Blue Chambers. Un minuto o así después de la grabación anterior, Kara prosiguió el camino por la calle y se topó con otra mujer. Ambas se pararon e intercambiaron unas palabras.

¿Le estaría preguntando cómo llegar a algún sitio? No. Había cierta familiaridad en su trato, aunque Ruth no habría dicho que fueran íntimas. ¿Conocidas, quizá? ¿Una profesora? Puede, pero habían interrogado a todos los que tenían contacto directo con Kara en la escuela de artes escénicas. Hablaron un rato, luego siguieron cada una su camino. Kara avanzó un poco más, después desapareció del rango de alcance de la cámara. Ruth rebobinó la grabación, siguió a la mujer y tuvo que cambiar de disco dos veces para tenerla localizada todo el camino. Terminó girando a la izquierda al final de School Lane y salió de plano.

La sargento hizo una captura de pantalla y anotó que debía revisar el registro de personal de la LIPA y preguntarles a los amigos de la víctima si la conocían. Era muy posible que Kara le dijera a esa mujer adónde iba.

Estaba a punto de empezar la siguiente grabación cuando entró en la oficina

uno de los técnicos del equipo de John Hughes con la grabación sin recortes de la sesión de Jasmine Hart obtenida del bloguero que desmontaba fraudes esotéricos. Ruth firmó los albaranes, impaciente por empezar, y se sumergió de inmediato en la acción. El bloguero empezaba con una panorámica de trescientos sesenta grados que presentaba la sala entera. El teatro estaba casi lleno. Reconoció algunos de los rostros que había visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad de la calle: algunos grupos sobriamente vestidos, una pareja joven que ella había creído novios que salían por la noche al centro...

Vería el espectáculo entero más tarde, pero, de momento, saltó a unos minutos antes del enfrentamiento entre Rollinson y Kara, en busca de alguien que se hubiera tomado un interés sospechoso en la joven, incluso que hubiera salido del teatro detrás de ella.

El bloguero se había centrado en Jasmine, que se comunicaba en vano con un espíritu llamado Alf al que nadie del público parecía dispuesto a reconocer. La cámara giró de pronto y, tras un borrón de rostros y colores, se posó en Rollinson, que enfilaba el pasillo con una mano en alto y se detenía al final de una fila. A juzgar por el ángulo y por el número de filas visible, el bloguero se encontraba al otro lado del pasillo, cuatro o cinco filas más atrás. Kara se volvió y miró a Rollinson, que le tendía la mano. No se entendía lo que decía, pero estaba claro que le pedía que le diera algo. Luego alargó el brazo y sacó a Kara de su asiento. Ella se aferraba a su tableta, negándose a soltarla, mientras Rollinson la conducía, medio arrastrándola, medio empujándola, a la salida.

El vídeo que el bloguero había publicado en internet terminaba en el momento en que Rollinson y Kara salían por la puerta, pero la versión completa continuaba y exploraba la reacción del público. Jasmine intentaba recuperar su atención, y su voz, amplificadas por el sistema de audio, se oía perfectamente mientras ella ofrecía una explicación pseudocientífica de los efectos perniciosos de las interferencias electromagnéticas en las sesiones de espiritismo, y añadía que a los espíritus no les gustaba que los grabaran.

La cámara no paraba de recorrer la sala, registrando el rostro de una mujer molesta por el incidente, deteniéndose unos segundos en un grupo de tres mujeres que chascaban la lengua y meneaban la cabeza, al parecer, indignadas con Kara. Seguía avanzando y enseguida se detuvo en un rostro que Ruth conocía.

Agarró el teléfono, furiosa. Le contestaron de inmediato.

—Dos veces en el mismo día, sargento... La gente va a empezar a hablar.

Ruth tomó aire y lo soltó despacio, junto con parte de la rabia.

—Estoy viendo el vídeo de Jasmine Hart ofreciendo una sesión de espiritismo en el Epstein Theatre la noche en que se vio por última vez a Kara —dijo ella—.

La joven está entre el público, o estuvo, más o menos una hora. ¿Adivine a quién más he visto?

—Por la brusquedad de su tono, deduzco que a mí —contestó el doctor Gaines—. Como estoy ya cansado de decirle, tengo un interés especial en los médiums y los mentalistas.

—¿Cuántas veces hemos hablado y no ha creído oportuno mencionar este detalle?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Kara estaba entre el público —replicó ella.

—Junto con otras cuatrocientas personas...

—Hubo un desagradable altercado entre Kara y Rollinson —lo interrumpió Ruth—. ¿Le suena de algo?

—Ahora que lo pienso, sí que recuerdo que hubo un poco de jaleo —dijo—. Pero yo estaba tomando notas.

Tenía más labia de la que le convenía.

—De hecho, parece que está tomando buena nota de ese jaleo. Es curioso que no lo recuerde.

—Mire... —dijo, en tono de pronto meloso y almibarado—. Pensé que no me favorecería...

—¿Haber estado allí la noche en que se vio por última vez a Kara? —dijo ella—. Sí, no le favorece.

—Yo estaba entre el público —se excusó él, como si eso lo eximiera de algo.

—Lo que no le favorece nada —prosiguió Ruth— es que no haya mencionado este dato, ni a mí ni a nadie.

—Esto fue hace... ¿cuánto, seis o siete semanas? No lo relacioné.

—No lo relacionó o pensó que no le favorecería, ¿en qué quedamos?

Gaines no respondió enseguida y, cuando lo hizo, lo hizo con excesiva formalidad.

—Ya que me pide que se lo exponga con claridad, al principio, no lo relacioné y, cuando lo hice, pensé que usted se pondría hecha una furia, como en efecto ha hecho. En cualquier caso, es irrelevante, porque yo no tuve nada que ver con su desaparición.

—No le compete a usted decidir qué es o no relevante para esta investigación. —En los segundos de silencio que siguieron, Ruth percibió la hostilidad del antropólogo, su impotencia rabiosa—. Tiene que venir a comisaría a hacer una declaración formal —le dijo—. Hoy.

—No me es posible... Estoy a punto de entrar en una reunión.

Probablemente fuese mentira también. Pero Gaines era un profesor de reconocido prestigio en su campo, asesor oficial de la policía de Merseyside.

Había pasado todo tipo de pruebas previas a su aprobación y, para ese trabajo en concreto, lo había recomendado un psicólogo al que Ruth conocía y respetaba. No podía presionarlo más.

—Mañana, entonces —dijo ella, controlando su mal genio.

—Creo que podré hacer un hueco a última hora de la mañana.

—A las 11.15 —sentenció Ruth—. No llegue tarde.

Parsons escuchó, comprensivo, el relato de Ruth sobre lo que acababa de ocurrir entre Gaines y ella, rodeó su escritorio y le ofreció asiento, incluso hizo algunas anotaciones mientras ella hablaba, pero prefirió concederle al antropólogo el beneficio de la duda: era un hombre muy atareado, profesor universitario, además, y se podía permitir cierta excentricidad. ¿Acaso nunca se le escapaba nada a ella?

—Me ha mentado, señor —protestó ella—. Quiero saber por qué.

A Parsons no pareció agradarle su brusquedad.

—Le haré saber que tendría que haber sido más sincero con usted —dijo él.

—¿En serio? —Ruth meneó la cabeza—. Gracias, señor, pero eso ya lo puedo hacer yo.

—No me cabe duda —replicó su jefe—. Pero podría resultar contraproducente, teniendo en cuenta lo que él le inspira.

Ella enarcó una ceja, atónita.

—¿«Lo que él me inspira»?

—A ver, sargento, no se lo tome a mal. Solo insinúo que parece haber cierta... animosidad entre ustedes.

—La hay —replicó ella sin alterarse—. Porque... ¡me ha mentado!

Parsons frunció el ceño.

—«Mentado» es una palabra muy fuerte.

—Negó haber visto a Kara y solo ha terminado reconociéndolo cuando le he hecho frente con una prueba en vídeo. No sé cómo llamarlo si no.

—Y, aun así, le ha sido de utilidad. Con la relevancia de los tatuajes, por ejemplo... —Ruth apretó los labios, furiosa, y deseó haber resuelto mejor eso—. Además, el patólogo está convencido de que el asesino usó carbón para tatuar a Kara... —prosiguió Parsons.

—Que nos sirve de tanto como saber que empleó hierba pastel con las otras víctimas.

—No la sigo.

—Probablemente lo fabricó él mismo —dijo Ruth—. Hizo la tintura de hierba pastel... y eso es mucho más difícil.

—El carbón se producirá en fábricas —opinó Parsons.

Ella negó con la cabeza.

—No tiene por qué. El doctor Gaines estaba haciendo un poco en el jardín trasero de su casa cuando he ido a verlo hace un rato. Lo he mirado en internet: no hace falta más que madera y un par de tambores de acero.

Parsons parecía decepcionado. Seguramente tenía pensado encargar a algún pringado que llamase a las fábricas y las distribuidoras de carbón para que le facilitasen una lista de clientes. De pronto, cayó en la cuenta de la incongruencia que Ruth acababa de decir.

—¿Por qué estaba haciendo carbón el doctor Gaines en su jardín?

—Eso quisiera saber yo, señor. También me gustaría ver las notas que tomó en la sesión de espiritismo. Y me encantaría saber si Kara rellenó un cuestionario que lleva ya dos meses en su página web falsa.

Parsons la miró espantado.

—¿Una página web falsa?

Le habló del médium por el que se hacía pasar Gaines, Shadowman, y le comentó que había recabado información de un puñado de pobres ingenuos.

—¿Le ha explicado por qué engaña a la gente de ese modo? —preguntó Parsons.

—Lo llama investigación —respondió Ruth.

—Entiendo. —Por su cara de preocupación, la sargento vio que empezaba a hacerlo—. Pero quizá todo esto tenga una explicación del todo inocente —añadió.

—Si la hay, me gustaría oírla.

El inspector meditó un buen rato su respuesta.

—No la conozco muy bien, sargento Lake —le dijo por fin—, pero tengo la impresión de que no se altera usted fácilmente; sin embargo, el doctor Gaines parece sacarla de quicio. —Hizo una pausa—. Pregúntese por qué.

—Porque es manipulador —replicó ella—. Y no me gusta que me mientan. Pero lo que me fastidia de verdad es que nos haya ocultado información clave, posiblemente obstaculizando el progreso de esta investigación. —Podía haber añadido que era un capullo arrogante, condescendiente y machista, pero eso solo serviría para confirmar lo que Parsons le había dicho. En cierto modo, tenía razón. Ruth había sido objeto de suficientes insinuaciones sexuales en el trabajo como para saber que algunos hombres las consideraban una broma inocente, e incluso se engañaban creyendo que a las mujeres les halagaban. Y tanto compañeros como oficiales de mayor rango se habían atribuido alguna vez el mérito de su trabajo. Pero si había algo que todo policía odiaba era a un quejica. Iba a necesitar más que una corazonada y unos cuantos comentarios fuera de

lugar para hacerle esa confidencia a su jefe—. Es escurridizo y poco de fiar y, repito, es un mentiroso —dijo en cambio.

Parsons frunció los labios, muy serio.

—Bueno, sí, parece que lo ha pillado en una mentira —le concedió. Lo vio valorar las opciones, y lo miró tranquila y serena, convencida, aun antes de que abriera la boca, de que contemporizaría de algún modo—. De acuerdo —dijo al fin—. Puede llevar usted el interrogatorio, pero yo estaré en la sala y tendrá que ser respetuosa.

—Gracias, señor —dijo ella—. Lo seré.

«Todo lo respetuosa que se merece ese mequetrefe.»

Por suerte, la reunión de la tarde fue breve, pero Parsons quería un informe por escrito de su interacción con el doctor Gaines, así que eran más de las siete cuando Ruth salió a la noche fría y despejada.

No podía dejar de pensar en el revólver de Adela y sabía que el problema la reconcomería hasta que hiciese algo al respecto, pero seguía teniendo el inconveniente de que no podía presentar el arma como prueba a su equipo sin admitir su propia culpabilidad por haberla robado. El apartamento de Adela se había procesado meticulosamente, igual que el de Carver, de modo que no iba a poder colarla entre las pruebas.

Se sentó al volante sintiéndose como una abuela centenaria y giró a la derecha con la intención de virar enseguida a la izquierda para enfilar Wapping en dirección a casa. Había mucho tráfico y avanzó despacio, viendo cambiar el semáforo tres veces en la intersección. Al otro lado de la carretera, los edificios achaparrados de Albert Dock refulgían a la luz de los focos y producían reflejos de color bronce, azul y blanco en las aguas negras y tranquilas del río. La noria de Liverpool, de un blanco fantasmal en su extremo sur, giraba muy despacio, en consonancia con el lento avance circular de los pensamientos de Ruth. ¿Por qué habían disparado a Carver? ¿Cómo había podido ser tan imbécil de robar el arma de su apartamento?

Mientras se incorporaba por fin a la arteria principal, le vino a la cabeza una pregunta nueva y más útil: «¿Por qué pensaba Adela que necesitaba un arma?». Era asesora financiera y la crisis económica del 2008 había arruinado a muchos. Pero no a Adela. ¿La habría amenazado algún cliente contrariado que veía que ella seguía prosperando mientras tantos otros no lo habían conseguido? ¿Habría comprado el arma para protegerse?

Por ilógico que pudiera parecer, las estadísticas demostraban que las mujeres tenían menos miedo a los desconocidos que a los hombres de su entorno. De ello se extraía que era más probable que a las mujeres que tenían armas en casa les dispararan sus parejas o sus amantes. Y Adela tenía muchos.

Ruth giró bruscamente a la izquierda por la primera calle que pudo y deshizo el camino para desviarse hacia el club de tiro de Adela, en el norte de la ciudad.

Fenton Shooting Club, a las afueras de Aintree, alojado en un túnel ferroviario en desuso, contaba con cuatro campos de tiro, cada uno con ocho blancos. El aparcamiento perfectamente iluminado estaba lleno; y el club, muy concurrido. El amable empleado de secretaría con el que había hablado por la mañana no estaba disponible y le pidieron que esperara en la cafetería hasta que llamaran al gerente.

Adrian Garvey era un empresario de cuarenta y tantos años que había estudiado en colegios caros. Alto, no guapísimo, pero con el carisma necesario para llamar la atención de las socias del club cuando entró por la puerta.

—Tengo entendido que quiere hablar de Adela Faraday —dijo, tendiéndole la mano—. Terrible asunto.

Señaló una mesa en un rincón tranquilo y Ruth se sentó donde pudiera tener una visión de conjunto del lugar. Parejas, grupos de hombres y, paradójicamente, familias se reunían alrededor de las mesas para cenar. Pasó por delante una camarera con una bandeja de comida, dejando tras de sí un aroma tentador a pastel de carne con patatas fritas, y Ruth cayó en la cuenta de que no había comido nada desde las tostadas del desayuno.

—¿Le apetece tomar algo? —preguntó Garvey—. ¿Una bebida...? —dijo, mirando a la barra, y Ruth vio que el camarero se la estaba comiendo con los ojos, aunque enseguida miró para otro lado.

La sargento rehusó la oferta.

—Me preguntaba si podría responderme a unas preguntas sobre Adela —dijo.

—Lo que sea por ayudar.

Ruth hizo un gesto de agradecimiento.

—¿Qué razón dio para querer comprar un arma de fuego?

La ley exigía que se expusiera una razón en el formulario de solicitud y la mayoría recurría al socorrido «por deporte». Esperaba lo mismo de Adela, pero le sorprendió la reacción del gerente.

—Esto es un club deportivo —dijo—. La gente viene a disparar. Algunos tienen licencia para disparar a bichos en sus tierras, pero aquí vienen por deporte, y a socializar.

No había respondido a la pregunta, pero Ruth insistió.

—¿Y a Adela qué le gustaba más: disparar o socializar?

Él sonrió.

—A Adela le gustaba disfrutar. Era el alma de la fiesta.

—¿La conocía personalmente?

—Era de esas mujeres que pueden iluminar una estancia —dijo con cariño—. Pero también disparaba muy bien. Tenía una de las puntuaciones más altas con carabina de repetición del 22.

Su admiración por la mujer asesinada era evidente y Ruth se preguntó hasta dónde llegaba esa admiración.

—Tengo entendido que tenía su propio revólver.

—Sí, pero solía venir directamente desde su despacho de Liverpool, así que la mayoría de las veces usaba un arma del club.

Ruth asintió con la cabeza, pero le pareció raro porque el apartamento de Adela junto al río estaba en la ruta principal hacia el norte de la ciudad y no le habría costado nada parar un momento para coger su propia carabina.

—¿Tienen vestuarios en el club?

Él la miró extrañado.

—Tenemos aseos, ¿por qué lo pregunta?

—Bueno, como Adela era asesora financiera, supongo que iba muy elegante. Se cambiaría antes de salir al campo de tiro.

—Ah —dijo él—. Supongo...

Ruth notó que la observaban y se volvió de nuevo hacia la barra. El camarero era menudo, de estatura media, con el pelo gris y una barba muy bien recortada. Puso cara de pánico cuando lo pilló, y miró enseguida a otro lado.

«¿Qué es lo que te tiene tan nervioso?»

—¿Sigue en pie lo de la bebida? —dijo—. Me está apeteciendo una tónica.

—Por supuesto.

Garvey le hizo una seña al camarero y le pidió bebidas para los dos. El camarero se mostró decididamente inquieto ante la perspectiva de tener que llevárselas a la mesa.

—¿Y qué clase de personas disparan por deporte? —preguntó ella, explorando la estancia.

—Como puede ver, de todo tipo —contestó Garvey, divertido.

—¿Concretamente?

El gerente miró al techo en busca de inspiración.

—Historiadores, deseosos de disparar sus antigüedades; expolicías y miembros de las fuerzas armadas, como es de esperar; empresarios... Y bastantes ingenieros...

—Ingenieros... —Eso la sorprendió, pero, pensándolo bien, tenía sentido—. Supongo que les llamará la atención la mecánica de las armas...

Era una pregunta capciosa, pero el gerente no se puso a la defensiva.

—Imagino que sí —contestó—. No me lo había planteado. —Garvey se recostó en el asiento y extendió la pregunta al camarero, que acababa de llegar con las bebidas—. Seguro que David lo sabe...

El hombre se alarmó al verse en aquel compromiso.

—¿El qué? —preguntó.

—Tú eras ingeniero antes de jubilarte, ¿no? —dijo Garvey—. David viene aquí casi todas las mañanas, y las noches, a cubrir las ausencias y esas cosas. La sargento Lake se preguntaba por qué hay tantos ingenieros entre nuestros socios.

—Chiquillos que no crecen nunca, supongo —respondió el camarero con una sonrisa forzada.

—Usted debía de conocer a Adela Faraday —dijo Ruth.

Parecía dispuesto a negarlo, pero el señor Garvey dijo:

—Erais amigos, ¿verdad, David?

El otro lo miró espantado.

—Compañeros de tiro —lo corrigió, pero tampoco negó nada.

—¿La vio preocupada en las semanas anteriores a su muerte? —preguntó Ruth—. ¿La habían amenazado o seguido? ¿Alguien la acosaba?

—Nunca hablábamos de cosas personales —respondió él.

Carver le había dicho más o menos lo mismo.

—¿No le mencionó ningún nombre..., no le habló de nadie con quien tuviera problemas en el trabajo? —preguntó Ruth.

David negó con la cabeza, evitando mirarla a los ojos.

—Bueno, si se le ocurre algo, lo que sea, llámeme —dijo ella, y le dio una tarjeta.

El camarero miró la tarjeta como embobado unos minutos y, cuando fue a cogerla, le temblaban un poco los dedos.

—A David le ha afectado mucho la muerte de Adela —le comentó Garvey en voz baja mientras el otro se alejaba.

Ella asintió, sin quitarle el ojo de encima.

Volviendo a la razón por la que Adela podía querer un arma de fuego, le pidió al gerente una copia de la documentación de registro y él la condujo a su despacho, un cuchitril atestado de cosas, con paredes de ladrillo pintadas de color crema y forradas de fotografías de armas de fuego, competiciones de tiro y actos sociales.

—Aquí tiene —dijo, grapando las hojas y entregándoselas—. La Low Mill LBP 1911 es un revólver Iver Johnson modificado, que a su vez es una modificación de una Colt 1911.

Ruth lo miró como si no tuviera ni idea de lo que le estaba hablando y él le señaló uno de los pósteres de la pared. Era un arma de marca y modelo idénticos a la que tenía escondida en una caja en el armario de su madre, en casa. Solo que a la versión legal le habían añadido cañón y culata.

—Como puede ver en el impreso, la razón por la que Adela tenía un arma era practicar el tiro al blanco —dijo, dando unos golpecitos con el dedo en la casilla correspondiente.

Ruth examinó el formulario.

—Eso dice aquí. Pero, cuando uno trabaja en la policía, sabe muy bien lo fácil que es marcar una casilla.

Él la miró ceñudo.

—¿De verdad cree que alguien la amenazaba?

—Solo hacía una observación —contestó ella.

Junto con la licencia de armas, Garvey había tenido el detalle de imprimirle también la ficha de socia de Adela Faraday y, al mirar la firma, Ruth vio que se había inscrito en el club hacía siete meses. Exactamente el mismo tiempo que hacía que había cerrado su casa y se había mudado de forma anónima a un apartamento del centro de la ciudad.

Cuando Ruth volvió al bar para tener una charla a solas con el camarero, este ya no estaba. Una camarera le dijo que no se encontraba bien y se había ido a casa.

Salió corriendo al aparcamiento y lo vio, cargado con el estuche de una escopeta y una bolsa de deportes. Él la vio cuando fue a abrir el maletero y, por un segundo, Ruth pensó que iba a salir corriendo; en cambio, metió la bolsa de deportes en el maletero, puso la escopeta al lado y se quedó allí plantado, como si esperara a que lo detuviese.

—En la licencia de Adela, pone que necesitaba el arma para practicar el tiro.

Él la miró fijamente, con los ojos tristes, los hombros caídos, los brazos cruzados sobre el pecho, como a la defensiva.

—¿Y?

—Pues que esperaba que pusiera «control de plagas».

Quizá fuera por los focos altos, pero, por un segundo, le pareció ver en sus ojos dos puntos idénticos de intensa luz blanca.

Él agachó la mirada.

—¿Y eso por qué? Adela vivía en un bonito apartamento de un edificio exclusivo.

—Buena pregunta —dijo Ruth, pensando que él sabía perfectamente que se refería a esa clase de plaga bípeda que no aceptaba un no por respuesta. Y se le ocurrió que David debía de ser una de las pocas personas que sabían que Adela se había mudado al apartamento de la ribera—. Tengo otra para usted: ¿por qué usaba Adela las armas del club si tenía un revólver propio?

Él se la quedó mirando, luego se volvió hacia el maletero abierto de su coche.

—Fíjese en esto... —Sacó la funda de la escopeta y, al abrirla, lo que extrajo fue un revólver. El cañón larguísimo y la varilla con contrapeso de la culata resultaban aún más absurdos en la realidad que en las fotografías—. Estos cacharros no caben más que en la funda grande —dijo.

—De eso se trata, ¿no? —preguntó ella—. De que resulte más complicado ir por ahí con un arma mortal metida por la cinturilla del pantalón.

—Si se cumplen las normas —replicó—. Pero los delincuentes no son muy respetuosos con las normas, ¿verdad? A cualquier matón le cuesta menos hacerse con un revólver automático que ir al súper a por un tetrabrik de leche. A los ciudadanos que cumplimos la ley nos toca llevar este... engendro —dijo, mirando asqueado el artilugio que llevaba en las manos.

—A mí no me gustan las armas —dijo Ruth, pensando que había llegado el momento de tranquilizarse un poco—, pero entiendo lo que dice: es un cacharro espantoso.

El comentario le arrancó una carcajada al hombre.

—Perdón —se disculpó—. Perdón. Lo malo es que... el cabrón que se ha cargado a Adela sigue suelto.

—Debía de ser una mujer excepcional —dijo Ruth.

—¿Qué sabrá usted? —replicó él, como ofendido.

Lo miró a los ojos. Estaba segura de que quería ayudar, pero, si lo hacía, se arriesgaba a que lo imputaran, y Ruth sabía lo que era eso. Si quería sacarle una respuesta sincera, debía ofrecerle alguna cosa que él pudiera usar en su contra.

—Le voy a contar algo que podría traerme muchos problemas. —Inspiró hondo—. Este no es mi caso.

El hombre la miró, confundido e intrigado a la vez.

—Entonces, ¿por qué está...?

—Intento ayudar a un amigo —contestó ella—. Está metido en un lío. Tenía una... relación con Adela.

David asió fuerte el arma, con los ojos chispeantes.

—Si sabe algo... Si fue ese tipo quien... —espetó, con los ojos rojos y la cara blanca a la luz intensa de los focos.

—Le dispararon con un arma del mismo calibre que a Adela.

El camarero la miró y ella esperó a que atase cabos. Cuando lo hizo, abrió mucho los ojos.

—Madre mía... Me está hablando de ese policía, ¿no?

Ella no dijo nada, pero la sorpresa y la incredulidad de su rostro la convencieron de que aquel tipo no tenía nada que ver con la agresión que había sufrido Greg Carver.

—¿Le sorprende que ella estuviera viendo a alguien más?

—No —contestó él, pensando aún en lo que Ruth acababa de decirle—. Adela no era... No le gustaba tener relaciones excluyentes. —Hizo una pausa—. ¿Cree que quien le disparó fue después a por su amigo?

Ruth se encogió de hombros.

—Solo estoy indagando —contestó ella—, porque hay que encontrar y castigar a quienquiera que disparase a Adela y a Greg Carver. —Aunque él no contestó, le ardían los ojos, y ella consideró que era el momento oportuno para decir—: ¿Puedo hacerle una pregunta hipotética? —Él entornó los ojos, pero asintió con recelo—. ¿Un engendro como este puede volver a convertirse en algo que se parezca a un revólver normal? —le dijo, mirando la carabina, que ahora él sostenía con una mano, con el cañón alineado con la costura de la pernera del pantalón.

Al tipo se le tensaron todos los músculos del cuello y ella tuvo que convencerse de que ningún socio de un club de tiro que se preciara llevaría un arma cargada en el maletero del coche. Aun así, le sostuvo la mirada, porque temía incitarlo a usar el arma si volvía a poner los ojos en ella. Quizá intuyó lo que ella pensaba, porque se volvió y guardó la carabina en su estuche, luego la depositó con cuidado en el maletero. Cuando se irguió, Ruth oyó cómo le crujían todos los huesos y los tendones de la espalda y de los hombros al destensarse. Luego vio el vaho en que se convertía su suspiro.

—¿Me está preguntando, como ingeniero, si, «en teoría», una carabina de percusión anular 1911 podría convertirse en una Colt estándar de percusión anular 1911?

—En teoría.

Él asintió sin ganas.

—No es fácil... —Tosió—. No sería fácil, quiero decir. Pero, sí, en teoría, es completamente posible.

—Eso me parecía.

David le sostuvo la mirada, aterrado.

—¿Puedo hacerle yo una pregunta?

—Claro.

—Si un ingeniero le hubiera desmodificado el revólver a Adela, ¿cree usted que podría, sin quererlo, haber puesto el arma en manos de la escoria asesina que le disparó?

—Yo no he dicho eso. Mire, David, el equipo de investigación ni siquiera ha localizado el arma todavía —dijo con sinceridad, y añadió menos sinceramente—: No hay forma de saber si a Adela le dispararon con su propio revólver.

Pareció aliviarse ese dato.

—Aun con todo, ojalá no lo hubiera hecho —dijo—. Ojalá nunca hubiera...

Lo vio afligido.

—Ese hombre del que necesitaba protegerse... ¿Le dijo cómo se llamaba?

—Chris —contestó él.

—¿Sin apellido? —David negó con la cabeza—. ¿Un exnovio, algún

compañero de trabajo...?

—No me lo quiso decir... Eso lo sé porque se le escapó una noche. Habíamos estado bebiendo y... —Se encogió de hombros.

—¿Le dijo por qué le tenía miedo?

—Solo que la acosaba.

Eso explicaría por qué había vendido su bonita casa en las afueras y se había trasladado en secreto a uno de los inmuebles adquiridos como inversión.

—¿Denunció el acoso a la policía?

Negó de nuevo.

—Me dijo que lo podía arreglar ella sola.

Día 11

Ruth se metió en la cama justo después de medianoche, y soñó con su padre. No lo había visto mucho después de su decimoquinto cumpleaños y casi todos los recuerdos que tenía de esa época eran de acaloradas discusiones y ataques de ira, pero esa noche estaba blandita. Él le contaba un chiste malo y ella se reía. Luego él la miraba con cariño.

—Te quiero mucho —le decía—. No lo dudes nunca.

Luego su padre desaparecía y ella se angustiaba porque la cerradura de la puerta de la calle estaba estropeada. Bajaba las escaleras para investigar unos ruidos que se oían en el salón y se encontraba a Harry Rollinson jugando a Hitman en la Xbox, algo muy raro, porque ella no tenía ese juego. Rollinson manejaba nervioso el mando con los pulgares y, en pantalla, el personaje le partía el cuello a un adversario. Él la miraba y sonreía.

—En una milésima de segundo —le decía— te cambia la vida para siempre.

Despertó sobresaltada y se quedó acostada, dándole vueltas al interrogatorio que le había hecho a aquel tipo. «Una milésima de segundo», le había dicho, «Ya sabe...». Pensándolo bien, sí que había hecho hincapié en «sabe». Podría referirse a «usted lo sabe porque es policía», pero su mirada fría le hacía pensar que había un mensaje oculto en sus palabras.

Fue al otro dormitorio y abrió el armario. Debajo de una torre de cajas de zapatos, había un álbum de recortes de polipiel azul, de esos que tienen páginas adhesivas y fundas de plástico para meter papeles. Mientras lo sacaba de su sitio, iluminó con la linterna cada una de las cajas de zapatos para comprobar si había huellas o indicios de manipulación. Llevaba meses sin tocarlas y la fina capa de polvo confirmaba que nadie más lo había hecho.

Se arrodilló en el suelo, se apoyó el álbum en las piernas e intentó reunir el valor necesario para abrirlo. Cinco minutos después, inspiró hondo y levantó la tapa. El álbum se abrió con un leve chasquido y un tufo a viejo. Las primeras ocho páginas contenían lo de siempre: instantáneas familiares, diplomas de

natación, una foto de Ruth con su hermano, pertrechados para una competición de aikido... Después, el contenido se volvía más oscuro: recortes de periódico y tarjetas de pésame; una flor seca de una de las coronas del funeral; una nota de su padre: «Te quiero mucho. No lo dudes nunca»...

Comprobó todas las páginas. No faltaba nada.

Al cabo de un rato, cerró el álbum y volvió a meterlo en su sitio, colocando las cajas de zapatos encima con sumo cuidado.

A Rollinson no lo conocía de antes; jamás olvidaba una cara. Pero a ella, sí, de eso estaba convencida.

Ruth llegó al hospital poco después de las siete de la mañana, cuando las enfermeras repartían la medicación y las auxiliares daban los desayunos. Se coló mientras entraba por la puerta un carrito con bandejas, y la enfermera le lanzó una mirada reprobadora.

—¿Dónde anda su carabina? —preguntó Ruth.

La enfermera puso los ojos en blanco.

—A lo mejor las altas instancias han entrado en razón y han decidido que era una pérdida de tiempo.

Ruth pensó que más bien el inspector Parsons había empleado a tantos agentes en la investigación de las víctimas del asesino de las espinas que a Jansen ya no le quedaba nadie libre.

Carver estaba en la cama. Aún era de noche, pero Ruth sabía que levantaban a casi todos los pacientes hacia las seis y media. Carver estaba pálido y parecía débil, y la sargento sintió una punzada de preocupación. El inspector alzó una mano para saludarla y la dejó caer enseguida sobre las sábanas, como si el esfuerzo fuera demasiado para él.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella—. Tienes mal aspecto.

—Estoy bien —dijo él.

—En serio, Greg, podemos dejar esto para otro momento.

—Ni se te ocurra marcharte —replicó él, e intentó incorporarse—. Tienes novedades, me lo dice tu halo, y quiero oírlas. —Todo aquel asunto de las auras era desconcertante. La lógica y la ciencia le decían que tenía que ser alguna anomalía neurológica, pero no pudo evitar estudiar su reflejo en la ventana a oscuras. Solo vio su rostro engañosamente sereno devolviéndole la mirada—. Es sobre el asesino de las espinas, ¿a que sí? —dijo él con voz débil y quejumbrosa—. ¿Qué sabes? —Se incorporó como pudo—. Cuéntame.

—¿Quieres tranquilizarte? —Volvió a recostarlo con cuidado en las almohadas—. He venido a preguntarte una cosa, nada más.

Ruth se sentía mal por no contarle nada, pero el vínculo entre las víctimas seguía siendo vago en el mejor de los casos, y Greg Carver había estado a punto de matarse, literalmente, por culpa del asesino de las espinas; no sería ella quien lo animara a reavivar su obsesión con el caso. Lo de Adela Faraday era otro asunto, se dijo; necesitaba saber lo que sabía él.

Él la miró fijamente y sus ojos le parecieron enormes, como si, cosa improbable, hubiera perdido peso desde la noche anterior.

—Pregunta —le dijo.

—El revólver. ¿Recuerdas haberlo visto antes de la noche en que te dispararon?

Carver frunció el ceño.

—Dame un minuto —dijo, y cerró los ojos, pero un segundo después se incorporó, jadeando, con la cara cubierta de sudor.

—¿Greg? —Le sirvió agua en el vaso y se lo acercó a los labios. Él dio un sorbo, luego otro—. De verdad que tienes mal aspecto —dijo—. Lo dejamos para otro momento, cuando te encuentres mejor.

Él negó con la cabeza y se recostó en las almohadas.

—No. Estoy bien. Ayer intenté hacer una entrevista cognitiva con la psicóloga, eso es todo. Estoy extenuado.

—¡No hace falta que lo jures! —Hizo una pausa, luego no pudo evitar añadir—. Deduzco que no conseguiste recordar nada útil...

—Hubo algo... —Miró al infinito unos segundos—. No tiene sentido, pero tenía que advertirte.

—¿De qué?

Carver hizo un esfuerzo por recordarlo, pero, al final, se rindió, frustrado.

—No lo sé... de algo.

—¿No podrías concretar un poco?

La cara de angustia que él puso la hizo lamentar su frivolidad.

—Perdona, Ruth. Lo he intentado, pero... —dijo, limpiándose la cara con una mano inestable.

Odiaba verlo tan débil.

—Vale, tomo nota, estaré alerta —lo tranquilizó ella—. Si recuerdas algo más, llámame, ¿de acuerdo?

Carver inspiró hondo varias veces y dijo con toda la calma de que fue capaz:

—Estabas a punto de contarme lo del arma.

—Bueno, pero no te pongas nervioso —dijo ella—. Es de Adela.

Él no contestó inmediatamente.

—¿Estás segura? —preguntó entonces.

—Completamente —respondió ella—. El número de serie coincide.

—Coinci... —Se le salían los ojos de las órbitas—. ¿No me digas que has consultado la base de datos de la Policía Nacional?

—No nací ayer, Greg. Adela se había inscrito en un club de tiro. Y lo más interesante de todo es que un tipo de allí piensa que tenía problemas con un ex.

—¿Cómo es que Jansen no lo sabe? —preguntó Carver.

—Adela se estuvo escondiendo en un apartamento vacío durante meses —dijo Ruth—. El portero ni siquiera sabía que vivía allí. —Ladeó la cabeza—. De hecho, si lo piensas, todas esas noches que pasó en hoteles de la ciudad, no estaba en casa.

—Ya te he dicho que yo solo la vi media docena de veces —replicó él, a la defensiva.

—Puede, pero no eras el único —le respondió ella con sequedad—. Estaba el alcalde, el otro hombre del móvil de prepago, y yo diría sin temor a equivocarme que se estaba cepillando, por lo menos, a dos de los tíos del club de tiro.

El inspector parecía algo conmocionado.

—No te lo tomes tan mal, Greg —le dijo ella—. Por lo visto, no dejaba que nadie se le acercara demasiado.

—Claro que sí, por eso tuvo que esconderse durante meses —replicó él.

—Esa es la hipótesis que estoy barajando —dijo ella, aliviada de verlo recuperar un poco el color.

—He visto que han detenido a Hill.

—Lo cierto es que Jansen le dio la oportunidad de que se pasara por comisaría a mantener una charla amistosa con él, pero no quiso. Bonita forma de ser responsable y colaborar facilitando información a la policía. Pero estaba en el extranjero con su familia en Navidad y Año Nuevo, así que lo han soltado.

—¿Y cuál es tu teoría?

—El amigo de Adela, del club de tiro, me ha dado un nombre: Chris. Pero eso es todo lo que sabía.

—No hay mucho de donde tirar.

—Ya sabemos que Adela dejó un empleo muy bien pagado y se hizo autónoma en junio, lo que parece indicar que tuvo un lío en el trabajo que no salió bien. El que dejara el trabajo, vendiera la casa y se mudara a uno de sus inmuebles en alquiler por la misma fecha es casi una prueba irrefutable. —Él hizo una mueca de dolor y ella se disculpó—. Si Adela hubiera presentado una denuncia, el equipo de Jansen lo sabría y, como mínimo, habrían detenido a ese tal Chris para interrogarlo, pero, que yo sepa, de momento, solo han interrogado a dos: a ti y al alcalde.

Él asintió con la cabeza.

—No puso una denuncia.

—Eso pienso yo. El problema es que no se lo puedo contar al equipo de Jansen sin tener que responder un montón de preguntas incómodas. Así que tendré que hacer las preguntas yo.

—Eso no es buena idea, Ruth —dijo Carver—. A la larga, tendrás que contestar a muchísimas más preguntas incómodas.

—Por eso Dios inventó LinkedIn —replicó ella con una sonrisa—. El perfil de Adela es extenso, aunque solo permitía que contactaran con ella por mensaje privado, supongo que para mantener a raya al pesado de su ex. Según su historia laboral, su último empleo fue en la oficina de Liverpool de LC&K Assets, una empresa de gestión de activos con sede en Londres. He estado mirando su página web y he encontrado a este guaperas sonriente en la sección Quiénes somos.

Le pasó su móvil a Carver y él leyó el nombre de debajo de la fotografía.

—Chris Barrington...

Ruth lo vio hurgando en su memoria, esforzándose por recordar la cara.

—No te suena.

—Me parece que no. —Miró la pantalla del móvil—. Lo siento. Ojalá pudiera ser de más ayuda.

—Bueno, tenía que intentarlo.

—Pero ¿tú crees que merece la pena investigar a Barrington?

—En los noventa, al señor Barrington lo llevó a los tribunales una de sus empleadas por acoso sexual —dijo Ruth—. Hizo desaparecer el problema con un acuerdo extrajudicial no revelado.

—No es lo mismo el acoso sexual que el acoso con asesinato.

—Según qué clase de acoso sexual fuera, ¿no? Y algunos hombres sí que dan el salto. En cualquier caso, no pasa nada por indagar un poco.

—¿Estás pensando en ir a verlo? —La angustia volvió a encenderse como una vela en sus ojos—. Ve con alguien —le dijo.

—Tanto Parsons como Jansen me han advertido que no interfiera; no me queda nadie a quien decírselo.

—Ruth...

Ella se miró el reloj.

—Tengo que irme a comisaría para la reunión matinal, luego voy a interrogar a Gaines con el inspector Parsons, pero me quedará tiempo para escaparme una hora a hablar con el señor Barrington y volver a la oficina antes de que me echen de menos.

—¿Quién es Gaines? —preguntó él.

—El doctor Gaines, un antropólogo al que estamos consultando —dijo ella, procurando sonar despreocupada y maldiciéndose por haberlo soltado.

—¿Y por qué dices que lo vais a interrogar?

Igual estaba débil, pero no se le escapaba nada.

—Tengo que irme —se excusó ella, dirigiéndose a la puerta.

—¿Qué me estás ocultando?

—Todo, ¿vale? Ya no es tu caso.

Carver miró el aire que la rodeaba como si se centrara en una mota de polvo.

—Hay algo raro en ese antropólogo, ¿verdad?

—Sus credenciales son buenas.

Él soltó una carcajada ahogada.

—Te acabas de iluminar, Ruth.

—¿Que me he qué...?

—De color verde bilis fosforescente; contigo es el color de las mentiras.

—Qué atractiva... Sabes que vamos a tener que hablar de todo esto de las auras en algún momento... —le dijo—. Pero, vale, Gaines es un bicho raro con un ego inmenso y un talento especial para estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. Voy a hablar con él de eso... y de algunas cosas más. Parsons va a hacer de árbitro. ¿Satisfecho?

—Ni mucho menos —repuso él—. Pero no puedo hacer nada al respecto, aquí atrapado, ¿no?

—Nada en absoluto.

—Bueno, ¿podemos por lo menos intercambiar números de móvil?

—Pensaba que aquí no te dejaban tener móvil...

Además, Ruth sabía que a Carver lo habían incautado de su móvil como prueba.

El inspector sonrió un poco.

—Exención especial... Alguien me ha traído uno de prepago.

Ella accedió: debía de ser un infierno para él tener que estar allí sentado sin hacer nada.

Le dio el número y Ruth le mandó un mensaje: «Deja de preocuparte».

Eso le hizo sonreír.

Casi había cruzado la puerta cuando Carver la llamó. Se habría hecho la loca, pero la posibilidad de que se levantara de la cama y se cayera de bruces la hizo volverse.

—¿Qué? —dijo.

—El asunto ese de Barrington... Que tengas cuidado.

—No me pasará nada —contestó ella y, desabrochándose la cazadora, le enseñó la porra Casco que llevaba sujeta al cinturón del pantalón—. Y, si no, ya sabes adónde mandar a la caballería.

Terminada la reunión matinal, Ruth se dejó una segunda cazadora colgada del respaldo de la silla de la oficina y se escapó de la sala de investigación. Cuando bajaba por la escalera de incendios, le sonó el móvil. Era el doctor Yi, el psicólogo forense que había recomendado a Gaines para la investigación.

—Perdone que haya tardado tanto en llamarla —dijo—. ¿Necesita información sobre Lyall Gaines?

—Solo su impresión general de él —contestó Ruth.

—No lo conozco personalmente —dijo Yi—, pero es respetado en su campo y tiene un sólido historial de publicaciones. Cuando me manifestó su interés en el caso, pensé ¿por qué no? Parecía conocerlo muy bien y mostró mucho entusiasmo.

Ruth descendió más despacio las escaleras.

—Entonces, ¿lo abordó usted a él o él a usted?

—Hice un sondeo en los departamentos de ciencias sociales y antropología, aunque, ahora que lo pienso, él no estaba en la lista original, pero llamó para pedir que consideraran su candidatura. —Hizo una pausa—. ¿Hay algún problema, sargento?

—Si le soy sincera, doctor, no lo sé —contestó Ruth—. Luego hablaré con él... ¿Puedo llamarlo si me surge alguna inquietud?

Yi prometió que haría todo lo que estuviese en su mano para ayudar y ella colgó. Una pregunta más que hacerle a Gaines cuando lo interrogara.

Recorrió a pie el kilómetro escaso que la separaba del antiguo lugar de trabajo de Adela Faraday. La oficina de Liverpool de LC&K Assets se encontraba en un bloque completamente nuevo, cerca de Mann Island. Con el espléndido edificio Port of Liverpool y los Liver Buildings de vecinos, era un espacio comercial de primera.

El edificio estaba vestido de cristal y granito negro, con lo que, por fuera, parecía un tablero de ajedrez. Una doble puerta automática de cristal se abrió con un discreto suspiro y una recepcionista trajeada saludó a Ruth con la justa proporción de simpatía y profesionalidad. Ruth le enseñó su acreditación y pidió hablar con el señor Barrington.

La recepcionista cogió el teléfono y, al poco, le dijo con una sonrisa que el asistente personal del señor Barrington bajaría en unos minutos, y le pidió amablemente que firmase el registro. Completadas las formalidades y con el pase de visitante cogido a la solapa, Ruth se volvió hacia los ascensores mientras le vibraba el móvil en el bolsillo. Miró la pantalla: era Greg Carver. Un segundo después, se abrieron las puertas del ascensor y salió un hombre.

—Señorita Lake —dijo.

—Sargento Lake —lo corrigió ella, y detectó cierta alarma en su mirada.

—Disculpe —respondió él, con esa falsa amabilidad de que se sirven los hombres cuando piensan que eres una borde, pero no se atreven a decírtelo.

Rechazó la llamada de Carver y siguió al asistente personal al ascensor. Para subir a la cuarta planta, era necesaria una tarjeta de acceso y él acercó la suya al lector de proximidad, luego se volvió y se situó al lado de ella. No paró quieto mientras subían: se recolocó la tarjeta en la cinta con la que la llevaba colgada al cuello, se la metió por debajo de la chaqueta, se tiró del bajo de la chaqueta, por delante y por detrás, y se estiró la corbata. Se abrieron las puertas del ascensor y la condujo por un segundo juego de puertas de vidrio tintado a la oficina principal.

El despacho del señor Barrington era una sección aislada al fondo de un espacio diáfano. Se levantó y rodeó su escritorio para saludarla. Era un hombre grande, cuyo traje a medida bien diseñado ocultaba un sobrepeso de por lo menos treinta kilos, de pelo cano e intensos ojos azules y que llevaba un reloj de oro que probablemente costaba más de lo que Ruth ganaba en seis meses.

—Sargento Lake —dijo con entonación descendente, y le ofreció la mano como se la ofrecería a un pariente que acabase de perder a un ser querido. Una mano caliente y suave, y mullida, como todo él.

Ella se la estrechó, con fuerza, mirándolo a los ojos, y vio que estos se fruncían ligeramente y que las comisuras de sus labios descendían de forma casi imperceptible.

El señor Barrington le soltó la mano antes que ella.

—¿Café, sargento? —dijo—. ¿Agua, quizá?

—No —contestó ella—. Gracias.

Le hizo una seña a su asistente y el hombre, más joven, salió y cerró la puerta.

Barrington le ofreció asiento en un sillón que había en el rincón. En circunstancias normales, Ruth habría optado por lo que estuviera más cerca de la puerta, pero él ya estaba receloso y, si aquello contribuía a que se relajara, podía hacerle la concesión. Él se sentó al lado y se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en las rodillas, las manos ligeramente cogidas delante.

—Me imagino que ha venido por la pobre Adela...

—Así es —contestó Ruth, mirando hacia el escritorio del asistente personal, al otro lado del tabique de cristal; toqueteaba los papeles como se toqueteaba la ropa, enderezándolos y recolocándolos, sin conseguir, aparentemente, gran cosa.

—Hablé con uno de sus agentes hace varios días —dijo Barrington—. No sé qué más puedo contarles.

Debió de ser alguien del equipo de Jansen. Ruth levantó la barbilla, confirmando el hecho como si estuviese al tanto del anterior interrogatorio.

—Disponemos de nueva información y confiaba en que usted pudiera aclararme algunas cosas, señor —dijo ella.

—Desde luego. Si puedo... Teniendo en cuenta que Adela dejó la empresa hace unos siete meses... —dijo, separando las manos como en un gesto de impotencia.

—Esto se refiere a algo que, de hecho, ocurrió hace siete meses, señor —le dijo Ruth, y observó su reacción.

Movió las manos y creyó que iba a juntarlas otra vez, pero cambió de postura y las apoyó en los brazos del sillón. Separó un poco los pies e incluso deslizó uno hacia fuera, de forma que casi tocaba el sillón de ella. Como se sobrepasara, iba a ir a por él.

La típica aserción agresiva.

Barrington no dijo nada, esperó a que ella diera el siguiente paso.

—Un testigo ha declarado que le parecía que a Adela la acosaban.

—¿En serio? ¿Cómo se puede tener una impresión así?

—Confiaba en que usted me lo dijera, señor. El testigo señala que podría ser un exnovio.

—Me temo que yo no estaba al tanto de la vida privada de la señorita Faraday.

Observó que se había distanciado de Adela y había empezado a llamarla por su apellido, y que tenía la barbilla apoyada en el puño cerrado, con el índice por encima del labio superior, para disimular la mentira.

«Ah, que erais amantes, vale.»

—Ella le dio al testigo el nombre de su persecutor —dijo Ruth. La tensión del cuerpo de Barrington se extendió de los músculos del cuello a los brazos y a los músculos de los muslos. La sargento lo observó, lista para actuar si de pronto él atacaba—. Se llamaba Chris —añadió.

Barrington se levantó bruscamente y ella se preparó.

El ejecutivo le hizo una seña a su asistente y este se levantó como un rayo, estampando la silla contra la mesa, con el consiguiente estrépito.

—Acompañe a la sargento Lake a la calle —dijo Barrington cuando el joven asomó la cabeza por la puerta.

Barrington no la miró y Ruth reparó en la cara de pánico del asistente al ver

que ella no se movía del asiento. Si así era como acobardaba ese tipo a sus empleados varones, imaginaba lo intimidada que podría llegar a sentirse una mujer.

—Aún no le he hecho la pregunta —dijo ella, levantándose despacio, de forma que, cuando él se volvió, se miraron a los ojos.

—La pregunta —dijo él, apretando mucho la mandíbula— estaba implícita en la afirmación, que no me ha gustado nada.

—Ya lo he visto —replicó Ruth, amablemente.

Barrington se puso de un rojo encendido.

—Si tiene alguna otra pregunta sobre ese «Chris» inexistente o sobre la señorita Faraday, puede hacérmelas en presencia de mi abogado —dijo.

Ruth lo miró y se dijo: «Claro que voy a tener más preguntas que hacerte, Chris Barrington». No tenía intención de rodearlo, así que esperó y, al cabo de unos minutos, el ejecutivo, al parecer menos furioso, se retiró a su mesa.

La sargento se dirigió a la puerta de la oficina en silencio, seguida de cerca por el asistente, que desprendía una energía nerviosa chisporroteante, como electricidad estática. Al llegar al ascensor, se puso a su lado y jugó con las monedas que llevaba en los bolsillos.

—No ha ido muy bien, ¿verdad? —dijo Ruth, mirándolo de reojo.

El joven carraspeó y tragó saliva despacio, pero no contestó.

El ascensor tardaba en llegar y la sargento aprovechó.

—¿Tuvo Adela problemas con el señor Barrington? —El asistente dejó de respirar y ella miró por encima del hombro—. Tranquilo, nadie nos ve desde aquí.

Él se ruborizó.

—No puedo hacer comentarios, de verdad —dijo.

El asistente tendría cerca de treinta años, era atractivo, para quien le gustaran aññados, y, por cómo llenaba el traje, no le habría sorprendido que fuera al gimnasio. Pero tenía la mirada vidriosa, huidiza, y los dedos en constante agitación, siempre estirándose, recolocándose y ajustándose la ropa.

—No olvide dejar el pase de visitante en recepción —le dijo, cuando por fin se abrieron las puertas del ascensor.

—¿No baja a acompañarme? —preguntó ella.

—Pulse el «cero». No hace falta tarjeta para salir.

Ella se encogió de hombros y se buscó en el bolsillo una tarjeta de visita.

—Por si quiere hablar —le dijo.

Él no quiso cogerla, así que se la metió en el bolsillo de la pechera. El joven se estremeció como si le hubiera hundido los dedos en las costillas.

El pobre estaba muy tocado.

Le sonó el móvil y lo miró en cuanto entró en el ascensor. Carver otra vez; sus lesiones lo habían convertido en una abuela. Mientras la voz grabada del ascensor entonaba «Cerrando puertas, bajando», el asistente personal mantuvo el tipo frente a ella, apretando con fuerza la mandíbula, como si temiera que se le escapara algo, pero sus dedos, traidores e inquietos, hablaban con elocuencia. Se estiró las solapas y tiró de la tarjeta de identificación, atrapada indecorosamente entre la chaqueta y la corbata. Ruth le echó un vistazo, leyó el nombre: Chris Lomax.

«Chris.»

Empezó a cerrarse el ascensor y Ruth puso la mano en el sensor para evitarlo. Las puertas vibraron y volvieron a abrirse y ella se dispuso a salir.

Él la empujó con ambas manos por el pecho y la lanzó al fondo de la cabina; el impacto hizo que le retumbara la cabeza. Luego le asestó un puñetazo en un oído y ella se dobló de dolor. Conteniendo las náuseas, se llevó la mano a la porra mientras caía. Él le amarró la mano al costado, pulsó uno de los botones del ascensor y le dio otro puñetazo. De pronto, un destello y una punzada de dolor por encima del ojo izquierdo, y luego ya no sintió nada.

Poco después de mediodía, Greg Carver llamó a la centralita de la comisaría y pidió que le pasaran con el inspector Parsons.

—Inspector jefe... —contestó Parsons, y Carver detectó cierto hastío en su voz.

—Esto le va a parecer raro —dijo Carver—, pero ¿está bien la sargento Lake? Se hizo el silencio y supo que no era buena señal.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque no contesta al móvil, ni al fijo de su casa, ni al de la oficina, y estoy preocupado.

—¿Tiene algún motivo para estar «preocupado»? —preguntó Parsons.

Carver ya había tratado con él antes y sabía que era un mojigato, así que se esforzó por mantener la calma y ser razonable.

—¿Está en su mesa? —Más silencio—. ¿Ha vuelto a tiempo para el interrogatorio? —inquirió, aunque ya intuía, temía, la respuesta.

—¿Cómo sabe eso? —dijo Parsons con sequedad—. ¿Ha estado comentando el caso con usted?

—Por Dios, ¿por qué no se saca el palo del culo y me escucha? Llevo toda la mañana llamándola, pero no consigo localizarla, y creo que está en peligro.

—El doctor Gaines ha llamado para posponer el interrogatorio, pero, de no haber sido así, Lake habría llegado tarde.

—¿Ha probado a llamarla al móvil?

—No contesta —reconoció Parsons.

—Llame a Chris Barrington, director del área noroeste de LC&K Assets. Ruth ha ido a hablar con él después de la reunión matinal. Y, no, no ha estado hablando conmigo del caso, pero pensaba que Barrington podía saber algo del asesinato de Adela Faraday.

Carver lo oyó maldecir por lo bajo.

—Enviaré a alguien inmediatamente —dijo Parsons, y a Carver lo sorprendió su proactividad—. Y pediré que rastreen su teléfono.

—Espere —le pidió Carver—. Prométame que me llamará; necesito saber que está bien.

Parsons titubeó.

—De acuerdo —respondió después de unos segundos angustiosos—, lo llamaré en cuanto sepa algo.

Carver esperó cincuenta minutos la llamada, negándose a comer y a beber, sentado en el sillón con el teléfono no autorizado en la mano, entre paseos nerviosos, mirando fijamente la pantalla, impaciente por que se iluminara. Se levantó y miró por la ventana, confiando en ver a Ruth cruzar el descuidado césped, camino de la habitación para contarle lo que había averiguado por Barrington. Le mandó un mensaje. Probó a llamarla a casa otra vez. Incluso se le pasó por la cabeza llamar a Barrington, pero la idea le pareció terrible y la descartó.

Miró por enésima vez y vio al inspector Parsons enfilando a toda prisa el camino hacia la entrada principal de la unidad. Lo seguía el inspector Jansen, acompañado de un hombre más joven que le resultaba familiar.

Se notó de pronto falta de fuerzas y se dejó caer en la cama.

Oyó un alboroto en el pasillo, la voz de una enfermera alzándose por encima de las de Jansen y Parsons, y la puerta de su habitación se abrió de golpe. Carver se puso en pie con dificultad y se volvió hacia Jansen.

—¿A qué coño ha estado jugando?

Una luz azul claro envolvía su rostro como si fuera el fuego de San Telmo.

Parsons se plantó delante con las manos en alto, las palmas hacia abajo, intentando tranquilizarlo.

—Así no adelantamos nada. Inspector Carver, necesitamos saber qué le ha contado Ruth. ¿Por qué quería interrogar al señor Barrington?

—¿Sería alguno de los dos tan amable de contarme lo que ha pasado?

—Ruth ha desaparecido —dijo Parsons.

—¿Barrington?

—Barrington está bajo custodia. Cuéntenos todo lo que ella le haya dicho.

Carver sintió frío y náuseas. Inspiró hondo. Detestaba aquella debilidad, su incapacidad para hacer nada.

—Me ha dicho que había encontrado a un testigo que aseguraba que a Adela la acosaba un tipo llamado Chris... —Los dos inspectores de mayor rango se miraron—. Ha sido Barrington, ¿verdad? —dijo—. Le ha hecho algo a Ruth.

—¿Qué más le ha contado ella?

—Nada.

—Nos oculta algo —dijo Jansen.

—No —repuso Carver, pero sabía que ella le había contado algo más. Si

pudiera...

—¿Quiere que la maten? —le gritó Jansen.

A Carver le iba el corazón a mil; los gritos que le inundaban la cabeza le impedían pensar.

Luego se le paró. Durante dos segundos, el martilleo del pecho se detuvo por completo, después notó una fuerte subida de tensión, como si se le hubiera desobstruido una arteria.

—No... un momento. Me ha contado que Adela era socia de un club de tiro. De ahí ha sacado la información. Adela le dijo a alguien del club que la acosaban, que la perseguían, no sé... Pero el tipo que la estaba molestando se llamaba Chris.

—¿Cómo se llama el club? —quiso saber Jansen—. ¿Y el informante?

Carver meneó la cabeza.

—Lo siento, no ha querido decírmelo.

Jansen lo miró con desprecio.

—Es usted una vergüenza para el cuerpo. Y ella también.

Carver se apoyó en la ventana y se agarró con fuerza al alféizar porque sabía que, si se soltaba, se desplomaría.

—Puede ser —respondió él haciendo un esfuerzo—. Pero que les quede clara una cosa: lo único que ha hecho la sargento Lake es averiguar qué pasó en realidad.

Jansen dio media vuelta.

—Agente Ivey, vigílelo —le dijo, señalando a Carver sin mirarlo.

Luego salió por la puerta; Parsons lo siguió de cerca.

El inspector se trasladó al sillón, agarrándose a los muebles para no caerse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el joven—. ¿Llamo a la enfermera?

Él negó con la cabeza.

—Me vendría bien un poco de agua.

Ivey le sirvió un vaso de agua tibia de la jarra que tenía en la mesilla y se apartó, respetuoso.

Carver, que se sintió mejor después de un par de sorbos, estudió al joven detective. La piel clara, el pelo rojizo, la mirada intensa, penetrante. De pronto, recordó.

—Agente Ivey... Tú estabas con el inspector Jansen cuando vino a interrogarme la primera vez.

El joven se puso firme.

—Sí, señor.

—¿Sabes lo que ha pasado, Ivey?

Vio un fulgor de emoción, pero el agente respondió en voz baja:

—Nadie lo sabe, señor.

—Pero tú sabes algo.

El joven detective se miró fijamente los pies y Carver vio que un remolino de colores le rodeaba la cabeza y el pecho.

—Tú la aprecias.

—Todos la apreciamos.

—Pero tú la conoces. Lo veo en... —Cambió lo que estaba a punto de decir—. En tu reacción. Sabes que Ruth Lake es una buena persona, una excelente profesional. —Ivey asintió con la cabeza—. ¿No quieres ayudar a encontrarla? —No le hacía falta verle al aura para saber lo mucho que lo deseaba—. Pues cuéntame lo que sabes.

—Ha ido a LC&K Assets, como ha dicho usted —empezó Ivey a regañadientes—. Chris Barrington dice que ha hablado un rato con ella y luego su asistente personal la ha acompañado a la salida.

—¿Puede corroborarlo alguien?

—Los empleados con los que hemos hablado dicen que solo ha estado allí unos minutos, luego la han visto abandonar la oficina en compañía del asistente de Barrington, pero no ha firmado el registro de salida en recepción.

—¿Qué dice el asistente? —Ivey se recolocó, nervioso—. Agente Ivey...

—También ha desaparecido —contestó.

—¿Él! Se llama Chris, ¿verdad?

El joven detective asintió brevemente.

De pronto, Carver notó como que le faltaba el suelo y cerró los ojos.

—Joder, Ruth...

—No tiene antecedentes penales, no está fichado, así que, a lo mejor, han...

—¿Qué? —dijo Carver—. ¿Se han ido a tomar un café y a charlar un rato?

—Iba a decir que... —Ivey se mordió el labio—. Da igual lo que iba a decir.

Carver procesaba despacio los pensamientos, como si cada paquete de información tuviera que redirigirse para evitar las zonas de su cerebro afectadas por el durísimo ejercicio mental que había hecho con la psicóloga el día anterior. De pronto, lo asaltó una realidad: podía interrogarlo alguien de igual o mayor rango, pero eso no explicaba que tanto Jansen como Parsons se hubieran plantado en el hospital.

—Hay algo más, ¿verdad? —le preguntó a Ivey. Un halo de color verde envolvió la silueta de Ivey—. Ten compasión, tío, ¡es mi amiga!

El halo verde llameó y se volvió azul eléctrico, como si Ivey hubiera perdido por un segundo el control de todo el dolor contenido. Se frotó la barbilla y asintió, dos veces, y dio la impresión de haber resuelto algún dilema interno.

—De acuerdo —dijo—. Tiene derecho a saberlo. Lo siento, señor, pero...

había sangre en el ascensor. —Carver se pasó una mano por la cara—. Han cerrado por completo el edificio —añadió enseguida—. Los está asesorando un experto en registros policiales.

Carver meneó la cabeza.

—Me da igual lo experto que sea el asesor. Están perdiendo el tiempo. Ese tipo ya se ha largado. Y se ha llevado a Ruth.

—Es posible —reconoció Ivey—, pero los nuestros tienen todos los ángulos cubiertos; todos los efectivos disponibles la están buscando... los están buscando, señor, a los dos. Hay agentes consultando el sistema de lectura automática de matrículas, se ha emitido una orden de busca y captura de Chris Lomax y, cuando salíamos de la comisaría, un furgón iba camino de su casa. Si está allí, la encontrarán.

—¿Y su móvil?

—Apagado, o destruido —contestó el joven detective, angustiado.

Le sonó el suyo y el agente dio un respingo como si lo hubiera sacudido una corriente de cuarenta mil voltios. Se lo sacó del bolsillo y, con las prisas, faltó poco para que se le cayera al suelo.

Carver lo vio pasar de la angustia a la confusión y la desesperación. Ivey terminó de hablar y lo miró compungido.

—Han encontrado a Lomax en su coche; el vehículo estaba abandonado en las inmediaciones de la comisaría de Merseyside.

—¿Ruth estaba con él? ¿Se encuentra bien?

Ivey negó con la cabeza.

—Lomax estaba encerrado en el maletero... Lesiones cerebrales graves... Ha muerto allí mismo.

—¿Y Ruth? —volvió a preguntar.

—Su móvil estaba en el maletero, destrozado. Y...

Miró a Carver como si no pudiera creer lo que le acababan de contar.

—¿Qué!

—Han encontrado un revólver del 22 en la guantera.

El agente Ivey salió del hospital poco después de recibir la llamada, con lo que Carver solo podía informarse con el canal BBC News 24. Miraba con atención el televisor, por miedo a perderse algo si pestañeaba. En las últimas imágenes, se veía a un reportero hablando al borde de un cordón policial. A lo lejos, podía distinguirse el edificio de color terroso de la comisaría de Merseyside, pero, mientras la cámara enfocaba al periodista, pudo verse un Audi A3 gris con un precinto blanco de CRIMINALÍSTICA en la parte posterior.

Carver reconoció al reportero, uno de los habituales de BBC News en el noroeste. Miró a la cámara y comprobó que llevaba bien puesto el pinganillo antes de empezar a informar.

—A las 14.45 de esta tarde, se ha encontrado en el maletero de este vehículo el cadáver de un joven de veintiocho años —dijo, señalando el coche que tenía a la espalda—. La policía ha identificado al individuo como Christopher Lomax. Se le buscaba para interrogarlo en relación con la desaparición de la sargento Ruth Lake, a la que se había visto por última vez con el señor Lomax en las oficinas de LC&K Assets, a escasa distancia de aquí.

—Andy —terció el presentador del estudio—, la sargento Lake es una de los oficiales del equipo que está investigando los crímenes del llamado «asesino de las espinas», en Liverpool.

—Así es —contestó el reportero—, aunque, curiosamente, la policía declara que no cree que la desaparición de la sargento Lake esté relacionada con la investigación de ese caso, sino más bien con el asesinato de una empresaria local y el asalto a otro detective de Liverpool, al que dispararon en Navidades. El inspector jefe Simon Jansen, que dirige la investigación del asesinato de Adela Faraday, ha hecho unas breves declaraciones hace unos minutos.

Bajó el micro y el realizador pasó a mostrar el interior de una de las salas de reuniones de la comisaría de Canning Place. Los inspectores Jansen y Parsons estaban sentados a una mesa. En pantalla, a su espalda, el logo de la Policía de Merseyside.

Delante de ellos, se había dispuesto un ramillete de al menos veinte micrófonos y, mientras Jansen empezaba a hablar, se dispararon los *flashes*.

—A las nueve y media de esta mañana, la sargento Lake hablaba con el director de las oficinas de LC&K Assets —dijo—. Se la vio por última vez abandonando las oficinas en compañía de este hombre, Christopher Lomax. —Apareció en pantalla una imagen del joven de aspecto combativo, vestido con traje y corbata. Los fotógrafos se volvieron locos y los *flashes* iluminaron la sala por unos segundos. Cuando cesó la actividad, Jansen prosiguió—: No tenemos conocimiento de lo ocurrido después de eso, pero hay razones para creer que la sargento Lake pudiera estar herida.

«La sangre del ascensor.»

Apareció en pantalla una fotografía de Ruth, y Carver notó que le faltaba el aire.

—Pedimos a todos los ciudadanos que estén alerta por si ven a la sargento Lake —dijo Jansen, haciendo otra pausa hasta que cesaron los *flashes*—. Si eso ocurre, por favor, llamen al teléfono habilitado con ese fin. —Facilitó el número, que, además, apareció sobreimpreso en pantalla—. Insistimos en que la sargento podría estar desorientada, de modo que procedan con cautela. Llamen a este número y esperen a que lleguen la policía y los servicios de emergencias.

¿Qué demonios insinuaba, que Ruth había atizado en la cabeza a Lomax y lo había metido en el maletero de su coche?

Los periodistas bombardearon a Jansen con sus preguntas y, mientras este esperaba a que se calmaran un poco, a Carver se le iluminó el móvil.

Número oculto.

Deslizó el dedo por la pantalla para contestar.

—¿Te vale con esto para volver al juego?

Lo recorrió un escalofrío. Quien lo llamaba estaba usando un modulador de voz, pero no le cupo duda de que hablaba con el asesino de las espinas, y que tenía a Ruth.

—¿Qué quieres? —preguntó el inspector. Esas primeras palabras carecían de fuerza, así que se armó de valor antes de volver a hablar—: ¿Me quieres a mí? —dijo con dureza—. Pues aquí me tienes, pero déjala marchar.

Una risa suave.

—Pensé que había quedado claro. No te quiero a ti, quiero tu atención. ¿La tengo?

—Al cien por cien.

—Me alegra que hayas vuelto.

—Ahora déjala marc...

Oyó el tono de llamada cortada antes de que le diera tiempo a acabar la palabra.

Se puso de pie, alargó la mano para pulsar el timbre de la mesilla, calculó mal

y tiró al suelo el vaso de plástico, la jarra de agua y el mando de la tele.

El estrépito hizo que apareciera enseguida una enfermera.

—Tengo que irme —dijo él.

—No diga bobadas, no está en condiciones de irse a ninguna parte, salvo a la cama.

—Me marchó —insistió él—, le guste o no.

La enfermera intentó volver a sentarlo en el sillón, pero él se zafó de ella. Asomó a la puerta una segunda enfermera y la otra le gritó por encima del hombro.

—Ve a buscar al médico de planta... Y puede que necesitemos también al neurólogo, creo que está teniendo un ataque...

—No estoy teniendo ningún ataque —espetó él—. Me quiero ir, nada más.

La mujer dejó de intentar sentarlo, pero abrió los brazos en cruz y empezó a moverse a un lado y a otro para impedirle el paso, acorralándolo.

—¿Puedo ayudar?

Detrás de la enfermera, Carver vio a la doctora Pendinning, contemplando con aparente sorpresa el destrozo del suelo y a la mujer intentando controlar al paciente.

—A ver si consigue que entre en razón —le dijo la enfermera, sin volverse.

—De acuerdo. ¿Quiere que lo intente?

La psicóloga se quedó donde estaba, una presencia serena y tranquila en medio de todo aquel caos, y Carver se sintió un poco avergonzado; también la enfermera, por lo visto, porque bajó los brazos y se estiró el uniforme.

Carver, de pronto agotado, retrocedió tambaleándose hasta la ventana y se apoyó en el alféizar para no caerse.

—No sé qué demonios le ha pasado —espetó la enfermera.

—Supongo que habrá estado viendo las noticias —contestó Pendinning, mirando al televisor.

La enfermera miró también e hizo un gesto de disculpa. Lo apagó y, tras hablar en voz baja con la psicóloga, salió y se llevó consigo el mando de la tele.

Carver clavó los ojos en la pantalla del móvil.

—Usted no puede hacer nada, Greg —le dijo ella, compasiva pero razonable.

—Saberlo no me alivia en absoluto.

—Lo sé. —Pendinning esperó, y esa pausa, el que se tomara un tiempo para meditar lo que él había dicho, le hizo sentir que de verdad lo entendía. Por fin, habló—. ¿Qué cree que debería hacer?

—Salir de aquí, ir a buscarla.

—¿Cree que eso serviría de algo?

Él cerró los ojos, exhaló un largo suspiro.

—No.

—Entonces...

La miró a la cara. La última vez que la había visto, Pendinning parecía cansada, pero ahora había un leve rubor en sus mejillas que le hizo preguntarse si no la habría perturbado su conducta más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Como siempre, llevaba el pelo recogido en una coleta, pero la chispa de su mirada había desaparecido.

—Hay montones de personas buscándola —dijo la psicóloga—. Si anda vagando por las calles, la encontrarán.

—Pues por eso —dijo Carver—. Yo no creo que Ruth haya podido con Lomax y ande «vagando por las calles».

La vio verdaderamente intrigada.

—¿Y qué cree que ha pasado?

—La tiene el asesino de las espinas.

Lo dijo con rotundidad y la sola aseveración lo debilitó.

Ella tomó aliento.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque acabo de hablar con él —dijo, apretando la mandíbula para que no le temblara.

—¡Madre mía...! —exclamó Pendinning—. Tiene que contárselo a alguien.

No se le había ocurrido. «¿Qué demonios te pasa?» Toqueteando con torpeza el móvil, llamó a la centralita de Canning Place y le pusieron con Parsons.

—Será una broma pesada —le dijo—. Tiene que serlo.

—No —dijo Carver.

—El teléfono de ayuda está saturado.

—Me ha llamado a mi móvil nuevo. Hace menos de un día que lo tengo. ¿Cómo iba a...?

—De acuerdo —dijo el inspector jefe—. Deme el número, voy a pedir que alguien compruebe la procedencia de la llamada y lo vuelvo a llamar.

—Gracias —contestó Carver con un suspiro, y colgó.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó la psicóloga, que no había dejado de mirarlo mientras hablaba.

Sin saber por qué, recordó de pronto el experimento de la entrevista cognitiva del día anterior. Lo que sabía de la noche en que le habían disparado estaba demasiado enterrado en su subconsciente.

—Ayúdeme a salir de aquí —le pidió.

Oscuridad. Una quietud en el aire que le resulta familiar, extrañamente reconfortante. Un tufo a telarañas polvorientas y a bosques otoñales le produce a Ruth un bienestar y una paz que no había vuelto a sentir desde hacía casi veinte años. Se da cuenta de que está en el «santuario» de su abuelo, el escondite secreto del anciano en un vecindario tan atestado y asfixiante que el hombre solía bromear con que uno no podía ni tener un pensamiento íntimo sin pedirle a alguien que ahuecara para hacerle sitio.

La casa de sus abuelos está en un maltrecho adosado victoriano de dos plantas y dos estancias por planta, con tejado de pizarra a dos aguas de escasa pendiente. Agazapada a la sombra del estadio de fútbol, el Goodinson Park, es estrecha y muy pequeña, y huele un poco a humedad. La puerta principal se abre a un porche minúsculo y una cortina de terciopelo rojo separa el salón de la calle. Cada vez que entra en esa casa, Ruth siente que, al levantar la cortina, se adentrará en una historia singular y maravillosa. A veces, si el abuelo está hablador, las historias se suceden y ella nunca se cansa de escuchar sus relatos de aventuras.

«Pero desde eso han pasado muchos años —se dice—. El abuelo murió hace tiempo. Debo de estar dormida, soñando. Tengo que despertar.»

Durante unos segundos, persiste la sensación de bienestar y confort, luego oye un ruido. Un paso.

Alguien se mueve a su alrededor, en la oscuridad.

«Tienes que enfrentarte a esto.» Pero no puede moverse, ni siquiera puede abrir los ojos.

Recuerda el ascensor. Al asistente personal de Barrington atacándola. Ve a Lomax prepararse para darle un segundo puñetazo. La luz se fragmenta y él le estampa el puño en la cara, produciéndole dolorosos pinchazos en el cerebro. Luego el tufo a gasolina y a gases de escape. A Lomax metiéndola a la fuerza en el maletero de un coche. El corazón le va tan rápido que le duele. Lo agarra de la muñeca, pero no tiene fuerza; él se zafa de ella, se dispone a darle otro puñetazo. Ella espera el golpe. Luego oye un ruido sordo. Lomax se vuelve, sorprendido, y levanta el brazo para defenderse. Demasiado lento. Ruth ve al asesino atizarle,

nota que la sangre de Lomax, caliente, le salpica la cara. Después oye otro ruido sordo, como de algo que hace charco, y sabe que es el sonido de la cabeza de Lomax al chocar contra el hormigón.

Intenta salir ella misma del coche y ve que le tienden una mano. Pero su alivio pronto se convierte en miedo cuando la mano vuelve a empujarla dentro. Siente una intensa punzada de dolor.

«¡Despierta!»

Ruth abre los ojos. Intenta averiguar dónde está.

«¡Qué oscuro...!»

Está muerta de sed; el regusto metálico que tiene en la boca le recuerda a una inyección de novocaína que le pusieron una vez en el dentista, y cae en la cuenta de que la han drogado.

Percibe, más que ver, una sombra a su derecha, pero no puede volver la cabeza para mirar. Intenta levantar la mano, no se la siente.

Un destello deslumbrante. Cierra los ojos y, cuando los abre otra vez, ve el contorno de una figura, magnificado por la luz intensa y por su visión borrosa. Se alza sobre ella, enorme y oscura por un segundo. Luego se desvanece y solo queda la luz, insoportable, cegadora. Gime, aprieta los ojos con fuerza para aguantar el dolor, oye el estruendo de una puerta metálica que se cierra y vuelve a sumirse en la oscuridad.

Hacia las tres y cuarto, Carver bajaba de un taxi a la puerta de la casa de Ruth Lake. La doctora Pendinning le había hecho el favor de llamar a Emma, porque a él lo tenía bloqueado, incluso había conseguido convencerla de que le llevase algo de ropa y los efectos personales que ella le había guardado cuando lo habían ingresado en el hospital.

El sol, que ya se estaba poniendo, inundaba la calle de un rojo intenso y proyectaba en la acera gris una sombra larga y extraña de la figura del inspector. La puerta principal estaba cerrada con llave y, tras echar un vistazo rápido, vio que una verja de acero por la que él no estaba en condiciones de trepar impedía el acceso al callejón del fondo.

Le sonó el móvil. Era Parsons.

—¿Dónde anda?

—¿Ha podido rastrear la llamada? —preguntó Carver.

—Sí. He mandado a alguien al hospital para que hablara con usted, pero no estaba allí.

—¿Tiene la localización?

Oyó un largo suspiro al otro lado de la línea.

—Se ha hecho desde un teléfono público del hospital.

Carver se recostó en el muro lateral de la casa.

—Ya hemos enviado efectivos allí —dijo Parsons.

—No lo van a encontrar. Ha llamado desde allí para...

—¿Para qué? —inquirió Parsons.

—Para convencerme. Para captar mi atención.

—Mire, estoy de acuerdo con usted. Me parece que podría estar a punto de dar con él, pero, si ha dejado rastro, lo encontraremos.

—Pues que tengan suerte.

Carver colgó, volvió a la calle y llamó al timbre de los vecinos. No abrió nadie. Probó con los del otro lado. Nada. Enfrente, se entornó una puerta y una mujer paquistaní de mediana edad asomó la cabeza.

El inspector sonrió y se dispuso a cruzar la calle, pero ella cerró la puerta de golpe. Él se buscó la cartera en el bolsillo y sacó la acreditación. Llamó a la

puerta, anunciándose como policía, pero la puerta siguió firmemente cerrada. No le extrañaba: un hombre con el paso vacilante de un borracho, el pelo rapado de forma desigual y una cicatriz visible en la cabeza curioseando por la ventana de la vecina...

Dio media vuelta, perdió el equilibrio y se agarró al poste de la verja para no caerse. Descansó en el murete unos segundos, mientras la calle daba un giro de trescientos sesenta grados. Entonces oyó unos pasos inquietos, el ruido de unas ruedas de cochecito.

—¿Te encuentras bien, hijo?

Levantó la vista y no vio a una madre joven con su cochecito, sino a una mujer mayor con un carrito de la compra. Era tan ancha como alta y llevaba un chubasquero abotonado con dificultad a la cintura.

—Solo me... he mareado un poco —dijo Carver.

Ella se cruzó de brazos y lo examinó un momento.

—Ven —dijo—, que te hago un té calentito.

Él la miró extrañado.

—No debería invitar a cualquiera a su casa, ¿no cree?

—¡Venga ya...! —exclamó ella, sonriente, mostrando una dentadura algo grande para su boca—. Si te conoce todo el mundo. Has salido en la tele... Eres el jefe de Ruthie.

—¿«Ruthie»? —repitió él.

Le dio la espalda y siguió hablándole por encima del hombro.

—Sus padres se mudaron al lado de mi casa en 1975, nada más casarse, fue eso. —Cruzó la calle, apoyándose en el carrito como si fuera un andador. Sin dejar de hablar, se sacó un enorme manojó de llaves del bolsillo del chubasquero y, ya en el escalón de entrada, buscó la que necesitaba—. Ella se crio aquí, jugaba en este escalón con mis nietos. —La anciana metió una llave de seguridad en la cerradura y lo miró a los ojos—. Tu sargento Lake siempre será Ruthie para mí.

La siguió por el pasillo a una cocina moderna y ella le dijo que se acercase una silla a la mesa mientras hacía el té y le preparaba un sándwich. Él quiso rehusar el ofrecimiento porque lo aterraba pensar que, cuanto más tiempo pasara allí, en mayor peligro estaría Ruth.

—¿Cuándo has comido por última vez? —le dijo ella, agitando el cuchillo del pan como si lo reprendiera con el dedo índice.

Carver reconoció que probablemente habría sido la noche anterior y la mujer chascó la lengua.

—Entonces, no me extraña que te estuvieras desmayando en la calle, ¿eh?

Meneó la cabeza y masculló algo sobre la comida de hospital y, unos minutos

después, le plantó delante una taza de té y un sándwich de diez centímetros de grosor.

—Toma..., un sándwich de campeones.

El inspector sintió de pronto un hambre canina y le dio un bocado enorme.

Ella rio.

—¡Cómo me gusta ver a un hombre con apetito sentado a mi mesa! —dijo.

Se instaló enfrente de él y parloteó. Se presentó como Peggy Connelly, madre de siete criaturas, abuela de quince, bisabuela de más de los que le apetecía contar. Cuando Carver se terminó el sándwich, ella lo atravesó con la mirada.

—A ver, ¿qué hacías rondando la casa de Ruthie? Sabes que no la vas a encontrar ahí, ¿verdad?

Él la miró fijamente. «No lo sabe.»

Empezó con cautela, pensando en el corazón probablemente delicado de la anciana.

—Señora Connelly...

—Peggy.

—Peggy —repitió él—. Tengo... tengo malas noticias...

—Cielos, no la habrán encontrado, ¿no?

—¿Sabe que ha desaparecido?

—No vivo en la Edad de Piedra. Tengo tele, ¿no? —dijo ella, de pronto beligerante—. Y radio digital.

—Sigue desaparecida —contestó él, y se sintió como si le hubieran dado un bofetón en ambos oídos.

Ella se persignó.

—Jesús, María y José, pensé que me ibas a decir que la habían encontrado muerta.

Inmediatamente recuperada de la conmoción, entornó los ojos y le dio una palmadita en el brazo.

—Has venido a ver qué ha estado haciendo, todas esas noches en vela. —La anciana debió de detectar su extrañeza porque enseguida añadió—: Soy mayor, ya no duermo como antes. Se queda en la cocina hasta medianoche y está en pie de nuevo antes de que pase el lechero. Veo la luz de su casa en mi jardín.

«Seguramente revisando sus archivos no oficiales del caso», pensó Carver. Tarde o temprano, Parsons, o Jansen, o el experto en registros se empeñarían en registrar la casa de Ruth. Tenía que entrar allí, aunque solo fuera para deshacerse de las pruebas que ella había robado.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Peggy Connelly soltó el manajo de llaves en la mesa de la cocina, hurgó entre ellas y cogió por la punta una llave de latón.

—Con esta puedes entrar —le dijo. Él la miró maravillado—. Vivo aquí desde que Alemania invadió Polonia —añadió—. Hubo un tiempo en que uno le dejaba las llaves al vecino cuando se marchaba, por si pasaba algo. Tengo aquí las de media calle. —Cogió el manajo por la llave en cuestión, lo agitó, sonriendo para sí—. Hay un buen puñado de recuerdos en este montón de llaves. —Le pasó el manajo a Carver para que sacara la de Ruth—. Claro que de los ancianos ya no quedamos muchos —prosiguió, y su sonrisa se tiñó de tristeza—. Algunos inquilinos jóvenes han cambiado las puertas por esas de plástico, pero yo sigo guardando las llaves, por su valor sentimental.

Carver se levantó despacio y notó que su equilibrio había mejorado.

—No conviene que nadie sepa que he estado aquí —le dijo a la anciana.

—Te he visto bajar del taxi al final de la calle —repuso ella—. Sin coches de policía. Sin sirenas. —Le hizo un gesto de complicidad—. No hace falta que me lo digas, hijo.

El inspector le apretó la mano suavemente y, arrastrando los pies, se dirigió a la puerta de la cocina.

Ella lo llamó, muy seria, muy firme.

—¿Inspector?

Él se volvió, con la mano en el pomo.

—La quiero de vuelta —dijo, mirando la llave que él llevaba en la mano—. En cuanto traigas a Ruthie de vuelta a casa, sana y salva.

Dentro de la casa, Carver percibió un leve aroma a café avellanado y chocolateado: a Ruth siempre le había gustado el café tostado y molido. Aunque hacía frío, la casa poseía una calidez que no se correspondía con la temperatura ambiente.

Pero no tenía tiempo para sentimentalismos.

Empezó por la parte de atrás, por la cocina, que, al parecer, era donde Peggy pensaba que Ruth solía trabajar. En los armarios no había nada más que cacharros e ingredientes para cocinar. Al salón, al final del pasillo, a la derecha, le habían tirado un tabique para unirlo al comedor, y uno de los lados estaba ocupado por un televisor gigante montado en la pared. Debajo había un mueble negro de cristal con un reproductor de blurray y una Xbox 360. No sabía que a Ruth le gustaran los videojuegos.

En la estancia principal, las librerías de pladur estaban repletas de todo tipo de libros, desde textos científicos a forenses; las novelas eran casi exclusivamente de ciencia ficción y fantasía. Más cosas de ella que no sabía, o no se había molestado en saber. Pero ya habría tiempo para culparse y recriminarse. Escudriñó las estanterías, aprovechando los últimos rayos de sol: una fina capa de polvo en las superficies expuestas indicaba que nadie había tocado los libros desde hacía tiempo, con lo que no podía haber escondido los archivos allí.

Subió a la planta de arriba, observó que las cortinas del dormitorio estaban corridas. A tientas, pulsó el interruptor de la luz, echó un vistazo desde el umbral de la puerta y, casi de inmediato, vio su caja archivador encima del armario. La cogió y la puso encima de la cama, luego la destapó. El revólver no estaba. Casi se lo esperaba; en cuanto el agente Ivey le había dicho que habían encontrado un 22 en el coche de Chris Lomax, había pensado en el revólver que Ruth se había llevado de su apartamento la noche en que le habían disparado. Los de Balística no tardarían en determinar que era el arma con la que habían matado a Adela Faraday.

Sin pensarlo, se llevó la mano a la herida del pecho. También habrían visto la coincidencia del arma con la bala alojada cerca de su espina dorsal, si los cirujanos hubieran podido sacársela. Tuvo que caer un casquillo en su

apartamento, que debía de haber cogido Ruth; dudaba que se le hubiera escapado algo tan básico. Aunque al asesino posiblemente no se le ocurrió. Sacó todos los archivos, pero no lo vio.

Ese tipo había encontrado un modo de presentar el arma como prueba, incriminando a Lomax y exonerando, de esa forma, tanto a Carver como a Ruth Lake. Pero el inspector no creyó ni por un segundo que lo hubiera hecho por el bien de la justicia. El asesino no hacía nada que no sirviera a sus propios fines; había salvado a Ruth para usarla de cebo, para que Carver volviera a la investigación.

Tenía igual de claro que pretendía convertir a la sargento en su próxima víctima. ¿Qué mejor forma de atraer toda su atención que atormentarlo con pensamientos de la tortura a la que la estaba sometiendo? Había retenido a todas las víctimas durante semanas, así que aún le quedaba el triste consuelo de pensar que la vida de Ruth no peligraba de forma inmediata, por la espantosa razón de que el «arte» del asesino de las espinas no se podía precipitar.

—Vale...

Inspiró hondo y exhaló. Debía conformarse con lo que tenía y decidir qué hacer con ello. La prueba robada había desaparecido, eso ya no tenía remedio, pero el resto estaba intacto, por lo que podía ver.

Una vocecilla negativa le susurró por dentro: «Los archivos no valen para nada; el asesino se los habría llevado si hubiera pensado que podían servirte de algo». Pero la arrogancia era la mayor debilidad de un psicópata: creerse más inteligentes que quienes los investigaban había sido la perdición de muchos asesinos.

Así que se obligó a revisar los informes de Criminalística, las fotografías y sus anotaciones, completadas por las de Ruth, mucho mejor registradas. Encontró las notas que él mismo había garabateado en las transcripciones de los interrogatorios realizados a los amigos y los compañeros de clase de Kara Grogan. Al releerlas, las vio como lo que eran: diatribas desesperadas, furiosas y alimentadas por el alcohol. Por entonces estaba fuera de control.

Las aportaciones de Ruth, escritas con su estilo objetivo y conciso, le permitieron ponerse al día fácilmente de los pormenores de sus descubrimientos: que Kara se estaba preparando para un papel cinematográfico, que le daba pánico quedarse en blanco en escena... Dedicó un rato a leer los interrogatorios que la sargento había hecho a los «mentalistas» y sus impresiones sobre las personas con las que había hablado, y lo maravilló su habilidad para hacer una lectura en frío de quienes hacían lecturas en frío.

Encontró también la letra de Ruth en sus esquemas y diagramas, y detectó un eco de su propia obsesión. «¿Será consciente de que esto la ha absorbido por

completo, como me absorbió a mí?» Ruth había investigado el miedo escénico, el espiritismo y la lectura en frío, incluso el simbolismo de los tatuajes. Carver encontró imágenes impresas de sellos y símbolos celtas que recordaba haber visto en los cadáveres de las víctimas. Una de las fotografías era de un dechado del siglo XIX. El texto, laboriosamente cosido en la tela por una joven adolescente, parecía indicar que había sido víctima de una violación y había querido suicidarse.

«¿Son los tatuajes dechados confesionales?», había escrito Ruth en el margen con su letra perfecta. Había hecho anotaciones sobre los secretos que las víctimas ocultaban a sus familias: ya estaban al tanto de los desórdenes alimentarios de Tali Tredwin y de sus intentos de suicidio cuando era más joven, y de la doble vida de Jo Raincliffe como estríper, pero no lo habían relacionado con su secuestro y posterior asesinato. El miedo escénico de Kara, la oferta de trabajo y la broma cruel que le habían gastado sus compañeros de residencia..., todo eso era nuevo para él.

«Los ojos tatuados en las víctimas son simbólicos», había escrito Ruth en las notas de su investigación. «El Ojo de la Providencia representa el conocimiento, la sabiduría, la revelación de verdades ocultas.»

Debajo, teclado en negrita y subrayado: «Al asesino de las espinas lo obsesionan los secretos, pero ¿cómo encuentra a sus víctimas?».

Unas líneas más abajo, había añadido a mano: «¿Hemos pasado por alto a alguna de las profesoras de Kara Grogan?». Había un número de prueba. «Grabación de las cámaras de seguridad, School Lane, después de que a KG la echaran del teatro.» Había apuntado la hora de registro de la grabación: 20.34.05. A las ocho horas, treinta y cuatro minutos y cinco segundos. «Una mujer habla con Kara. ¿Le dijo K adónde iba? ¿¿¿Encuentro con el asesino de las espinas??? Hablar con profesores/alumnos.»

Hojeando el resto, descubrió una serie de correos electrónicos que Ruth había intercambiado con el doctor Gaines, el hombre al que debía haber interrogado esa mañana. Según las notas, era un antropólogo, un consultor al que habían contratado para que asesorara al equipo de investigación.

En un documento aparte titulado «Notas para interrogar al doctor Lyall Gaines», Carver leyó con creciente preocupación que Gaines se había hecho pasar por un médium llamado Shadowman y había ocultado su identidad hasta que Ruth lo había descubierto.

«Un asesor nombrado por el Ministerio del Interior que tiene montado un número circense... Pero ¿qué coño...?»

Carver siguió leyendo y descubrió que el antropólogo había asistido a una sesión de espiritismo organizada por Jasmine Hart en el Epstein Theatre la noche

en que se había visto a Kara por última vez. Y algo más alarmante aún: que había vuelto a aparecer cuando Ruth había asistido a otra sesión con la misma médium y la había seguido después del acto.

«Todo lo que dice parece pensado para incomodarme», había escrito Ruth. «Es superficial, presuntuoso y falaz.»

El doctor Gaines parecía un buen punto de partida.

Ruth Lake vuelve en sí bajo unas luces tan potentes que nota su calor.

«¿Estoy en un hospital?»

Algo extraño está ocurriendo: alguien da vueltas en círculo más allá de la deslumbrante luz blanca. Ella cierra los ojos con fuerza.

—Por fin —dice una voz distorsionada, profunda y resonante, como de un hombre que hablara por una cañería—. Una lástima, los cardenales —añadió—. Pero habrán desaparecido cuando estés lista.

«¿Lista?» El ritmo cardíaco de Ruth se triplica en cuestión de segundos. Intenta moverse. No puede. Su cabeza descansa en una especie de soporte de gomaespuma que le retiene el cuello. Está desnuda, salvo por la ropa interior. Tiene las muñecas, la parte superior de los brazos, los muslos y los tobillos sujetos con correas a la camilla, pero no se nota las ataduras. No se siente las extremidades en absoluto.

En la cara interna del antebrazo, ya lleva tatuado un símbolo: un rostro, sin ojos, ni nariz, ni boca. Una máscara sobre un tallo alargado.

«Ay, Dios...»

—Preliminares —dice la voz—. Cada tipo de piel absorbe el color de un modo distinto. La próxima vez estarás despierta.

Ella intenta moverse, resistirse, hacer algo, lo que sea, pero el cuerpo no le responde y nota como si un peso le oprimiera el pecho.

—El efecto paralizador del veneno —dice el asesino, interpretando sus actos—. De hecho, hago un poco de trampa: preparo a todas mis chicas con un bloqueante neuromuscular. Es más fiable, menos... arriesgado.

—Tali —balbuce Ruth—. Por esso no terminasste.

—Sí, Tali fue... una pena. Es complicado predecir la potencia de la decocción de la aconitina, y ella era muy sensible, sucumbió antes de que yo le pillara el tranquilo.

Ruth intenta recordar cómo ha llegado allí. Recuerda el edificio de oficinas, haber hablado con el antiguo jefe de Adela, a su nervioso asistente personal. Haberle mirado la tarjeta de identificación. El estallido de un fuerte dolor en la cabeza.

—Lomax —masculla—. Cabrón... Te van a pillar... Saben que...

—¡Pobre sargento Lake! ¡Qué confundida estás! Yo te he rescatado de Lomax, ¿no te acuerdas?

Sí, se acuerda. Ella estaba en el maletero del coche, pensando: «Pues nada, se acabó». Lomax iba a darle otro puñetazo, pero se volvió, con el brazo en alto. Ruth recuerda el sonido sordo y como de algo que hace charco de su cráneo al chocar contra el hormigón.

—¿Lomax...?

—... ha muerto. ¿Sabes que asesinó a Adela?

La sargento intenta asentir con la cabeza. No puede.

—Sí —dice.

—Esa es mi chica. —El hombre de las sombras le da una palmadita en el hombro. Tiene la mano áspera, callosa—. La policía ha encontrado el arma en la guantera del coche de Lomax. Tiene sus huellas, me he asegurado de eso.

«¿Cómo ha conseguido el arma?» De pronto, cae en la cuenta. «Ha estado en mi casa.»

—No pareces muy satisfecha —dice el asesino—. Carver ha quedado exonerado, el asesino de Adela está muerto y a ti te aclamarán como a una heroína. Deberías estar contenta.

—Así que has estado en mi casa —dice, esforzándose por sonar despectiva—. Bien por ti. ¿Crees que habrás dejado algún rastro tuyo allí? Los delincuentes nunca sois tan cuidadosos e inteligentes como creéis.

—Parece que borré bastante bien mi rastro del apartamento del inspector Carver.

—Entonces, Carver tenía razón: estabas ahí la noche en que le dispararon.

—No... Me refiero a las ocasiones anteriores.

¿Había estado en el apartamento de Carver en múltiples ocasiones? ¿Cuánto tiempo llevaba vigilándolos?

—Y, sí, me colé allí un par de noches después, para recogerle una cosa a Greg. Pero esa noche solo estuvo Chris Lomax... y tú, claro. Sí, sargento, os vigilaba. Te vi llegar. Te vi llevarte de allí todo lo que pudiera facilitar la investigación. Me picó la curiosidad, lo reconozco.

Ella cierra los ojos. «La cagaste, Ruth, lo liaste todo una barbaridad.»

—¿Ninguna respuesta aguda, sargento? —dice la voz sin rostro—. Bueno, no te sientas mal. Carver está a punto de devolverte el favor. Está en tu casa ahora mismo, rebuscando entre tus archivos. La policía no tardará en llegar.

«Te tiene calada. Tienes que hacerlo mejor, Ruth.»

—Carver es más resolutivo de lo que piensas —le dijo ella.

—¿En serio?

El tono socarrón ha desaparecido; detecta avidez en su voz.

«Quiere más.» Por instinto, sabe que debe darle menos. Se centra en sus músculos faciales. Se nota los labios, las mejillas como uno se los nota cuando empieza a pasarse el efecto de la anestesia del dentista: más grandes, más abultados, solo parcialmente bajo control.

—Tú eres detective. Interpretas el escenario del crimen, y dices que los delincuentes no borran bien sus huellas. Yo interpreto a las personas, y nunca son tan hábiles como creen ocultando sus sentimientos. También he reducido la dosis de paralizantes... Eso ayudará.

«Estate quieta, piensa en una hoja de papel en blanco.» No será difícil, estando bajo los focos de cegadora luz blanca.

—También las otras se resistieron al principio —le dice su captor—. Pero terminaron revelándome sus secretos.

—Eres como un niño que colecciona cromos de Pokémon —replica Ruth, y se nota la lengua gruesa en la boca; tiene que hacer un esfuerzo por no balbucir.

—Y eso me lo dice una antigua técnico forense con una titulación de segunda de una universidad de tercera.

«Ha empezado a atacarte. Ya no te ve como un objeto, quiere hacerte daño. A ti, personalmente, no a un maniquí al que está pintarrajeando con tinta. Y está furioso. Aprovéchalo.»

Ruth controla la respiración y mira a la luz con los ojos entornados.

—Yo te parezco provinciana y tú... ¿qué eres?, ¿sofisticado? ¿Me quieres hacer creer que torturar y asesinar a mujeres es una aspiración intelectual?

Él se inclina sobre ella y Ruth ve unos ojos, una nariz como el hocico de un perro con bozal. Se estremece, a la espera del mordisco. Pero, un instante después, ha desaparecido, y lo único que oye es su respiración entrecortada por la rabia.

Ella se calma.

—Supongo que es cierto eso que dicen de que debajo de un narcisista siempre se esconde un niño traumatizado.

—¿Sabes lo que dicen también...? —El modulador de voz está perjudicando a su captor, porque recoge todas las alteraciones de su respiración—. Que, si criticas a un narcisista, te prepares para un ataque.

Ruth ve otro destello del bozal.

«Estate quieta; piensa con claridad. No es más que el modulador de voz.»

La sargento se esfuerza por evitar que su cara y sus ojos revelen miedo, pero no puede disimular el latido de las arterias de su cuello, y sabe que él lo ha visto.

—¿Angustiada, sargento?

—Sí, bueno, es que juegas con ventaja —contesta ella.

—Pues más vale que no lo olvides.

Pese a la advertencia, Ruth nota que la fuerte tensión de la sala ha bajado uno o dos grados. «Sabe que él está al mando. Pero siente curiosidad.» Debía sacar provecho a esa curiosidad.

—Me tienes perpleja —dice.

El asesino empieza a pasearse nervioso otra vez, su sombra pasa de un foco al siguiente.

—¿Con qué?

Ruth detecta amenaza e intimidación en esas dos palabras.

—¿Por qué me has rescatado de Lomax? —Usa la misma palabra que él para alimentarle el ego—. ¿Para obligar a Carver a volver a la investigación? —No hay respuesta—. Sabes que tienes más posibilidades de no pagar por lo que estás haciendo si el inspector Parsons está al mando.

—Parsons no tiene chispa.

—¿Y te aburrías?

—Eso y que quería ver qué hacía Carver si te secuestraba.

—Manipulación —dice Ruth.

—Un experimento de campo.

«Experimento de campo.»

El sobresalto que le produce identificar esas palabras se le debe de notar en la cara, porque él ríe un poco.

—No pensarás que te he rescatado porque merezca la pena rescatarte, ¿no?

—Uy, sé que la merece —dice ella, aliviada de ver que él ha confundido su sobresalto con decepción—, pero todos somos un poco narcisistas, ¿verdad?

La sargento oye una leve sibilancia; el modulador de voz capta hasta la más mínima inspiración. No le hace falta verle la cara para conocer su reacción. En el silencio que sigue, ella consigue situarlo y, aterrada, siente la necesidad de forcejear para librarse de las ataduras.

—¿Ves? —Su voz le silba en el oído y ella intenta no encogerse de miedo—. Ahora mismo estás reprimiendo con todo tu ser el impulso de huir. —No soporta notarse su aliento en la piel—. Te conozco, Ruth Lake. He estado en tu casita. He visto el esmero que has puesto en remodelarla y modernizarla con buen gusto. He visto esa monada de jardín. Tu álbum de recortes me ha parecido conmovedor.

Siente un escalofrío en el cuero cabelludo y se le encoge el corazón. «Ha encontrado el álbum de recortes.» ¿Rollinson?

—Qué raro que lo escondas así. —Todos los nervios de su organismo se rebelan. Es como si un millar de culebras reptaran por su cuerpo desnudo. Quiere gritar, pero se contiene—. ¿Demasiados recuerdos dolorosos?

Le dan ganas de matarlo.

Él se acerca más, le susurra al oído.

—Te. Tengo. Calada.

—Pues no hay mucho que calar —dice ella, imponiéndose—. Trabajo, corro y leo un poco.

—No, no, no. Hay más.

—Tengo una pasión secreta por los videojuegos...

—No es tan secreta: tus cacharros están perfectamente a la vista. Lo que me intriga es por qué escondías el álbum de recortes. —Hace una pausa y ella ve su sombra pasar de una lámpara a la siguiente, recorriendo todo el largo de la camilla—. Aunque algunos de esos recortes de prensa sobrepasan el ámbito de lo familiar, así que a lo mejor es por remordimiento.

A Ruth se le congelan las entrañas, pero contraataca.

—¿Es remordimiento lo que te lleva a ocultar tu rostro? ¿O es que piensas que te da más poder sobre las mujeres a las que maltratas?

—Eso es un tópico sin fundamento. —Parece ofendido—. ¿Habéis encontrado un solo cardenal en alguna de mis víctimas?

—Hay más de una forma de maltratar a una víctima —dice Ruth—. Despojaste a esas mujeres de su identidad, las convertiste en fruto de tu mente retorcida.

—Puse al descubierto su verdadera identidad.

—Cinco mujeres. Humilladas, aterrorizadas, torturadas y envenenadas...

—Personas —la corrige—. Me interesan las personas, los secretos que esconden.

—«Personas» implica hombres y mujeres. Tú solo atacas a mujeres.

—Las mujeres tienen, por fuerza, una inclinación natural al secretismo. Ocultan cosas para sobrevivir, sojuzgando sus necesidades, escondiendo a sus seres queridos su resentimiento, disimulando la rabia que les produce lo que les ha tocado en suerte en virtud de su género, sublimándolo y convirtiéndolo en algo hermoso: el amor a la familia y al hogar. Eso las hace intrínsecamente más interesantes.

—¿Que las mujeres sojuzgan sus necesidades? —repite Ruth—. Claro, eso no es un tópico sin fundamento.

Ruth oye un gruñido de desaprobación y de nuevo ve brevemente una barbilla que se alza, unos ojos... Pero no los distingue bien, como si el asesino tuviera la cara pegada a una sábana... Luego vuelve a desaparecer.

—¿Y por qué Kara, o Tali, o Jo, y no alguien como Adela? —pregunta la sargento—. Faraday escondía más secretos que todas ellas juntas.

El asesino suelta una risa burlona.

—El único secreto de Adela era que pensaba como un hombre.

—¿Porque le gustaba el sexo sin ataduras? —dice ella, sintiéndose más al mando.

—Porque usaba el sexo como arma.

—¿Como arma? —pregunta Ruth sin poder evitarlo, intrigada.

—Adela encontraba su inspiración financiera más en el saco que en la bolsa.

—¿Conversaciones de alcoba? —dice ella—. ¿Así es como se convirtió en un as de las finanzas?

—Pensaba que ya te habías percatado de eso. Otra modalidad de abuso de información privilegiada, ¿no? —Ríe y el sonido es gutural, feo—. Convirtió en blanco de sus encantos a Chris Lomax cuando descubrió que a Barrington no se le daba bien la charla poscoital.

—Se tiraba al asistente para llegar al jefe.

—Lo cierto es que no era solo cuestión de sexo —dijo su secuestrador—. Además, Adela no exigía la información, solo mostraba interés: le preguntaba a Lomax por su día de trabajo, que, lógicamente, giraba en torno al de Barrington. Adela se sirvió de esa información, se sirvió de él, durante tres años. El tiempo justo para ganar dinero suficiente para dejar su empleo y establecerse por su cuenta. Y, cuando abandonó la firma, cortó toda relación con ellos. —Chasca los dedos—. Así, sin más.

Ruth recuerda al asistente, nervioso, inseguro.

—Brutal —dice.

—A las mujeres les toca una porquería de cartas desde el principio —dice él—. Y, si el sexo es poder, no hay norma escrita que determine que el poder debe estar siempre en manos de hombres.

Ruth detecta cierta amargura en el tono de su captor y tiene la sensación de que se le escapa algo.

—¿Cómo sabes todo eso? —le pregunta.

Él hace una pausa y se queda plantado a los pies de la camilla; la luz cegadora agranda de forma grotesca su silueta.

—Me he propuesto averiguar todo lo que haya que saber del inspector jefe Carver. Me está investigando.

—Lo has estado siguiendo.

—Vigilando —la corrigió él—. A él, a Adela, a Lomax y al alcalde Hill, que estaba loquito por ella. Y a ti, un tiempo. La mujer del señor Hill también me pareció un blanco prometedor en cierto momento —añade, pensativo—. Pero entonces te vi a ti, temblando en la nieve, a la entrada del apartamento de Carver...

—Y te enamoré.

—Digamos que me picó la curiosidad. Hasta entonces, siempre me habías parecido muy cerrada; pensaba que eras sencillamente... sosa. Pero esa noche me di cuenta de todo lo que escondías.

Carver vio un destello al otro lado de las cortinas corridas del dormitorio y levantó la vista. No le hizo falta asomarse para reconocer las luces azules de un vehículo policial.

¿Se llevaba la caja de los archivos o la dejaba allí?

«Déjala aquí. Podría conducirlos hasta Gaines.»

Hizo unas cuantas fotos rápidas con la cámara del móvil, metió de mala manera las carpetas en la caja y bajó cojeando las escaleras.

Sonó el timbre de la puerta, seguido de un insistente aporreo.

—¡Ruth Lake! —gritó el agente—. ¡Policía! ¡Abra la puerta, por favor!

Carver titubeó en el último peldaño. Había poca distancia de las escaleras a la puerta interior de vidrio, y él veía tres siluetas desdibujadas al otro lado de la de la calle.

«¿Me estarán viendo?» La puerta de Ruth era de las originales: de madera con láminas de cristal estrechas en los laterales. Tendría que confiar en poder pasar inadvertido entre las sombras del vestíbulo.

Rodeó despacio el poste de la escalera y bajó con sigilo a la cocina, agachado y pegado al pasamanos. La puerta estaba entornada y descentrada con respecto al vestíbulo, así que probablemente no vieran más luz si la abría del todo, pero no quiso arriesgarse y se coló en la estancia bien iluminada por una rendija, rezando para que no hubieran mandado a nadie a la parte de atrás, todavía.

Volvieron a aporrear la puerta principal.

La trasera era una puerta blindada con cerradura de tres puntos. No tenía la llave.

«Mierda.» Con el corazón desbocado, hurgó en el cajón más cercano, encontró una y la metió en la cerradura en el preciso instante en que oía el chasquido del bombín de la puerta principal. Aquella era la casa de una policía malherida, no la guarida de un maleante, era lógico que llevaran a un cerrajero.

Confiando en que se lo tomaran con calma para no asustarla, salió al aire gélido, cerró la puerta de la cocina y cruzó el jardín lo más rápido que le permitió la flojera de piernas. La cancela no tenía cerradura, solo pestillo, arriba y abajo. Los soltó y, en cuestión de segundos, se vio en un callejón estrecho que

apestaba a pis de perro y a cubos de basura podrida.

Unos metros más adelante, vio los barrotes negros. Había olvidado la reja de seguridad.

Los oyó llamar a Ruth en el interior de la casa, luego desde detrás:

—La puerta no está cerrada con llave. —Una pausa—. ¿Ruth? ¿Ruth Lake? Policía. Responda, por favor.

En el callejón, Carver echó un vistazo alrededor en busca de un sitio donde esconderse. Alguna cancela abierta, quizá. Pero con eso solo conseguiría quedarse atrapado en otro jardín trasero, adonde irían a mirar y lo encontrarían.

En ese momento, oyó un pestillo, se abrió la cancela de la casa de al lado y el inspector se preparó para lo peor. Había fracasado. Se volvió y vio la cabeza cana de Peggy asomada por el marco.

Ella le hizo una seña para que pasara a su jardín y le señaló en silencio la puerta trasera de su casa, indicándole, impaciente, que entrara. Ella se quedó donde estaba, con sus zapatillas de ir por casa y el chubasquero por los hombros, sin abrochar.

—¿Qué está pasando ahí? —preguntó a gritos por encima del muro—. Más vale que salgan corriendo, porque he llamado a la policía.

—¡Somos la policía! —le respondió alguien.

—Sí, claro, y yo soy la reina de Inglaterra...

Para entonces, Carver ya estaba a salvo en la cocina.

Un segundo después, oyó a Peggy exclamar:

—¡Jesús, serás imbécil! ¿Qué quieres, que le dé un infarto a una pobre anciana?

El inspector supuso que uno de los agentes había saltado el muro para echar un vistazo.

—Perdona, hijo —le susurró a Carver—. ¡Largo, fuera de aquí! —bramó al policía, luego cerró de un portazo y echó la llave. Cuando se volvió hacia Carver, sonreía con picardía—. No creo que llamen a mi puerta enseguida —le dijo—. ¿Has podido coger lo que necesitabas?

El inspector asintió con la cabeza.

—Algo, por lo menos.

Lo acompañó a las escaleras y lo obligó a sentarse mientras ella volvía a la puerta de la calle y la abría un poquitín.

—Yo vigilo a la poli y te aviso cuando no haya moros en la costa. —Unos minutos más tarde, se volvió hacia él—. Ya están todos dentro. ¿Crees que podrás caminar unos minutos?

Carver se levantó para ver si le aguantaban las piernas.

—Sí. Sí, creo que podré.

—¿Seguro? Porque te puedo dejar mi carrito si quieres.

—Me las arreglaré —le dijo con una sonrisa.

La anciana volvió a echar un vistazo a la calle y le hizo una seña con la mano.

—Gira a la izquierda al salir. Smithdown Road está a unos quince metros. Allí puedes coger un taxi.

El inspector la miró con admiración.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que es usted increíble, Peggy Connelly.

—Uy, si me hubieras conocido de joven... —respondió ella.

Ruth Lake está ardiendo. Despierta, pero sin el tono muscular necesario para moverse, con los ojos cerrados y los párpados sujetos con esparadrapo, y firmemente atada a la camilla. Tiene el antebrazo como si, después de quemarse al sol por segundo día, se lo hubiera lijado con ganas.

El asesino está trabajando de nuevo en esa zona. Le ha perforado la piel mil veces ya, reemplazando los punzones de espino cuando se quedan romos. Cada quince minutos o así, lo oye deshacerse de uno, lo tira a un cubo de plástico como si fuera un lápiz viejo.

—Sería más fácil con una aguja —dice él—. Pero menos auténtico.

El modulador hace que su voz suene como un gruñido profundo.

¿Por qué sigue usándolo si ella no lo ve? «Porque lo conoces y no quiere que conectes con él como ser humano. Quiere que sigas siendo un mero objeto.»

Cada cierto tiempo, hace una pausa y le impregna la piel de polvo de carbón. Abrasa como unas ascuas. Luego retoma la tarea, punzando el mismo trozo de piel irritada e inflamada.

—Ya tengo casi la mitad de tu primer ojo de la verdad. —«¿Así es como los llama?»—. ¿Cómo te sientes?

Ruth respira agitadamente y suda por todos los poros de su piel. El corazón le golpea dolorosamente el pecho.

—Que te den —le contesta, y él se ríe.

—Cuando entremos en faena, no podrás chillar, así que desahógate ahora. — Ella le propone un destino mejor para sus espinas, uno que implica la introducción por cierto orificio de todos los punzones de los que se ha deshecho —. Quédate a gusto —le dice él—. Esta vez he usado relajantes musculares y barbitúricos, así que, en realidad, solo estás ligeramente sedada. Con los trozos más grandes, te quedarás completamente paralizada, intubada y ventilada, por supuesto, pero sin anestésicos ni calmantes. Estarás plenamente consciente.

Febril de dolor, Ruth intenta desconectar, pero su voz le perfora el cráneo. Una lágrima se le escapa por debajo del párpado sin que pueda evitarlo.

—Duele, ¿eh? —dice él.

«Distánciate. Deslígate del dolor. Sabes hacerlo.»

Respira despacio y se imagina dentro de una nube que se la lleva con una ráfaga de aire frío, lejos de allí, y su brazo torturado deja de formar parte de ella.

Con el dolor bajo control, puede pensar tranquilamente. A toda prisa, rebobina hasta la última conversación que han tenido: el asesino había estado siguiendo a Carver, a Adela y a Lomax. «Y a ti», le dice la voz de su conciencia. Así fue como interceptó a Lomax en el aparcamiento de LC&K Assets; así era como les llevaba siempre la delantera en la investigación. Había estado en el apartamento de Carver, en la casa de ella... Seguramente había leído los archivos del inspector mientras él iba redactando los informes, había sido testigo de su rápida desintegración después de que apareciera el cadáver de Kara.

Pero había asesinado a Lomax en el centro de la ciudad, a plena luz del día. Una medida desesperada.

—La has cagado —le dice.

Ruth oye un aspaviento de sorpresa y siente una punzada de dolor insufrible cuando él, sin querer, le clava la espina más hondo de lo que pretendía.

—Cuidado —le dice—. No querría que este se me estropeará.

—Yo no tenía que haber relacionado a Lomax con Adela... No me creías capaz.

—Que yo recuerde, fuiste a interrogar a su jefe —dijo él.

Pero Ruth observa que no ha retomado el tatuaje.

Se nota el brazo caliente y entumecido. ¿Ha entrado ya la aconitina en su torrente sanguíneo? «No dejes que te pueda el miedo.» Se obliga a pensar de nuevo en el problema.

—¿Cómo encontró Lomax a Adela? Ella fue muy cuidadosa. Vendió la casa, se mudó a un apartamento sin decírselo al portero... —Se interrumpe—. ¿Así fue como lo hiciste? ¿Mandaste a Lomax al hotel de Adela esa noche?

Un rasgido fuerte y comienza de nuevo la tortura. «Vale, esta vez no has acertado.»

Ruth deja el dolor donde está y flota por encima de él. Él la ha cagado, eso está claro. A Adela la conocían en el Old Bank Hotel, era una clienta habitual, pero el gerente dijo que solo llevaba unos seis meses yendo allí. Debió de cambiar de establecimiento. Si Lomax no fue al hotel la noche del disparo, no pudo seguir a Adela a casa. A menos que...

—Tú le diste a Lomax la dirección del apartamento de Adela en la ribera.

—Deliras —dice él.

—Te divertía ver cómo se derrumbaba Carver, pero Adela le proporcionaba alivio, lo distraía del caso. Querías quitártela de en medio, así que mandaste a Lomax a por ella. Pero no contabas con que iría a por Carver también.

Se agita la respiración del asesino tras la máscara y Ruth sabe que ha dado en

el clavo.

—Lomax se extralimitó. Por eso me he ocupado de él.

—Lo has asesinado.

—Te he salvado la vida.

—Eso sí que tiene gracia —dice Ruth.

—Pues no te veo reír.

—Le mandaste un correo haciéndote pasar por Adela. No —rectifica—, un mensaje, desde un teléfono de prepago, como en los viejos tiempos. Puede incluso que incluyeras algún comentario sobre lo mucho que lamentaba haber roto con él. Lomax fue al apartamento de Adela; supongo que ella lo apuntó con el arma, se enzarzaron en una pelea, él le disparó accidentalmente y decidió cargarle el asesinato a Carver.

Un momento de silencio.

—Hay un enorme agujero negro en tu teoría —dice él, usando el pulgar para impregnarle de carbón las heridas recién abiertas con el punzón—. ¿Cómo iba a saber Lomax dónde vivía Carver?

Ruth aúlla de dolor, muy a su pesar. «Te está distraendo porque casi lo tienes. Mantente centrada. Lomax era obsesivo. ¿Qué hacen las personas obsesivas con sus parejas?» Entonces cae en la cuenta.

—Estuvo siguiendo a Adela antes de que desapareciera.

Él continúa perforándole la piel, pero apenas lo nota; la emoción la anestesia.

—¿Relevancia? —dice él.

—Hizo lo que hacen todos los acosadores. La siguió, la vigiló, se familiarizó con su rutina: sus reuniones de negocios, sus «citas» en el hotel, la habitación que reservaba... Quizá incluso se coló en la habitación y la espió. Vio entrar y salir a sus novios. ¿Te vio a ti unas cuantas veces, espiándolos? ¿Tenías miedo de que te identificara?

Un clic y la estancia se sume en la oscuridad, acentuada por las tiras de esparadrapo que le cubren los ojos. Con el cuerpo más fresco y el brazo izquierdo ardiendo, Ruth aguza el oído por si oye pasos, sin atreverse casi a respirar.

Una ráfaga de aire frío, luego la puerta se cierra de golpe y vuelve a estar sola.

—¡Bingo! —susurra.

Una vez en el taxi, Carver llamó a Gaines al móvil, cuyo número Ruth había registrado cuidadosamente en sus notas. No contestaba. Probó con el fijo; saltó el contestador. Era un 727, de la misma zona que el fijo de Carver, pero el 727 cubría una amplia extensión de la ciudad, desde Sefton Park hasta Aigburth, y todo Ullet Road.

En el siguiente semáforo, el taxista corrió el cristal separador y preguntó:

—¿Sabes adónde vas, tío? Porque yo tengo que parar para cenar.

—Sigue dando vueltas —le dijo Carver, y le pasó un billete de veinte libras por el separador.

Probó con la centralita de la universidad, le pasaron con el despacho de Gaines, pero tampoco allí lo cogía nadie. A lo mejor conseguía que le dieran una dirección en el departamento de Recursos Humanos. Volvió a llamar a la centralita y le saltó una grabación que decía que el departamento estaba cerrado a partir de las cuatro de la tarde, «por formación».

La única opción que le quedaba era hacer una búsqueda inversa del número. Dio un golpecito en el separador y le pidió al taxista que lo llevara a Canning Place; llegó a la comisaría cuando ya casi era noche cerrada. Entró por detrás, aliviado de ver que su tarjeta de seguridad aún funcionaba. Cogió el ascensor y se dirigió a la sala de investigación, sin toparse más que con algunas miradas de extrañeza. La sala estaba desierta: todos los agentes disponibles debían de estar buscando a Ruth. Habían redistribuido el espacio para que cupieran más personas y, al principio, no encontraba el puesto de la sargento, pero una amable investigadora le echó una mano, lo llevó hasta la mesa y esperó a que se sentara.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—No muy bien —admitió Carver—. ¿Alguna novedad?

—Han mandado a un equipo a su casa. No hay rastro de Ruth, pero alguien ha estado hurgando por allí. Ya han ido los de la Científica. —Carver asintió con la cabeza, y se sintió culpable de que sus actos estuvieran impidiendo que se emplearan los efectivos donde más falta hacían—. ¿Le traigo algo? —le preguntó, rondando la mesa.

—No —contestó él—. Gracias. Voy a... —dijo, señalando los montones de

papeles de la mesa de Ruth sin dar más detalles.

La joven se fue, pero le hizo prometer que le daría una voz si necesitaba algo.

Entró en el ordenador de Ruth con su propio usuario y accedió a la búsqueda inversa para conseguir la dirección de Gaines, luego abrió el sitio web de la universidad y encontró una fotografía del profesor: un tipo delgado, de pelo cano, con cierto aire de nuevo jipi. Parecía inocuo, pero, después de muchos años en el cuerpo, el inspector sabía que las apariencias podían engañar. Cuando se preparaba para levantarse, reparó en una bolsa de pruebas que se encontraba en la bandeja de pendientes, en una esquina de la mesa. Estaba etiquetada visiblemente como «Grabación de las cámaras de seguridad, School Lane». Luego vio las anotaciones que la sargento había hecho sobre la prueba. Había registrado un incidente en la grabación: una mujer que había hablado con Kara Grogan la noche en que se la había visto por última vez. Ruth se preguntaba si Kara le habría dicho a la mujer adónde se dirigía. Cogió la bolsa y encontró otras cuatro debajo.

«Joder...» No podía salir de allí con todo eso. ¿Cuál era el número de prueba que Ruth había anotado? Se sacó el móvil del bolsillo y revisó las fotos que había hecho en casa de la sargento y, por el número, supo que era la segunda bolsa del montón. Giró la silla, dispuesto a marcharse, y se encontró con que el agente Ivey le impedía el paso.

—No puede salir de aquí con eso, señor —le dijo, educado pero implacable.

—El asesino de las espinas tiene a Ruth —le replicó él.

El joven frunció el ceño.

—No... Lomax ha intentado secuestrarla y ella...

—Ya sé lo que dicen, y son chorradas. —Ivey meneó la cabeza—. Piénsalo bien —le dijo Carver—: han encontrado el coche de Lomax abandonado a un paso de Canning Place; ¿por qué no ha cruzado Ruth la calle y ha entrado en la comisaría?

—Le han dado un golpe en la cabeza... Probablemente tenga una conmoción cerebral.

Carver inspiró hondo.

—Vale... Si tuviera una conmoción cerebral, habría vagado un rato por la calle, pero, con todas las cámaras de seguridad que hay en el centro, la habrían encontrado en diez minutos. Y no ha sido así. Si tuviera una conmoción cerebral y estuviera asustada, habría cogido un taxi y se habría ido a casa. Sé que Parsons ha mandado un equipo a su casa y no está allí, ¿a que no? —Ivey negó—. ¿Han encontrado algo?

Ivey miró alrededor.

—Su... archivo extraoficial. —Bajó la voz—. Ella lo ha estado usando para

trabajar en la investigación desde casa... A Parsons no le ha hecho ninguna gracia.

—Yo diría que esa es la menor de las preocupaciones de Ruth en estos momentos, ¿no te parece?

El joven detective se ruborizó.

—De todas formas, no va a encontrar nada en esa grabación. Si hubiera algo importante, Ruth lo habría dicho.

—A veces es complicado valorar la importancia de algo —dijo Carver—. Porque es la acumulación de hechos lo que le da relevancia.

Ivey frunció aún más el ceño y Carver procuró mantener la calma y le explicó la hipótesis de Ruth sobre la mujer que había hablado con Kara cuando salió del teatro.

El joven detective cambió de postura, nervioso.

—No sé... Ya me la he jugado bastante con este caso, señor.

A Carver empezaba a darle vueltas la cabeza. Inspiró hondo y volvió a intentarlo.

—Mira, si Kara, en efecto, le dijo a esa mujer adónde iba, como mínimo podríamos hacernos con la grabación de las cámaras de seguridad de esa ruta, lo que nos permitiría saber dónde la secuestraron, que a su vez nos daría un número de matrícula, e incluso una imagen del secuestrador...

Ivey suspiró.

—Vale... vale... Hablaré con el inspector Parsons, a ver si alguien se puede poner con ello.

—Echa un vistazo alrededor, tío —dijo Carver, señalando la sala vacía—. Todo el mundo ha salido a buscar a Ruth... Tardarían horas en reunir a un equipo. Estamos tú y yo. Aquí, ahora, con la prueba. ¿Qué daño podría hacer que echáramos una ojeada?

El agente agachó la cabeza y Carver supo que había ganado la batalla dialéctica. Le dio el disco al joven detective y este lo cogió a regañadientes.

—Céntrate en los minutos posteriores a cuando a Kara la echaron de la sesión de espiritismo de Jasmine Hart. —Carver cerró los ojos, en parte para concentrarse, pero en parte, también, porque la sala le daba vueltas—. A las 20.34 —dijo.

Cuando oyó que Ivey rompía el precinto de la prueba, se serenó y abrió los ojos para probar. La sala estaba quieta. Plantó los pies en el suelo con cuidado, clavó los ojos en la puerta, a unos cinco metros de distancia, y se dispuso a levantarse de la silla.

—Un momento, ¿adónde va? —preguntó Ivey.

—Como tenga que ver imágenes en movimiento, igual vomito —le dijo

Carver—. ¿Qué sabes del doctor Lyall Gaines?

—Nada —contestó el joven, encogiéndose de hombros.

Era evidente que ni siquiera le sonaba el nombre.

—Vale... Encuentra a la mujer de la grabación, puede que nos sea útil.

El secuestrador de Ruth da vueltas en círculo, sin parar, ocultándose en las sombras, acechándola como un gato, pero siempre desde detrás de la torrencial cortina de luz, de modo que no es más que una silueta, una forma cambiante, tan distorsionada como su voz alterada electrónicamente. El dolor intenso del brazo ha remitido un poco y la sargento se pregunta si estará sufriendo un *shock*. O él ha seguido trabajando en su cuerpo, o el veneno se le está propagando por el organismo, porque ese calor pulsátil, sordo, se le extiende ya desde el antebrazo hasta por encima del codo.

—¿Por qué te escondes? —le pregunta ella.

—Me interesa más saber por qué lo haces tú —le replica él.

Ruth ignora la réplica.

—Los dos sabemos que no voy a salir de aquí. No podré identificarte, así que... dime, ¿por qué?

Su captor medita la respuesta.

—¿Lees la Biblia, sargento? —Ella no contesta, y él añade—: Deberías hacerlo. Por lo que sé, tu madre se apellidaba Jacobs y, dado que la sucesión matrilineal es típica del judaísmo, tienes que ser judía. El Antiguo Testamento es parte esencial de tu patrimonio cultural.

—Yo no soy de ninguna religión.

—Puedes abominar de tu religión, pero no de tu raza. Deberías leer el libro de Ruth. Tu homóloga era una moabita que se casó con un israelita. Una mujer capaz, segura de sí misma, leal. A la muerte de su marido, podría haber vuelto con los suyos, buscar otro esposo, pero se quedó junto a su suegra. —Hace una pausa—. ¿Ves adónde quiero llegar?

—No —responde ella con sinceridad.

Cada vez estaba más segura de saber quién era aquel tipo: los sermones, el tono pomposo, la actitud condescendiente, las alusiones a linajes, cultura, patrimonio...

—Ah, bueno, ya hablaremos de eso luego —dice—. Jo Raincliffe comprendía las ventajas de confesarse con un desconocido: me contó secretos y transgresiones que se remontaban a su infancia, claro que era católica y a ellos

los obsesiona la confesión.

—O sea, que ocultas tu identidad para que yo pueda ¿qué, confesarme sin avergonzarme de mí misma?

—Te doy esa oportunidad. ¿No quieres aprovecharla? —dice él, porque no ha detectado su sarcasmo o porque prefiere ignorarlo.

—No soy experta, pero ¿no lo has entendido al revés? ¿No es el penitente el que suele saber con quién se confiesa?

—Esta no es una confesión al uso —le dice, divertido—, pero Jo puso fin a su vida con la conciencia tranquila y en paz.

—Jo no puso fin a su vida..., lo hiciste tú.

Aunque apenas tiene fuerzas para hablar, sus palabras parecen dar en el blanco. Se detiene en seco y, durante unos segundos, cesa el irritante titileo de luces y sombras.

—Bien visto —dice al fin—. Pero dicen que la confesión es buena para el alma.

Ruth no contesta, procesa lo que acaba de oír. Pese a la esmerada modulación, hay tensión, quizá incluso irritación, en esa voz distorsionada.

—Si estás en contra de las religiones, quizá hayas leído a Kafka —dice él, e inicia de nuevo su espantoso ir de un lado a otro—. En una de sus novelas cortas, *En la colonia penitenciaria*, aparece un instrumento de tortura que consiste en perforar el cuerpo de los condenados con cientos de agujas, con las que se les escribe una y otra vez la ley que han quebrantado, clavándolas cada vez más hondo en la piel. Eso los mata en un plazo de doce horas. Lo bueno de ese proceso es que no hace falta que se le diga al condenado de qué se le acusa, ni cuál será su condena. El instrumento se encarga de hacerlo y, al final, el condenado lo entiende también. Ve la luz.

—¿Te crees juez y verdugo?

—Esa es una interpretación muy simplista. No ves lo que intento decirte.

—Vaya..., te he decepcionado.

—¿Eso te preocupa? —le pregunta—. ¿Decepcionaste a tus padres, sargento, haciéndote policía cuando podías haber tenido una profesión, como buena judía?

No la tiene calada. Ruth ha sabido calar a la gente desde pequeña. Aprendió a hacerlo de niña y lo ha ido puliendo a lo largo de toda su vida. Ese tipo no tiene su don, se sirve del dolor y del miedo, arranca confidencias a sus víctimas a base de crueldad. Saberlo la anima.

—Una niña judía desesperada por complacer a su madre... ¿Es eso todo lo que se te ocurre? —le dice ella.

Él ríe, en voz baja.

—Evasivas, distracciones, preguntas respondidas con más preguntas...

¡Menudo arsenal tienes!

Ignorando el dolor del brazo, Ruth se obliga a esbozar una sonrisa.

—Soy un libro abierto. Léeme.

—Eso hago.

«Mentira.»

—Vale, dime en qué estoy pensando ahora.

Titubea.

—Tienes miedo.

—Oh, qué sagaz... —Lo oye inspirar hondo. Distorsionado, parece el borboteo del agua por una tubería. Ella ha hecho un comentario ofensivo intencionadamente, a sabiendas de que le dolería—. En cualquier caso, no es miedo lo que quieres provocarme, ¿verdad? Lo que te pone son los secretos.

—Eso es una ordinariez completamente fuera de lugar.

—Oye, eres tú el que me tiene atada a una camilla, prácticamente desnuda — le dice Ruth. En esos momentos, está aterrada, pero se obliga a seguir, se sirve hasta de la última pizca de voluntad para continuar presionando porque, si para, puede que se derrumbe y le cuente todo lo que quiere saber—. ¿Cómo llamas tú a eso?

—No estoy aquí para contestar a tus preguntas.

—No, lo que quieres son respuestas. Pues no esperes que te lo ponga fácil.

—Aunque parezcas tranquila, la vena que te bota en el cuello te delata.

«Cabrón. Más que cabrón.» Ruth se esfuerza por respirar con normalidad y, cuando está lista, dice:

—Es cierto... Me cuesta controlar el ritmo cardíaco. La respiración la controlo mejor, pero lo que se me da fenomenal son las microexpresiones, los microgestos, los cambios de postura, la modulación de la voz, todo eso. Llevo años trabajándolos.

—Te ves en condiciones de alardear, «atada a una camilla, prácticamente desnuda». Bien por ti.

Le da una palmadita en el hombro y Ruth vuelve a notar la aspereza de sus dedos. Respira hondo para controlar las ganas de gritar que siente cuando la toca e intenta pensar en el futuro inmediato: no basta con que siga viva, tiene que encontrar una forma de salir de allí.

—Lo que pretendo averiguar —prosigue él— es por qué has desarrollado esas habilidades. ¿Te escondías de alguien? ¿Papá jugaba a juegos secretos contigo cuando eras pequeña?

«No tiene ni idea.» Más segura de sí misma, Ruth empieza a pensar fríamente. Se sabe de memoria los informes de las autopsias de todas las víctimas. En ninguno de los cadáveres había marcas de opresión, así que debía de dejarlas

moverse, o al menos cambiar de postura en la camilla de vez en cuando. Para eso, tenía que quitarles las correas. Ese sería el momento de escapar, pero no cuando estaba inmovilizada por las drogas.

—¿Sargento?

—No sabes nada de mi padre.

—Sé que está muerto. Sé cómo murió... ¿Olvidas que he visto tu álbum de recortes? —Ruth le niega una respuesta. En cambio, cierra despacio los ojos—. Contéstame.

Ruth nota la maliciosa punzada de una espina clavada en la carne. Jadea, pero experimenta un instante de triunfo. Eso ha sido una demostración de frustración y mal genio. «Pero tampoco lo irrites demasiado.»

La sargento se humedece los labios, abre los ojos.

—¿Qué me habías preguntado?

—Este jueguito no te va a salir bien —le advierte.

—Oye... —dice Ruth, arrastrando las palabras—. Si me inyectas relajantes musculares y narcóticos, ¿qué esperas?

El mensaje es claro: si quiere saber lo que piensa, va a tener que bajarle el chute.

Se hace un silencio largo. Ella trata de averiguar dónde está, pero debe de haber apagado el modulador de voz, porque ni siquiera oye el exagerado ronquido de su respiración.

Al cabo de un rato, oye el clic característico de un interruptor que se enciende.

—¿Una negociación, sargento?

—Un reto —propone ella—. Yo cedo, tú cedés.

Otra pausa.

—Podría ser divertido —dice él—. Tú primero.

Ruth ríe; no es más que una respiración fuerte, pero ve cómo se yergue la silueta de él, como si le hubiera golpeado físicamente.

—Muy justo, sí —dice la sargento—. Tú has leído mis archivos, has curioseado en mi álbum... Hay montones de secretos ahí. Me debes unas cuantas.

Oye tres respiraciones largas: inspiración, espiración; inspiración, espiración; inspiración, espiración; como si fuera el respirador artificial de un villano del espacio.

—Pregunta —dice él de repente.

—Aún no he conseguido averiguar cómo encontraste a las víctimas...

—¿«Aún»? ¿Piensas que vas a tener la oportunidad, sargento Lake?

Ruth cierra los ojos para que la esperanza que alberga no la traicione.

—No —dice, fingiendo que le tiembla la voz—. Así que ¿es mucho pedir que

me lo aclares?

Él se retira, se refugia aún más en las sombras, indicio claro de vulnerabilidad.

—Continúa —dice, por fin.

—Creo que fueron a sesiones de espiritismo.

—¿Crees que soy médium?

—Creo que eres un oportunista.

—No está mal. Pero Kara no creía en el espiritismo, ni en los médiums. ¿Por qué iba a pedirle ayuda a uno?

—Estaba a punto de presentarse a una audición para una película, quería hacer una buena interpretación.

—Ajá, la película... Sí, ahí estuviste muy avispada, descubriendo «su gran salto».

Lo dice en tono despectivo y ella se la devuelve.

—Sí, y no tuve que torturarla para averiguarlo.

—¿La pregunta?

—Te sentabas entre el público, escuchabas las trágicas historias de los asistentes y elegías a los más vulnerables.

—No me gusta nada la gente que busca llamar la atención y que se desahoga sin pudor delante de cientos de desconocidos.

Ruth lo piensa bien y plantea la siguiente pregunta en forma de afirmación, por temor a que solo le permita una.

—Elegías a las que pedían una sesión privada.

Él suelta un bufido.

—Te equivocas otra vez. Esos tipos no son mejores que los asquerosos ególatras que cuentan su sórdida existencia para entretenimiento del vulgo.

—Pues no lo entiendo.

—¿Tan pronto te rindes? —dice él—. Lo vas a averiguar. Interrogas a testigos a todas horas.

«Se ha picado contigo. ¡Contigo! Vamos, piensa.» Ruth recuerda el interrogatorio a los compañeros de residencia de Kara. Angela: ruidosa, desabrida, más que dispuesta a hablar de los defectos de Kara; Lia: soltando perogrulladas sobre lo «reservada» que era Kara. Pero había dado en el blanco con el callado y atormentado Jake y ¿no había sido él quien le había proporcionado la información más interesante?

—Eliges a las retraídas o a las que no podrían seguir adelante.

Oye una fuerte exhalación.

—Esos secretos son los que merece la pena escuchar.

—¿Cómo las persuades para que hablen contigo?

—Y ¡por fin! llegamos a la pregunta. —Parece saborear el momento—. De

acuerdo, voy a contestar. Basta con un acercamiento discreto, empático y profesional, y una tarjeta de visita con un logo de prestigio impreso en ella — añade con un ademán pícaro.

—¿Qué logo? —pregunta ella, y piensa: «Gaines. Sé que eres tú, Lyall Gaines».

Silencio.

De pronto, se apagan las luces y se cierra de golpe la puerta.

—Pregunta equivocada, Ruth —murmura ella. «O sabe que sé quién es.»

La sargento espera, aguza el oído para saber si vuelve, y su cuerpo se enfría tan rápidamente, de forma tan extraña, sin el calor de los focos, que se siente más expuesta, más vulnerable.

A modo de prueba, grita, pero apenas tiene voz y, de todas formas, su grito suena apagado, como si el lugar estuviera insonorizado, o bajo tierra.

Al salir de nuevo al aparcamiento, el aire frío azotó a Carver como si se hubiera bebido una botella de *whisky*. Fijó la vista en la garita de seguridad, donde estaba la barrera, y notó que el agente de guardia lo observaba desde el otro lado del vidrio espejado.

En Liver Street, cogió un taxi y le dio al taxista la dirección del doctor Gaines.

Debió de quedarse traspuesto, porque, cuando quiso darse cuenta, el taxista había corrido el cristal separador y le estaba gritando:

—¡Despierte, bella durmiente, que ya hemos llegado!

Estaban aparcados a la entrada de una casa bien conservada, protegida por un muro de arenisca con seto.

—Entre en el recinto, ¿quiere? —le pidió Carver.

El taxista lo miró raro.

—¿Qué pasa, que no le funcionan las piernas o qué...?

El inspector le dio un billete de diez libras por la carrera y sostuvo en alto otro.

—Le doy otros diez en diez minutos si me espera.

El hombre se guardó el dinero y aparcó en el recinto de entrada de la casa.

La verja lateral estaba abierta; se porteaba con la suave brisa, rebotando en el pestillo, deteniéndose, abriéndose unos centímetros y volviendo a cerrarse de golpe otra vez. El olor a leña impregnaba el aire frío.

Carver tocó el timbre de la puerta principal. Había luces encendidas en el vestíbulo y se asomó por el cristal lateral de la puerta, pero no pudo distinguir ningún detalle. Volvió a intentarlo, luego giró el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave y la interior estaba abierta de par en par. Entró, llamó a Gaines. No hubo respuesta.

La habitación que había nada más entrar, a la izquierda, estaba vacía y fría. La de enfrente estaba iluminada por lámparas de mesa y el suelo de parqué resplandecía como miel al sol bajo la luz dorada de estas. La estancia se había abierto a la cocina, pero la luz de las lámparas no penetraba tanto en la oscuridad.

Los montones de fotografías que forraban las paredes eran una muestra

horrenda de personas profusamente tatuadas y escarificadas. Junto a ellas, acuarelas de plantas: *Digitalis*, *Aconitum*, laurel y *Pulsatilla*, la aparentemente inocua flor de pascua. Después de trabajar un año en el caso, sabía que todas ellas eran venenosas.

La mesa de centro, las sillas y el suelo estaban repletos de papeles. Signos celtas, tatuajes, sellos..., páginas y páginas sobre simbolismos. Un cargador de portátil colgaba de la mesa. Exploró la estancia; no vio ningún ordenador. En la chimenea, había un antiguo teléfono negro de baquelita, de imitación, al lado de un sillón, como si Gaines hubiera estado usándolo hacía solo unos minutos. Pilladas por una esquina del aparato, había una docena de hojas impresas de una página web donde se veía un cuerpo momificado con lo que parecían tatuajes en las muñecas, en los brazos, incluso en el tórax. Notas, diagramas e impresiones de los símbolos tatuados en los cuerpos de las víctimas del asesinato de las espinas caían de la mesa al suelo. Entre ellas, había fotografías de la *Pyracantha*, con primeros planos de sus espinas. Y, apoyada de forma oblicua en un cenicero en una mesita auxiliar, encontró una rama de *Pyracantha* de veinte centímetros, tan gruesa como su pulgar, a la que le habían cortado todos los brotes y las espinas laterales y le habían dejado solo la espina apical, de cinco centímetros de largo y tremendamente afilada. No era de extrañar que Ruth tuviera sus recelos.

En una librería vio una foto enmarcada de un Gaines más joven, con el torso al descubierto y el brazo por los hombros de un hombre más bajo, posiblemente malasio. Con la mano libre, Gaines asía la empuñadura de una daga, enfundada en el cinturón. Reía; parecía agotado pero feliz, y llevaba un tatuaje en el hombro, recién hecho, porque la piel de alrededor aún estaba enrojecida e inflamada.

De pronto, le vino a la cabeza una imagen de Gaines haciendo un corte con la punta de la daga en una piel oscura. Un halo azul y naranja formó un vórtice alrededor de la fotografía y absorbió la luz hacia su epicentro. Carver se tambaleó, las náuseas le revolvieron el estómago y tuvo que agarrarse al respaldo de una silla para no perder el equilibrio. Cerró los ojos y, por suerte, aquella imagen tan violenta se desvaneció.

«¿Alucinación o premonición?» Se había excedido tanto ese día que podía ser cualquiera de las dos. Pero le quedó una impresión de la que sabía que podía fiarse: Gaines era un sádico sanguinario.

Carver tenía el cuerpo entero empapado en sudor, incluida la cara; se notaba un regusto a bilis en la garganta y le temblaban las piernas. Se enjugó la cara y miró alrededor. La casa era enorme, ¿tenía fuerzas para registrar hasta el último centímetro?

Una ráfaga de aire frío cruzó la estancia, levantando los papeles, haciendo que

se le erizara el vello de los brazos y de la nuca; entonces reparó en que las puertas francesas del otro lado de la cocina estaban ligeramente abiertas. Tragó saliva para sobreponerse a las náuseas y avanzó hacia ellas, bordeando la isla de la cocina. Al dar un paso, el dedo gordo del pie le topó con algo blando. Apoyó una mano en la superficie de granito para no caerse y, cuando miró abajo, vio una masa oscura en el suelo. Un cuerpo.

«¿Ruth?»

Le dio un vuelco el corazón, notó que la habitación se ladeaba y tuvo que esperar un momento para poder acuclillarse despacio, deslizándose por el armario.

No era Ruth. Gracias a Dios... Encendió la linterna del móvil y vio a un hombre de pelo cano con pulseras trenzadas en las muñecas. Era Lyall Gaines.

Tenía la piel azulada y no parecía que respirara.

Carver le tocó la cara con el dorso de la mano. La tenía fría. Pero hacía frío esa noche, las puertas francesas estaban abiertas y sabía de sobra que no se podía dar por hecho que alguien estaba muerto solo porque estuviera frío. De pronto le vino a la memoria una frase que Ruth solía decir: «No estás muerto hasta que estés caliente y muerto».

Entonces le vio una gota de sangre en el cuello y, rodeándolo lateralmente, descubrió una jeringuilla vacía en el suelo, al lado del cuerpo de Gaines.

El sobreesfuerzo le estaba pasando factura y no estaba seguro de poder ponerse de pie sin volver a terminar en el suelo, así que se quedó quieto e hizo la llamada a los servicios de emergencias.

Terminada la llamada, se tomó unos minutos y, respirando despacio, esperó a que se le pasaran las náuseas y el mareo.

De repente, el patio se inundó de luz. Carver se tensó y el pico de adrenalina le dio energía. Un gato se agazapó a la luz, con las orejas planas y la boca abierta en un gruñido feroz. Al ver que no había amenaza inminente, siguió avanzando y, con una mirada altiva, cruzó el patio y desapareció en la penumbra.

Mientras lo observaba, Carver vio un poco de carbonilla pasarle por delante de los ojos, luego más. Se levantó despacio y fue hacia las puertas francesas para asomarse al jardín inundado de luz. Unas volutas de papel quemado daban vueltas en círculo por el patio.

De pronto, se hizo la oscuridad. Al pestañear para librarse de la imagen residual, le pareció ver un punto rojo de luz. Cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió, seguía ahí, y otro, y otro. Tres puntos de luz roja intermitente al fondo del jardín, cerca del muro posterior. Salió fuera y, tras encender las luces de seguridad y con la linterna del móvil preparada por si volvía a quedarse a oscuras, cruzó el césped. El olor a leña quemada se hizo más intenso; el origen

del resplandor rojo era, por lo visto, un barril grande de aceite montado en unos ladrillos y rodeado de montones de leña y ramas cortadas. Al acercarse, se dio cuenta de que lo que tenía delante eran las brasas incandescentes de una fogata, vistas por los orificios de ventilación de la base del barril.

Dentro, había un segundo tambor metálico más pequeño, boca abajo, y el espacio que había entre ambos se había rellenado con ramas y palos, la mayoría carbonizados, con lo que quedaba solo una capa de diez centímetros en la base del barril. Unos copos de papel quemado salieron del barril y, al iluminar el interior con la linterna, Carver vio cuatro o cinco hojas retorcidas y metidas a presión en el tambor. En ese borde, el fuego estaba casi extinto, pero el metal aún quemaba, y se abrasó los nudillos al intentar sacar los papeles.

Se estaba levantando un viento que lo zarandeaba y hacía que las hojas de los árboles y el papel quemado salieran volando por el jardín. Notó que se avivaba el fuego; aquellos últimos restos arderían de golpe y desaparecerían en cualquier momento. Agarró la parte gruesa de una rama y la usó para ladear el tambor. Este, que era asombrosamente ligero, volcó fácilmente, liberando la ceniza, que ascendió en espiral, llevada por la brisa, e hizo que los palos de carbón salieran disparados del tambor a la tierra húmeda. El premio de Carver seguía, obstinado, en el interior del barril exterior, pero, al iluminar con la linterna los restos de ceniza y palos, vio que uno de los trozos de papel estaba a su alcance. Cuando fue a meter la mano, una ráfaga de viento le llenó de ceniza y de carbonilla los ojos, y el fuego llameó. Chamuscándose el pelo y las cejas, cogió lo que pudo y cayó de espaldas, tosiendo. Se limpió los ojos con la manga del abrigo y abrió con cuidado el puño. Ceniza, restos carbonizados, unos pedazos de rama quemada.

Y un trocito minúsculo de papel, no mayor que la esquina de un sello de correos. Lo atrapó con el índice y el pulgar y lo levantó con sumo cuidado, ladeándolo a la luz.

Era un logo de algún tipo. Verde. Dos letras legibles abajo que parecían «NS» y una tercera que podía ser «C» o «G», el resto estaba demasiado carbonizado para leerlo. Una línea en el centro, entre dos bandas más gruesas de verde, señalaba al extremo inferior. La de la derecha estaba más completa; tenía forma de cabeza de pájaro, con el pico apuntando hacia el suelo. O quizá de llama. Pero ¿una llama verde? No tenía sentido. Vale, un pájaro. A lo mejor. Tres trazos en forma de lágrima salían de la parte superior de la línea central.

Carver oyó las sirenas de los vehículos de emergencias que se acercaban; por cómo sonaban, al menos dos coches y una ambulancia.

Volvió a la cocina, puso el trocito de papel en la encimera e hizo media docena de fotos con el móvil. Mirando alrededor en busca de algo que le

serviera, encontró un vaso en el escurrerplatos y lo colocó encima del trozo de papel. Luego volvió al taxi, que aún lo esperaba fuera, y le dijo al taxista que lo llevara a Sefton Park.

El taxi giró hacia Aigburth Drive justo cuando pasaba el primer coche de policía en la dirección opuesta.

Carver llamó a Parsons.

—¿Ha hablado con Gaines cuando ha pospuesto el interrogatorio esta mañana?

—No... Me ha enviado un correo electrónico. —Parsons parecía distraído—. ¿Qué tiene que ver eso?

—No creo que lo haya pospuesto él —dijo Carver—. Acabo de encontrármelo en el suelo de su cocina. Creo que está muerto.

—Joder..., ¿ha llamado a una ambulancia?

—Ya están en el lugar de los hechos. Mire, había unos papeles quemados en el jardín. He recuperado un trozo con un logo; quien haya ido a por Gaines pretendía destruirlo. Hay que averiguar de qué es.

—Voy de camino —dijo Parsons—. Si hay huellas en el papel...

—Seguramente solo encontrará las mías —lo interrumpió Carver—. He tenido que salvarlo de la quema.

—Mierda. De acuerdo. Quédese donde está.

—Ya me he ido —dijo el inspector.

—¿Qué? ¡No puede marcharse del escenario del crimen!

Parsons tenía razón, pero no podía permitirse que lo retuvieran allí durante horas.

—Encontrará el papel debajo de un vaso, en la isla de la cocina.

Carver oyó un chillido de protesta mientras colgaba. Apagó el móvil por si a Parsons se le ocurría rastrearlo y mandar a alguien a detenerlo.

Dio un golpecito en el cristal separador y el taxista lo corrió.

—¿Tiene móvil? —le preguntó.

—Sí...

—¿Cuánto quiere por prestármelo una hora?

Ruth Lake pierde el conocimiento a ratos, con el olor a tierra y a madera podrida en la nariz, y sueña con su abuelo.

Cuando iba a verlo a su casita de Everton, casi siempre estaba demasiado ocupado comprobando el resguardo de las carreras o viéndolas en la tele para contarle historias. Al abuelo le gustaba apostar, había apostado a los caballos todos los sábados de su vida adulta. La abuela insistía en que viera las carreras desde casa, donde podía tenerlo vigilado. «Para atarlo corto», como decía ella.

Había sido allí donde Ruth había empezado a hablar de las posibilidades de uno u otro caballo mientras calentaban en el *paddock* y había aprendido a valorar algo más que el lustre de los lomos del animal.

Pero la abuela no siempre podía atar corto al abuelo y, cuando eso ocurría, el abuelo terminaba durmiendo en el refugio antiaéreo del patio trasero. El refugio, una reliquia de la Segunda Guerra Mundial, era una especie de búnker cavado en la tierra y forrado de planchas de hierro corrugado recubiertas de mantillo. El abuelo lo había descubierto, medio oxidado y cayéndose a pedazos, cuando se habían mudado a esa casa. Lo había apuntalado con tablas de madera e instalado un par de sillas y un hornillo de queroseno debajo de una chimenea improvisada con latas de alubias vacías de tamaño industrial. Lo llamaba «su sanctasanctórum» cuando estaba relajado, o «la caseta del perro» cuando quería evitar la ira de la abuela.

El abuelo tenía setenta y seis años cuando Ruth fue testigo del apuñalamiento en el callejón. Los consejos que le había dado en voz baja en la quietud de su sanctasanctórum la habían ayudado más a reponerse que la sucesión de psicólogos que los tribunales le habían asignado por su bienestar antes del juicio.

«¿Por qué estoy pensando en esto ahora?» Antes de que se forme la respuesta en su cabeza, ya lo sabe: por el olor. El olor a tierra y a raíces de árbol, a mantillo; el hedor otoñal a hongos y a la lenta descomposición de la madera le recuerdan el refugio de su abuelo. Está bajo tierra.

Escucha, en la más absoluta oscuridad, el sonido de su propia respiración. Hace frío allí dentro, pero no demasiado. Siente un hormigueo en los dedos de las manos y prueba a moverlos. El meñique se contrae. El entumecimiento está

remitiendo.

Media hora más tarde, se nota las correas de cuero y puede mover los hombros y las piernas también. A lo mejor aún tiene una oportunidad de defenderse.

Una súbita ráfaga de aire, el clic del interruptor y las luces potentes vuelven a bañarle la piel.

Ruth relaja deliberadamente las extremidades, reacciona con lentitud y abre los ojos como si le costara.

—Los Medici tenían un jardín de venenos en Padua —dice su captor. Sigue usando el modulador de voz y se mantiene fuera de su ángulo de visión—. La actual duquesa de Northumberland diseñó uno en el castillo de Alnwick, The Poison Garden. Tiene una puerta metálica cerrada con llave y está repleto de especies tóxicas; en cada una de las hojas de la puerta hay esculpida una calavera con dos huesos cruzados sobre ella, y la advertencia THESE PLANTS CAN KILL, «Estas plantas pueden matar». Ella sabía que hay dos cosas que atraen a la gente: los secretos y el peligro. Y no se equivocaba: van a miles a verlo.

—«Nada es veneno, todo es veneno», citó Ruth, arrastrando las palabras de forma consciente.

—Paracelso. Bravo. Es la dosis lo que mata, sargento —completó la cita el asesino.

«Capullo condescendiente.» La sargento deja que se le cierren los ojos, luego vuelve a abrirlos, como si le costara muchísimo, después deja que se le cierren de nuevo y se finge dormida.

Un pinchazo doloroso y caliente en el muslo.

Jadea, siente un pico de lucidez y de energía.

La energía se convierte en angustia, el hormigueo de los dedos le resulta de pronto aterrador. El miedo aumenta y ella intenta librarse de las correas, las oye crujir.

—El corazón te va a mil —le dice él—. Te ha subido la tensión. —Le tira una jeringuilla vacía al vientre y ella se estremece—. Epinefrina..., adrenalina, si lo prefieres. Ahora, si estás completamente despierta, te toca hablar.

Jadeando, Ruth se esfuerza por recuperar el control.

—¿Qué... qué quieres saber?

—¿Cómo te sentiste cuando viste a Greg Carver tirado en la butaca, con un disparo en el pecho?

—Conmocionada.

—Mentirosa.

—Digo la verdad. —Se nota el pánico en la voz y experimenta como un galope en el pecho. «No es por el miedo, es por la adrenalina. Aguanta.»—. Fue

horrible.

—Eso se acerca más a la verdad. Pero no pudo sorprenderte del todo; tenías que saber que algo malo iba a pasar, por lo mucho que estaba bebiendo, por cómo había reaccionado ante la muerte de Kara. Prácticamente se derrumbó después de eso, ¿no?

Ruth titubea.

—Sí.

—Te lo voy a preguntar otra vez: ¿cómo... te... sentiste?

—Furiosa —contesta Ruth, y se odia por traicionar a su amigo.

—¿Solo furiosa?

La sargento no consigue controlar los nervios; las tretas de las que suele servirse para disimular sus sentimientos no están a su alcance ahora. La sangre le zumba por las arterias y un pitido agudo le perfora los oídos.

—Eso es lo que he dicho —replica ella, y percibe la duda en su propia voz.

—Ahora mismo, la epinefrina no te está haciendo ningún daño —le dice él—, pero una dosis reiterada puede producirte un infarto, incluso un ictus. —Retira la jeringuilla vacía y la reemplaza por un EpiPen sin usar—. Es la dosis lo que mata, sargento. —Ruth murmura la palabra que define cómo se sintió cuando vio a Carver tirado en su butaca, apestando a alcohol—. No te oigo —le dice—. Habla más alto.

—Me sentí asqueada —reconoce—. Sentí desprecio.

El asesino suspira, exhala entrecortadamente, henchido de emoción.

—Eso ya es otra cosa.

Ruth despierta y sabe que ha pasado tiempo.

Apenas ha sentido el pinchazo de la aguja hipodérmica, no ha sido consciente de que estaba perdiendo el conocimiento, pero sabe que ha estado trabajando en ella porque el brazo le duele una barbaridad y tiene los ojos cerrados y sujetos con tiras de esparadrapo. No puede moverse.

—Un hito —le dice él como si nada—, tu primera verdad, tu primer ojo abierto. —Le frota la herida con carbón y ella gime—. Pero aún queda muchísimo hasta que duermas —añade. Luego le da una palmadita en el muslo—. Bueno, vamos a ayudarte a despertar.

—Nnn...

Ruth intenta resistirse, pero, aunque siente el dolor del brazo, no consigue que las extremidades le respondan.

Nota cómo le entra la aguja en el muslo, luego un líquido frío como el mercurio le recorre el cuerpo entero. Siente cómo le sube del muslo hasta la

entrepierna; del vientre al pecho. El corazón le va a mil y transporta la droga a su cerebro.

Él le quita las tiras de esparadrapo de los ojos.

Luz, tan intensa que está convencida de que la va a cegar. Y dolor. Le arde el cuerpo entero, sobre todo el brazo. Grita, arquea la espalda, oye cómo crujen las correas de cuero cuando tira de ellas; está centrada, en cuerpo y mente, en el dolor insufrible del brazo.

Él la retiene contra la camilla.

—Chisss... Relájate...

Ruth siente ganas de suplicarle que acabe con ella de una vez, pero no le va a dar ese gusto, así que grita otra vez.

—¡Que te den!

—Te voy a decir una cosa: si esta vez te muestras más comunicativa, a lo mejor, en el próximo interrogatorio, podemos prescindir de la epinefrina.

«Parece nervioso. ¿Me tiene miedo? ¿Está negociando conmigo?»

—Que... te... den —repite ella, notándose la respiración entrecortada en la garganta—. ¿Quieres la verdad? —dice—. Eres débil. Por eso te escondes. Porque eres débil y tienes miedo.

—Sin embargo, eres tú la que tiembla —replica él—. El pulso del cuello te va rapidísimo. El tatuaje te tiene que doler como una quemadura de tercer grado. Estás envuelta en un sudor frío.

Ruth aprieta los dientes.

—Cuéntame... algo que... no... sepa...

«¡Dios, qué dolor!»

—De acuerdo. Tu ritmo cardíaco bajará en uno o dos minutos, pero el mayor peligro es la vasoconstricción de los pequeños capilares del cerebro. Podrías sufrir un ictus en cualquier momento. —Le aumenta la presión en el cráneo. No puede dejar de temblar. Debería entrar en *shock*, que su cuerpo se parara, bloqueando los centros del dolor, pero el dolor sigue aumentando—. Céntrate en mi voz —dice él—. Contéstame con sinceridad y te daré algo para aliviar el dolor. —Espera a que le suplique la pregunta—. Dices que te sentiste asqueada al encontrarte a Carver esa noche. Pensabas que había intentado suicidarse.

—Ajá —consigue decir Ruth.

—Entonces, ¿por qué destruiste las pruebas? ¿Por qué te llevaste el arma de su apartamento?

—P-proteger... —dice Ruth entre dientes.

—¿Por proteger a quién? ¿A Carver? ¿Su reputación?

—Ajá.

—Debías de saber que habría consecuencias. Eres una técnico forense

experimentada, además de detective.

—No... entonces... —dice la sargento, que tiene que responder con palabras sueltas porque le castañetean los dientes y se le sacude el cuerpo entero pese a las correas.

—Te entró el pánico. —Ruth cierra los ojos—. ¿Tan distinto es llegar al escenario de un crimen cuando conoces a la víctima?

Parece verdaderamente interesado en la respuesta.

—Sí.

Ruth abre los ojos y mira fijamente el disco luminoso que rodea el rostro del asesino. Luego oye un gruñido de satisfacción.

«Venga, para esto.»

Siente una leve presión en el brazo derecho y una súbita oleada de calor. La quemazón sigue estando ahí, pero ya no parece importarle tanto. Cesan los temblores y puede respirar con normalidad otra vez.

—Morfina —le dice él—. No demasiada... Vamos a seguir, ahora que hemos empezado a hacer progresos.

Carver se arriesgó a volver a encender el teléfono un momento para pasar por *bluetooth* las fotografías al móvil que le había prestado el taxista. Luego lo volvió a apagar y abrió las imágenes en el móvil prestado, ampliándolas todas, pero no vio ningún otro detalle en el trozo de papel quemado, solo las tres letras, «NSC», y el contorno del pájaro, una garza real, quizá, o alguna ave exótica.

De todos los papeles que había tirados por la casa de Gaines, el asesino había quemado ese, y se había llevado el portátil del antropólogo. Gaines debía de haber descubierto algo en internet que incriminaba al asesino.

Buscó en la red y encontró una consultoría de seguridad llamada NSC, también un especialista en informática y un fabricante de materiales compuestos de alta tecnología, pero los logos no coincidían, ni en el color ni en la forma.

—Pare un segundo, ¿quiere? —dijo, tocando con los nudillos en el separador. Le enseñó al taxista la imagen del logo—. ¿Qué le parece a usted que es esto?

—No sé, la verdad. —El tipo forzó la vista—. ¿Unas manos alrededor de una rueda dentada?

Carver volvió a mirar la imagen. Entendía lo que decía el taxista, pero ¿por qué iba uno a representar unas manos que asían simbólicamente una rueda dentada?

Buscó en Google «logos manos en forma de copa». Había cientos. Vale, ¿y qué simbolizaban las manos en forma de copa? ¿Protección? ¿Conservación? Pero la rueda dentada seguía sin encajar. Probó con «conservación de aves», pero esa opción era un callejón sin salida. Vale..., tres lágrimas con la punta hacia dentro que formaban un arco encima de una línea... ¿O un tallo? ¿Podría ser el tallo de una flor?

Buscó en Google «NSC» y «conservación de plantas». Seis líneas más abajo, vio una sociedad botánica. Hizo clic en el enlace y allí estaba: el logo de la National Society for the Conservation of British Plant Species. El taxista tenía razón en lo de las manos en forma de copa. La línea del centro era, en efecto, un tallo de planta y las lágrimas eran pétalos. La «planta» descansaba en las letras NSCBPS. Pero ¿qué relevancia tenía aquello? ¿Qué intentaba ocultar el asesino?

En el menú desplegable, hizo clic en la opción «En su zona», luego seleccionó

«Merseyside».

Junto al puesto de «Coordinación de colecciones, Wirral» había un nombre que conocía.

Se quedó pasmado unos segundos mirando la pantalla, con los dedos paralizados. Luego se espabiló, le dio indicaciones al taxista, encendió su móvil otra vez y abrió la agenda. Pensó en llamar a Parsons, pero enseguida cambió de opinión y pulsó el contacto de Ivey; dudaba que Parsons estuviera de humor para escuchar.

—¿Dónde está? —preguntó Ivey, en voz baja, y Carver lo imaginó saliendo a escondidas de la sala de investigación—. Parsons está que trina. Jansen quiere colgarlo de los Liver Buildings por las pelotas.

—¿Qué has sacado en claro de los vídeos de seguridad?

—Nada —dijo Ivey.

—Ruth fue muy clara —repuso Carver—. Kara habló con una mujer.

—Ya he visto a la mujer, pero Kara solo habló con ella unos segundos. He hecho una captura de pantalla y se la he enseñado a los compañeros y a los profesores de la víctima. Nadie la conoce.

—Me parece que yo sí —dijo el inspector—. ¿Me puedes mandar la imagen?

Segundos después, Carver estaba mirando fijamente la captura.

—¿Jefe? —lo llamó Ivey en voz bajísima.

—Escúchame con atención —le dijo Carver—. La mujer de la imagen es Laura Pendinning. Es coordinadora de una sociedad botánica. Tiene subespecies raras de *Aconitum*, *Pulsatilla* y *Buxus* entre sus colecciones. Son todas plantas muy tóxicas y sabemos que el asesino utilizó acónito con las víctimas. —Tomó aliento—. Además, ha estado trabajando en mi rehabilitación, en la unidad de lesiones cerebrales; es psicóloga clínica.

—¡Madre mía...!

Puso al joven detective en antecedentes y le dictó la dirección de Pendinning. Dejó encendido el teléfono y se aseguró de que el GPS estaba activo: a partir de ese momento, quería que pudieran localizarlo. Le quedaba confiar en que Ivey fuera capaz de convencer a Parsons. A fin de cuentas, el interés de Pendinning por las plantas podría ser completamente inocente y, de todas formas, la doctora estaba con él cuando el asesino lo había llamado al hospital.

¡No!, recordó, entró en la habitación justo después. Y había sido ella la que le había conseguido el móvil.

Pero ella había intentado impedirle que saliera del hospital...

—¡Venga ya, Carver! —masculló.

Oponerse precisamente a lo que uno quiere que haga otra persona era una táctica psicológica básica, y él había caído en la trampa.

Pendinning parecía saber más de lo que él le había contado: su marca de *whisky* favorita, por ejemplo, y la importancia de la fotografía de Emma en su luna de miel a la que él tenía tanto cariño. Emma lo había mirado con desdén cuando él la había acusado de llevar la fotografía al hospital y él había querido creer que Ruth le había hecho de consejera matrimonial. Pero ¿y si no había sido ninguna de las dos? El día que había estampado la foto enmarcada contra la puerta en cuanto Emma había salido por ella, ¿qué le había dicho Pendinning? «A veces es bueno que nos recuerden lo que nos importa. Aunque nos cause dolor.»

Recordó la cara de la doctora cuando había querido salir corriendo del hospital a buscar a Ruth. Después de verla agotada durante días, de pronto le había parecido sonrosada, emocionada.

«Usted no puede hacer nada, Greg», le había dicho.

Entonces había pensado que estaba siendo racional, razonable, pero ahora veía que lo estaba provocando.

Le vibró el teléfono antes de sonar y el inspector dio un fuerte respingo. Ivey. Deslizó el dedo por la pantalla para contestar.

—Un equipo de Matrix va camino del domicilio de Pendinning —le dijo el joven detective.

Un leve sonido percusivo penetra las paredes de la prisión de Ruth y el asesino se vuelve. Con los sentidos en alerta máxima después del primer chute caliente de morfina, Ruth oye deslizarse sus zapatos por el suelo de terracota. El asesino corre hasta el fondo de la estancia, que, durante unos segundos, se llena del ulular de las sirenas de los coches de policía y, más allá, del pulso intermitente de la de una ambulancia.

—No... —susurra el asesino.

«Tiene miedo.» Ruth experimenta una súbita euforia.

—Ya están aquí —dice la sargento—. Te han encontrado.

—¡Cállate! —espetea, y cierra la puerta de golpe, ahogando el clamor, y de pronto solo se oye su respiración entrecortada, distorsionada por el modulador de voz.

—Déjalo ya —dice Ruth—. Se acabó.

—¡Te he dicho que te calles! —le grita, y agarra el EpiPen—. Se acabará cuando yo lo diga.

La casa de Pendinning estaba repleta de policía cuando llegó Carver. Un furgón Mercedes Sprinter de los Matrix y dos coches patrulla oficiales los habían adelantado a toda velocidad hacía diez minutos, en la entrada del túnel del Mersey.

El taxista paró junto a la acera y le dijo:

—Joder, tío, ¿estás seguro de que te quieres meter ahí?

—No me queda otra —contestó Carver, y le dio el móvil y un fajo de billetes.

La vivienda estaba en una calle tranquila y, por detrás, daba a los campos de Upton. Aún estaban montando el cordón policial, así que pasó sin problema, pero el agente que vigilaba la puerta lo detuvo.

El inspector le enseñó su acreditación.

—Ya sé quién es, señor, pero no puedo dejarlo pasar.

—¿Han encontrado ya a la sargento Lake? —le preguntó Carver—. ¿Está bien? —El agente miró al infinito y apretó los labios, muy serio—. Por Dios,

hombre...

Al inspector le reventaba la cabeza, tanto que le parecía que el suelo avanzaba y retrocedía al ritmo de aquel dolor pulsátil.

Uno de los Matrix salió de la casa y bajó trotando los peldaños de la entrada.

—Lo que hay ahí dentro es como un puñetero espectáculo de terror.

Entonces vio a Carver y, tras hacerle un gesto con la cabeza a modo de disculpa, siguió adelante.

Carver se apoyó en la pared y deseó que se le pasara el mareo.

Unos minutos más tarde, llegó el furgón de la Científica y el equipo empezó a prepararse. Comenzó a nevar cuando el director, John Hughes, conducía a su equipo al interior de la casa.

Carver se irguió y tensó los músculos para controlar el temblor de las piernas.

—Greg... —le dijo Hughes, asustado—. Tienes mal aspecto. ¿Han...?

—No lo sé, John. No quieren decirme nada.

—Vale. Ve a sentarte al furgón —le dijo Hughes—. Veré qué puedo averiguar.

Volvió a los diez minutos, quitándose los guantes y el mono de seguridad; los metió en una bolsa y se sentó al volante.

—La casa está vacía —le dijo—, pero parece que tenías razón... Se quedó con trofeos: pelo y joyas. Y hay fotografías, fase por fase, del tatuado de las cinco víctimas.

—Joder... —Carver se pasó una mano por la cara—. ¿Y Ruth?

—No. —El inspector se miró las manos temblorosas—. Greg, ¿me has oído? No hay nada de Ruth ahí dentro.

Hughes esperó a que Carver lo mirara.

—Vale —le contestó el otro—. Te he oído.

—Guardaba recortes de periódico de todos los asesinatos. Y... —titubeó.

Carver levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Tiene una vitrina con trozos de piel tatuada... Aún es pronto para saber si son humanos.

—¡Joder...! ¿Han registrado ya el *loft* y la bodega?

—Los Matrix han registrado todas las habitaciones, armarios, cubículos y ranuras de la casa. Están a punto de marcharse para que podamos procesar el escenario. Y te prometo que encontraremos todo lo que haya que encontrar, pero, de momento, no hay indicios de que Ruth haya estado aquí.

Carver asintió con la cabeza, agradeciendo las palabras tranquilizadoras de Hughes, pero adelantándose.

—Ordenadores, teléfonos, tabletas. Si Pendinning ha almacenado información

sobre los sitios en los que...

—Parsons ya ha dado la orden de que se incauten de todos los dispositivos electrónicos —le dijo Hughes—. Mira, ya sé que es un señorito de los que jamás se mueven del despacho, pero hoy está aquí, y sabe lo que hace.

Carver abrió la puerta del copiloto.

—¡Eh! ¿Adónde vas! —quiso saber Hughes—. No estás en condiciones de...

—Necesito que me dé el aire... —masculló Carver.

Se dirigió tambaleándose al murete del jardín que separaba la propiedad de Pendinning de la de al lado y se encaramó allí, medio sentado, intentando que se le pasaran las náuseas y el miedo.

Él había metido a Ruth en todo aquello, al abandonarse, como un cobarde egoísta, a la bebida; con su insignificante aventura con Adela Faraday. Si hubiera hecho su trabajo, Ruth jamás se habría convertido en blanco.

Dos Matrix salieron de la casa, luego otro; en un minuto, estaban todos en el furgón, listos para marcharse. Parsons fue el siguiente en salir. A Carver no le apetecía hablar con él, así que, cuando John Hughes se acercó a la casa, él se refugió en la penumbra del lateral del edificio.

El miedo intenso le produce una punzada de dolor en el corazón, calambres en el vientre y en el abdomen. «Estúpida.» Decirle que todo ha «acabado» ha sido una gran estupidez. Ruth ha visto a las víctimas; sabe lo que les hace cuando ha acabado con ellas.

«HAZ algo. Di algo. Quiere conocer tus secretos. Provócalo. Recházalo.»

—Sé quién eres —dice.

—Crees que sabes quién soy.

—Lyll Gaines —espeta Ruth.

Una carcajada brusca.

—Eso es lo que he querido que pensaras. Pero el inspector Carver ha descubierto que no es así y yo detesto que se atribuyan el mérito de mi trabajo, así que te lo voy a decir: Gaines era un imbécil cuyas aptitudes no estaban a la altura de su ego inflado.

Aunque tiembla por dentro, Ruth procura parecer imperturbable.

—¿Vas a quedarte aquí sentado esperando a que vengan a por ti? —dice—. Sabes que pondrán esto patas arriba hasta que me encuentren.

—¿Por qué te preocupa tanto? ¿Es que no quieres que me atrapen?

«No tienes ni idea de cuánto.» Pero, si la traslada, tendrá que soltarle las manos y ella dispondrá de una oportunidad. Si se quedan allí, quizá decida optar por la salida fácil y llevársela consigo. Y, si ya se le ha pasado por la cabeza, no

será ella quien lo anime a hacerlo.

—Si no eres Gaines, ¿quién eres?

—Uy, sabes que no va a ser tan fácil. «Hay que dar para recibir».

«Dale algo, pero que quiera más.»

—El olor de este lugar —dice Ruth— me recuerda al de un refugio antiaéreo que había en el jardín de detrás de la casa de mis abuelos. —Su respiración es pausada. Está escuchando—. Se iba allí cuando quería esconderse de la abuela. Él no tenía ni idea de su existencia hasta que un buen día se puso a cavar en el jardín para hacer un pequeño huerto de verduras.

—¿Por eso te hiciste tú un huerto, Ruth?

Es la primera vez que la llama por su nombre de pila. Según los manuales de psicología, es buena señal que te llamen por tu nombre. Pero Ruth no lo tiene tan claro. El asesino de las espinas no es como otros asesinos en serie sobre los que ella haya leído: la mayoría de los agresores no quieren ver a sus víctimas como personas, no les interesan en absoluto como seres humanos.

En cambio, el asesino de las espinas necesita saberlo todo de sus víctimas. Y, cuando ya ha averiguado todo lo posible, las mata.

«Así que asegúrate de que entiende que esto no es más que un aperitivo, que quiera más.»

—El abuelo siempre quiso tener un huerto —dice la sargento—. Y lo único que tuvo fue un socavón en la tierra. Cuando cumplí dieciséis años, planté un huerto en el jardín trasero de la casa de mis padres, por él, para darle las gracias, después de...

Se interrumpe, confiando en que el asesino no descubra que está exagerando.

—¿Después de...? —pregunta y, durante una milésima de segundo, él atraviesa el velo de luz cegadora y ella vislumbra ese rostro amorfo, luego retrocede.

—Después de que me ocurriera algo malo —dice Ruth—. Le encantaba sentarse en nuestro jardín trasero, oler las flores, escuchar el zumbido de los insectos...

—El apuñalamiento que presenciaste de niña.

—Sí.

—Pero eso ya lo sabía. Hay otras cosas mucho más interesantes en tu álbum de recortes.

—Ya lo has leído —repuso la sargento, procurando sonar desenfadada—. Ya sabes todo lo que hay que saber.

—Uy, lo dudo. He leído los recortes de prensa, pero no tenían anotaciones tuyas, y a ti te encanta hacer anotaciones, ¿verdad, Ruth? Así que o las notas al margen las llevas grabadas en la memoria o escondes algo mayor... Y, teniendo

en cuenta lo que hay en el álbum, yo diría que tiene que ser algo trascendental. —Ruth no contestó—. Bueno, no esperaba que me desvelaras tus secretos tan alegremente. Empecemos por una pregunta más fácil: ¿lo sacas de su escondite y le echas un vistazo de vez en cuando?

«¿Qué querrá oír?»

—Sí —miente Ruth.

—Mmm, me acabas de mentir. Si fuera verdad, te habría costado más reconocerlo. —Presiona con las yemas de los dedos índice y corazón en el surco que hay a un lado de la tráquea y, por un segundo, a Ruth le parece que la va a ahogar—. Fácil —dice—. Otra pregunta: cuando te deshiciste de lo que pensabas que eran las pruebas del intento de suicidio de Carver, ¿estabas pensando en tu padre? —A Ruth se le acelera el pulso—. No hace falta que contestes —dice el asesino—. Esa es la verdad. ¿Sabe Carver que por eliminar pruebas de su apartamento retrasaste la llamada a la ambulancia? —Ruth se muerde la lengua para que no se le escape un sollozo. Retira los dedos de su garganta y ella jadea—. ¿Quieres vivir, Ruth?

—Sí —contesta la sargento, y una lágrima humillante le cae del rabillo del ojo.

—Entonces, quiero saber todo lo que ocurrió. Todas las cosas vergonzosas que has hecho.

—De acuerdo.

—Sin ocultar nada.

—Sí.

—Mientes, claro —dice él—. Sé que es tu reacción por defecto.

El asesino guarda silencio más tiempo de lo normal, más de lo que lo ha hecho hasta entonces. Para mantener la calma y disimular el miedo, Ruth tiene que hacer uso de toda la experiencia y la práctica adquirida durante años de enmascarar sus sentimientos.

De pronto, él le pone una mano en la cara. Ella contiene la respiración y se prepara para un ataque. No se produce. En cambio, le quita la correa que le sujeta la cabeza y le suelta las ataduras de los hombros.

—Aun así, te voy a sacar la verdad —le dice el asesino—. Será un proceso largo y duro, pero estoy empezando a pensar que podrías merecer la pena.

Ruth vuelve a respirar.

—Te diré lo que vamos a hacer. Dentro de un momento, te soltaré las manos. A mi orden, te incorporarás despacio y te desabrocharás las correas de las piernas y los tobillos, te pondrás las manos a la espalda para que te las pueda volver a atar y luego nos iremos.

Ruth mira al infinito, sin dejar de contraer y relajar los músculos de los

brazos, el torso, las piernas, tonificándolos, preparándose para lo que viene. Si el asesino le da una oportunidad, tendrá que actuar rápido. Está despejada, pero, si tiene que pelear, no sabe si podrá con un hombre. Oye el roce del tapón de un frasco, el susurro de un líquido, un leve tintineo de metal en cristal.

Él le enseña una jeringuilla.

—Esto contiene un extracto de acónito, suspendido en alcohol y agua; lo he utilizado con todas las mujeres, en dosis menores, claro. Tu patólogo te habrá hablado de los síntomas del envenenamiento por acónito, supongo.

Ruth traga saliva, se nota un chasquido seco al fondo de la garganta.

—Entumecimiento, debilidad muscular, tensión baja, ritmo cardíaco irregular...

—Y muerte —añade él—. No lo olvides. —Le suelta la correa de la muñeca izquierda—. Suéltate tú la otra —le dice.

Tiene miedo de darle ventaja, lo que significa que ella lo pone más nervioso de lo que parece. Ruth se tensa, preparada para actuar.

Él le clava la aguja en el cuello y Ruth jadea al notar su fría punzada. Espera el efecto entumecedor del veneno, pensando «No quiero morir. Aquí, no. Así, no».

—Un movimiento en falso y te inyecto la jeringuilla entera. Morirás en treinta segundos. ¿Me crees?

—Sí. Sí, te creo. Completamente.

La nieve caía rápido ya. Los copos, gordos y suaves, se amontonaban a toda prisa sobre el suelo helado. Carver se trasladó a la parte de atrás de la casa; alguien había encendido las luces del patio y vio, en la escarcha del césped, el zigzag de las botas de los Matrix.

En el centro del césped, había un parterre, dividido en secciones por un seto de boj común. Nunca le había llamado la atención la jardinería, pero, en el último año, se había convertido en un experto en plantas venenosas, y allí había unas cuantas. La nieve resaltaba los eléboros, productores de glucósidos de elevada cardiotoxicidad, ya en flor, doblados por el peso de la nieve; los galantos, en ramilletes inmaculados, contenían escilitoxina, cuyo efecto en el músculo cardíaco era tan letal como el de las dedaleras. Hasta los jacintos, cuyas lanzas cerosas apenas asomaban, portaban peligrosos alcaloides.

El fondo del jardín parecía descuidado y asilvestrado. Una maraña de zarzas y arbustos cargados de bayas se amontonaban a lo largo del muro divisorio.

«¿Piracantas? ¿Era de ahí de donde se surtía de espinas?» No podía distinguirlo desde donde estaba. Se acercó con dificultad a la hilera de arbustos.

Eran piracantas, y se habían cortado algunas ramas. Cerca de la descuidada copa, un tambor metálico, como el carbonero casero de Gaines. Pendinning se fabricaba sus propias herramientas.

Siguió caminando, esquivando el borde del matorral, y se le enganchó el tobillo en una zarza suelta. Tropezó, cayó, puso las manos para no hacerse daño y se hundió en una espesura de tallos, cuyas espinas le arañaron las manos y la cara, y le engancharon y rasgaron las mangas del abrigo. Debajo de las matas, tocó algo frío y duro. Volvió la cabeza hacia el otro lado, palpó más allá de la maraña de tallos y notó una piedra arenosa. Un murete, quizá, tapado por la maleza.

Retrocedió despacio, apoyándose en los talones. Algunos de los tallos se le habían enganchado rápido en la lana del abrigo, y se los soltó. Todos tenían la misma longitud y, a la luz del móvil, vio que los habían cortado con podadera. Había más, también cortados, y tejidos después entre sí para formar un frondoso felpudo. Metió en la maraña los dedos de la mano que le quedaba libre, ignorando el dolor, y tiró. La piedra se levantó y dejó al descubierto unas escaleras empinadas que conducían a una puerta metálica.

Le mandó un mensaje rápido al agente Ivey y bajó con sigilo.

Ruth nota que disminuye la presión.

—Dime lo que quiero oír.

—No me voy a resistir —dice ella—. Sé que tú decides lo que me va a ocurrir.

—¿Te lo enseñaron en un curso de secuestros? —le pregunta él—. Reconocerle su poder al secuestrador.

—No creo que nadie te pueda preparar para una situación así —dice Ruth.

Una breve carcajada.

—Eso sí que es cierto. ¿Sabes cuál es el problema de la mayoría de los psicólogos? —pregunta él—. Que simplifican demasiado la naturaleza compleja de las relaciones codificando la conducta. Yo nunca he dudado de que las mujeres que he escogido fueran seres humanos maduros y complejos. Por eso me fascinaron. Eligieron el anonimato, esconder su verdadero yo; yo lo he sacado a la luz, para ellas y para el mundo en general.

—¿Y quién te ha dado derecho a hacerlo? —le pregunta Ruth en voz baja.

—Nadie te da derecho —contesta—. Te lo tienes que tomar. Tú, precisamente, deberías entenderlo. —Ruth mira a otro lado. «¿Sabe lo que hice?»—. Veo que sí. Por eso escondes tus sentimientos. Usas esa fachada impenetrable tuya para incomodar a los hombres. Es tu defensa y tu arma. Así es como estableces tu derecho al control y a la autoridad. —Ruth no dice nada. La

aterra que sepa tanto de ella—. Muy bien, adelante —le dice—. Suéltate la correa, incorpórate despacio.

Al final de las escaleras, se habían acumulado capas de mantillo y hojarasca. La puerta debía de abrirse hacia dentro. Bastaría con girar la palanca y empujar, usar el factor sorpresa. «¿Y si está cerrada con llave?» Pero no iba a angustiarse con eso.

Agarró el asidero con ambas manos, bajó la palanca y empujó.

Cedió fácilmente y Carver entró de golpe en una estancia inundada de una luz cegadora. En un instante, vio las paredes de hormigón, forradas de estanterías, una camilla de quirófano, a Ruth casi desnuda, sentada en ella. Pendinning le había pasado el brazo izquierdo por el pecho y, en la mano derecha, sostenía una jeringuilla que le había clavado a su compañera en el cuello. Llevaba una máscara en la cara y, por un instante horrible, pensó que era una máscara antigás, que había soltado un gas tóxico en aquel cuarto. Pero, cuando Pendinning lo vio, se quitó la máscara.

—Ya sabes lo que esto puede hacer, inyectado en vena —le dijo ella.

—Sí, lo sé. —Miró a Ruth a los ojos y vio en ellos pánico y confusión. Se dirigió a la doctora—. Laura, ya no hay necesidad de esconderse.

—No des ni un paso más —le advirtió Pendinning.

—Ruth, esta es Laura Pendinning. Creo que no llegaste a conocerla en el hospital... Ella es psicóloga.

—¿Ella!

—¡Cierra la puerta! —espetó la doctora.

Carver estaba a punto de obedecer cuando vio una luz naranja que se desprendía de Ruth como una llama. La sargento lanzó de pronto la mano izquierda, le agarró el pulgar derecho a Pendinning y, con un movimiento rápido y decidido, se lo echó hacia atrás. El inspector lo oyó partirse como una rama.

Pendinning aulló de dolor.

Ruth se arrancó la jeringuilla del cuello y la tiró, luego se soltó con dificultad las correas de las piernas.

La doctora se abalanzó sobre ella y Carver saltó hacia delante, perdió el equilibrio y, en la caída, se aferró a la psicóloga. Chocaron contra la estantería y el inspector se notó una fuerte punzada en la espalda. Se hincó de rodillas y vio la inyección, que había rodado debajo de la camilla. Pendinning se arrastró para cogerla. Él intentó ponerse de pie, pero tenía las piernas paralizadas.

Gritó.

Ruth rodó debajo de la camilla y le pisó la mano herida a la doctora cuando

estaba a punto de coger la inyección.

Pendinning chilló.

—¡Zorra! ¡Zorra asquerosa!

Ruth se pasó el brazo de Carver por encima del hombro.

—Muévete —le gritó. Pero él no conseguía que las piernas le respondieran—.

¡Greg, tienes que moverte!

Lo arrastró un poco más y los dos avanzaron tambaleándose hacia la puerta.

Se oyeron gritos por todo el jardín. Carver distinguió un estrépito de botas pesadas. Ivey apareció en lo alto de las escaleras cuando el inspector salía del búnker, medio arrastrado por Ruth, medio apoyado en ella.

—¡Ayúdanos! —gritó Ruth, y Ivey bajó corriendo las escaleras y se enganchó al hombro el otro brazo de Carver.

El inspector miró hacia atrás y vio a Pendinning abalanzarse sobre ellos, pero esta cerró la puerta de golpe.

En cuanto subieron las escaleras, Ruth y Ivey depositaron a Carver en el suelo, y él jadeó.

—Estoy bien. Ayuda a Ruth.

Ivey le echó su abrigo por los hombros a Ruth mientras llegaban John Hughes y el agente que vigilaba la puerta.

—Veneno —dijo Carver, jadeando. No conseguía recuperar el aliento, por el dolor de la espalda—. Tiene veneno ahí dentro. Dile a Parsons que van a necesitar trajes NBQ. Armadura policial.

Lo último que oyó fue a Ruth, que, castañeteando los dientes, le dijo que se callara y se tumbara, y después dio la orden de que llamaran a los sanitarios.

## Epílogo

Carver se movió y gimió, y Ruth se despertó sobresaltada. Llevaba tres noches durmiendo en la habitación de familiares del hospital, esperando aquel momento.

—Hola —dijo él con algo de carraspera.

Ella le acercó un vaso de agua a los labios y él dio un sorbo.

—¿Ya estás despierto? —le preguntó Ruth—. Quiero decir del todo.

—Estoy despierto —contestó él—, pero me siento como si me hubieran dado un puñetazo en los riñones.

—Casi —dijo ella—. ¿Recuerdas lo que ha pasado?

Los médicos le habían dicho que Carver podría sufrir amnesia otra vez.

—¿Quién eres? —susurró él. Ella debió de poner cara de espanto porque el inspector añadió enseguida—: Es broma. Perdona... Lo siento, Ruth.

—Más te vale.

—¿La han atrapado? ¿Ha resultado herido alguien más?

—Pendinning ha muerto. Se quitó la vida con esa jeringuilla.

—¿Y tú? ¿Tú estás...?

—Estoy bien —contestó ella, aunque no pudo evitar tirarse de la manga que le cubría los tatuajes—. Mejor que tú, al menos.

—Yo solo estoy cansado, nada más.

—Greg, te han operado. Intentaste hacerle frente, ¿recuerdas? —Él asintió sin mucha convicción—. La bala que tenías alojada cerca de la médula se ha desplazado y al cirujano no le ha quedado más remedio que sacártela. Han podido intervenirte por la espalda, en lugar de por el pecho, así que esperan que te recuperes rápido.

Carver asintió.

—¿Y la bala?

—Es idéntica a la que le sacaron a Adela Faraday.

Otra cabezada de asentimiento y un gesto que llevó a Ruth a preguntarle:

—¿Recuerdas lo que pasó esa noche?

—Fragmentos —dijo él—. Creo que no estaba borracho cuando salí del hotel, pero estaba mareado. Perdí el conocimiento en el coche.

—Por la conmoción cerebral —terció ella.

—Podría ser. Entré en casa y quise trabajar un rato en los archivos. Me serví una copa, quizá dos, luego te llamé. Después de eso, ya no recuerdo nada. Luego... a un hombre obligándome a beber.

—¿Lomax? —preguntó ella.

—Sí. Yo pensaba: «¿Por qué haces esto si ni siquiera te conozco?».

—Pendinning planeó usar a Lomax para quitarse de en medio a Adela. Lomax llevaba semanas espiándoos, tanto a Adela como a ti. Sabía dónde vivías, dónde se escondía ella. Hemos rastreado algunos de los mensajes que le envió. Estaba a la entrada del hotel tres de las veces en que tú te viste con ella allí, incluida la noche en que te dispararon. De hecho, le hizo una llamada unos minutos antes de que alguien mandara a los de seguridad a vuestra habitación.

—Joder... —dijo Carver, suspirando.

—¿Te peleaste con él allí?

—No... no me acuerdo.

—Los de la Científica están buscando rastros —dijo ella—. No tardaremos en saberlo. Ya sabemos que Lomax subió al apartamento de ella, lo hemos visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio, porque, durante las Navidades, no hubo mucha vigilancia física. No sé qué mosca le picó esa noche; a lo mejor os oyó discutir en el hotel y pensó que tenía una oportunidad. Pero, independientemente de cuáles fueran sus planes, todo se fue al garete cuando ella sacó el arma. Aunque tuviera un arma y practicara el tiro, no es lo mismo disparar a un blanco fijo que a un ser humano. O no fue capaz de apretar el gatillo o él le arrebató el arma antes de que pudiera hacerlo. Luego fue a por ti.

Carver puso los ojos como platos.

—Yo le abrí la puerta. —Ruth contuvo la respiración: ¡estaba recordando! ¡Recordando de verdad!—. Pensé que eras tú. Irrumpió en mi apartamento apuntándome con el arma y me obligó a terminarme la botella de *whisky*. Cuando me había bebido unos dos tercios, solté la botella, y rodó por el suelo. Él estaba distraído y yo aproveché para quitarle el revólver. Forcejamos, pero yo no era rival para él. —Se le nubló la vista y levantó una mano al frente, como para apartar a su agresor. Pestañeó—. Recuerdo un destello. Un impacto. Como un puñetazo fuerte aquí —dijo, tocándose el pecho.

—¿Y después de eso?

Ruth temía que hubiera sido consciente de sus entradas y salidas, de que había eliminado pruebas, ignorándolo, en apariencia, mientras se estaba muriendo. La alivió ver que se dibujaba una sonrisa en sus labios.

—Me aterraban las sombras. Luego te vi y pensé: «Ruth está aquí. No me va a pasar nada».

—¡Qué equivocado estabas! —dijo ella—. Estaba a punto de irme a dormir

cuando me llamaste. Pensé que tenías un pedo llorón y accedí a acercarme solo para poder darte una patada en el culo. Cuando llegué, vi que se me habían adelantado.

—Me la merecía —dijo él, arrepentido.

—¡Eh, que era en broma! —exclamó ella, riendo, pero se le empañó la voz y miró para otro lado porque no quería que la viera llorar.

Carver guardó silencio un momento.

—Por cierto, es verdad que nunca fui al apartamento de Adela.

—Lo sabemos —dijo ella, mirándolo de nuevo—. Lomax plantó las pruebas allí, se llevó cosas de tu apartamento para incriminarte: uno de los mejores vasos de *whisky* de tu padre, con tus huellas por todas partes, pelos, fibras y algunas otras cosas. Como sobreviviste, le fastidiaste los planes.

—Sí, soy un aguafiestas. Pero tú también contribuiste al llevarte el arma suicida. —Ella puso cara de pena—. Joder, Ruth, perdona.

—No hay nada que perdonar. —Carver no parecía muy convencido. La empatía no iba a levantarle el ánimo, así que Ruth pasó al ataque—: Salvo lo de los archivos. Parsons me ha dado mucho la vara por tenerlos en mi casa. Además, te equivocabas con ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Que estabas obsesionado con ellos: «Tráeme los archivos. La respuesta está en los archivos».

—Y estaba.

Ella soltó una risa socarrona.

—No hemos atrapado al asesino de las espinas por lo que había en los archivos, Greg, sino por la relación de Gaines con Pendinning y su jardín botánico letal.

—Pero yo no habría encontrado a Gaines de no ser por los archivos —replicó él.

—¡Querrás decir por las anotaciones que yo hice en los archivos!

—Sé lo que intentas hacer —dijo él, amenazándola con el dedo—. Pretendes que olvide que estabas equivocada con Gaines. «Es superficial, pretencioso y falaz» —citó él—. Reconócelo, pensabas que era el asesino de las espinas.

—Es que era todo eso —repuso ella—. Pero no recuerdo haber dicho que fuera el asesino. Aunque sí sé que mis anotaciones te llevaron hasta Pendinning.

Se estuvieron mirando el uno al otro un rato, y Ruth vio en su mirada y en su sonrisa el afecto que sentía por ella. Al cabo de uno o dos minutos, el silencio se hizo incómodo y ella espetó:

—¿Me estás mirando el aura? Porque, si es así, tío, ya estás parando. —Carver se disculpó y ella se sintió culpable y le dijo—: Venga ya, Greg, que no

iba en serio.

Él puso cara de ofendido.

—¿Te reirías de mí si terminara con..., no sé, estrabismo o algo así?

Entonces Ruth supo que le tomaba el pelo.

—Igual no —contestó con una sonrisa traviesa—. Pero esto da mucho más yuyu.

—Pues más vale que te acostumbres porque no creo que desaparezca —le dijo él con un guiño.

—¡Me estás mirando el aura! —replicó ella con fingida indignación.

—Ahora mismo es de color rosita y lila.

Ella se estremeció exageradamente y él sonrió, pero luego su sonrisa se desvaneció y Ruth supo que lo había asaltado algún pensamiento desagradable.

—¿Qué? —dijo ella.

Carver meneó la cabeza.

—Me cuesta creer que no me diera cuenta de lo que era Pendinning.

—Es normal que no la calaras —dijo Ruth—. Era psicóloga; no tienen sentimientos humanos. —A él no pareció consolarlo mucho, y ella añadió—: He hablado con el neurólogo. Nunca tuvo en mente a Pendinning para que te ayudara con las alucinaciones. Ella se dedicaba a la investigación, ni siquiera tenía formación clínica. Tenía identificación del hospital porque estaba entrevistando a los pacientes para una investigación. Por lo visto, iban a echarla de la unidad después de que varias familias se quejaron de sus prácticas sospechosas.

—¿Como tentar a los pacientes con bebidas alcohólicas? —dijo Carver.

Ruth lo miró fijamente.

—¿Eso fue en la entrevista cognitiva de la que me hablaste?

—Me dijo que podía darle un empujón a mi memoria. —La sargento recordó lo desmejorado y frágil que lo había visto al día siguiente—. No te sientas mal —le dijo él—. Lo único bueno de todo esto es que ahora no soporto el alcohol, y eso está bien, ¿no? —añadió, con un entusiasmo que a ella le pareció forzado.

—Hay formas más fáciles de volverse abstemio —dijo ella.

Carver sonrió. Entornó los ojos.

—¿Por qué fue Pendinning a por ti? —preguntó él sin abrir los ojos, y ella lo agradeció.

—Para llegar a ti.

—No me hace falta verte el aura para saber que mientes descaradamente —le susurró Carver, esbozando de nuevo una sonrisa—. Quería que volviera al caso, pero te eligió a ti por algo concreto. —Ruth no supo qué responder y él abrió los ojos—. Tú misma lo dijiste: la obsesionaban los secretos. ¿Cuál es el tuyo?

—Estaba loca, ¡a saber lo que creyó ver en mí! —Se encogió de hombros—. De todas formas, ¿no crees que algunos secretos es mejor no desvelarlos?

Lo vio escudriñarle la cara en busca de algún significado oculto, pero ella, vaciando la mente de cualquier cosa que no fuera la quemazón de los tatuajes del brazo, levantó un muro de ruido blanco a su alrededor y confió en que la protegiera.

Título original: *Splinter in the Blood*  
Publicado por primera vez en Reino Unido por Corsair en 2018

Edición en formato digital: 2018

Copyright © Margaret Murphy, 2018  
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2018  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2018  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-084-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

# Table of Contents

<a href="#">1</a>
<a href="#">2</a>
<a href="#">3</a>
<a href="#">4</a>
<a href="#">5</a>
<a href="#">6</a>
<a href="#">7</a>
<a href="#">8</a>
<a href="#">9</a>
<a href="#">10</a>
<a href="#">11</a>
<a href="#">12</a>
<a href="#">13</a>
<a href="#">14</a>
<a href="#">15</a>
<a href="#">16</a>
<a href="#">17</a>
<a href="#">18</a>
<a href="#">19</a>
<a href="#">20</a>
<a href="#">21</a>
<a href="#">22</a>
<a href="#">23</a>
<a href="#">24</a>
<a href="#">25</a>
<a href="#">26</a>
<a href="#">27</a>
<a href="#">28</a>
<a href="#">29</a>
<a href="#">30</a>
<a href="#">31</a>
<a href="#">32</a>
<a href="#">33</a>
<a href="#">34</a>
<a href="#">35</a>

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[Epílogo](#)

[Créditos](#)